



Dominick Dunne
Las dos señoras
Grenville

Traducción de Eva Millet



Lectulandia

Cuando a comienzos de la década de los cuarenta Billy Grenville, heredero de una de las fortunas más importantes de Nueva York, se encuentra por primera vez con la corista Ann Arden, se enamora perdidamente de ella, y para desesperación de su madre, Alice, la indómita matriarca del clan Grenville, decide casarse con ella. Ann intentará por todos los medios borrar las huellas de sus humildes orígenes y ser aceptada por la alta sociedad; toda su ambición se centrará en convertirse en una mujer elegante y mundana.

Años más tarde, Billy muere en extrañas circunstancias y todas las sospechas recaen sobre Ann, a la que acusarán de asesinato. Aunque finalmente será absuelta, el misterio sobre la muerte de Billy nunca quedará resuelto. ¿Accederá Ann, por fin, a contarle su verdad a un conocido escritor con el que coincide en un crucero?

Lectulandia

Dominick Dunne

Las dos señoras Grenville

ePub r1.0

Titivillus 24.06.2017

Título original: *The Two Mrs. Grenvilles*

Dominick Dunne, 1983

Traducción: Eva Millet

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mi hijo Alexander Dunne

PRIMERA PARTE

La habitación desprendía un asfixiante aroma a rosas marchitas. Los pétalos rosados que habían ido cayendo de aquellas rosas reventonas colocadas en un jarrón chino se diseminaban sobre la pulida superficie del escritorio de bronce dorado. A pesar de ser de día, las lámparas de pantalla rosada estaban encendidas y las cortinas, también del mismo tono, cayendo en pesados pliegues, bien cerradas y dispuestas para la noche, aún permanecían corridas. Alguien debía de haberse estirado a descansar sobre la cama, pero no debía de haber dormido: toda la ropa de cama, rosada, aún estaba inmaculada y no se veía ni una arruga. Un reloj de sobremesa, de oro rosa, al que no se le había dado cuerda desde hacía demasiado tiempo, había dejado de funcionar. Una radio, encendida durante demasiado tiempo, se había desintonizado.

En el suelo, tumbada boca abajo, en la cenefa de rosas de una alfombra de Aubusson, yacía una mujer de melena dorada y camión de raso y encaje. Estaba muerta. Llevaba muerta más de un día. Quizás dos.

Si hubiera estado viva, le habría contado, tanto si usted se lo hubiera preguntado como si no, que el jarrón chino había pertenecido a Magda Lupescu; que el escritorio había sido propiedad de María Antonieta; que el reloj había sido un regalo para la emperatriz Isabel de Austria del Rey Loco, Luis de Baviera, y que la alfombra de Aubusson había sido un presente de la corte belga a la emperatriz Carlota de México. Que todas ellas hubieran sido mujeres desafortunadas era algo de menor importancia para la fallecida en comparación con el placer que sentía cada vez que repetía la historia de sus posesiones.

La muerta se llamaba Ann Grenville. Apoyado en una pared de su habitación reposaba el infame retrato que le había hecho Salvador Dalí y que tantísimo la había ofendido. Apartado de la vista desde hacía tiempo, sorprendentemente presente ahora, miraba fijamente desde el lienzo hacia la escena de tintes rosados. El corte hecho en su día con un cuchillo, reparado, y su profecía, cumplida: había augurado muerte. La muerte había cumplido aquel augurio.

Su necrológica, cuando apareció, no llamó la atención. Si uno no había estado leyendo sobre la derrota del ministro de Hacienda alemán en la primera página de la sección A de *The New York Times*, que continuaba en la última página de la sección D, después de las noticias de economía y las cotizaciones bursátiles, no la habría visto, porque allí era donde apareció. Allí estaba su nombre, Ann Grenville, con la palabra «fallecida» tras él. Y después, unos pocos párrafos de fácil olvido.

Sin embargo, si uno se detenía a pensarlo, la ubicación de la escuela de Ann Grenville era probablemente el lugar exacto donde la anciana Alice Grenville quería que estuviese y a nadie que la conociese le habría extrañado que Alice Grenville hubiera llamado a cualquiera de los Sulzberger que estaba al mando del *Times* para pedirle que la necrológica de su nuera figurara exactamente en aquel espacio tan escondido. Aquella no habría sido la primera llamada que ella hacía en nombre de su

familia pidiendo al diario que fueran considerados. Viejísima, nonagenaria, Alice Grenville, de soltera una de las trillizas Pleydell, todavía llevaba los asuntos de su familia y una de las cosas que lamentaba, y mucho, era que su familia hubiera aparecido tanto, demasiado, en las noticias.

La necrológica señalaba que Ann Grenville había sido hallada muerta en su apartamento de la Quinta Avenida. Contaba que era la viuda del deportista William Grenville, Junior, la madre de Diantha Grenville, la nuera de Alice Grenville, la filántropa y destacada mujer de la alta sociedad. Contaba también que tenía cincuenta y siete años y que había sido absuelta, en 1955, del asesinato de su esposo.

Ann no tenía cincuenta y siete años, no los tenía desde hacía tres, pero aquella mentira, si podía ser considerada mentira, estaba más cerca de la verdad que la edad que había dicho tener hacía veinte años, en la cima de su notoriedad, cuando, con cuarenta, asegurara tener treinta y dos.

—Señora Grenville. Señora Ann Grenville —llamaba en voz alta un camarero del barco, haciendo sonar un gong mientras se desplazaba por las cubiertas y las zonas comunes—. Teléfono para la señora Ann Grenville.

Nadie se giró ante la mención del nombre. Habían pasado demasiados años. Ni un alma en aquel barco se acordaba de lo que la revista *Life* calificó como el tiroteo del siglo.

Unos pocos años antes de su muerte coincidí con ella en un buque de vapor en ruta a Alaska. Hacía mucho que no la veía. Desaparecida desde hacía tiempo de la escena social se comportaba, incluso en un barco, como una viajera solitaria. A diferencia de la Ann Grenville del pasado, aquella ya no era el alma de la fiesta. Más bien se había resignado a los márgenes, no de la fiesta, sino de la vida. Yo me había quedado paralizado. Su bello rostro de antaño parecía acusar los estragos de la bebida y se asemejaba muchísimo a esos rostros de las mujeres de mediana edad que han pasado por el quirófano. Su figura, esbelta y espléndida, se había ensanchado un poco. Su cabello dorado parecía menos brillante.

Y a pesar de todo ello, todavía poseía magia. Quizás se tratara de la magia de la memoria de lo que había sido, de aquellas semanas de mi juventud en las que ella fue la protagonista. Su ropa era cara y sencilla. Su perfume inundaba el aire a su alrededor. A excepción de un anillo con un zafiro y un diamante de una talla y un corte con aspecto de haber sido heredado durante generaciones, el resto de sus joyas eran de oro. Leía. Bordaba. Contemplaba durante horas la costa de Oregón y de Washington, fumando cigarrillos, inhalando profundamente, tirando las colillas al mar. No hablaba con nadie.

—Espero que no sean malas noticias —le dije algo más tarde, al pasar junto a su tumbona de cubierta.

—¿Qué ha dicho? —preguntó, como si la hubiera molestado.

Naturalmente, yo supe quién era desde el primer momento, aunque solo respondí que me resultaba familiar, nada más, cuando el caballero contiguo a mi tumbona, un tal señor Shortell, de Tacoma, me preguntó si sabía algo acerca de ella. Uno de los rasgos de los que menos me enorgullezco es el de ser habitualmente fuente de información fidedigna sobre personas a la cuales no conozco, especialmente sobre personas importantes a la cuales no conozco; y si bien nunca había sido mi amiga, sí conocía a Ann Grenville. Los años en los que ella volaba alto como la señora de William Grenville, Junior, y su nombre aparecía una y otra vez en la columna de Fydor Cassati en el *New York Journal American* y sus fotografías, hechas por Louise Dahl-Wolf y Horst, se publicaban en todas las revistas de papel cuché, nuestros caminos se cruzaron de vez en cuando en las cenas de Nueva York. Ella se me resistía. De hecho, nunca confió en mí. Tuve la sensación de que pensaba que yo podía ver perfectamente la representación que era su vida del mismo modo en que Salvador Dalí había sabido ver a través de ella cuando la retrató.

—Su llamada telefónica. Espero que no fueran malas noticias —dije.

Como a veces hacen las estrellas de cine para protegerse de los curiosos, Ann Grenville había desarrollado una manera de mirar sin conectar con su interlocutor, como si estuviera decidiendo si iniciar o no una conversación. Tuvo que ocurrir aquella tragedia para que Ann y Billy Grenville adquirieran relevancia en la historia de la vida social neoyorquina. Durante ese periodo, el otoño de 1955, todo Nueva York y gran parte del país y del mundo se estremecía con horrorizada impaciencia ante las revelaciones diarias sobre el caso Grenville: ¿qué resulta más atractivo que los ricos y poderosos envueltos en un asunto criminal? Incluso el imponente *The New York Times* y el conservador *Herald Tribune* se leían como escabrosos periódicos sensacionalistas. Si no hubiese sido por eso, Ann y Billy Grenville no habrían sido nada más que la bella, elegante y rica pareja de moda que deslumbró durante un tiempo a la alta sociedad neoyorquina.

—Sí, bastante —dijo finalmente—. Malas noticias, sí. —Su voz era profunda e intensa. Se correspondía con su aspecto.

—Lo siento —dije.

—Mi perra ha muerto en Nueva York. A usted no le parecerá nada grave, pero estaba muy unida a ella.

—Lo siento.

Sonrió imperceptiblemente y volvió a enfrascarse en su libro, indicando así que la conversación había terminado. Regresé a mi tumbona.

Por favor, no piensen que la aceché durante años, recopilando información sobre ella. No, de ninguna manera, pero lo cierto es que antes de que todo ocurriera, yo había hecho alguna anotación ocasional en mi diario sobre ella y, también, sobre Billy.

Una música de baile, procedente de alguna fiesta que se celebraba a bordo, alcanzaba nuestra solitaria esquina de cubierta. Vi que su pie, elegantemente calzado,

taconeaba siguiendo el ritmo. En aquel instante aún era posible imaginar que aquella mujer de mediana edad era una mujer joven y bella, la corista con tocado de plumas que recorre contoneándose el escenario de un club nocturno, la amante de hombres ricos, la esposa de un apuesto aristócrata estadounidense, la anfitriona y destacada figura de la alta sociedad de hacía una década y, ay, la asesina.

—Bonitas piernas —le dije, con admiración, omitiendo la palabra «todavía», que también me había venido a la cabeza.

Ella soltó una risita ronca y levantó su pierna para mirarla, moviendo el pie primero hacia a un lado y luego hacia otro.

—No están mal —concedió, admirando su extremidad—, para quien ha entrado en la época dorada.

—Época dorada... —repetí, riéndome.

—¡Que le den a la época dorada! —exclamó antes de estallar en una carcajada cuyo tono me hizo saber que los consabidos encantos de la edad a ella se le habían escapado por completo.

Así fue como empezamos a hablar. No le sorprendió que yo estuviera allí. No mencionó la última vez que nos habíamos visto, en Saint Moritz, cuando la apodé como «Bang-bang», mote con el que acabaría siendo conocida. Aceptó la situación. No había hablado con nadie durante todo el viaje y estaba dispuesta a hablar. Yo tampoco había hablado con nadie durante todo el viaje (excepto con el señor Shortell, de Tacoma) y estaba dispuesto a escuchar. Conversamos sobre los libros que estábamos leyendo, las obras de teatro que habíamos visto recientemente y los últimos lugares que habíamos visitado. También hablamos sobre los pasajeros del barco.

—¿Qué se supone que hace aquel de la camiseta amarilla, fingir que lee a Proust? —preguntó.

—¿Cómo sabe que está fingiendo?

—Es una de las cosas que yo solía hacer —contestó, riendo. Tenía bonitos dientes y una boca preciosa—. Cuando me casé, mi suegra trató de prepararme para ser una Grenville y me dio una lista de cincuenta libros para leer, pero nunca pude leer a Proust, así que hacía ver que lo leía.

—El hombre de la camiseta amarilla es un tal señor Shortell, de Tacoma. No está mal. A usted la encuentra fascinante. ¿Le gustaría conocerlo?

—Oh, no. Tiendo a evitar conocer a gente nueva.

—¿Por qué?

—Todo va muy bien al principio hasta que alguien les dice: «Esa es la mujer que mató a su marido» y así se enteran de mi historia. Entonces me miran de forma distinta y empiezan a preguntarse cosas sobre mí. Sola se está mejor. —Súbitamente, cambió de tema—. ¿Qué dan en el cine?

—Un viejo éxito.

—¿Cuál?

—*Le Rouge et le Noir*.

—Con Gérard Philipe. No la he visto —dijo.

—Yo tampoco —contesté.

—Vamos.

Puedo asegurar con toda certeza que en mi vida se suceden las coincidencias o que me pasan cosas con una probabilidad sobre mil de que sucedan. Yo no sabía (nunca la había visto), que había una secuencia en *Le Rouge et le Noir* en la que de madrugada el marido entra en la habitación de su esposa y esta, confundiénolo con otra persona, le pega un tiro. Con el as que me había guardado astutamente en la manga, cómo iba yo a imaginar que acabaría sentado junto a Ann Grenville en el cine del barco, viendo esa escena...

Ann, sendas manos sobre los reposabrazos de la butaca, se levantó e, hipnotizada, contempló la escena. Volvió a sentarse en su sitio cuando terminó. Como yo no sabía qué decir, no dije nada y continué con la vista clavada en la pantalla.

Una vez acabada la película, de camino hacia nuestros camarotes de primera clase, ninguno de los dos dijo nada durante un buen rato, pero no pude dejar pasar aquella oportunidad:

—¿Alguna vez hablarás de todo aquello, Ann? —le pregunté.

—Nunca —contestó.

—Podría serte de ayuda si...

—Nunca.

—Pero nadie ha escuchado tu versión.

—La muerte de mi marido fue un accidente, pero nadie me creyó, a excepción del gran jurado. Sé que la gente me llama «la asesina». Sé que mis hijos han sufrido.

—Siéntate —le dije, conduciéndola hacia un banco situado en cubierta.

—Hice un trato con mi suegra: que nunca, nunca jamás, hablaría de todo aquello. Y he cumplido el trato. Varias veces al año la familia, mis cuñadas y mi suegra me hacían llamar a fin de exhibirme en sus fiestas. Unas santas ante los ojos de la alta sociedad neoyorquina por ser tan buenas con la zorra que se había casado con su hermano y su hijo, y, después, lo había asesinado. Hay gente, lo sé, que dice que yo había sido prostituta. Yo jamás fui prostituta. Sí, claro, sí acepté algún bolso de piel de lagarto de alguno de aquellos fabricantes de ropa con los que salí antes de casarme con Billy Grenville, sabiendo, claro, que habría un billete de cien dólares en su interior, pero eso ocurrió hace mucho tiempo, en los años cuarenta, cuando cien dólares eran mucho dinero y, además, por aquel entonces esas cosas formaban parte del día a día. ¿Qué puñetas tiene de malo querer prosperar en la vida? ¿Tú habrías querido vivir en esa granja en la que yo nací?

—¿Te apetece tomar algo? —le pregunté.

—Escúchame, Basil —me dijo, levantándose y caminando hacia la barandilla—. Es un error tratar de ser amable conmigo.

—¿Por qué?

—Parece que he adquirido la capacidad de ahuyentar a todos. Incluso a mis hijos. —Inició un movimiento de retirada, buscando su bolso, su pañuelo y su libro. Una vez localizados, me tendió la mano—. En fin —dijo—, así acaba nuestra noche.

No quería que se marchara, pero no sabía cómo retenerla. Únicamente se me ocurría no soltarle la mano.

—Ann, eres una persona distinta de la Ann Grenville aquella que...

—¿... se besuqueaba con un alemán cabeza cuadrada en el bar del hotel Palace, en Saint Moritz, un año después de haber matado a mi esposo? —me preguntó, acabando la frase por mí de una forma que yo no había tenido intención de hacer. En la oscuridad, enrojecí y le solté la mano—. Una no puede pasar tanto tiempo sola como yo he pasado los últimos años y no llegar a alguna conclusión sobre sí misma —dijo, dándose la vuelta para irse, terminando así nuestro momento de intimidad.

Es cierto que, incluso hoy, años después de todo lo ocurrido, te encuentras con gente en las fiestas de Nueva York que te pueden contar, con todo tipo de detalles, la historia completa de esa noche de octubre de 1955 o, al menos, la historia completa que ellos conocen, porque nadie sabe la historia completa, a excepción de sus dos protagonistas principales, y uno de ellos recibió un disparo mortal, mientras que la otra se fue a la tumba sin haber hablado de aquello nunca, ni una sola vez. Excepto conmigo.

Sí, ya sé que la gente dice que yo maté a Ann Grenville. No, no matarla literalmente, tipo «Bang-bang, estás muerta», pero sí me tachan de ser el responsable de los veintidós sedantes y el más de medio litro de vodka con los que se los tragó después de leer el capítulo de mi novela, publicado en la revista *Monsieur*, pero no me siento en absoluto responsable. En mi relato, no la llamé Ann Grenville. La llamé Ann Hapgood. Que decidiera creer que escribía sobre ella fue su problema.

Los años en los que yo era conocido en la prensa por mis íntimas, aunque platónicas, amistades con algunas de las grandes damas de Nueva York, como Jeanne Twombly y Petal Wilson —ni una ni otra me hablan ya—, así como por mis exquisitos libritos, me contaron cosas sobre Ann y Billy y sobre la familia Grenville de las que jamás habría tenido conocimiento de no ser por ellas. Jeanne Twombly fue la única del círculo de la orilla norte de Long Island que trató de ver a Ann después de lo sucedido. Ahora siente que la he traicionado, pero ¿qué pensaban esas señoras cuando me susurraban al oído todos los secretos de su mundo? Al fin y al cabo, ellas sabían que soy escritor. Tengo la habilidad de lograr que la gente hable conmigo y me cuente cosas. Ni siquiera he de hacer demasiadas maniobras para que así suceda. Escucho muy bien. Sonríe admirativamente. Nunca demuestro conmoción o consternación ante revelaciones conmovedoras porque ello, invariablemente, inhibiría al narrador de su relato.

En aquel maldito barco, donde ahora desearía no haber vuelto a verla, mi vida se

hallaba en un estado precario. Podría decirse que temía por ella. No, mi vida no corría peligro. Ninguno; al menos no la amenazaban elementos criminales ni enfermedades terminales. Lo que temía era que la totalidad de la misma sumaba cero. Sí, naturalmente, un momento brillante aquí, otro momento brillante allá, pero había ido dando tantos tumbos, había cometido tantos errores y había tomado rumbos tan encontrados que nadie de quienes se muestran preocupados por estas cuestiones habría afirmado que aquella vida que yo tenía era digna de ser considerada respetable. Y yo a lo que siempre había aspirado era a ser considerado con seriedad.

Se rumoreaba cada día más que las drogas, el alcohol y el libertinaje interferían en mi trabajo, que estaba malgastando mi talento tanto en los salones, haciendo el papel de bufón de la corte, como en las discotecas. Quienes decían esas cosas también aseguraban que era incapaz de terminar aquello que, con toda presunción, había llamado mi obra maestra cuando aparecí en un programa de televisión. A veces la definía como mosaico. Otras, *collage*. También pastiche. Se trataba, naturalmente, de una ficción que representaba las miles de facetas de mi vida cuya unión reflejaría mi totalidad: mente, cuerpo, corazón y alma.

Me dolían sus críticas. Así que, tratando de recoger los pedazos de la ruina que por entonces era mi vida, me embarqué con el propósito de replantearme aquella obra inacabada. Las ideas no llegaban y, entonces, la vi a ella, Ann Grenville. Un nombre del pasado tratando de recoger los pedazos de la ruina que era su vida. La idea comenzó a cobrar forma. Se había escrito muchísimo sobre ella hacía años. ¿No había llegado ya el momento de contar su versión de la historia y dejar por fin las cosas claras? Objeto de las mayores calumnias, ella jamás había hablado para defenderse. Y allí estábamos ella y yo, en el mismo barco, y tendría que tener lugar una conversación si yo lograba que se dieran las circunstancias favorables. Sí, sí, sí, admito que lo que hice no estuvo bien, pero fui incapaz de resistirme ante aquella oportunidad. Sabía, sí, yo sabía, que con tiempo ella me contaría a mí, Basil Plant, lo que nunca le había contado a nadie. Soy una de esas personas a quienes la gente le confiesa sus secretos. Siempre ha sido así.

Yo, capaz de acordarme de las comas que marca la gente en las frases que pronuncia, empecé a recordar la historia de Ann Grenville tal y como la había escuchado y la había leído.

Cuando uno mira fotografías antiguas de Ann Grenville en las ventas de potros de Saratoga, por ejemplo, sentada junto a Alí Khan, con quien se decía que mantenía un romance, y junto a la señora Whitney, famosa en el mundo de las carreras, o en un safari en la India, vistiendo ropa de caza comprada en Londres, o en el baile del marqués de Cuevas, en Biarritz, luciendo alta costura y joyas, ves a una mujer en su mundo, pero su mundo era el mundo de su marido. Cuando se casó con Billy Grenville, durante la guerra, renegó de su vida anterior y se adentró, con paso firme,

en la exquisita vida de su esposo.

Si hoy se consulta la lista del señor Malcolm Forbes de los más ricos de América se advierte que en este país la riqueza ha cambiado de manos en los últimos treinta años. Ya no hay un Vanderbilt en la lista. Tampoco figura Babette Van Degan, ni ninguno de los apellidos que aparecen en esta historia. Y si bien aquellos que aún están vivos siguen figurando en el *Social Register* (a excepción de la pobre Esme Bland, que está en el manicomio, y de Neddie Pavenstedt, que dejó a Petal y el banco para irse a vivir con un actor de televisión al cual posteriormente adoptó), ya no son considerados ricos por los ricos de hoy. Pero, en la época sobre la que escribo, los Grenville eran una de las familias más ricas del país.

William Grenville, Junior, estaba acostumbrado a muchas cosas y la adoración era una de ellas. Adoración por parte de su padre, su madre y las cuatro hermanas que lo habían precedido en este mundo. No era una cosa que se comentara en voz alta, pero si él hubiera llegado antes, en aquella cola de hermanos habría habido menos hijas. En una familia como la Grenville, los varones eran lo importante.

Tras su nacimiento, recibió una nota del presidente Wilson en la que le daba la bienvenida a este mundo, y, una vez enmarcada, esa nota colgó sobre todas las camas que tuvo en su vida. Los Grenville vivían en una mansión de estilo renacentista obra de Stanford White, situada tocando la Quinta Avenida, frente a la anciana señora Vanderbilt y junto a la casa familiar de los Stuyvesant. Los fines de semana los pasaban en la finca de más de doscientas hectáreas que poseían en Brookville, Long Island. Los veranos, después de pasar una temporada en Europa, se marchaban a su casa de campo de Newport.

Era una vida espléndida y él emergió de la misma espléndidamente. Su niñera, Templeton, su preceptor, Simon Fleet, y su profesor de baile, el señor Dodsworth, estaban todos hechizados con su dulzura, su timidez y sus impecables modales. Gracias a Templeton, también niñera de sus cuatro hermanas, adquirió esa manera precisa de hablar que, durante toda su vida distinguiría su voz de las voces de prácticamente todo el mundo con quien coincidía, a excepción de los pocos que habían sido educados exactamente del mismo modo que él.

Con el tiempo, su padre empezó a detectar que su hijo estaba siendo demasiado mimado y que la constante compañía de sus cuatro hermanas, quienes nunca se hartaban de cogerlo y de pasárselo entre ellas, podría derivar en debilidad de carácter.

Lo enviaron a la misma escuela primaria a la que había asistido su progenitor, cara y espartana, a fin de prepararlo para la gran vida y las muchas responsabilidades que le serían transmitidas a su debido tiempo.

Y, como cabía esperar, sufrió una racha de melancolía. Se sintió fascinado al leer que dos príncipes ingleses habían sido decapitados en la Torre de Londres. Se trataba de un capítulo de la historia que por más que leyera y relejera siempre lo conmovía, en ocasiones hasta las lágrimas. En un viaje de niño a Inglaterra lo llevaron a una visita guiada a la Torre y le recorrió un escalofrío por todo el cuerpo cuando vio la

habitación donde habían estado prisioneros. Le dijo a su hermana Cordelia, la más cercana a él tanto en edad como en espíritu, que presentía que moriría joven.

De los años posteriores, su recuerdo más vívido de la casa de Nueva York, donde la familia pasaba la mayor parte de su tiempo, era la de la inmensa lámpara de araña que colgaba en la entrada principal. Siempre pasaba por debajo de ella temeroso y repetía a las nuevas visitas lo que había sucedido la víspera del baile de presentación en sociedad de Rosamond. Rosamond, su hermana mayor, tenía catorce años cuando él nació. Aquella figura lejana y glamurosa de su infancia se casó con un lord inglés a los diecinueve años, un año después de aquel baile, y se fue a vivir a Londres. La araña, de forma inexplicable, cayó al suelo y mató al hombre que la estaba limpiando. Con rapidez y discreción, no solo se hicieron cargo de los gastos del entierro sino que su familia recibió una generosa compensación y, a fin de no empañar la fiesta, se acordó con el servicio no mencionar aquel suceso. Aquella fue su primera experiencia con la muerte y, también, con el cerrar filas. Se esperaba mucho de él. Se esperaba de él en el banco: el Cambridge Bank of New York, fundado por su abuelo y presidido por su padre, y en la dirección de una media docena de grandes compañías. También en las cuadras y el criadero de caballos Grenville: más de mil hectáreas en Kentucky, una empresa tremendamente exitosa, que había dado tres ganadores del Derbi de Kentucky. Era para todas esas cosas y más para lo que el chico estaba siendo preparado.

En un momento dado, le asaltaron las dudas. Bajo aquella elegante timidez suya existía una cualidad que eludía a la felicidad, una conciencia de sus propias limitaciones. Cuando pensaba en cosas como aquellas, lo que no era frecuente, le aterraba la certeza de que, de no haber sido un heredero de tal magnitud, habría sido un fracasado.

Su padre percibía aquellos miedos secretos y lo trataba con desdén, para arrancárselos a través de la humillación. Una vez le dijo delante de sus hermanas y su madre que debería haber sido una niña. No era lo que su padre sentía realmente. Como tantas otras cosas que su padre decía, pronunció aquellas palabras hirientes sin tacto alguno, sin considerar las consecuencias psicológicas. La herida que sufrió el niño fue devastadora y empeoró cuando su madre, a quien el pequeño adoraba, no se abalanzó para consolarlo y defender su género. Tampoco lo hicieron sus hermanas. Nadie osó contradecir al cabeza de familia.

—No me gusta mi padre —dijo Junior un día.

—No es así. No es así —gritó Alice—. Tú no quieres decir eso.

—Sí, eso es lo que quiero decir —persistió el chico.

—No, tú no quieres decir eso —insistió su madre.

William nunca estuvo seguro de sus sentimientos porque había sido instruido por la persona que más quería, su madre, en que lo que él sentía no era lo que sentía, sino lo que ella le decía que sentía. Aquella interpretación materna de su interior iba de acuerdo a los cánones sociales propios de su estilo de vida.

Solo Cordelia, la cuarta hija, la más cercana en edad a Junior, lo comprendía. Y Bratsie. Él también lo comprendía.

No es importante en esta historia pero sí de gran relevancia para su personaje que Jellico Bleeker, o Bratsie, como lo conocía todo el mundo (excepto su madre, la gran anfitriona Edith Bleeker, que detestaba ese apodo), tuviera solo cuatro dedos en su mano derecha. Cuando tenía diez años, Bratsie perdió su dedo índice en un accidente ocurrido un Cuatro de Julio, al sostener demasiado rato el petardo con el que su familia le había prohibido expresamente jugar. En otra ocasión, algo así como un año después, cogió uno de los botes de vela de la familia de la casa de Long Island y, sin supervisión y sin conocimiento alguno de navegación, se lanzó hacia lo desconocido. No se le echó en falta hasta que ya había oscurecido, y pasaron doce horas hasta que los guardacostas, a punto de abandonar toda esperanza de encontrarlo, divisaron la embarcación balanceándose sin rumbo en el estrecho de Long Island. En su interior estaba Bratsie, casi congelado y totalmente ajeno al drama que había provocado. Su sonriente fotografía, publicada en todos los diarios, lo convirtió en una especie de héroe para sus coetáneos. Entre ellos, Junior Grenville, su mejor amigo.

El incidente confirmó la fuerte intuición de Edith Bleeker de que aquel potro indómito de su hijo necesitaba ser domesticado y que era ella quien iba a encargarse de hacerlo. Desde entonces, la vida se convirtió para Bratsie en un juego de venganzas con su madre. La acompañó a una boda de la alta sociedad luciendo, sin que ella se diera cuenta, una kipá en la cabeza. Después de haberse columpiado en una lámpara de araña durante la clase de baile del señor Dodsworth, le pidieron que se marchara y que no volviera. Inscribió a la pekinés de su madre, *Rose*, en el *Social Register* de Nueva York como la señora Rose Bleeker. Era capaz de imitar cualquier cojera y defecto en el habla con una precisión infalible y así lo hacía. Se aprendió de memoria las palabras que debía pronunciar en el sacramento de la confesión y, aunque no era católico, confesaba pecados elaboradísimos a un sacerdote estupefacto. Fue el primero de los chicos del grupo en fumar cigarrillos, beber alcohol a escondidas, en masturbarse, ser expulsado del colegio, irse con una prostituta y destrozarse el coche familiar.

El relato de sus escapadas hacía que el menos aventurero Junior Grenville terminara rodando por el suelo, atacado por una risa incontrolable. Junior Grenville adoraba a su amigo. Ambos eran constantemente llevados y traídos, por diversos chóferes, entre las casas Grenville y Bleeker de la ciudad y entre la finca Grenville en Brookville y la hacienda Bleeker en Glen Cove, en el campo.

A diferencia del alto y apuesto Junior Grenville, Bratsie Bleeker era pequeño y fornido, rubio y siempre bronceado. Cinco generaciones de Bleeker de Long Island le habían dado un aspecto natural de arrogancia y superioridad que él cortaba constantemente con la sonrisa seductora y pícaro que constituía su propia

contribución a su apariencia. Contradecía su acento de clase alta con palabras de clase obrera y tenía una forma de sacar a Junior Grenville de sus estados de melancolía que nadie podía igualar.

—No hacía falta que explicaras que el pedo en el ascensor no te lo habías tirado tú —le dijo un día Bratsie, después de clase—. Nadie había dicho que así fuera.

—Me he sentido culpable —contestó Junior.

—A veces creo que no sabes quién eres —respondió Bratsie.

—No, no lo sé —dijo Junior.

A excepción de Bratsie, con quien se sentía cómodo, los chicos de la escuela Buckley encontraban a Junior Grenville distante y poco comunicativo y solían tomarle el pelo por esas maneras elegantes suyas que revelaban el estilo de vida de su familia. A Junior le avergonzaba que lo llevaran y trajeran todos los días por las trece manzanas que separaban su casa de la escuela en la limusina Packard de los Grenville, pero su padre insistía en que así fuera. Junior habría preferido que lo dejaran en la esquina entre la calle Setenta y tres y Park Avenue y caminar hasta la entrada de la escuela, porque detestaba las bromas de los otros chicos, a muchos de los cuales les dejaban ir andando e, incluso, en autobús. Le suplicó a su madre que disminuyera la majestuosidad de sus llegadas y salidas y consiguió el compromiso de que su niñera, Templeton, no iría con él en el coche y que Gibbs, el chófer, no le abriría la puerta: de ese modo, podría entrar y salir de la limusina él mismo.

Un viernes por la tarde, cuando lo recogieron para llevarlo a la casa de campo para pasar allí el fin de semana, se despidió de Bratsie Bleeker y se metió en el Packard. Un hombre con sombrero de ala ancha que le ocultaba medio rostro apareció entre la multitud de chicos reunidos en la calle y siguió a Junior hasta el asiento trasero del automóvil. Durante un momento, el chico pensó que aquel hombre era un amigo de su chófer y el chófer pensó que el hombre era un amigo del chico. Se trataba de una maniobra bien planeada.

El hombre sacó una pistola, agarró al aterrorizado Junior y ordenó al igualmente aterrorizado Gibbs, cuyo nombre conocía, continuar por la calle Setenta y tres hacia la Primera Avenida y dirigirse hacia la parte alta de la ciudad donde, en un punto acordado, tendría lugar un encuentro con el coche de un cómplice. Todo se desarrolló de una forma tan diestra que nadie frente a la escuela reparó en lo que estaba sucediendo. A pesar de haber estado de pie junto a Junior, tampoco lo advirtió Bratsie y, durante años, se sintió celoso de no haber sido él mismo objeto del secuestro.

En la esquina entre la calle Setenta y cinco y la Primera Avenida, Gibbs, viejo y nervioso, se saltó un semáforo en rojo mientras cogía la nota de rescate que le tendía el secuestrador. Por unos centímetros no chocó con un camión que cruzaba la Primera Avenida. En medio de chirriantes frenos y bocinazos, un coche de policía inició una persecución, las luces rojas encendidas y las sirenas aullando, e indicó a la limusina

que aparcara a un lado de la avenida.

Manteniendo la calma, el secuestrador salió del vehículo de la misma forma discreta con la que había entrado, paró un taxi que pasaba, se metió en él y desapareció para no volver a ser visto jamás, antes de que el policía llegara hasta la limusina para ocuparse del privilegiado ocupante que, el agente suponía, se consideraba por encima de la ley en cuestiones relativas al tráfico. La única prueba del drama, de seis minutos de duración, además del niño lloroso y el chófer asustado, era la nota de rescate abandonada en el suelo.

—Lo que más me asqueó de todo fue cuando me tocó —dijo Junior.

—¿Te tocó? ¿Cómo te tocó? —preguntó su padre.

—Me cogió agarrándome el *blazer* por detrás.

—¿Qué sentiste?

—Tuve ganas de matarlo.

Alice Grenville llamó a la señora Sulzberger, cuya familia era propietaria de *The New York Times*, para que la historia, con valor periodístico, no se publicara, y no se publicó. Se colocaron barrotes en todas las ventanas de todas las habitaciones de la residencia Grenville. Durante el resto del curso, a Junior lo llevaron a la escuela en el Chevrolet que servía para hacer las compras de la familia y para conducir al servicio a la casa de campo el fin de semana. El siguiente otoño lo enviaron a la elitista escuela Groton.

Para no perder tiempo ante una supuesta emergencia, como medida de precaución, en la caja fuerte de la habitación de Alice Grenville guardaron sobres de papel manila atestados de fajos de billetes; miles y miles de dólares, en billetes de cien. Colocaron aquellos sobres debajo de los joyeros de cuero y la caja continuó oculta detrás de un cuadro de Constable de la catedral de Salisbury. El dinero permanecería allí, sin ser tocado, durante veintitrés años.

Junior acabó su bachillerato en Groton en 1938. Toda la familia asistió a la ceremonia de graduación. Sus hermanas pensaban que era el más guapo de su clase, lo que era verdad. Si bien se habría graduado en Groton incluso si su padre no hubiera donado una nueva residencia, llamada Grenville House, dicha donación, sin embargo, no solo garantizó esa certeza, sino también su entrada en Harvard. Consciente de lo mucho que se esperaba de él, a veces, aun sabiendo las respuestas, Junior se bloqueaba durante los exámenes. Sus maestros, y hasta el director, Endicott Peabody, alababan los perfectos modales del joven. No ganó ningún premio, ni académico ni deportivo, pero cantaba en el coro de la capilla, lo que complació a su madre, y adquirió una gran pasión por las armas, lo que complació a su padre. Anunció que, con el tiempo, le gustaría practicar la caza mayor de tigres en la India, y lo exótico de aquel deseo encajaba con la idea que había en toda la familia del hijo, hermano y heredero del apellido Grenville.

Europa se encontraba al borde de la guerra. El viaje por el continente, en el Cadillac descapotable de Bratsie Bleeker, meticulosamente planeado por los dos amigos, fue considerado inapropiado para su hijo por William Grenville. Se decidió, en cambio, que Junior pasara el verano en Nueva York con su padre, formándose en el banco familiar, y en Saratoga, acudiendo a las ventas anuales de potros. Obedeció, como siempre hacía. Les confesó a Bratsie y a Cordelia que no estaba seriamente interesado en la banca, pero se aplicó de forma diligente al trabajo que se esperaba que hiciera. A diferencia de su hermana Grace, quien podía citar el pedigrí de mil caballos y se sabía de memoria el registro de sementales de arriba abajo, tampoco estaba demasiado interesado en el negocio de las carreras.

—Cada vez que miro a mi padre, lo único que veo en su mirada es su decepción conmigo —le dijo Junior a Bratsie.

—Ese es el problema de ser el único hijo —le contestó Bratsie—. Tu vida está planeada desde el minuto en el que naciste. Buckley. Groton. Harvard. El banco. Los caballos. Boda con una amiga de una de tus hermanas en la iglesia de St. James, con diez testigos en chaqué. Un apartamento en el Upper East Side. Una casa en la orilla norte de Long Island. Y otro pequeño Grenville para que lo puedas enviar a los mismos colegios a los que fuiste y empezar de nuevo.

—Tú también —le dijo Junior.

—Oh, no, yo no —respondió Bratsie—. A mí nunca me atraparán.

—A mí tampoco —dijo Junior, aunque sin seguridad alguna.

—Pamplinas, amigo mío —replicó Bratsie—. Dentro de unos pocos años todas las madres de Nueva York con una hija en edad casadera saldrán a la calle para atraparte.

Lo que William Grenville quería para su hijo era evitarle los inevitables obstáculos que encontraría un hombre joven y mimado desde niño, heredero en su día de una gran fortuna. A sus hijas les decía: «Aprended golf y *bridge* o tendréis una vejez muy solitaria», y dejaba el resto de su educación a su mujer, pero para su hijo, su consejo era más concreto.

—Ahí fuera —le dijo a Junior, mientras Gibbs les conducía ciudad arriba desde Wall Street—, nadie va a sentir pena ante tus problemas. De ti dirán, no importa lo que te pase: «Ya me gustaría tener sus problemas». Pensarán que, como eres rico, el tipo de preocupaciones que tienes son insignificantes.

—¿Recuerdas a Brenda Frazier?

Eso fue lo que Ann Grenville me preguntó, cuando, finalmente, conversamos a bordo del barco camino de Alaska. ¿Si recuerdo a Brenda Frazier? ¡Claro que sí! ¿Quién podría olvidar a Brenda Frazier? La pobre Brenda Frazier. Ann me dijo que había sido la primera novia de Billy Grenville, pero yo ya lo sabía. En la fiesta de Edith Bleeker, la noche del tiroteo, cuando, en el último momento, por la

imposibilidad de Alfred a asistir, decidí sustituirlo y acompañar yo a Jeanne Twombly, estuve sentado junto a Brenda Frazier durante la cena y, dado que Billy Grenville estaba a su otro lado, escuché todo de primera mano.

En 1938 probablemente no había una mujer más famosa en América que Brenda Frazier. Tenía solo diecisiete años y no había logrado absolutamente nada más en la vida que ser la debutante más hermosa de su época. Su fotografía apareció en la revista *Life* y la gente leía más sobre ella que sobre cualquier estrella de Hollywood. Cada uno de sus pasos era registrado no solo en las crónicas de sociedad sino en las páginas de noticias de todos y cada uno de los diarios de la ciudad.

Por entonces a Billy Grenville todavía lo llamaban Junior. Fue Ann quien le cambió el nombre a Billy cuando le dijo que no quería estar casada con un hombre llamado Junior. Bien, Junior conoció a Brenda al saludarla después de haber estado esperando en fila para dar la bienvenida a sus invitados a su presentación en sociedad, celebrada en el antiguo hotel Ritz-Carlton de la avenida Madison, hace tiempo demolido.

Ella era una belleza y él, otra. Cuando la invitó a bailar, la gente retrocedió para mirarlos y todos los fotógrafos les sacaron fotos. Maury Paul, la cronista de sociedad, entonces llamada Cholly Knickerbocker, escribió que Brenda Frazier y Junior Grenville eran la pareja de jóvenes más guapa de Nueva York.

No hace falta decir que Alice Grenville no estaba contenta. Tenía cuatro hijas, pero Junior era su favorito y, llegado el momento, tenía en mente grandes planes matrimoniales para él. Consideraba que Brenda Frazier recibía demasiada publicidad y no la suficiente supervisión paterna. Alice Grenville pertenecía a la vieja escuela de los que creían que el nombre de una dama solamente debía aparecer tres veces en su vida (cuando nacía, cuando se casaba y cuando moría), y Brenda Frazier, por lo menos en Nueva York, era un nombre famoso.

Un día Brenda acudió a tomar el té a la gran casa de piedra gris donde los Grenville vivían, a la altura del número ochenta, tocando la Quinta Avenida. Fue Junior quien le pidió a su madre que la invitara. Todas sus hermanas acudieron también, tan solo para contemplarla. Las cuatro habían celebrado sus presentaciones en sociedad en casa, en la sala de baile familiar, sin prensa invitada ni extraños en la lista. Todas estaban preparadas para que Brenda no les cayera bien, pero no fue así. Era demasiado agradable y la encontraron absolutamente encantadora. Incluso a Alice, quien la llamó señorita Frazier todo el rato, le gustó. Pudo ver su gran potencial.

Se vieron durante un tiempo pero Junior estaba empezando en Harvard y no se sentía preparado para pensar en nada serio. Apareció entonces un futbolista llamado Shipwerck Kelly que enamoró a Brenda locamente y la condujo a un matrimonio católico en la capilla Mariana de la catedral de St. Patrick. Alice respiró aliviada.

La amistad entre Brenda y Billy, sin embargo, continuó hasta el final de su vida. Ella fue probablemente la última persona con la que habló esa noche en casa de Edith

Bleeker, antes de pelearse con Ann.

—¿Te acuerdas de Kay Kay Somerset?

Ann Grenville también me hizo esa pregunta en el barco. Aquel fue el segundo enamoramiento de Billy. La vida de Kay Kay Somerset no acabó bien, pero por aquel entonces, antes de que todos aquellos matrimonios, el alcohol y las drogas le pasaran factura, Kay Kay Somerset era un bellezón. Una vez leí en una de las crónicas de sociedad que jugaba al tenis con guantes blancos, para no estropear sus preciosas manos. Tampoco jugaba antes de las cinco de la tarde, cuando el sol dejaba de quemar. Esa era también la hora aproximada en la que salía de la cama.

Kay Kay era muy distinta a Brenda y a las hermanas Grenville. Era muy muy rica, tan rica que incluso la gente rica decía que era rica. El dinero venía, por parte materna, de las bujías y, por parte paterna, de una perforadora neumática utilizada para la producción petrolífera. Pero, pese a su enorme cuantía, su fortuna, digamos que rural, nunca les pareció a gente como los Grenville equiparable a la suya, al dinero de Nueva York. No hay que olvidar que en aquellos días a la gente todavía le preocupaba el linaje de cada familia.

Kay Kay fue a los mejores colegios y, bajo una carpa forrada de raso color azul hielo en una finca de Southampton, se presentó en sociedad con una fiesta todavía más espléndida que la de Brenda Frazier, empañada solamente por Bratsie Bleeker, quien se columpió de una de las lámparas de araña mientras bebía champán directamente de la botella.

A Kay Kay no le pidieron unirse al exclusivo baile de sociedad de la Junior Assembly, como sí les solicitaron a todas las hermanas Grenville, pero este fallo únicamente acrecentó su *glamour* a los ojos de Junior Grenville, en quien Kay Kay se había fijado. «Para ti sería un primer matrimonio maravilloso», le dijo su madre, la heredera de las bujías. El comentario nunca llegó a oídos de Alice Grenville, quien, sin embargo, sí lo percibió.

A William Grenville, secretamente complacido de que sus miedos iniciales sobre otras inclinaciones fueran infundados, no le gustaba interferir en los asuntos del corazón de su hijo, pero, cuando Junior anunció a su atónita familia que se iba, el segundo día de Navidad, a un crucero por el Caribe en un yate de cincuenta metros provisto para Kay Kay por su indulgente padre, supo que había llegado el momento de romper el incipiente romance.

Su padre le prohibió ir, pero Junior, siempre complaciente, esa vez no solo no obedeció sino que estalló con toda la ira que había reprimido y se vació contando una letanía de frustraciones. Aunque le impactó aquel inesperado estallido de su hijo, William Grenville permaneció implacable. Bratsie Bleeker, en un estallido similar con su madre, había huido de casa y se había alistado en la Real Fuerza Aérea Canadiense. Junior Grenville amenazó con hacer lo mismo. El día después de

Navidad, partió hacia Palm Beach, donde se unió a Kay Kay Somerset y sus amigos en el yate *Kay Kay*. No se sintió triunfante en aquella victoria suya.

Poco después, sin relación alguna con lo ocurrido, William Grenville sufrió un aneurisma en la aorta, la explosión del principal vaso sanguíneo del corazón. El Packard, con Gibbs al volante, lo esperaba frente a la casa para llevarlo al despacho. Cuando no había aparecido, a las ocho y nueve minutos de la mañana, Gibbs entró en la casa e informó de ello a Cahill, el mayordomo. Fue él quien lo encontró, en su baño, adonde se había retirado, como era habitual, con el *Times* y el *Wall Street Journal*, después de desayunar.

Alice Grenville, quien adquiriría su plenitud personal con la viudedad, telefoneó a la residencia de los Somerset en Palm Beach y le pidió a Arthur Somerset que contactara con el barco, estuviera donde estuviese, para que Junior telefonara a casa. Al cabo de unas horas recibieron una llamada de Junior desde Barbados. «Se está muriendo —le dijo su madre—. Tienes que volver de inmediato, para hablar con él». Alice era consciente de que el abismo abierto entre padre e hijo debía cerrarse con una reconciliación antes de que fuera demasiado tarde.

Pero no pudo ser. Junto a sus llorosas madre y hermanas, Junior estuvo en la habitación del Pabellón Bleeker del hospital de Nueva York y asistió al último suspiro de un hombre que no quería morir. Al no sentir nada más que alivio al dejar de ser la causa de las decepciones de su padre, y consciente de que era dolor lo que se tenía que sentir, Junior, para guardar las apariencias, simuló sentir pena.

El ataúd se colocó, abierto, en el salón de visitas, anexo a la entrada principal. Sobre la repisa de la chimenea colgaba un gran retrato de tres jóvenes vestidas con vestidos largos blancos, en actitud serena y elegante entre los cojines de un inmenso sofá verde. Eran las trillizas Pleydell, retratadas por John Singer Sargent hacía casi cuarenta años. Alice Pleydell estaba a la derecha. La leyenda contaba que William Grenville se había enamorado del rostro de aquel cuadro, lo había perseguido y lo había conquistado.

Alice y Junior y las cuatro hermanas recibieron de pie, frente a la chimenea, a los centenares de personas que acudieron a darles el pésame: el mundo de la banca, de las carreras, de los nueve clubes a los que pertenecía, la alta sociedad neoyorquina en la que se movían y los amigos de Alice, Rosamond, Felicity, Grace, Cordelia y Junior. El olor de las flores era agobiante. En el exterior, llovía.

Y entonces, inesperadamente, llegó Bratsie Bleeker vestido con su uniforme de la Real Fuerza Aérea Canadiense. Estuvo esperando su turno en la cola, detrás de Archie Suydem, el médico de la familia, y por delante de Edith Bleeker, su madre.

—Vámonos de aquí —le dijo a Junior después de saludar a la familia.

—¿Adónde? —le preguntó Junior.

—Adonde sea —contestó Bratsie.

En la calle estaba el Cadillac descapotable de Bratsie, su carrocería de color amarillo intenso reluciendo de forma del todo inapropiada para aquella ocasión, entre

limusinas con chóferes sosteniendo los paraguas para los ancianos que entraban y salían de la enorme residencia Grenville. Entraron en Central Park por la calle Setenta y dos y aceleraron atravesando el parque en silencio. Junior estaba ensimismado en sus pensamientos, convencido de que, incluso en la muerte, la mirada desaprobadora de su progenitor pesaba sobre él.

En un semáforo de la zona oeste de Central Park, tres matones, al ver a aquellos dos niños bien, levantaron los pulgares haciéndoles la señal de autostop. «Solo somos unos niños y tenemos un Cadillac», les gritó Bratsie, poniendo el coche a toda velocidad y rompiendo así la tristeza reinante. Como siempre, Junior fue el mejor público de Bratsie, tronchándose con una risa escandalizada.

—Déjame que te pregunte una cosa, Junior —le dijo Bratsie.

—¿Qué cosa? —le preguntó Junior.

—La verdad —estipuló Bratsie.

—La verdad —accedió Junior.

—¿Te has acostado con alguien alguna vez?

—¡Bratsie!

—Dime la verdad.

—...

—Eso es lo que sospechaba.

—¿De qué va todo esto?

—Te voy a llevar a conocer el establecimiento de la señorita Winifred Plegg, también conocida como Bootsie, entre la avenida West End y la calle Noventa y uno.

—¿Esta noche?

—Es el momento perfecto.

Los Grenville no eran de esas familias que lloran en los funerales. El estoicismo ante la adversidad era, como la rectitud, un rasgo que aprendían pronto. En el funeral en la iglesia de St. James y en el entierro, en la parcela familiar del cementerio de Woodland, con el reverendo doctor Kinsolving entre la concurrencia, William Grenville, Junior, se mantuvo en todo momento junto a su madre, cuyo brazo él sostuvo con sus largas y elegantes manos para ir guiándola en los rituales de aquel largo día, sin que nada en su comportamiento dejase entrever el desenfreno que había vivido la víspera en el establecimiento de Winifred Plegg, en la avenida West End.

Junior Grenville fue muy admirado y se murmuró de banco en banco de la iglesia que, después de Harvard y la guerra, sería un digno sucesor en los cargos y responsabilidades de su progenitor. Cuando, junto a la tumba, sus ojos se posaron en Kay Kay Somerset, con su bronceado caribeño, experimentó una profunda aversión hacia ella. Como si aquel único acto de desobediencia, a causa de ella, pudiera haber provocado el reventón de aquel vaso sanguíneo que había llevado a su padre a la muerte.

William Grenville dejó su enorme legado en perfecto orden, de modo que el majestuoso ritmo de vida de sus descendientes no sufriría disminución alguna el resto de sus vidas. Sus hijas, ya ricas gracias a sus matrimonios, pasaron a ser ricas ellas solas. Su viuda, Alice, recibió todas las casas, para hacer con ellas lo que quisiera, aunque con la ferviente esperanza de que continuara viviendo en el vasto edificio de la Quinta Avenida que él había construido y que, a su desaparición, lo legara a Junior. De este modo, su hijo podría educar a su propia familia, cuando ese momento llegara, en la casa en la que había crecido. Alice, buena administradora, obtuvo el grueso de la fortuna que, llegada su hora, le pasaría a Junior. Junior recibió diez millones de dólares, una vasta suma en aquella década preinflacionaria. Se convirtió en uno de los hombres jóvenes más ricos del país.

Después de guardar el luto debido, la vida continuó en las residencias de los Grenville en Nueva York, Long Island y Newport. A los hijos de Alice les habría sorprendido saber que su madre se sentía aliviada por su viudedad. Poco a poco, las estrictas normas impuestas en todas sus vidas por William Grenville se suavizaron y, pese a la guerra que se avecinaba, las risas volvieron a escucharse en las casonas donde vivían. Alice, liberada de las constantes invitaciones de banqueros y criadores de caballos que habían constituido la vida de su marido, disfrutaba más y más de la compañía de sus hijos y amigos y de las fiestas y los conciertos que inundaban las casas.

Era inevitable que, cuando finalmente llegó la guerra, Bratsie Bleeker fuera el primero en alistarse después de solicitar el traslado de la Real Fuerza Aérea Canadiense. Fue también el primero en ser distinguido en combate, donde su natural inclinación por la temeridad solía ser confundida por valentía.

Junior Grenville deseaba seguir el ejemplo de Bratsie, pero le había prometido a su madre que acabaría antes sus estudios en Harvard. Así lo hizo, pero eso sí, pasando muchos fines de semana en Nueva York, donde disfrutaba de la renovada adoración de sus cuatro hermanas. En cuanto obtuvo la licenciatura, se alistó en la Marina y entró en la Escuela de Oficiales, de la cual se graduó como alférez.

El 19 de febrero de 1943, Ann Grenville, entonces llamada Ann Arden, y antes Urse Mertens, irrumpió en la vida del alférez William Grenville, Junior.

Más que al adjetivo «guapa», Ann respondía al calificativo de «glamurosa». Irradiaba muchísima luz y sus bonitos ojos azules jugueteaban de un modo tan seductor con su boca roja y brillante que uno caía fascinado al verla. Desde los doce años, Ann sabía, antes siquiera de que fuera consciente de ello, que poseía la capacidad de tener a los hombres comiendo en la palma de su mano, una expresión que a su madre le gustaba utilizar.

En aquella época ejercía como corista por la noche y como actriz radiofónica durante el día. Aunque salió elegida por muchísimos votos la chica más guapa de la

radio, era en el escenario donde resultaba magnífica. Extravagantemente vestida con lentejuelas y gigantescos tocados de plumas, mantenía sus brazos en alto de manera perfecta, exhibiendo así su hermoso cuerpo al cruzar el escenario de Broadway detrás de la *vedette*, la señorita Ethel Merman. Su más ardiente admirador no podría calificarla de brillante, ni como bailarina ni cantante, pero Ann poseía algo que llamaba la atención —en sus ojos se intuía diversión y sus labios parecían dibujar una sonrisa secreta— y los hombres seguían cada uno de sus movimientos en escena sin advertir siquiera la presencia de las otras coristas. De todas ellas, Ann era la más codiciada y, después del espectáculo, pasaba las noches con el tipo de hombres que llevan a las coristas a los clubes y cuyos nombres aparecían alguna que otra vez en las columnas que los periódicos dedicaban a Broadway. Existía siempre la esperanza de que la descubriera un cazatalentos de Hollywood y la posibilidad de un estrellato cinematográfico era un sueño que acariciaba desde hacía tiempo.

A veces le aterrorizaba que su vida avanzara, ya había avanzado, sin lograr demostrar todo su potencial. Aunque era joven, ya había empezado a mentir sobre su edad para parecerlo más. Era al mirarse en el espejo, para maquillarse, cuando se enfrentaba a ella misma. No era una estrella, no sería una estrella. Adele Jurgins, con la cual había bailado en el coro del Fefe's Monte Carlo, se había marchado a Hollywood y estaba protagonizando películas. Babette Lesniak, con la cual había bailado en el coro del Copacabana... Bueno, todo el mundo sabía lo que le había sucedido a Babette o, como mínimo, todo el mundo que leía los tabloides sabía qué maravillas estaba viviendo. Quizás, pensó, esto no es lo que se supone que tengo que hacer. Después de todo, quizás no lo sea.

Con un nuevo descubierta en el banco, el pago del alquiler acercándose, luchando contra la sensación de desesperación, se vistió y se fue a El Morocco. Una nunca sabe qué puede pasar, se dijo. Esta noche puedo conocer al hombre que va a cambiar mi vida.

Salía con el *playbo* y argentino Arturo de Castro. Lo consideraba el mejor bailarín de Nueva York y le comentó a su mejor amiga, Babette Van Degan, que llevaba en su sangre el ritmo latino. Le encantaba bailar y sabía que la gente la miraba cuando ella y Arturo recorrían la pista, pero se dio cuenta, antes de que él se lo dijera, de que estaba a punto de dejarla. Había leído en la columna de Cholly Knickerbocker que se le había visto saliendo con una heredera de la petrolera Standard Oil y era consciente de que aquella aventura suya se acababa y que sus días estaban contados. Decidida a no montar una escena en El Morocco, luchó contra la rabia que le provocaba aquel rechazo y se concentró en la chaqueta de zorro blanco que él le había visto admirar en el escaparate de Saks: confiaba en que, como mínimo, se la regalaría cuando llegara el final.

Adoraba El Morocco, con sus palmeras blancas y sus bancos con tapizado blanco y negro de cebra. Allí nunca podía dejar de mirar a su alrededor, a las otras mesas y a todos los que pisaban la pista de baile.

Tenía la costumbre de cantar al oído del hombre con el que bailaba con su voz profunda y ronca:

*Dear, when you smiled at me,
I heard a melody
that haunted me from the start.
Something inside me
started a symphony.
Zing went the strings of my heart!*

Y, en ese instante, Zing atravesó las cuerdas de su corazón.

—¿Quién es ese? —preguntó Ann.

—¿Quién es quién? —preguntó Arturo.

Lo había visto por encima del hombro de Arturo, cuando entró. No sabía quién era, pero supo, de inmediato, que era algo más que un apuesto oficial de la Marina de permiso. El mismísimo Johnny Perona saludó a Junior Grenville con la deferencia que reservaba a Alfred Vanderbilt, Gary Cooper y los hermanos Rockefeller.

—Ese alférez que está saludando a Brenda Frazier —respondió Ann, absteniéndose de añadir «ese con los dientes perfectos y la hermosa sonrisa».

—¿Dónde está Brenda? No la veo —respondió Arturo.

Ann poseía un instinto para detectar la calidad. La calidad iba más allá de la apariencia y la ropa, ella podía percibirla incluso en la desnudez. Cuando se apretujó contra el alférez camino del baño y dijo «Disculpe», en un tono coqueto pero de algún modo cercano, él reparó en ella por primera vez. Llevaba un vestido corto, de raso negro. La miró satisfecho y se detuvo para deleitarse de la visión de aquella mujer que trataba de avanzar por el pasillo. Lo que le llamó la atención, lo que siempre le llamaría la atención por más años que se hubiera acostumbrado a su presencia, fueron sus pechos. Él estaba solo. Se había escapado de una de las fiestas de su madre, escabulléndose durante la velada musical de Madam Novotná. Permanecía en el mismo sitio cuando ella regresó del lavabo de señoras.

—Tenemos que dejar de encontrarnos de esta manera —le dijo ella, apretándose contra él por segunda vez.

Se rio de su propia broma. Él se unió a la risa y todo empezó.

—Soy Junior Grenville —le dijo.

—Y yo Ann Arden —respondió ella.

—Hola, Ann.

—Hola, Junior.

Al mirarse el uno al otro, se hizo un momento de silencio entre el barullo del concurrido local.

—Junior, ¿vas a venir a sentarte con nosotros? —le llamó Brenda Frazier.

—En un minuto, Brenda —contestó él.

El corazón de Ann latía muy rápidamente. Le asombró que no saltara de inmediato, ante la oportunidad de sentarse a la mesa de la hermosa Brenda Frazier.

—Debería volver —dijo Ann.

Más tarde, mientras bailaba de nuevo con Arturo, sin cantarle al oído esa vez, el alférez Grenville apareció en la pista, golpeando el hombro de Arturo. Arturo se giró hacia él.

—¿Puedo? —preguntó Junior, tendiendo sus manos.

—Verá, teniente —dijo Arturo, molesto.

—Alférez —le corrigió Junior.

—Estas cosas no se hacen aquí, en El Morocco. Guárdese las para los bailes allí, en la base. —Se volvió hacia Ann, retomando su fox-trot.

—¡Oh! —dijo Ann, encantada ante la posibilidad de que se montara una escena—. ¿Por qué no os peleáis por mí? Venga, ¡que salgan fotos nuestras en todos los diarios! Por fin conseguiré una audición.

Arturo, airado, se marchó de la pista.

—Estaré en la mesa —anunció, en un tono poco agradable, por encima de su hombro.

Ann y Junior permanecieron en la pista, mirándose el uno al otro durante un momento y sonriendo.

—Fue solo una de esas cosas... —empezó a cantar. Extendió sus brazos y él los recogió, empezando así a bailar con ella.

*Just one of those fabulous things,
A trip to the moon on gossamer wings,
Just one of those things.*

Le dijo que le gustaba su voz más que la de Libby Holman y eso que Libby Holman había sido su cantante favorita. Ella se le acercó más.

—¿Imagino que sería imposible para ti zafarte de quienquiera con quien estés? —le preguntó él.

—¿Y hacer qué? —preguntó ella.

—Irte de aquí, conmigo —respondió él.

Le gustaba ese modo de hablar suyo tan preciso y tan característico. Su voz era propia de una pequeña parte del Upper East Side de Nueva York y la orilla norte de Long Island.

—No —contestó—, no es imposible. Nos vemos en la entrada.

Su habitación estaba en matutino desorden. Su meticulosidad no empezaba hasta más tarde. Las medias y la ropa interior permanecían diseminadas allá donde habían caído la noche anterior y las sillas estaban recubiertas de ropa y de toallas. Del cuarto de

baño, salió el ruido que hace la ducha al apagarse y, aunque no estaba acostumbrada a despertarse antes del mediodía, aquello la despertó.

Con los párpados entrecerrados vio cómo se vestía. Le gustaba su aspecto en ropa interior y camiseta de manga corta —afeitado, limpio, peinado—, concentradísimo en anudarse la corbata frente al espejo. Le habría gustado no haberse acostado con él en la primera cita, pero siempre se dejaba llevar con los niños ricos, los ricos de toda la vida, no los nuevos ricos que conocía en las inmediaciones de la puerta de entrada de los artistas sino con los que tenían ese aspecto que proviene de generaciones de buena cuna y esa forma de hablar que los identifica. Además, el alférez Grenville era, sin duda, el chico más guapo que había visto en toda su vida. Se moría de ganas de saber quién era.

Por más que Arturo de Castro perteneciese, como le había dicho Babette Van Degan, a una de las familias más antiguas de Argentina, aquel hombre que le había parecido tan divino durante tantísimo tiempo súbitamente le pareció un bárbaro. Súbitamente se sintió patriótica por el hecho de que su querida nación, el viejo y bueno Estados Unidos, hubiera producido un espécimen de su aristocracia comparable con lo mejor que Inglaterra tenía para ofrecer, con todos sus duques y condes y, naturalmente, su rey o, más bien, su exrey. Su ya fallecida madre siempre lo había considerado el máspreciado de los posibles maridos y la dama que lo había cazado, la señora Simpson, hoy duquesa de Windsor, era la mujer que ella y su madre admiraban más en el mundo.

Imaginó que no debería rogar por cosas como aquella, pero rezó para que el alférez Grenville no pensara que se acostaba con cada hombre con el que salía, y menos la primera noche, pero él era tan guapo y joven y tan corpulento pero también tan inexperto que, sin darse cuenta, asumió el rol de maestra y sus propias pasiones, cuantiosas, simplemente la habían arrastrado. Incluso en el momento del clímax él había mantenido su maravilloso acento y eso, más que cualquier otra cosa, la había conducido a nuevas cimas del deseo.

Miró fijamente su perfil mientras él remataba el nudo de la corbata y se disponía a buscar los zapatos. Se sorprendió a sí misma cuando se escuchó pronunciando sus primeras palabras del día:

—Me gusta ver los zapatos de un hombre en lo más profundo de mi armario.

Vio cómo su miembro se erguía excitado en respuesta a su comentario. Él se ruborizó. A ella le gustaba su timidez. Sin dejar de mirarlo, encendió un Camel. Al inhalar con intensidad llenó de pintalabios la boquilla. Aguantó el humo y, cuando lo exhaló, algo de humo escapó por su nariz.

—Ven hacia aquí —le dijo— y deja que le eche un buen vistazo a eso a la luz del día. —Sabía, por la noche anterior, que aquel hablar ordinario le excitaba. Él caminó hacia ella y ella le acercó la mano a la bragueta—. Es realmente encantador —dijo—. Podría ser tremendamente feliz con esto durante un tiempo. ¿Cuánto dura tu permiso?

No esperó a una respuesta. Su mente estaba en otras cosas. Mientras él se

precipitaba hacia ella, hambriento, le dijo:

—No, no, vuelve para atrás. Esto es mío. —Le bajó los calzoncillos y se arrodilló frente a él al tiempo que dudaba si debería dejarle ver lo buena que era haciendo lo que iba a hacer.

Él estaba fascinado, mirándola sostener todavía el Camel. Pensó que nunca había visto una mujer tan bella. Supo que nunca había visto unos pechos así.

—Eres demasiado rápido, ¿sabes? —le dijo ella después—. Y la rapidez no es lo más importante. Voy a disfrutar enseñándote. ¿Cuánto has dicho que duraba tu permiso?

*

El alférez Grenville no se cansaba de Ann Arden. Todo en ella le fascinaba. Los ceniceros de su apartamento eran del Stork Club y su nevera estaba llena de botellines de champán, gardenias marchitas y restos de comida de El Morocco. Después de aquella primera noche, de su escritorio desaparecieron las cartas de amor de capitanes y tenientes remitidas desde lugares lejanos y, de las paredes de su cuarto de baño, las fotografías en las que aparecía con una variedad de hombres en diferentes clubes nocturnos. Tenía los discos de todos y cada uno de los espectáculos de Broadway y se sabía de memoria las letras de todas las canciones.

Cada mediodía se citaban en el vestíbulo del hotel Plaza, del St. Regis o del viejo Ritz-Carlton. Pedían martinis, comían ensalada de langosta y se miraban fijamente a los ojos. Cada noche, ante la consternación de su madre y hermanas, deseosas de lucirlo tan espléndidamente uniformado, se sentaba, fascinado, en el teatro Music Box y contemplaba a Ann descendiendo una escalera plateada y contoneándose por el escenario como si no hubiera nadie más en él. Sentía muchísima curiosidad por su carrera en la radio y cada día escuchaba con avidez el episodio de *Marge Minturn, becaria*, en el que ella interpretaba a la mejor amiga de Marge. Le excitaba escuchar su voz profunda de actriz. Ella le hablaba de su agente, Chet Mark, de las esperanzas de conseguir una audición y de la posibilidad de conocer a Humphrey Bogart.

No le ocultó información sobre él pero tampoco se animó a contarle mucho a ella. De los dos, consideraba que ella era la atracción estelar; todo en ella le resultaba novedoso. Por su parte, Ann, en cuanto fue consciente de sus posibilidades, más allá de su belleza y sus modales exquisitos, empezó a preguntarle de forma impertinente preguntas pertinentes y empezaron a surgir pedazos de su historia.

—¿A qué colegio fuiste?

—Oh, los típicos —le respondió y, cuando ella lo miró, continuó—: Buckley, Groton y Harvard.

—Oh —contestó ella, sintiendo una oleada de placer.

—Horizontes bastante estrechos de miras, ¿verdad? —preguntó él, temiendo que ella creyera que era demasiado tradicional.

—No, en absoluto —le respondió.

Ann sabía que era alguien importante pero, como con toda la gente importante, él no daba pistas de hasta qué punto lo era. Descubrirlo era tarea de ella. Cuando le explicó su intento de secuestro, decidió que era el momento de ir a visitar a su amiga Babette Van Degan y comprobar, como Babette diría, la disposición del terreno. Desde Murray Hill, donde vivía en su pequeño ático, cogió un autobús hasta la calle Sesenta y siete. Desde allí, caminó hasta el apartamento de Park Avenue donde vivía Babette.

Babette era todo lo que Ann aspiraba a ser.

Había iniciado su vida como Barbara, después Baby y, posteriormente, como Babette Lesniak, una más de los hermanos de la familia numerosa de un repartidor de leche de origen lituano de Willimantic, Connecticut. Se marchó pronto de casa y llegó hasta Nueva York, donde acabó como corista del Copacabana. No tenía ambiciones teatrales de ningún tipo, tampoco un objetivo concreto: se limitaba a esperar que algo le pasara en la vida y se sumaba a lo que llegara, siempre con la disposición de ser la más alegre de la fiesta. Tuvo una suerte increíble. Dickie Van Degan, el más tonto de los muy ricos hermanos Van Degan, se lanzó, como una tromba, a un romance con ella que acabó con una fuga y un matrimonio en Elkton, Maryland, que fascinó a los lectores de la prensa sensacionalista por considerarlo la versión moderna del cuento de Cenicienta. Sin ninguna artimaña por su parte, simplemente por despiste, se quedó embarazada de inmediato. Cuando, apenas un año después de que todo empezara, el matrimonio terminó, ante el profundo alivio de los Van Degan, Babette no solo poseía el primer heredero de la familia sino el más sustancioso acuerdo de divorcio firmado hasta la fecha en la historia de Nueva York. Desde que se hizo con aquella fortuna, Babette se convirtió en una meticulosa lectora de las páginas de economía y se enfrascaba en las cotizaciones de Bolsa con el mismo fervor con el que había leído las columnas de cotilleos. Con el tiempo, el fruto de su acuerdo de divorcio se dobló, triplicó y, quizás, cuadruplicó, bajo su asombrosa administración.

Babette aseguraba que había conocido a Ann antes que nadie en Nueva York cruzara una palabra con la recién llegada y tenía bastante razón. Babette fue una de las pocas personas en la vida de Ann con las que coincidió en varias épocas de la misma y Babette debió de ser la única persona en Nueva York que llegó a conocer a su madre. A diferencia de Ann, quien nunca miraba hacia atrás ni rememoraba el pasado, a Babette sí le gustaba recordar. «Por aquel entonces había un tipo en Nueva York llamado Chet Marx —contó una vez—. Me llamó y me dijo: “Babette, necesito un vestido negro y un par de zapatos del número treinta y seis”, y yo le respondí: “Chet, ¿para qué demonios necesitas un vestido negro y un par de zapatos del treinta y seis? No te estarás volviendo sarasa, ¿verdad?”. Y Chet me dijo: “Tú, precisamente tú, deberías conocerme mejor que ninguna, Babette”. Nos reímos mucho con aquello. Me dijo que había una chica recién llegada a Nueva York que tenía una audición para

el Copa pero que no tenía nada que ponerse, así que llevé el vestido y los zapatos a casa de Chet, donde se hospedaba Ann, y así fue como la conocí».

El apartamento de Babette en Park Avenue era grande y descuidado. Las pocas piezas de mobiliario de los Van Degan se perdían entre los más exagerados ejemplos de su escaso gusto. Las habitaciones, además, estaban invadidas por los juguetes de su hijo. Su perrito, *Phydeaux*, estaba muy mal acostumbrado y sus criadas, a veces, no llevaban uniforme, pero aquel lugar resultaba agradable y relajado.

Cuando Ann entró en la habitación de Babette se encontró a su amiga en la cama, con la bandeja de desayuno, mascullando algo frente al *Wall Street Journal*.

—Ann —le dijo, levantando la vista del diario—. ¿Qué te trae por aquí a estas horas de la mañana?

—¿Estas sábanas son de raso amarillo? —preguntó Ann.

—Sí —respondió Babette, acariciando el raso—. Te apuesto algo a que no sabes quién dijo que el raso amarillo puede consolarle a uno de todas las miserias de la vida. —Untó de mantequilla su panecillo sirviéndose del dedo índice como cuchillo antes de chupárselo para limpiarlo.

—¿Alguna reina? —preguntó Ann, quien no estaba interesada en una charla literaria, sino impaciente por empezar a hablar de lo que la había traído hasta allí.

—Oscar Wilde —dijo Babette pomposamente.

—Y eso es lo que he dicho, alguna reina —replicó Ann. Sus conversaciones eran groseras y su lenguaje soez. Siempre se reían de las vulgaridades de la una y la otra—. Pero ahora escúchame, Babette. Estoy aquí por un asunto importante. Necesito información sobre alguien a quien he conocido.

—¿Qué necesitas saber?

—Si es auténtico caviar o un sucedáneo.

—Búscalos en el *Social Register*.

—¿Tienes uno?

—A mi marido lo eliminaron del *Social Register* cuando se casó conmigo y fue reinstaurado de inmediato al divorciarnos, así que no es un libro que ande por esta casa.

—Entonces, ¿qué puedo hacer?

—¿Quién es?

—Se llama Junior Grenville.

—¿William Grenville?

—Junior.

—¡Oh, Dios mío! Millones.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Millones.

—¿Lo conoces?

—No, pero los Grenville están en las alturas, con los Van Degan. El chico era bastante apuesto. Lo vi una vez en las carreras. Llamaba la atención en ese grupo: flor

en el ojal, ese aspecto. Modales corteses, pero solo con los de su círculo. Si no, un tremendo esnob. La señora Grenville tiene reservada la misma mesa, todos los días, para comer en el Colony. ¿Cómo es ese tal Junior? ¿Es guapo?

—Mucho.

—¿Estás enamorada? —preguntó Babette.

—Me atrae físicamente —respondió Ann.

—¿Qué es lo primero en lo que te fijas en un hombre? —le preguntó Babette.

Ese era el tipo de conversación que les gustaba mantener, por lo que se acomodó para una larga charla con su amiga. Si bien Babette era varios años mayor que Ann, las dos amigas no hablaban de su edad ni tan siquiera entre ellas y simplemente permitían que el rol mujer más mayor-mujer más joven se diera en su relación.

—En las manos —respondió Ann.

—¡Las manos! —exclamó Babette—. Qué cosa tan extraña en la que fijarse.

—No soporto a los hombres con manos pequeñas.

—Pero ¿por qué son importantes?

—Ya sabes lo que dicen, ¿no?

—¿Qué dicen?

—Manos pequeñas, polla pequeña.

—Nunca lo había oído —dijo Babette, tronchándose.

—Y, por la misma regla, manos grandes, gran... ¿Acaso necesito continuar?

—Dickie Van Degan tenía las manos pequeñas —dijo Babette, cautivada por la conversación—. Y, de hecho, ahora que lo pienso, Dickie Van Degan tenía también una polla pequeña. ¿Cómo son las manos de Junior Grenville?

—Grandes, querida —informó Ann, estirándose de modo lujurioso.

—¿Ya habéis...?

—Sí.

—Entonces, ¿es un buen amante?

—Todavía no.

—Esas familias tan finas, ya sabes. Sexo de preescolares. Aquí te pillo aquí te mato.

—Cuando lo besé por primera vez mantuvo los labios juntos y noté sus dientes apretándose contra mi boca.

—No es una sensación precisamente agradable.

—No, pero está esperando a que le enseñen.

—Conociéndote, seguro que te sentaste sobre su cara el primer día y él creyó que se moría y se iba directo al cielo. —Estallaron de risa otra vez—. ¿Acierto?

—Casi, casi —concedió Ann.

Babette le dijo que buscara a los Grenville en el *Social Register* de la floristería Rhineland, situada en la esquina de la avenida Madison con la calle Setenta y dos. Leyó que la madre de Junior se llamaba Alice Pleydell Grenville y que tenía cuatro hermanas llamadas Rosamond, Felicity, Grace y Cordelia. Aparte de abreviaturas que

no pudo entender, aparecían las direcciones y los teléfonos de la casa de Nueva York, la casa de Long Island y la residencia de verano en Newport. Su corazón empezó a latir aceleradamente. Tuvo la sensación de que la florista estaba observándola, lo cual no era cierto, y encargó flores: media docena de rosas para enviarle a la señora Babette Van Degan.

Caminó catorce manzanas por la avenida Madison arriba hasta que llegó a la calle de la dirección que había memorizado. Giró a la izquierda, hacia la Quinta Avenida, hasta que se topó de frente con el número 9. Era una mansión palaciega, de estilo francés, de piedra gris. Frente a ella había aparcada una limusina Packard. Del interior de la casa un mayordomo abrió una puerta de hierro y una mujer alta, pasada la mediana edad y elegantemente vestida, emergió de la misma y entró en la parte trasera de la limusina. El chófer, con el cual conversaba afectuosamente, la ayudó a entrar y le cubrió las piernas con una manta.

De pie, frente a ellos, Ann observaba. No sabía si se sentía eufórica o deprimida. Volvió sobre sus pasos por la avenida Madison, inmersa en sus pensamientos. Cuando la gente le preguntaba cuándo fue el momento en el que se enamoró de Junior Grenville, jamás dijo que fue aquel.

Él la llamó por la tarde, para organizar un encuentro aquella noche, después del espectáculo. Ya le había dado las llaves de su apartamento y, como él tenía que cenar con su familia, ella le pidió que la esperara allí.

—Y, ¿Junior...? —le dijo al colgar.

—¿Sí?

—Cuando abras la puerta, para dejarme entrar...

—¿Sí?

—Hazlo desnudo.

Si un hombre podía desvanecerse, Ann supo, por teléfono, que William Grenville, Junior, acababa de hacerlo.

Él estaba asombrado ante la magnitud de su pasión por él. «¡Aguantate! —le había ordenado la noche anterior, al percibir que su creciente excitación iba a desembocar en una conclusión demasiado temprana—. ¡Todavía no, por el amor de Dios! ¡Acabamos de empezar!». A él le excitaba cuando le ladraba aquellas órdenes sexuales.

Cuando Horowitz empezó a tocar, Junior se escabulló de la cena organizada por su madre para llegar al pequeño ático de Murray Hill. Le preocupaba que en el edificio donde Ann vivía no hubiese un portero o un ascensorista. Desde su intento de secuestro, hacía ya diez años, le preocupaba su seguridad y la de sus amigos. Durante la cena, había conversado con la mona y anodina Esme Bland, sobre la importancia de tener un arma en casa para protegerse. No reparó en la mirada apenada que le dirigió Esme Bland cuando le dijo que se marcharía pronto.

Iluminó la habitación de Ann con velas. Colocó las dos docenas de rosas de tallo largo en un lugar más prominente. Preparó el champán, las copas y la cubitera con

hielo. Cuando oyó los golpecitos discretos pero nerviosos de la mano enguantada, en la puerta de su apartamento, se deshizo el cinturón de su batín de seda y lo dejó caer al suelo. Con su andar suelto y relajado, caminó desnudo hacia la puerta sintiéndose crecer a la expectativa de aquel momento. Abrió la puerta.

Allí estaba ella, más deslumbrante que nunca: aquella sonrisa, aquella mirada. Sus ojos recorrieron su espléndido cuerpo desnudo.

—Oh, cariño —le dijo, entrando en la habitación, cerrando la puerta tras ella y dirigiéndose a él.

A Billy le excitaba que le gustara que la besara en el cuello, antes que en la boca. Por su parte, ella descubría zonas de su cuerpo para explorar que ni sabía que formaban parte de la experiencia sexual. No se trataba, le explicaba con la paciencia de un maestro con su alumno favorito, de un acto en el que uno simplemente empezaba para acabar. Era una experiencia para saborear y prolongar. Más tarde, habría mucho tiempo para el champán y la conversación.

Junior estaba apabullado ante los contenidos de su tocador, que parecía un mostrador de maquillaje de Saks. Aún le desconcertaba más la enorme cantidad de tiempo que pasaba allí y la miraba, fascinado ante su pericia y concentración.

—Quiero presentarte a mi amigo, Jellico Bleeker —le dijo.

—¿Cómo puede llamarle alguien a un niño Jellico Bleeker? —preguntó Ann, mientras continuaba maquillándose la cara.

—La señora de Jellico Bleeker —respondió Junior.

—¿Su madre?

—Su madre.

—¿Ninguno de vosotros tiene nombres como Joe o Jim?

Junior se rio.

—Espero que no lo llames *Jelly* —dijo Ann.

—No, odia que lo llamemos gelatina, lo llamamos Bratsie.

—¿Y eso le gusta?

—Le encaja —respondió—. Ya verás.

—¿Cuándo lo conoceré?

—Esta noche iré con él al espectáculo —respondió Junior.

Hubo un silencio.

—Para inspeccionarme, imagino —dijo Ann—. Examinarme. Hacerme un reconocimiento.

Junior Grenville no acostumbraba a explicar las razones por las que hacía una cosa.

—Es mi mejor amigo —le dijo—. Siempre lo ha sido. Quiero que lo conozcas y quiero que él te conozca. Eso es todo. Nada del otro mundo.

—Está bien —le dijo, dándose la vuelta desde el tocador, su hermoso rostro

perfectamente arreglado y sonriendo en dirección a la silla donde él estaba sentado, observándola.

La señorita Ethel Merman, por más traviesa y coquetona que se mostró aquella noche, no existió para aquellos dos jóvenes oficiales. Los ojos de ambos permanecían clavados en la corista casi desnuda que se contoneaba magníficamente detrás de la estrella. El alférez Grenville parecía poseído por el instinto de propiedad. El capitán Bleeker, deslumbrado. Su aplauso fue ferviente, muy por encima de los méritos del talento de la corista. Entre muchas risas, el trío cenó en el Club Room del Stork Club, donde Sherman Billingsley recibió a los dos jóvenes muy afectuosamente y les invitó a champán. Ann, encantada de estar allí, observaba con detenimiento a aquellos dos viejos amigos, fascinada por su larga amistad, mientras escuchaba las historias sobre las payasadas de Bratsie en bailes de debutantes celebrados hacía años. Los rostros de los dos reflejaban la buena vida y la ausencia de penurias económicas con que ambos habían vivido siempre y eso a ella le gustaba. Sus hombros desnudos se movieron al son del ritmo latino que tocaba la orquesta en la sala principal.

—Junior, quiero bailar con esta preciosa mujer —anunció Bratsie levantándose e iniciando una elaborada imitación de la rumba.

—Puede que sea pequeñito, Ann, pero es un buen bailarín —dijo Junior sobre su amigo.

—¿Sabíais que la única parte del cuerpo que no debe moverse cuando bailas la rumba son tus intestinos? —les preguntó Bratsie.

—¡Bratsie! —exclamó Junior, muerto de risa—. Tendrás que disculparle, Ann. Acaba de llegar del frente.

Ann saltó loca de alegría cuando, mientras bailaba con Bratsie siguiendo sus movimientos, cogió un globo de la suerte y le tocó un frasco de perfume gigante de premio. Le pareció que su vida nunca había sido tan fantástica y deseó que se prolongara aquella noche con aquellos dos jóvenes a los cuales la vida les favorecía solo por ser quienes eran.

—Bratsie es todo un héroe de guerra —le explicó Junior, reforzando a su amigo—. Ha derribado todo tipo de aviones. Cuéntale a Ann, Brats. Explícale la razón de tus condecoraciones. Es el hombre más valiente que conozco.

Los dos alegres jóvenes, borrachos a esas alturas, se entristecieron de repente.

—No tienen mucho que ver con la valentía —le dijo Bratsie—. Simplemente es que no me importa nada, Junior. Siempre ha sido así.

Permanecieron sentados en silencio, mientras les servían más vino.

—Tú me importas, Bratsie —dijo Junior, finalmente—. Te necesito en mi vida.

—Tú pronto serás también un héroe —le dijo Bratsie—. Y serlo es algo formidable, pero tampoco cambia nada. Todavía tenemos los bancos de nuestros padres a los que volver después de la guerra y esos matrimonios apropiados. Mi madre se moriría feliz si me casara con la hermana de Junior y su madre se moriría feliz si él se casara con una de esas princesas inglesas.

Junior, avergonzado, se sonrojó.

—Eso es solo una broma de familia, Bratsie.

—De repente, esta mesa está invadida por una niebla de tristeza —dijo Ann—. Creo que deberíamos bailar de nuevo, irnos a El Morocco y sentarnos a la mesa redonda de John Perona o pensar en hacer algo divertido.

—¡Tienes toda la razón! —gritó Bratsie—. En marcha. Tuviste suerte con esta dama, Junior.

—Para mí, que los dos os caigáis bien significa más que nada en el mundo.

Se subieron al Cadillac descapotable de Bratsie y empezaron a visitar los clubes nocturnos de la ciudad. Bratsie, de nuevo animado, les amenizó con historias de aventuras locas y borracheras.

—Deberías escribir un libro, Bratsie —le dijo Ann.

—¿Y cómo lo titularía? —preguntó Bratsie.

—*En busca de la borrachera perdida* —propuso Ann.

—Ah, una extraña alusión literaria por parte de la señorita Arden —dijo Junior, encantado con ella.

Los tres estallaron en risas y la fiesta continuó. Finalmente, acabó en una cafetería abierta toda la noche en la Segunda Avenida, con el sobreentendido de que Ann había pasado con nota el examen de la aprobación de Bratsie.

—A mi madre le gustaría que vinieses a tomar el té —mencionó Junior de forma abrupta, cogiendo desprevenida a Ann.

—¿Cómo sabe tu madre de mí? —le preguntó.

—Se lo he contado. Sabe que he estado viéndome con alguien todas las noches de mi permiso.

Bratsie observaba aquel diálogo.

—¿Ha sido tu madre quien te ha pedido conocerme o has sido tú quien se lo ha pedido?

—Ni una cosa ni otra, supongo —respondió Junior, sonriéndole.

—Eso me gustaría verlo —dijo Bratsie.

—Tú también vendrás, Bratsie —le dijo Junior.

—Me voy pasado mañana —dijo Bratsie.

La camarera, fatigada, se precipitó sobre ellos con su pedido de huevos revueltos sobre platos gruesos y desconchados que repartió con gran bullicio. Al servirles el café, lo derramó sobre los platitos, lo que irritó a Ann, amenazada por los recuerdos. No se permitía rememorar que hacía tiempo ella misma había sido camarera en una cafetería. Se concentró en colocar servilletas de papel sobre los platitos empapados mientras Bratsie, sin dejar escapar ocasión alguna, sorbía haciendo mucho ruido el café directamente del platito para diversión de Junior. El corazón de Ann latía deprisa. No lograba identificar qué sentimientos estaba experimentando: oscilaban entre el triunfo y el miedo y no quería que ninguna de aquellas dos emociones se reflejaran en su rostro.

—¿Vendrás conmigo? —le preguntó, tras completar aquella tarea y reconducir la conversación hacia donde estaba antes de la interrupción.

—Yo ya estaré allí. Vivo allí.

—¿Habrá más personas?

—Quizás una o dos hermanas. Normalmente se dejan caer a esa hora, para ver a *mère*.

—¿Así es como llamáis a vuestra madre? ¿*Mère*?

—Sí, siempre la hemos llamado así.

Aquella palabra francesa parecía alejarlo todavía más de ella, otro detalle que acentuaba sus diferencias.

—¿Qué me pongo? —preguntó.

—Creo que esta chaqueta de zorro blanco que llevas puesta y un ramillete de orquídeas —le dijo Bratsie, sujetando la prenda de piel que le había regalado Arturo de Castro. A Ann no le había pasado desapercibido que era lo incorrecto de ella lo que la hacía tan apreciada a sus ojos como compañera de su rígido amigo—. Y zapatos de tacón alto y calcetines —continuó.

Junior le tomó de la mano, se inclinó sobre Ann y la besó suavemente.

—Estarás bien —le dijo.

Su tono y su actitud protectora la hicieron sentirse segura y la tensión en su cuerpo disminuyó. A él le gustaba sostener su mano y calmarla en esos momentos de nerviosismo. Siempre protegido por otros, se sentía fuerte en su rol de protector. Ella entendió su beso y ese rol. En aquel momento lo quería, pero fue entonces cuando supo que él la quería aún más.

Después de enviar al pequeño Dickie con su niñera de paseo a Central Park, Babette Van Degan se estiró en su sofá y, con pose relajada, escuchó los últimos acontecimientos en la historia de su amiga. En el dedo de Ann relucía el diamante rosado, de talla esmeralda y prácticamente sin un defecto, de Babette. La joya era un tesoro de los Van Degan y Ann no podía evitar exclamar de admiración cada vez que se lo probaba, cosa que hacía a menudo.

—Algún día quiero piedras preciosas de todos los colores —dijo Ann, sin titubeos, mientras le devolvía el anillo—. Rojo, verde y azul.

—Y de colores pastel también —añadió Babette—. Algunas de las gemas de color pastel son bonitas.

—No, no me interesan las piedras preciosas de color pastel —dijo Ann—. Solo las esmeraldas, los zafiros y los rubíes, muchas gracias.

—¿Ya te ha regalado algo Junior? —le preguntó Babette.

—No —respondió Ann—. Nada más que rosas y champán, una comida en el Plaza y una cena en el Stork Club. Todo de primera clase, esas cosas, pero regalos regalos, no.

—Hasta ese bailarín de tango te regaló una chaqueta de zorro blanco —observó Babette.

—Pero Arturo es feísimo. Es el único hombre que he conocido con el cual prefiero ir abajo que besarlo. —Se troncharon de la risa—. Espera a ver a Junior. Es guapísimo.

—Todos unos tacaños esos niños ricos... —le dijo Babette—. Mamá debe de controlar sus carteras.

—*Mère* —le corrigió Ann.

—¿Qué?

—La llaman *mère*, no mamá.

—¡Dios mío!

Volvieron a reírse. Babette cogió otro bombón de la enorme caja que reposaba en su mesa de centro de falsa malaquita.

—Babette, vas a engordar si continúas comiendo tantos dulces —le dijo Ann.

—No, tengo unas píldoras adelgazantes fantásticas —respondió, estremeciéndose ante la idea de gordura—. ¿Te he hablado alguna vez del doctor Skinner?

—No sé qué ponerme. Pensaba que aquel traje verde que me compré en Bergdorf, guantes blancos y un sombrero. Quizás podría comprarme un sombrero nuevo en Hattie Carnegie y podrías prestarme tu bolso de lagarto.

—Por supuesto.

—Me siento como Ginger Rogers en el papel de la joven protagonista de la película *Kitty Foyle* —dijo Ann, nerviosa.

—Kitty Foyle era una mecanógrafa, querida. Tú eres una corista —respondió Babette.

—¿Y eso es mejor o peor?

—Digamos que... ninguna de las dos es aquello que Alice Grenville tiene pensado para su Junior —dijo Babette, alcanzando otro bombón.

Mientras sacaba un billete de cinco dólares del bolso de piel de lagarto que le había prestado Babette Van Degan, Ann observó la casa de los Grenville desde el interior del taxi. El palacete de piedra caliza de seis pisos, tachonado de balcones, parecía más grande de lo que recordaba de su anterior expedición.

—Toda una mansión —comentó el taxista, inclinándose a su vez para observarla—. Debe de ser una de las casas de los Vanderbilt...

—Grenville —le corrigió Ann.

—¿Quién?

—Es la casa de la familia de William Grenville —repitió, mientras calculaba el cambio y la propina.

—Seguramente están relacionados con los Vanderbilt —insistió el taxista—. Me pregunto cómo debe ser vivir en semejante caserón.

Ann dedujo que el taxista suponía que ella no sabía más que él al respecto, así que dio por finalizado el momento de cordialidad. A fin de darse seguridad, abrió su polvera, se miró en el espejo y se evaluó de forma positiva. Salió del taxi, inhaló profundamente el aire de febrero y atravesó la calle en dirección a la verja de hierro que se abría hacia el camino de entrada. Media docena de escalones más arriba estaba el portón de doble hoja, negro y brillante, que conducía a la vivienda. Casi instantáneamente después de tocar el timbre, abrió un mayordomo. Se observaron el uno al otro. Era un hombre mayor, casi un anciano. Había una elegancia discreta en su uniforme oscuro, menos formal, observó, que los que llevaban los mayordomos en las obras de teatro.

—Me esperan —dijo, actuando como alguien a quien se la esperaba. Confiaba que Junior estuviese allí para recibirla—. Soy la señorita Arden.

—Buenas tardes, señorita Arden —dijo el mayordomo, abriendo más la puerta a medida que ella accedía al recibidor.

¿Dónde estaba Junior? Vio, mientras lo echaba en falta, que el suelo estaba hecho de baldosas geométricas de mármol, blancas y negras, que el recibidor era circular y que una escalera de vastas proporciones ascendía hacia las plantas superiores, tramo tras tramo. Sobre ella se suspendía una enorme lámpara de araña, con cientos de lágrimas de cristal, que tintinearón con la momentánea ráfaga de aire frío. Su corazón latió con nerviosismo por encontrarse donde se encontraba y, al mismo tiempo, con miedo ante la posibilidad de haber sido abandonada por Junior. Inesperadamente cohibida, se sintió de pronto torpe y agarrotada.

—¿Qué? —contestó, consciente de que el mayordomo le había preguntado algo.

—Su abrigo —repitió el mayordomo.

—Sí —respondió, dejando que la ayudara a quitárselo.

Al menos, le habían permitido entrar. ¿Dónde estaba él? Necesitaba, lo sabía, un espejo en el que mirarse para comprobar el alcance de su sonrojo. En un instante sabría si reflejaba un buen color o pánico.

—¡Quería estar aquí cuando llegaras! —Su maravillosa voz le llegó desde arriba y Ann miró en esa dirección. Vestido de uniforme, Junior corría escaleras abajo, saltando varios escalones de una vez, para darle la bienvenida—. Estás —dijo haciendo una pausa antes de acabar la frase, recreándose al mirarla—, arrebatadora. —A ella le gustó aquella palabra de inmediato.

Al ver la expresión en su rostro, Junior supo que estaba nerviosa. A excepción de Bratsie y unos pocos otros como Bratsie, había visto aquella expresión en todas las personas que habían visitado su enorme casa por primera vez.

—¿Has conocido a Cahill? —le preguntó, al tiempo que se volvía para incluir al mayordomo en la conversación—. Ella es la señorita Arden, Cahill.

—Señorita Arden —respondió Cahill.

—Cahill conoce todos los secretos de la familia —dijo Junior, desplegando todo su encanto—. Como mínimo, todos los míos.

—Conozco al señor William desde que era así —dijo Cahill, colocando su mano a muy baja altura sobre el suelo de mármol.

Ann sonrió.

—Déjame guardar tu abrigo aquí —le dijo Junior, mientras la conducía a una sala adyacente, con vistas a la calle.

—¿Esto es el salón? —preguntó, mientras lo miraba.

—Lo llaman la antesala —dijo Junior—. El salón está arriba. Es donde está *mère*.

—¿Para qué se usa?

—Es el lugar donde la gente espera antes de subir o donde *mère* se reúne alguna vez con quienes desean tratar con ella asuntos de negocios.

—Ya veo.

—Aquí colocaron el ataúd de mi padre. Supongo que es donde también estará el mío.

—Qué comentario tan curioso.

—No sé qué me ha hecho decirlo.

Ann se fijó en el retrato de las tres jóvenes con largos vestidos blancos.

—Es un cuadro de Sargent —dijo él.

—¡No me digas! —respondió—. ¿Es tu madre una de ellas?

—La de la derecha.

—Y las otras dos, ¿son sus hermanas?

—Mi madre era trilliza. ¿No te lo había contado?

Súbitamente, Ann sintió que no estaba preparada para lo que le venía.

—Junior... —le dijo, con voz titubeante.

—¿Sí?

—Nunca he estado en una mansión como esta.

—Escucha.

—¿Qué?

—Di solamente «casa». No digas «mansion». Es una tontería, lo sé, pero no es una palabra que nosotros utilicemos.

—¿No decís «mansion»? Es una de mis palabras favoritas.

—No en esta mansión —respondió Junior, y los dos se echaron a reír. Se acercó a ella, besándola en la mejilla—. Espero que no te importe que te corrija.

—En absoluto —contestó Ann con rapidez—. No quiero cometer errores. Verás qué rápido aprendo. No tendrás que decirme las cosas dos veces.

Él le sonrió.

—Me gustas más y más —le dijo.

Regresaron al vestíbulo y ella miró de nuevo a su alrededor.

—¿Cuántos criados se necesitan para mantener un sitio como este? —preguntó, bajando el tono de voz.

—Catorce. Creo que hay catorce —respondió Junior.

—¡Imagínate!

—Cuando mi padre vivía, había veintiuno.

—Recortando gastos, ¿no?

—La guerra.

—Oh, sí, la guerra.

Ann sabía que estaba retrasando el momento de subir.

—¿Dónde duermen? —preguntó.

—En la última planta. Hay siete o diez habitaciones allá arriba. El chófer, Gibbs, duerme en su propio apartamento, encima del garaje. Está unas manzanas más allá, en el antiguo edificio de los carruajes.

—¡Caramba!

Se miraron el uno al otro.

—Más vale que subamos —dijo él—. Aquí está el ascensor —indicó, empezando a caminar.

—Oh, no, no —replicó Ann—. Yo quiero subir por esas escaleras.

—Esta casa tuvo el primer ascensor privado de Nueva York —le informó Junior, como si aquel dato hiciera preferible su sugerencia.

—De todos modos, yo quiero ir por esas escaleras —dijo Ann, encaminándose hacia ellas.

Junior la siguió y, como siempre hacía cuando pasaba por debajo de la enorme araña, la miró e inevitablemente le asaltó aquel recuerdo de su infancia.

—Qué lámpara tan bonita —comentó Ann, observándola conforme ascendía las escaleras, la mano en la barandilla. Podía imaginarse a María Antonieta bailando bajo aquella araña.

—Se cayó una vez, cuando era niño, y mató a un hombre —dijo Junior—. ¿Ya te lo había contado?

—No —respondió ella.

En el descansillo, permanecieron de pie frente a los brillantes paneles de la puerta del salón, mirándose el uno al otro.

—¡Cuántas cosas tienes que contarme! —le dijo Ann. Y él percibió en aquella frase un futuro entero.

—Eres fantástica —le dijo, girándose para abrir la puerta. Al hacerlo, procedentes del interior, se oyeron voces en relajada conversación.

—Adivina quién se casa.

—¿Quién?

—Cheever Chadwick. Aparece en el *Times*.

—¿Con quién?

—Una tal señorita Green. Rhoda Green. De Brooklyn.

—¡Ay!

—Su pobre madre.

—¿Crees que es judía?

—Solamente por parte de madre y de padre.

—¡Felicity! ¡De verdad!

—Cuando era pequeña, nos conocíamos todos.

Con sus sentidos aguzados por la impresión que esperaba causar, Ann siempre recordaría la primera vez que vio aquella estancia iluminada por la luz menguante del atardecer de invierno y oyó los retazos de conversación del grupo que estaba sentado en el otro extremo, frente a la chimenea. El salón, de un color verde pálido, estaba dominado por un mobiliario en blanco y dorado, enormes consolas también doradas y un espejo de estilo *chinoiserie*. Las tapicerías combinaban con los tonos de la alfombra de Aubusson. En todas partes había profusión de libros, cuadros y flores que abarrotaban los jarrones de porcelana de Meissen. Ann trató de ocultar que se había quedado sin habla.

Alice Grenville era una mujer extremadamente observadora. Lo que vio, en el breve espacio de tiempo que les costó a Junior y a la hermosa mujer que le acompañaba entrar en aquella estancia y recorrer la considerable distancia que había hasta la chimenea, donde estaba sentada junto a sus hijas y se había preparado la mesa del té, era que su hijo estaba locamente enamorado por primera vez en su vida. Alice Grenville también supo que las otras chicas que había llevado antes a su casa no eran más que enamoramientos pasajeros. Percibió de inmediato que su hijo y esa mujer estaban inmersos en un romance que ya se había consumado y sintió una punzada de angustia al pensar que quizás había despachado demasiado rápido tachándola de vividora desesperada por la fama a la encantadora Brenda Frazier. Esa, esa que estaba aproximándose hacia ella, sí era una vividora.

Alice Grenville dejó su labor en un banco repleto de revistas, se levantó de su asiento y le tendió la mano a Ann, mirándola de cerca a través de las gafas oscuras que siempre llevaba, como si reconociera en ella a una persona con la que iba a tener que relacionarse durante toda su vida. Vestida elegantemente pero sin exageración alguna, con un sobrio traje de seda negro, un collar de perlas y un pequeño broche de diamantes, el cabello color marrón rojizo arreglado con sencillez, Alice presentaba el mismo aspecto que había tenido durante muchos años y continuaría teniendo durante muchos más.

—*Mère*, ella es Ann Arden —anunció Junior con orgullo.

A su madre le pareció de una apostura ridícula vestido con su uniforme naval. Vio que sus ojos se apartaban a duras penas del rostro de la mujer, como si no pudiera colmarse de mirarla.

—Estoy tan contenta de que haya podido venir, señorita Arden —le dijo Alice. Su sonrisa era cálida. Su apretón de manos, firme—. Estamos solo la familia. No hemos invitado a nadie más —continuó, como si Ann hubiera esperado encontrarse con una pequeña fiesta.

Le presentó a sus hijas: Rosamond, Felicity, Grace y Cordelia. Felicity, todavía leyendo el *Times*, le tendió la mano sin mirarla. Ann se sentó con cuidado, para que su falda cayera elegante sobre ella. Tiró de las puntas de los dedos de sus guantes

para quitárselos.

Alice preguntó si querían té indio o chino y procedió a servirlo, con la ayuda de Cordelia, a quien llamaban Cookie. Dijo que había sándwiches de pepino y berro. Dijo que había visto la nueva producción de *La Bohème* en la ópera del Metropolitan la noche anterior y que Jarmila Novotná había estado gloriosa. Dijo que había comido al cruzar la calle, en casa de Grace Vanderbilt, y que un general le había informado que la invasión sería en abril. Dijo que adoraba el nuevo musical *Oklahoma*, ¿lo había visto Ann? Dijo que estaba a mitad de lectura de una nueva novela de John P. Marquand y que le estaba fascinando. Dijo que nunca se perdía ninguna retransmisión desde Londres de Edward R. Murrow, pasase lo que pasase. Dijo que sus nietos ingleses irían a la casa de campo el fin de semana.

Si Ann pensaba que iba a ser examinada, se equivocó. No se le formuló ni una sola pregunta personal. Alice Grenville se mostró extremadamente amable, como Cordelia, pero la conversación versó sobre generalidades.

—Me marchó, *mère* —anunció Felicity, dejando su taza en la mesa y recogiendo sus cosas—. Tengo todavía un millón de cosas que hacer. Esta noche voy al Baile de los Soldados y los Marineros y tengo que ir a arreglarme el pelo. Adiós, querida *mère*. Besos. Adiós, señorita Eden.

—Arden —la corrigió Junior.

—Arden. Discúlpeme. Acompáñame, Junior. —Cuando llegaron a la puerta le susurró—: Me ha gustado tu rubia.

—Su nombre es Ann.

—Una figura maravillosa —dijo, y se marchó.

—¿Querría otra taza de té, señorita Arden? —le preguntó Alice—. Este pastel, por cierto, es la especialidad de la cocinera.

—No, gracias —respondió Ann, tendiéndole su taza vacía a Junior para que la colocara en la mesa del té.

—¿Quizás un jerez? ¿O una copa?

—No, gracias, pero me gustaría ir al baño —dijo Ann.

Cordelia y Junior se levantaron al unísono para mostrarle dónde estaba.

—Llevaré a la señorita Arden arriba, a mi habitación —anunció Alice—. Tú quédate aquí y habla con tu hermana. No os veis mucho.

Mientras subían por las escaleras, Ann levantó la vista hacia la última planta, donde, justo antes del techo, a modo de friso, doce cabezas masculinas pintadas en la pared observaban la casa desde arriba.

—Uno, dos, tres, cuatro... —Ann empezó a contar.

—Hay doce —dijo Alice.

—¿Los doce apóstoles? —preguntó Ann.

—Los doce césares —respondió Alice—. Mi marido, en su juventud, estudió

historia de Roma y quiso que aparecieran cuando planearon la casa en 1918. Con el paso de los años me he encariñado con ellos.

—Una casa preciosa, señora Grenville.

—No, no es bonita. Solo es grande.

—Podría ser un palacio.

—Algún día terminará siendo una embajada o una escuela, pero a mí me gusta y viviré aquí hasta el final de mis días. Junior nació aquí y me encantará verlo tomar el relevo.

Las dos mujeres se miraron. Ann se preguntó si aquel comentario no pretendía dejar clara la voluntad de excluirla a ella de sus vidas, pero ante la grosería de Felicity, Ann había sonreído dulcemente y, pasara lo que pasara, ella continuaría sonriendo de ese modo.

—Esta es mi habitación —le dijo Alice cuando llegaron al tercer descansillo—. Aquellas son las habitaciones de invitados. Los dormitorios de los niños están en la planta siguiente. Junior todavía tiene el mismo cuarto de siempre, aunque ahora cuenta con su propio salón. Las habitaciones que pertenecían a las niñas siempre están ocupadas por amigos de Junior que van y vienen. Supongo que ha conocido a Bratsie.

—Sí, ya lo he conocido. ¡Qué bonito es este cuarto! —exclamó Ann, encaminándose hacia la cama, con su gran dosel color verde pálido descendiendo del techo como una cascada—. Otra vez el verde.

—¿Qué dice?

—Dije que le gusta el color verde.

—Sí, me gusta. Usted se fija en las cosas, ¿verdad?

—¿Es algo malo?

—No, en absoluto. Yo fui trilliza. ¿Lo sabía?

—Me lo contó Junior.

—Éramos idénticas. Como a veces ni siquiera nuestros padres lograban diferenciarnos, siempre llevábamos lazos de distintos colores. Amelia rojo, Antoinette azul y yo verde, y desde entonces es mi color favorito. El baño está allí.

Ann se preguntó por qué la había traído allá arriba en vez de enviarla abajo, al baño que había junto a la antesala. En el vestidor, que olía a lavanda, se inclinó para mirar las docenas de fotografías familiares enmarcadas: imágenes de infancia en cubiertas de transatlánticos y playas del extranjero; las hermanas luciendo sus vestidos en las fiestas de presentación en sociedad, también vestidas con sus trajes de novia; Junior en un equipo de fútbol americano, Junior como testigo en una boda, Junior en una foto de un club nocturno con Brenda Frazier... Se dio cuenta de lo poco que sabía de la vida y de la familia de Junior. Algo separada de las otras, destacaba una fotografía del padre de Junior tomada en un hipódromo. Una figura intimidante pero apuesta: el puro en la boca, sostenido de forma arrogante; un clavel en la solapa; un destello de dureza en los ojos tras las gafas; una expresión de cómo-

te-atreves-a-sacarme-una-foto en su rostro. Instintivamente, Ann percibió que todos en la familia habían temido a aquel hombre, pero, aun así, ella habría preferido tener que enfrentarse a él que a la madre y a las cuatro hermanas. A los hombres ella sí los entendía.

Se repasó los labios con pintalabios color escarlata, se peinó y se dio el visto bueno. Tenía la sensación de que se había comportado de forma recatada. A su alrededor estaban los efectos personales de Alice Grenville: su borla de plumas de cisne para maquillarse, su jabón Floris, sus cepillos y espejos bañados en oro. Advirtió que ya le habían preparado la ropa que llevaría más tarde: un traje de noche en una percha acolchada, zapatos, medias, bolso, guantes y un abrigo de armiño. Se preguntó a qué tipo de fiesta acudiría Alice Grenville. Deslizó sus manos por la piel del abrigo de armiño y deseó poder probárselo. Se maravilló ante el tipo de vida, tan organizado y planeado, que llevaba aquella mujer.

En la habitación, Alice se había recostado en su *chaise-longue*. Detrás de ella, había una gran mesa de marquetería, cubierta de fotografías caras de gente elegante en marcos de plata. Una foto de la reina María de Inglaterra estaba firmada simplemente como «María», con la letra *R* a continuación.

—Cuénteme cosas sobre usted, señorita Arden —le dijo, con su inconfundible modo de hablar.

Alice Grenville era una mujer digna de ser tenida en cuenta y Ann la reconoció en el acto como su adversaria. Decidió que la verdad, al menos una verdad aproximada sobre su pasado, era el camino que debía seguir.

—¿Es la reina María? —le preguntó, señalando la fotografía, mientras decidía qué iba a contarle.

—Sí —respondió Alice, sin volverse para mirar la fotografía, consciente de aquella táctica de distracción y a la espera de una respuesta a su pregunta.

—Nací en Kansas —empezó Ann.

—Ah, sí, Kansas —dijo Alice—. El señor Grenville y yo estuvimos allí hace algunos años, en una boda. Lottie Holmes, de Kansas City, se casó con el primo segundo de mi marido, Eustice Coffin. ¿Conoce a los Holmes? Viven en esa zona, ¿cómo la llaman ustedes? Justo en las afueras de Kansas City, algo similar a Greenwich o Grosse Point. ¿Cómo llaman ustedes a esa zona?

—Nosotros éramos de Pittsburg, Kansas, en la esquina sudoeste del estado, a unos ciento noventa kilómetros de Kansas City —dijo Ann rápidamente, casi como en una sola palabra. Toda su vida había odiado el nombre de la pequeña ciudad donde había nacido, siempre tenía que explicar que no se trataba de Pittsburgh, Pensilvania, sino de Pittsburg, Kansas, un pueblo tan desconocido que inevitablemente siempre terminaba siendo objeto de bromas.

—¿Y a qué se dedica su familia? —le preguntó Alice.

—Soy huérfana, señora Grenville —le dijo.

Experimentó una punzada de culpa al sentir alivio de que su madre ya no viviera

y no tener que explicarle cómo era a aquella mujer alta e imponente. Su madre había muerto la primavera pasada y Ann la había devuelto al lugar donde había nacido: la enterró en la parcela de los Merten y regresó a Nueva York sin ver a nadie más que al primo de su padre, dueño de una botica. Fue un encuentro casual. «¿No te quedas?», le había preguntado él. «No, no, me han seleccionado para un papel en Hollywood», había respondido Ann, impresionándolo. No le dijo que ya no se llamaba Urse o Mertens, ni que esa era la última vez que la vería en su vida.

—Triste —dijo Alice Grenville.

—¿Triste?

—Ser huérfana. —Se levantó. La entrevista había terminado—. Estoy fatigada, señorita Arden. Creo que debería descansar un poco antes de esta noche. ¿Podría decirle a cualquiera de mis hijas que aún esté abajo que suba? Me ha gustado mucho conocerla. Si cena con Junior, dígale que no llegue muy tarde. Nos vamos al campo mañana por la mañana. Vendrán sus sobrinos y el sábado tengo un grupo de invitados muy numeroso que tienen mucho interés en verlo antes de que se vaya.

Ann se sintió despachada, como si su visita fuera algo que no iba a tener continuidad alguna. A pesar de que su existencia parecía empezar siempre en la época en la que estaba viviendo, aquella era una sensación que ya había experimentado. Rara vez pensaba en su pasado, pero el recuerdo de un viejo rechazo la consumió mientras, desalentada, bajaba las escaleras de la casa cuya propietaria, Alice Grenville, esperaba que su hijo tomara posesión algún día. Trató de dominar la rabia que la invadía por haber sido interrogada sobre sus orígenes y haber dado una respuesta inadecuada.

Abajo, el veredicto de las hermanas después de la partida de su hermano y de su rubia era unánime, aunque no favorable.

—La mujer más ordinaria que he visto en mi vida.

—Tufos de perfume.

—Sombra de ojos por la tarde, ¡madre mía!

—Esas uñas rojo sangre.

—Pobre *mère*.

—Sube tú, Cordelia. Tú eres la favorita.

Arriba, Alice Grenville estaba acostada en la *chaise-longue*, junto a su chimenea. El propósito de la tarde había sido complacer un encaprichamiento pasajero de su hijo, pero sintió una desazón ante el poder de aquella mujer que había entrado en su casa. Como madre, se había encargado personalmente de que sus hijos frecuentaran los buenos partidos de aquel mundo en el que los Grenville tenían un papel preponderante. Sus hijas, casadas como corresponde con miembros de familias de un nivel social que ella y su difunto marido aprobaban, solían bromear con su madre diciéndole que ninguna mujer, salvo una de las dos princesas de Inglaterra, sería lo

suficientemente buena para Junior. Mientras servía el té y conducía la posterior conversación banal, había observado cada momento del encuentro. Había visto a Junior deseoso de incluir a Ann en la charla y ávido de escuchar sus pocos comentarios como si fueran brillantísimas observaciones. «Todo por la maldita guerra», se dijo. Si no hubiese sido por la guerra, Junior no habría conocida a una chica como esa.

Cordelia entró en la habitación. Le tendió a su madre la labor que se había dejado abajo. Cogió una revista y empezó a pasar las páginas.

—¿Se ha marchado?

—Sí, al teatro. Es actriz. ¿Lo sabías?

—No.

—¿Y bien? —preguntó finalmente Cordelia.

—Si precisas una interpretación de mi rostro para saber cómo me siento, te anuncio que mi expresión es de decepción —le dijo su madre.

—De repente, Brenda Frazier parece fantástica —observó Cordelia.

—Ojalá no hubieses creído necesario decir eso, pero sí: en este momento, acogería a Brenda en mi seno —respondió Alice.

—Brenda Frazier ya es la señora Kelly —dijo Cordelia.

—¡Ay!

—¿Crees que la señorita Arden es guapa?

—Sí, pero demasiado llamativa —contestó Alice—. Es un personaje llamativo.

—Creo que llevaba un bolso bueno.

—Odio el lagarto.

—La verdad es que yo también. ¿Te interesa la opinión de mis hermanas?

—Dime.

—Rosamond dice que es una cazafortunas. Grace, chusma. Y ya viste el numerito que montó Felicity...

—No me siento nada orgullosa del comportamiento que ha tenido Felicity.

—Junior ha dicho que Felicity es una bruja y que no entiende cómo no se ha dado cuenta antes.

—¿Y tú, Cordelia? ¿Qué opinas?

—Yo digo «Pobre Junior». Y, para colmo, quiere que la lleve a almorzar un día. Está loco por ella.

—Embobado.

—¿Crees que están teniendo un lío? —preguntó Cordelia.

—Segurísimo —dijo Alice—. Esa es su arma secreta.

—Lo único, *mère*, es que nunca he visto a Junior tan feliz.

—Si tu padre viviera, le metería el miedo en el cuerpo. Odiaba a las gentes de teatro.

—Solo detenerse a considerar la posibilidad de casarse con alguien tan por debajo de su nivel sería absurdo por su parte.

—Si quieres que se case con esa chica, dile esas mismas palabras.

—Tienes razón.

—Oculta su pasado. Me dio respuestas muy vagas.

Se sentaron juntas en silencio. Cordelia encendió una lámpara de pantalla rosada. En la mesa, reposaban los guantes de Ann.

—Mira, *mère*, se ha olvidado los guantes.

—Ya los he visto.

—¿No deberíamos mandar al chófer a devolvérselos a su conserje? Así no tendrá que volver.

—Las mujeres como ella no tienen conserje —contestó Alice Grenville. Las implicaciones de aquella frase resultaban claras para su hija—. Junior no nos ha contado nada de nada sobre la señorita Ann Arden —continuó Alice, remarcando cada sílaba del nombre con desprecio—. Por lo que sabemos, ese no es ni tan siquiera su nombre. ¿Qué edad crees que tiene?

—Es mayor que él.

—Yo también lo creo. ¿Por qué será que no me gusta esta mujer?

La pregunta de Alice era una afirmación y no precisaba respuesta. Hubo otro largo silencio en la habitación. Ambas escucharon el crepitar de los troncos en la chimenea. Alice hizo un esfuerzo para que Cordelia no advirtiera el temblor que recorría su cuerpo.

—¿Estás bien? —le preguntó Cordelia.

—Sí, claro. Solo estaba pensando —replicó su madre.

—¿En ella?

—Es extraño, ¿verdad? Cómo alguien como ella aparece de la nada, un día, en tu casa, tan campante, y algo, un instinto interno y profundo, te dice que tengas cuidado.

«Apareciste de la nada», rezaba la letra de la canción. Ann llevaba, ladeada en su cabeza, su gorra de alferez, su bonita melena rubia caía como una cascada bajo ella. Tenía algunos cabellos en la boca y un *whisky* escocés color marrón oscuro en su mano. Se sentó en el suelo de su pequeño salón con la espalda apoyada en el sofá, tarareando la canción de mal humor.

—Te vuelves desagradable cuando te emborrachas —le dijo Junior.

—Tu hermana se vuelve desagradable tomando té —contestó Ann.

—Ya me he disculpado por Felicity —dijo, impotente.

—Uno de mis rasgos menos atractivos es que siempre me tomo la revancha —anunció Ann—. El extraño que habita en mi interior termina reaccionando. Puede que me tome un tiempo, pero la oportunidad se presentará, siempre se presenta, y yo sabré aprovecharla.

—Me estás asustando —le dijo Junior, sintiéndose a un tiempo atemorizado y excitado por las emociones que expresaba Ann. Los Grenville no mostraban sus

emociones.

Su permiso estaba a punto de acabar y no quería hacerlo con una nota discordante. Todavía ninguno de los dos había declarado su amor por el otro, solamente pasión y mutua admiración por sus cuerpos. («Me vuelve loca este vello bajo tu ombligo», decía ella, besándole el estómago. «Adoro el color de tus pezones», decía él, su rostro allí enterrado). Ann esperaba a que él le dijese que la quería antes que ella. Nunca se precipitaba a dar ese paso. Sabía de ese asunto tanto como de sexo. Tampoco hablaba nunca de matrimonio ni relación estable siquiera y, cuando el tema aparecía por cualquier otra razón, ella tampoco se precipitaba sobre él. Lo dejaba pasar. Cualquiera de las jóvenes debutantes que él había conocido se habrían abalanzado ante cualquier indirecta.

—Tengo un regalo para ti —le dijo en voz baja.

—¿Sí? —le preguntó. Su humor mejoró de inmediato y su corazón empezó a latir rápido.

Él desapareció en la cocina y reapareció con una caja de cartón blanca que enseguida le tendió. No era el tipo de caja que Ann tenía en mente.

—¡Ah, orquídeas! —exclamó, encantada, como si precisamente aquello fuese lo que más deseaba.

Se preguntó por qué, sobre el escenario, no podía actuar como actuaba en la vida real, ocultando su decepción con alegría, como hacía ahora. Miró las orquídeas, blancas con la parte central amarilla, y rozó su rostro contra las flores sin perfume, tratando de prepararse para la siguiente escena.

—¿Te gustan? —le preguntó Junior.

—Muchísimo —respondió. Se acordó de lo que Babette le había dicho sobre la tacañería de los niños ricos.

—Bien —contestó él, mientras se sentaba en una silla complacido.

Durante unos instantes, Ann pensó en Percy V. Jordan y en la manera en la que se sentaba, satisfecho, con pipa y zapatillas. Se estremeció. Desde el encuentro que había mantenido con Alice Grenville las imágenes de su pasado no cesaban de aparecersele.

—¿No vas a ponerlas en algo? —le dijo Junior.

—¡Oh, sí! —dijo Ann, aunque seguía sentada en el suelo—. Ahora mismo.

—Hay más —anunció.

—¿Qué?

—Me has oído. —Se miraron el uno al otro—. Busca en su interior.

Sacó el ramo de la pesada caja de cartón. Allí, escondida entre las flores, había una caja pequeña de cuero rojo de Cartier. En aquel momento, Junior iba a descubrir que el placer de Ann al recibir regalos era algo maravilloso de contemplar, algo que hacía desaparecer cualquier momento difícil y lograba restablecer la euforia de la noche. Recuerdos de Navidades pasadas sin regalos entraron y salieron de la mente de Ann.

Se trataba de un broche: un círculo de diamantes como el que las hermanas de Junior lucían en los cuellos de sus trajes. Era un regalo para una dama, no para una corista, y Ann sintió ternura hacia él. Y amor. Esa madre, esas hermanas, pensó. Después de conocerlas, lo entendía mejor. Por más que la enorme reserva con que la habían tratado había marcado el vasto abismo que existía entre ellas y ella, Ann no se sentía desalentada.

Algo más tarde, tras hacer el amor, satisfecha, le preguntó:

—¿Nunca hablas de tus sentimientos?

—¿Qué es lo que hemos estado haciendo esta última hora? —contestó.

—Hemos estado adorando nuestros cuerpos. Y eso no es lo mismo.

—Pero te lo he dicho.

—Al correrte. Eso no cuenta. No te compromete nada y tú lo sabes. Lo nuestro es una aventura amorosa. Te vas pronto y quién sabe qué pasará entonces... Dejémonos llevar el tiempo que nos quede. ¿Acaso estás esperando a que lo diga yo primero? ¿Se trata de eso?

Extasiado, Junior la miró fijamente, pero no dijo nada.

—Te quiero —le dijo Ann.

Él sintió que lo desencadenaban. Torrentes de emociones fluyeron de su interior, toda una vida de emociones retenidas. «Te quiero», le susurró, y repitió, repitió y repitió esas dos palabras. No podía parar de decirlas.

Cuando le pidió que fuera con él a Tacoma, Washington, donde iba a estar destinado, ella no quiso. Tenía que ganarse la vida, le dijo. Había sido elegida la chica más guapa de la radio y pensaba que los estudios de cine se interesarían por ella. Eso es lo que le había dicho Chet Marx, que quería que cenara con Humphrey Bogart. Chet Marx creía que tenía que conocer a gente del mundillo de Hollywood. También hablaba de una audición para el cine, le dijo.

Cuando Cordelia, la hermana favorita de Junior, la llamó para invitarla a comer, Ann supo que aquello era solo un favor hacia aquel hermano suyo que estaba a punto de partir. Sin embargo, ella decidió ir y, naturalmente, fue luciendo su nuevo broche de diamantes. Cuando entró en el Colony, diez minutos después de la hora de la cita, para asegurarse de que Cordelia llegaba antes que ella, su porte era tan confiado que ni siquiera Gene Cavallero, propietario de aquel restaurante de moda y experto en desairar impostores en la puerta, advirtió que Ann nunca había estado allí.

Cuando Cordelia admiró su broche, Ann no dijo que era un regalo de su hermano. No llamó Cookie a Cordelia. No habló en exceso de Junior. Tampoco hizo preguntas sobre la familia. Sí habló de su trayectoria en la radio y de sus esperanzas de hacer carrera en el cine. Le preguntó a Cordelia quiénes eran las personas que la saludaban y estuvo encantada de saludar, ella, a su amiga Babette Van Degan, sentada al otro lado del salón.

Observó encaminarse hacia sus mesas a los personajes de los que solían ocuparse las crónicas de sociedad que ella leía. Estudió su aspecto. Mirándose fugazmente en un espejo del restaurante, se dio cuenta de que el suyo era inadecuado, más propio del mundo del espectáculo que de la alta sociedad, y de que había llegado el momento de hacer algo al respecto.

A las dos en punto consultó su reloj y dijo que tenía una cita con su agente acerca de una prueba de cámara y que debía marcharse. Se despidió, estrechando afable la mano de Cordelia, y no trató de quedar para otro día.

Cordelia le dijo a su madre que cabía afirmar de manera tajante que la señorita Arden no pretendía casarse con Junior.

—Parece muy interesada en su carrera. Ni siquiera se quedó para tomar café. Se marchó con prisas, para una prueba de cámara o algo así. No está interesada, *mère*. Y la verdad es que es muy graciosa. Me contó una historia divertidísima sobre aquella chica lituana con la que Dickie Van Degan estuvo casado por diez minutos.

—Me quitas un peso de encima —dijo Alice Grenville.

—Junior está dando rienda suelta a su faceta más juerguista, *mère*, nada más. Ella es la juerga. Y a los dos debe de irles bien así. Nunca se casaría con ella.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque se nota demasiado que se esfuerza en pronunciar bien las terminaciones de los participios.

Junior se sentía poseído por el amor. Temeroso de que Ann no sintiera lo mismo que él, no quería que ella lo supiera, pero, a la vez, deseaba que conociera el alcance de su amor. Su estado de ánimo subía y bajaba. Su piel se había vuelto cetrina y la falta de sueño había formado círculos oscuros bajo sus ojos. Estaba más atractivo que nunca.

—¿Te casarás conmigo? —le preguntó.

Faltaba menos de una semana para que su permiso finalizara. No podía soportar la idea de estar lejos de ella.

—Tienes que dejar que me lo piense —contestó—. Es un paso tan grande. Sería una locura precipitarse. No creo en el divorcio, ¿sabes? He visto de primera mano lo que hace.

—¡Tampoco yo! —coincidió Junior—. Nunca ha habido un divorcio en mi familia. Únicamente el divorcio de mi tía Amelia, una de las trillizas, y fue porque tío Blinkie era homosexual, algo que olvidó decirle a la pobre tía Amelia.

—No hablemos de tía Amelia y de tío Blinkie —dijo Ann—. Hablemos de nosotros.

—Quiero casarme contigo, Ann —le dijo de nuevo.

La vacilación de la primera propuesta se había evaporado. Al decirlo de manera tan decidida, supo que era la cosa que más deseaba.

—Necesito un poco de tiempo.

—¿Para qué?

—Para estar segura de que es lo apropiado.

Se sintió desanimado. Estaba seguro que Ann se lanzaría a la oportunidad a la primera. Como Brenda Frazier, Kay Kay Somerset, Esme Bland o cualquiera de la docena de chicas de la alta sociedad que tenían puestos los ojos en él.

—Creía que me amabas —declaró él.

—Te amo —contestó ella.

—¿Cuándo vas a darme una respuesta? Mi permiso acaba el viernes.

—Te diré algo antes.

—¿Cuándo?

—Junior, por favor.

—¿Cuándo?

—Te diré algo este jueves.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Será una vida maravillosa, te lo prometo. Quiero decir, después de la guerra.

—El jueves.

Ella nunca tuvo ninguna duda de cuál iba a ser su respuesta, pero Junior la desconocía y él no quiso compartir con nadie, ni tan siquiera con Cordelia, que su existencia pendía de un hilo, a la espera de que llegara el jueves. Tenía momentos de euforia, tenía momentos de desesperación. Se comportaba, simultáneamente, como un niño consentido enrabiado y un hombre encantador y generoso. Mientras sus estados de ánimo fluctuaban, las miradas de su madre y sus hermanas se encontraban. Más allá de su presente inmediato, solo sabía de Ann que era una huérfana del Medio Oeste. Ella nunca hablaba de sus orígenes y en su pequeño ático no había ni una sola fotografía de su pasado.

Estaban tomando el té, solo su madre y sus hermanas y Beth Leary, la mejor amiga de su madre, una mujer cuya eterna soltería la había convertido prácticamente en un miembro más de la familia, cuando llegó la carta. Todos oyeron sonar el timbre y pensaron que debía tratarse de uno de los yernos, pero no apareció nadie, así que continuaron con la conversación sobre la guerra, el tema del que todo el mundo hablaba.

Cahill entró, demasiado pronto para recoger el servicio de té, pero llevaba una carta en una bandeja de plata.

—¿Sí, Cahill? —le preguntó Alice.

—Una carta, señora, para el señor William. La ha traído un mensajero.

Junior, saliendo de su letargo, se levantó con un impulso y su *whisky* escocés con soda, que había preferido al té, salió volando, derramándose sobre el tapete a medio bordar de su madre. Si su hijo no hubiera ido de uniforme y estuviera a pocos días de acabar su permiso, Alice habría mostrado su disgusto, pero se limitó a poner el tapete en su regazo y secar el líquido con una servilleta de té sin perder de vista a Junior,

que se había acercado a coger la carta de la bandeja que portaba Cahill.

El corazón de Junior dio un vuelco. En el sobre, escrito con la caligrafía del método Palmer, con letra redonda, inclinada a la derecha, las íes punteadas por círculos, ponía: «Alférez William Grenville, Junior, Marina de los Estados Unidos». Más abajo, en el lado izquierdo del sobre, se había escrito «Entrega en propia mano». Tuvo la certeza de que Ann lo había abandonado. Si no fuera así, ¿por qué le habría escrito en vez de esperar a verlo esa noche? No podía soportar la idea de abrir la carta delante de su familia, a sabiendas de que todos estarían pendientes de él. Se guardó el sobre en su bolsillo, como si la misiva no tuviese importancia, y volvió a su sitio.

—Discúlpame, *mère*, por haber derramado mi bebida sobre tu labor. He sido muy patoso —dijo Junior.

—No importa —respondió—. Lyd sabrá cómo quitar la mancha.

—Soda, creo que es cómo se hace —sugirió Beth Leary—. Simplemente, sumérgela en soda y, cuando se seque, la mancha habrá desaparecido.

—Lyd sabrá cómo hacerlo —dijo Alice, a quien no le interesaba en absoluto ese tipo de conversación.

—¿Qué dice la carta? —le preguntó Felicity.

—No la he leído —respondió Junior.

—¿Por qué no?

—No es asunto tuyo.

—Te has vuelto tan reservado, Junior.

—Y tú te has vuelto tan curiosa, Felicity.

—Apuesto a que es de tu rubia.

—No tienes razón alguna que te justifique llamarla así todo el rato, de esa manera tan maliciosa. Su nombre es Ann. Eres una verdadera bruja, Felicity. No me había dado cuenta hasta ahora.

—¡Junior! —le gritó Alice.

Junior quería que la conversación pasara hacia otros temas: la ópera, el teatro, la guerra, no le importaba cuál. Su corazón latía desbocado e intentaba que el sentimiento de pérdida que lo acechaba no se apoderara de él. Cuando Beth Leary empezó a contar una historia sobre Grace Vanderbilt, quien vivía enfrente y de la cual todas adoraban hablar, Junior salió de la habitación.

Se precipitó escaleras arriba y recorrió el largo pasillo, gruesamente alfombrado y revestido de paneles de madera, hasta alcanzar la puerta de su habitación. Entró en su dormitorio, cerró la puerta tras él, y se escapó hasta el refugio de baldosas blancas de su baño, donde se lavó la cara con agua fría y detectó el miedo en sus ojos al secársela.

Regresó a su habitación. Aquel era el dormitorio en el que había crecido y presentaba su cuarto estadio de decoración. Hacía tiempo que habían desaparecido los recuerdos de su infancia, de su adolescencia y de sus años de universidad. Ahora estaba decorada para un hombre joven, personalizada y de color azul marino, con

pinturas ecuestres de John Frederick Herring que habían pertenecido a su padre y dibujos de caballos ganadores de los establos Grenville. El elegante escritorio también había sido de su padre, como los sillones orejeros. De pie, examinó todo aquello, sin resolver en qué lugar podría colocarse sin sentirse dominado por la presencia paterna. Se decidió por el banco dispuesto junto a la gran ventana abuhardillada que daba al parque y a la calle, cinco pisos más abajo. Allí era donde solía sentarse de niño y le parecía la parte de la habitación que menos había cambiado. Contempló las vistas unos minutos antes de sacar de su bolsillo aquella carta que parecía haberse calentado con el contacto de su cuerpo. Volvió a mirar el sobre, presa de la inquietud, se sentó y lo rasgó para abrirlo.

Decía lo siguiente:

La señorita Ann Arden
acepta con placer
la amable invitación del
alférez William Grenville, Junior,
de la Marina de los Estados Unidos,
de convertirse en su legal esposa.

Gritos de guerra, alegría y agradecimiento y varios taconazos alteraron la serenidad que había reinado en aquella habitación.

Cuando Ann Arden tenía ocho años y se llamaba Ursula Mertens pero la llamaban Urse, su padre, cuyo nombre era Claud y al cual ella adoraba, la llevó a cenar, a solas, al mostrador de la botica de Crowell en Pittsburg, Kansas. Intercambiaron cumplidos con Paul Crowell, el primo hermano de su padre, propietario de aquel establecimiento. Paul le dijo a Urse que era la niña más guapa que había visitado su tienda aquel día. Urse lo miró, sorprendida y ruborizada por aquel cumplido, y le dedicó una amplia sonrisa, encantada.

—La vas a marear —le dijo Claud a Paul, mirando afectuosamente a su hija, aunque su mente parecía estar ocupada por otros asuntos.

—¿Qué vas a hacer cuando seas mayor? —preguntó Paul.

—Voy a ser actriz de cine —respondió la adorable niña sin un instante de vacilación.

Paul se rio por lo bajo y su padre, absorto, miró hacia la nada.

Pidieron delicias de queso, que Paul aseguró que eran la *specialité de la maison*. Les sirvieron sándwiches abiertos, con queso fundido y tocino, que comieron con cuchillo y tenedor, y batidos de chocolate tan espesos y copiosos que cada vaso de la batidora podía llenar la copa de batido casi dos veces. Aquello era algo del todo excepcional en la corta vida de Urse Mertens y ella estuvo a la altura de la ocasión, entreteniéndolo a su taciturno padre con una cháchara incesante sobre las clases de baile y música a las que quería acudir y el regalo de cumpleaños que estaba haciendo

para la abuela Smiley.

Aquella vivacidad desvió por completo el objetivo de la cena. Claud Mertens tenía cosas que decirle a Urse. Cosas importantes, como su plan de dejar Pittsburg, cuya población de casi quince mil habitantes había hecho que aquel pueblo ya fuera una ciudad y, por tanto, un lugar nada bueno para granjeros, y mudarse a una finca ocupada^[1] en Hugoton, también en Kansas. Claud estaba a punto de perder su granja situada en las afueras de Pittsburg.

—¿Qué significa «finca ocupada»? —preguntó Ann finalmente.

—Significa que vives en la tierra durante un año, la trabajas, ya sabes, construyes graneros, la vallas, cosas así, y entonces pasa a ser tuya —contestó Claud, sintiéndose mucho más cómodo con aquel tipo de conversación que hablando sobre clases de danza y música que no podía permitirse pagar.

Urse percibía que la estupenda tarde en el centro con su padre estaba empezando a desmoronarse.

—¿Es allí a donde fuiste cuando estuviste fuera el mes pasado? —le preguntó.

—Sí, Urse —respondió Claud—. Campo hermoso, buena tierra. Te encantará.

Ella permaneció sentada en silencio, completamente absorta en limpiar el batido derramado sobre el mostrador de mármol con una servilleta de papel, asustada ante el augurio de aquella conversación.

—Di algo, Urse —le instó su padre.

—Mamá dijo que había una serpiente grande y negra en el porche en Hugoton. Mamá dijo que para ir al lavabo tenías que salir a una casita fuera de la casa. Mamá dijo que solamente hay un colegio con una clase y que los niños no hablan bien inglés. Oh, papá, por favor, por favor, no me hagas marcharme de aquí para mudarme a Hugoton, por favor —imploró Urse.

—Cariño, eres hija de tu madre —le dijo Claud, asintiendo con la cabeza lentamente y mirando cómo trataba la pequeña de contener sus lágrimas.

Ethel Mertens había ido a Hugoton para inspeccionar la nueva vida que su marido había concebido para su familia allí. Estuvo una noche y volvió a Pittsburg jurando que jamás se mudaría. Cuando eran jóvenes y estaban enamorados, de eso hacía ya doce años, no había importado que él fuese un chico de granja que solo hubiera estudiado la enseñanza obligatoria y que Ethel hubiese estudiado en la escuela de magisterio y estuviera cualificada para ser maestra, pero todo eso había sido así antes de que naciera Urse, y Ethel tenía grandes planes para Urse.

Claud no podía soportar decirle a Urse lo que tenía previsto decirle en caso de que su desesperado intento por lograr que le atrajera su nueva vida, que su madre había rechazado, fallara. Claud dejaría a su madre, le daría el divorcio y él se marcharía de sus vidas.

—Mejor que te lleve a casa —le dijo—. Son casi las nueve. Si no fueras una niña tan mayor, te llevaría a caballito hasta la furgoneta.

Quería cogerla y abrazarla y decirle que la quería y que siempre sería así, pero no

pudo.

Al día siguiente, su madre le dijo que su padre se había ido de casa. Ethel Mertens consoló a la llorosa niña.

—¿Un divorcio significa que nunca va a volver? —sollozó Urse.

—No, seguro que vendrá a visitarte, cariño —la consoló su madre.

—Pero ¿por qué no se ha despedido, mamá?

—Ya sabes lo difícil que es para tu papá decir las cosas. Yo sé que quería despedirse de ti, Urse, pero no encontró las palabras para hacerlo. Cuando se enfada le cuesta explicar las razones de su enfado.

—¿Es por eso por lo que me llevó ayer a la botica de Crowell, para cenar? ¿Para decirme que nos abandonaba?

Se preguntó si Paul Crowell lo sabía. Se acordó de cómo había estado ella parloteando sobre sus clases de danza y música. Se sintió traicionada.

—Quería decírtelo él mismo, Urse, y explicarte qué es lo que esperaba de la vida y que eso ya no lo encontraría jamás en Pittsburg.

—Empezó a contármelo.

—¿Ves?

—Cosas sobre ocupar una finca en Hugoton y mejorar la tierra.

—Todo eso.

—Pero yo no sabía que se marcharía de aquí y nos abandonaría si yo no quería ir allí.

—Ese no es el tipo de vida que quiero para ti, Urse —le dijo Ethel Mertens.

—¿Qué va a ser de nosotras mamá?

Urse se estremeció aterrorizada contemplando los agujeros en el suelo de linóleo de la cocina y los escalones rotos de la entrada que tenía que saltar. Su pequeña casa de madera no se había pintado en años y los agujeros del tejado de tablillas estaban cubiertos de tela asfáltica.

—Tú y yo estaremos bien. No te preocupes —respondió su madre, pero ninguna de las dos sabía si creerse aquello.

—Cuando crezca, mamá...

—¿Sí, cariño?

—No voy a divorciarme nunca, pase lo que pase.

Urse Mertens siempre miraba hacia el momento en el que iniciaría su vida. Su infancia y su adolescencia fueron fases por las que pasar, la preparación a un tiempo aún por llegar en el que su vida empezaría de verdad. Deseaba ser el centro de su existencia, tener su mundo girando a su alrededor. Cuando la fama le llegó, al fin, de una forma radicalmente distinta a la de sus sueños de juventud, los periodistas indagaron en sus raíces en busca de pistas. Les asombró que tan poca gente la recordara. No dejó huellas y, fácil de olvidar, se borró cualquier trazo de las

privaciones de su juventud.

—Estate quieta, Urse, o te clavarás un alfiler —le dijo Ethel Mertens, absorta en su trabajo.

—No te entiendo cuando me hablas con alfileres en la boca, mamá —dijo la niña, estirándose para ver la prueba de su vestido en el espejo que había encima de la cómoda.

—Gírate hacia el espejo y déjame ver el largo de esta falda.

—Me encanta este azul, mamá. Es mi color favorito.

—¿Sabes lo que la gente va a decir sobre ti? —le preguntó su madre, satisfecha con su trabajo casi acabado.

—Van a decir: «Urise Mertens tiene los vestidos más bonitos de todas las niñas de Pittsburg, Kansas» —dijo Urse, y las dos se rieron, a sabiendas de que la gente no iba a decir eso, pero esa era una frase que ellas dos solían decir.

—He estado pensando, Urse —dijo su madre.

—Ay, ay... —dijo Urse.

—¿Qué significa eso?

—Cuando dices «He estado pensando, Urse», vienen cambios.

—Bien, escúchame. Ahora que tu papá se ha ido, no hay razón para que las dos nos quedemos aquí, tan a las afueras de la ciudad. ¿Qué te parece si vendemos la granja y nos mudamos a Pittsburg?

—¿Quién querría comprarla, mamá? Se está cayendo a trozos.

—Bueno, alguien habrá. El otro día vi una casa muy bonita en la calle Quincy Oeste que los señores Cremer quieren vender. Sería perfecta, Urse. Podrías caminar hasta la escuela Lakeside y tener amigos en la misma calle. Esa Fredda Cunningham de la que tanto hablas vive a solo dos casas de distancia y tú misma dijiste que es la chica más popular del colegio.

—Pero es tan estirada, mamá. Ni saluda.

—Ya te saludará, cariño. Seréis íntimas amigas en poco tiempo.

—¿No echarás de menos la granja, mamá?

—No creo que ninguna de las dos seamos granjeras, Urse. ¿Acaso lo eres tú?

—No, pero pensaba que a lo mejor papá puede decidir volver si las cosas no le van bien en Hugoton. —Se sacó el nuevo vestido por la cabeza para no tener que cruzarse con los ojos de su madre en el espejo y evitar asumir el carácter definitivo de aquel abandono que todavía no estaba preparada para aceptar.

—Allí nos será más fácil que tomes lecciones de música —le dijo Ethel, ayudándola a sacarse el vestido.

—No tenemos dinero suficiente para clases de música.

—Bueno, también he estado pensando en más cosas.

—Ay, ay, más cambios.

—He estado pensando en volver a dar clases. Antes de casarme con tu padre, terminé mis estudios en la escuela de magisterio y siempre había deseado enseñar,

pero cuando nos casamos, nos mudamos aquí y nunca pude ejercer de maestra.

—¿Y qué enseñarías?

—Ciencias sociales.

—Muchos cambios, mamá.

—Pero emocionantes, ¿no?

—¿Y podremos permitirnos pagar las clases?

—Ese es el objetivo. ¿No te gustaría?

—¡Oh, sí mamá! —le dijo, abrazándola—. Siempre he querido ser actriz de cine.

Dolida, gimió:

—¡A veces desearía que mi padre estuviera muerto!

Era Navidad.

—¡Ursula Mertens! —le gritó su madre, en el tono de voz que usaba para decirle a su hija que realmente no quería decir lo que estaba diciendo.

—Lo digo de verdad, mamá —persistió Urse conteniendo con todas sus fuerzas las lágrimas que afloraban en sus ojos.

—No, no lo dices de verdad —insistió su madre.

—Todos los cumpleaños, todas las Navidades... son una decepción. Si estuviera muerto, no me preguntaría si se acuerda o no.

—A ver, tú, escúchame —le dijo Ethel, rodeando con su brazo a su hija—. Tampoco hemos tenido unas Navidades tan malas, ¿verdad? Mira todas las cosas que tienes bajo el árbol. La abuela Smiley te tejió la bufanda y las tías Edna y Lucy van a pagarte las clases de baile durante un año entero. Y Paul Crowell te ha enviado talco de baño de su tienda y no te olvides de los cinco dólares.

—Pero no he sabido nada de papá. No me ha mandado una felicitación de Navidad ni de cumpleaños, como si se hubiera olvidado ya de mí, y yo sé que me quería.

—¿Sabes? Todavía hay una cosa especial de la que no te he hablado —dijo Ethel con ese tono persuasivo de su madre ante el cual Urse jamás podía resistirse.

—¿Qué es? —preguntó, despacio.

—Es algo de parte del señor Percy V. Jordan.

—¿Quién es el señor Percy V. Jordan, mamá?

—Es el gerente de la compañía telefónica, Urse. No solo para Pittsburg sino para toda la región —dijo Ethel calurosamente.

—¿Por qué...? ¿Cuál es su nombre, otra vez?

—Percy V. Jordan.

—¿Por qué Percy V. Jordan me hace un regalo de Navidad si ni siquiera lo conozco?

—Vendrá después de la cena de Navidad y así tendrás la oportunidad de conocerlo.

—¿Es tu novio o algo así?

—Oh, Urse, acabo de conocerlo, en el instituto, cuando instalaron el nuevo sistema de teléfono.

—¿Qué es el regalo?

—Quiere llevarnos a las dos a Kansas City la semana que viene...

—¡Kansas City!

—... Y comeremos en un hotel y, después, iremos al cine y más cosas.

—¿Más? —chilló Urse.

—Va a hacer que te hagan tres fotografías en los grandes almacenes Swanson. Tres poses.

—¿Me van a hacer un retrato? ¿En los grandes almacenes Swanson? ¿Tres poses?

—Correcto.

—Espera a que la estirada de Fredda Cunningham se entere —dijo Urse, encantada con el curso que había tomado el día.

—Señora de Percy V. Jordan. ¿Cómo te suena, Urse? —le preguntó Ethel Mertens.

—Como elegante —dijo Urse.

—Yo pienso lo mismo. Me gusta cómo suena.

—¿Van a cambiar las cosas, mamá?

—Solo para mejor, querida. Habrá más dinero y podremos hacer más cosas y estoy segura de que nos empezarán a invitar a algunas de las casas buenas. Algunas de las señoras de esta ciudad no aceptan bien a una mujer divorciada. Tú ya lo sabes.

—La señora Cunningham, por ejemplo —dijo Urse.

—La señora Cunningham, por ejemplo —coincidió su madre, y las dos se echaron a reír.

—¿No lo quieres, verdad, mamá?

—Es un muy buen hombre. Un hombre amable.

—Esa no es una respuesta a mi pregunta.

—Tengo treinta y un años. Ahora es diferente de cuando me casé la primera vez. Estoy buscando cosas diferentes de la vida. Quiero ser capaz de educarte y darte todas las clases y cosas que tú quieras y tener una casa bonita y fiestas en el día de tu cumpleaños y amigos para ti y, cuando llegue el momento de que te cases, que te cortejen los mejores chicos de la ciudad e, incluso, alguno de los estupendos muchachos de Kansas City.

—¿Es tan buen trabajo ser el gerente de una compañía telefónica? Que yo sepa, solamente tiene dos trajes y, además, la casa donde vive tampoco es mejor que esta. Paul Crowell dice que tiene alquilado el apartamento encima de su tienda, en Broadway.

—No escuches nada de lo que te diga ese Paul Crowell —dijo Ethel, molesta ante la crítica implícita procedente del primo de su exmarido—. Si ese es el modo en el

que Paul Crowell habla, no quiero que vuelvas a ir a su tienda cuando regreses del colegio nunca más.

—Mamá, Paul es mi amigo. Le cobra la zarzaparrilla a Fredda Cunningham pero siempre me invita a mí y, además, si te quieres casar con Percy V. Jordan, a mí me parece bien —dijo Urse, sus ojos anegados en lágrimas.

—Oh, Urse —le dijo Ethel, acercando a su hija, quien ya no contenía las lágrimas, y abrazándola—. Todo irá bien. Lo sé. Ya lo verás.

—Y, como mínimo, tendremos nuestro teléfono, no una línea compartida —dijo Urse.

—Si le digo que sí, pintará la casa de blanco, con postigos verdes, como los de los Cunningham. Y ha dicho que empapelará el salón y las dos habitaciones. Y que quiere comprarnos el último modelo de frigorífico de la marca Frigidaire. ¡Y tiene coche!

—Tiene un pelo raro —dijo Urse.

—Creo que es una peluca —dijo Ethel.

—No hables con mamá hasta que haya tomado su café —le advirtió Urse a Percy V. Jordan, como si aquella fuera la explicación a la extraña conducta de su madre.

La actitud de Ethel en su nuevo matrimonio era difícil de explicar incluso para su hija. Cuando se pasó la emoción que la había dominado por las nuevas adquisiciones (el nuevo papel de pared de las habitaciones, el teléfono, el Frigidaire y el automóvil, un Diana Moon), quedó el hombre que las había hecho posibles y ella tenía que lidiar con él. A Ethel le producían tanto asco las gotas de huevo pasado por agua que le caían de su bigote como los olores que dejaba en el cuarto de baño. No soportaba bañarse en la bañera cuando su vello púbico quedaba depositado en el desagüe y se negaba a tener que ser ella quien limpiara todo aquello.

Se pasaba el día regañándole y le encontraba defectos y utilizaba un lenguaje insultante y grosero contra él. Lo acusó de haber matado a su primera esposa, de tener una enfermedad venérea y de frecuentar mujeres de mala vida. Una de las peleas fue tan violenta que Urse Mertens llamó a la policía.

Por su cumpleaños, Percy V. Jordan le había prometido a Urse llevarla a Kansas City para ver *Sunny*, el espectáculo musical de Broadway protagonizado por la famosísima Marilyn Miller. Aquello era lo que más le apetecía en el mundo a Urse. Se sabía de memoria todas las canciones y, por una vez, Fredda Cunningham tuvo celos de ella cuando fanfarroneaba sobre aquel regalo de cumpleaños.

En la mañana de su cumpleaños Percy V. Jordan anunció que había tenido suficiente con el trato abusivo de su nueva mujer, que la excursión a Kansas City se cancelaba y que se marchaba. Urse Mertens se sintió desconsolada y avergonzada por la reacción que esperaba cuando Fredda se enterara. Por su parte, cuando Ethel se dio cuenta de que Percy la abandonaba de verdad, se encendió de ira y anduvo

persiguiéndolo unas cuantas manzanas por las calles de Pittsburg, insultándole y tratando de rasgarle la ropa.

Ethel Mertens terminó siendo arrastrada hasta la comisaría y despedida del instituto en el que trabajaba, pero, en cuanto se divorció de Percy V. Jordan, su extraña conducta cesó.

Urse, avergonzada, fue encerrándose más y más en sí misma y haciéndose cada vez más solitaria. Desde el primer momento, supo que el matrimonio entre su madre y Percy no funcionaría, y que era cuestión de tiempo volver a tener que hacer reajustes en sus vidas y otro inicio se pondría pronto en marcha.

Odiaba la incertidumbre que la dominaba por no saber de qué y dónde iban a vivir ni cómo iban a arreglárselas. Se preguntaba si alguna vez lograría disfrutar de seguridad en su vida. Pensaba en Fredda Cunningham y sus setenta y cinco centavos de paga semanal, lloviera o tronara, que le permitían ir al cine los sábados por la tarde, comprar la revista *Photoplay* e, incluso, delicias de queso, si se le antojaba, en la botica de Crowell. Toda la rabia que sentía por su vida la canalizó en envidia hacia Fredda.

El siguiente septiembre ingresó en el instituto y su madre consiguió un nuevo trabajo como telefonista en la compañía local de taxis. Tras la desaparición de Percy de escena, ambas continuaron decididas a que Urse no perdiera las clases de canto y música. Urse consiguió un trabajo al salir de clase, primero como cajera en un supermercado y, después, como camarera en la barra de la botica de Crowell, preparando batidos y delicias de queso y sirviendo café en las gruesas tazas descascarilladas. Lo más odioso era servir a Fredda Cunningham.

Una noche, justo antes de cerrar, entró Billy Bob Veblen, el capitán del equipo de fútbol americano, el chico más guapo del instituto de Pittsburg. Hasta aquel día Billy Bob Veblen, por el que todas las chicas suspiraban, no había reparado en Urse Mertens.

Su mano temblaba mientras le servía su taza de café pero ni una gota resbaló hasta el platito. Urse estaba experimentando unas sensaciones en su interior desconocidas hasta aquel momento.

—¿Dónde has estado durante toda mi vida, guapa? —le preguntó él, y Urse sintió estar viviendo la escena de una película.

Taciturnos, los dos viejos amigos se sentaron en el comedor del Brook Club, a resguardo del mundo, sin sus uniformes.

—No encajará, lo sabes —le dijo Bratsie—. No encajará, ellas ya se ocuparán de que jamás encaje. Dame, déjame que te sirva un poco más de vino. Es el más caro de la carta.

Junior miraba fijamente la copa mientras Bratsie le servía el borgoña casi rozando el cristal de la copa. Cahill habría desaprobado ese modo de servir vino, pensó Junior,

tratando tanto de asimilar las palabras que acababa de pronunciar su amigo como de no hundirse allí mismo.

—Esa no es mi opinión, eso tenlo en cuenta, pero ahora estoy haciendo lo que tú no haces, que es imaginar lo que Alice y tus hermanas te dirán sobre este tema.

—Pero a todas les encantó —protestó Junior—. A excepción de Felicity.

—Estás de uniforme, en casa, de permiso, en unos días te vas, quizás para no regresar jamás, y tratan de mostrarse amables contigo confiando en que esa aventurilla tuya termine. Creen que estás hecho un mujeriego. Háblales de matrimonio y verás cómo su actitud cambia al instante.

—La amo —dijo Junior, desesperanzado.

—Lo sé.

—Nunca he tenido una vida sexual como esta, Bratsie. No es como con la señorita Winifred Plegg, en la avenida West End. Yo no sabía qué era el sexo —le confió Junior, en un extraño momento de intimidad—. ¿Qué voy a hacer?

—Por el momento, ella debe continuar siendo tu amante y, cuando acabe la guerra, espera a ver qué sientes.

Junior bebió un poco del borgoña.

—No estoy seguro de regresar de la guerra —le dijo en voz baja.

—Siempre lo has pensado, ¿verdad?

—¿Qué he pensado?

—Que ibas a morir joven.

—¿Por qué dices eso?

—Más de una vez has hecho comentarios así.

—No los recuerdo.

—¿Te importa?

—Ahora que he conocido a Ann, sí.

—Ella te esperará.

—Ahí es donde te equivocas, Brats. No me esperará.

—Estás enfadado conmigo, ¿verdad? —le preguntó Bratsie.

—Creí que me apoyarías más, Brats, tú especialmente. Todo esto... —dijo, mirando el comedor revestido de paneles de madera, indicando con su mano el mundo que representaba y a los hombres repartidos por las mesas cercanas que habían sido amigos de su padre— no significaba nada para ti.

—Sabes, Junior, la gente siempre bromea diciendo que Alice quiere que te cases con la princesa Margarita. Y, sabes, yo creo que lo quiere en serio, solo que lo que desea es que te cases con la princesa Isabel y te conviertas en el próximo rey de Inglaterra o en lo que su marido se vaya a convertir.

—Bonita camisa, Brats —le dijo Junior, deseoso de cambiar de tema, ahora que su euforia se había esfumado.

—Hecha a medida —respondió Bratsie, contento ante aquel cambio de tercio, mirando a la camisa, de rayas granates y blancas, con monograma y cuello y puños

blancos.

—¿Cara?

—¡Para nosotros no!

Los dos rieron. Estaban hablando de una camisa pero estaban pensando en otras cosas. A medida que Bratsie conversaba, fue quitándose los gemelos, después la corbata y luego la chaqueta. Entonces empezó a desabrocharse los botones de la camisa, se sacó la parte trasera del pantalón y finalmente se la quitó, en aquel comedor concurrido y tranquilo. Durante un rato permaneció allí sentado, el torso desnudo, y todos los hombres de todas las mesas se giraron para mirar boquiabiertos el espectáculo de aquel hombre medio desnudo continuando con su conversación con gran entusiasmo.

—Por el amor de Dios, Bratsie, ¿qué haces? —dijo Junior, con un grito ahogado.

—A ti, te lo daría todo —dijo Bratsie, levantándose, pelo en el pecho y en las axilas, tendiéndole la camisa a su amigo sobre la mesa.

—¡Bratsie! —gritó Junior, evitando mirar hacia las otras mesas y ver la expresión horrorizada del jefe de sala sobre ellos.

Bratsie volvió a sentarse, totalmente ajeno a la escena que estaba montando, y cubrió su desnudez con la chaqueta de su traje.

—Señor Bleeker —dijo el jefe de sala—. Me temo, señor, que debo pedirle que...

—¡Ah, Casper! —dijo Bratsie—. Mi madre me ha pedido que le dé muchos recuerdos. Dice que mi padre le tenía más aprecio a usted que a la gran mayoría de sus conocidos. Nos gustaría pedir una maravillosa botella de su mejor champán. Mi amigo, el alférez Grenville, y yo estamos celebrando su próximo matrimonio.

—¡Bratsie!

—Pero es un gran secreto, Casper, y no debe decírselo a nadie.

Junior golpeó las brillantes puertas chapadas en blanco de la habitación de su madre de la manera en la que lo hacía cuando tenía dieciséis años, para avisarla de que ya estaba en casa, después de un baile.

—Entra —le dijo, y él entró.

Estaba sentada en su enorme cama de dosel, leyendo.

—*Mère*, tengo que darte la más maravillosa de las noticias —dijo Junior.

Ella miró el rostro, loco de amor, de su hijo.

—No —dijo, levantando su mano y blandiéndola con un gesto negativo entre ellos, para responder a sus noticias antes de que él pudiera dárselas.

—*Mère*, por favor.

—No, no, no, no, no, no, no, no. Esto es todo lo que tengo que decirte. Vete a la cama, Junior.

—Trata de acordarte de lo que pasó cuando conociste a papá, todas esas historias que siempre nos has contado.

—Lo que sentía por tu padre no se puede aplicar a esta situación —le respondió, enfadada por la comparación de aquel amor lleno de lujuria con su matrimonio.

Su matrimonio fue totalmente apropiado. Las dos familias no habrían podido encontrar un partido más perfecto y, partiendo de aquella coincidencia, habían crecido el respeto, la armonía, el entendimiento y el amor. La pasión nunca había jugado papel alguno. En aquel momento echó de menos a su marido porque él sí habría sabido cómo lidiar con aquella situación que a ella se le estaba yendo de las manos.

Enfadado, Junior se dio la vuelta y se marchó del dormitorio de su madre con un portazo.

Hacía mucho calor en la habitación. Las velas goteaban cera sobre la mesa, pero madame Sophia no parecía darse cuenta. La mesa de juego entre ellos era inestable y la tapicería de cuero en el asiento de su silla estaba tan rajada que le molestaba rozarlo con las piernas. Rosas de cera, rojas y amarillas, aparecían recubiertas de polvo y la estatuilla de la virgen María debía de haberse roto y debían de haber pegado las piezas. Junior notó que el esmalte de uñas de madame Sophia se había levantado. Sus ojos estaban muy maquillados y su cabello, oculto tras un pañuelo de gasa, era de color magenta. Una niña pequeña, con pendientes, dormía en el sofá. Se preguntó por qué, si conocía todas las respuestas del futuro, vivía en aquella miseria.

El cartel en su ventana rezaba que la lectura costaba dos dólares, pero le sugirió que por cinco su trabajo sería más detallado y él aceptó. Se sentía solo y confundido en Tacoma, Washington; la estruendosa rutina de su formación en la estación naval no conseguía quitarle de la cabeza su desagradable partida de Nueva York, distanciado de su madre y de Ann. Cuando, para calmar a su madre, le pidió a Ann que lo esperara hasta después de la guerra, ella se negó. Le dolía pensar que la misma noche siguiente la habían visto bailando en El Morocco con Arturo de Castro. Por primera vez en su vida mantuvo una amarga discusión con su madre cuando esta le señaló que la instantánea deserción de la señorita Arden con un examante mostraba, más que mil palabras suyas, el tipo de persona que era aquella mujer exactamente. Aparte de Cahill y Gibbs, solo Cordelia fue a despedirle.

—Veo a una mujer hermosa —le dijo madame Sophia, colocando sus cartas, sucias, sobre la mesa.

—¡Sí, sí! —gritó Junior con ganas.

—Su pelo... amarillo.

—Dorado —dijo Junior, centésimas de segundo antes de que madame Sophia dijera «amarillo».

—Ojos azules —continuó, como si en aquella carta desgastada se le apareciera aquella mujer gloriosa y estuviera festejando su belleza con él. Por su comportamiento, le leyó su historia. Por su desesperación, le dijo que habían reñido

(«Sí, sí»). Por su deseo, le dijo que aquella hermosa mujer también lo deseaba («¿Está segura?»). Por su preocupación, le dijo que los obstáculos en su camino («Había obstáculos, ¿verdad?», «Sí, sí»), solamente eran una prueba para su amor. Por su arrebatamiento ante sus revelaciones, le dijo que alcanzaría la felicidad.

—¿Hay alguna cosa más que quiera saber? —le preguntó, sintiendo simpatía hacia él por el entusiasmo que demostraba ante sus poderes y viendo, en su transformación de la angustia al éxtasis, lo extraordinariamente guapo que era.

—Sí —respondió—. Hay algo.

Ella lo miró y esperó a que él preguntara.

—Le parecerá muy estúpido...

—Pregunte —le dijo animándole con su cabeza.

—¿Voy a morir en la guerra?

Ella se rio, bondadosa, y negó con la cabeza. Un sentimiento de alivio empezó a invadir el cuerpo de Junior.

—No —dijo, barajando sus cartas.

—¿Cuándo? —le preguntó él, con calma.

—¿Cuándo qué? —Lo miró.

—Siempre he tenido la intuición de que moriría joven.

—En la guerra no —repitió.

—Entonces, ¿cuándo? —insistió.

Sus miradas se encontraron. De su bolsillo, él sacó un billete de veinte dólares y lo dejó sobre la mesa. Ella miró las cartas desplegadas sobre la mesa. Entonces, de forma inesperada, empujó hacia él el billete de veinte dólares.

—Por favor —le dijo, devolviéndole el billete—. Es muy importante para mí saberlo.

—Cinco, cinco, cinco —dijo finalmente. Con ganas de acabar con lo que estaba haciendo.

—No entiendo —dijo él.

—El quinto día, el quinto mes, 1955 —le dijo.

En plena juventud, aquella fecha, a doce años vista, le pareció tan distante que se sintió exultante ante la prórroga de su inevitable muerte temprana. No tendría que acordarse siquiera de esa fecha hasta pasados muchos años. Entonces, allí, en aquella mísera habitación de Tacoma, Washington, se liberó de la presión que le provocaba la angustia de que la guerra iba a acabar con él.

Babette Van Degan, con las manos detrás de la cabeza, yaciendo sobre los cojines de leopardo de su sala de estar cuajada de espejos, se compadecía ante una Ann abatida.

—Esa madre, esas hermanas —dijo, identificando la raíz del problema. Ellas dos, hijas de la adversidad, habían repasado la historia una y otra vez.

Para Ann, su sensación de pérdida por la partida de Junior Grenville era

aplastante. En veinticuatro horas había pasado de las cumbres del éxtasis absoluto a las profundidades de la desesperación y en estas últimas permanecía. Tenía la sensación de haber perdido su oportunidad, de que jamás volvería a sucederle nada igual o ni siquiera parecido al todo que suponía Junior Grenville. Ann estaba segura de que lo habría amado igual si hubiese sido menos rico, pero en cuanto vio la vida que él llevaba, se había desatado una pasión por él que le había sorprendido a ella misma.

A pesar de la naturalidad con que asumía los hechos más duros, el mayor temor de Ann era la pobreza: ella ya la había vivido. Desde que tenía uso de razón, Ann había tenido la certeza de que podría alejarse, alejarse muchísimo, de la vida en la que había nacido. Por ello había pasado sus primeros dieciocho años con prisa por salir de la misma, sin dejar huellas. A pesar de que tras la representación de *La importancia de llamarse Ernesto* en el instituto de Pittsburg, todos recordaron a Fredda Cunningham en el papel de Cecily Cardew y nadie habló jamás de Urse Mertens haciendo de Gwendolen Fairfax, fue en aquel momento cuando ella decidió de forma definitiva que el escenario, cuando lo dominara, sería el medio para alcanzar el tipo de vida que, sabía, estaba esperándola. Entretanto, después del instituto, ella y su madre se mudaron a Kansas City, donde, a su debido tiempo, ejerció como modelo para los grandes almacenes Swanson. Disfrutaba siendo mirada y tenía una habilidad natural para recorrer la pasarela, darse la vuelta y quitarse los guantes, los abrigos y las chaquetas con lo que la señorita Rose, de la sección de *couture*, llamaba «clase» de verdad. En muy poco tiempo, la mitad de los buenos partidos de Kansas City y unos cuantos casados que ya no lo eran, habían oído hablar e iban a la caza de la señorita Urse Mertens. Ethel Mertens estaba encantada con la popularidad de su hija y las dos, siempre muy unidas, pasaban muchas horas comparando los méritos de los señores Barney, Hasseltine o Stackpole. La única discusión grave que las dos tuvieron fue cuando Billy Bob Veblen, de Pittsburg, apareció en escena; y Billy Bob Veblen (Ethel Mertens fue la primera en decirlo) iba de cabeza exactamente a ningún sitio. Su mejor momento, aseguró, ya había ocurrido hacía cuatro años, en su celebrada carrera de ochenta yardas contra Hugoton. Así que Urse continuó viendo a los señores Barney, Hasseltine y Stackpole para complacer a su madre pero, en secreto, se veía a veces con Billy Bob Veblen cuando él andaba por Kansas City.

Después de cinco años en Nueva York, Ann (así la bautizó Chet Marx, después de advertirle que Urse Mertens debía desaparecer, querida) sabía que era guapísima pero que su talento como bailarina y actriz era bastante discreto. Para ella, el escenario sería un medio para alcanzar un fin. Bailó sin parar en los clubes nocturnos de la ciudad con ricos sudamericanos, con fabricantes de ropa y con algunos productores de Hollywood de segunda categoría. A la espera de aquello que llegara antes, quizás la fama, quizás el matrimonio, se dio a unos y se entregó a otros, pero todas las imágenes que hasta entonces había concebido de su borroso sueño palidieron

cuando Junior Grenville entró en su vida.

—¿Te he contado alguna vez lo que mi padre, el lechero, solía decir? —le preguntó Babette a su doliente amiga.

—No —contestó Ann.

—«Si ya tienes leche, ¿para qué quieres una vaca?» —citó Babette.

—Eso suena a Willimantic, Connecticut —dijo Ann.

—Algo así debe de haberle advertido Alice Grenville a Junior. Naturalmente, una versión de la alta sociedad de eso mismo —dijo Babette.

Ann se preguntó si no se habría entregado demasiado.

Cuando llegaron las órdenes de embarcar, Junior llamó a Ann a Nueva York y le rogó que volara hasta Tacoma y se casara con él. Feliz, ella accedió. Estaba segura de que lo amaba y de que quería ser su mujer. El contrato de la película con Humphrey Bogart había acabado en nada: un par de noches en El Morocco, una de las cuales culminó con una pelea de borrachos por un panda de peluche; su nombre escapó por muy poco de aparecer en la columna de Walter Winchel, algo que había ansiado ardientemente antaño.

—¡Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí! —exclamó ella.

—Me siento tan feliz, mi amor —le dijo él.

—¿Cuándo me quieres?

—Lo antes que puedas.

—Escucha, Junior —le dijo.

—Te estoy escuchando —respondió.

—No quiero estar casada con alguien llamado Junior.

—Pero siempre me han llamado Junior.

—Eso no quiere decir que siempre haya de ser así.

—¿Qué hay de malo en Junior?

—Es un nombre de niño. Quiero casarme con un hombre.

—A mi padre lo llamaban William.

—Tampoco quiero llamarte William.

—¿Bill? —preguntó él.

—Billy —respondió.

Sospechaba que podría estar embarazada, aunque no fue a un médico para confirmarlo una vez había aceptado casarse con Billy porque, si era verdad, quería que ambos lo descubrieran a la vez, para que no condicionara en ningún sentido el matrimonio.

—Nadie va a decir que lo atrapé con el viejo truco del embarazo —le dijo Ann a Babette, cuando le contó la noticia.

—Me parece a mí que estás realmente enamorada de este tipo —le dijo Babette.

Ann ni llamó ni fue a visitar a Alice Grenville antes de irse de Nueva York para informarle de sus planes, dejando así que fuera Billy quien se ocupara de ello.

De algún modo, él había reservado una *suite* en el mejor hotel de Tacoma por

tiempo indefinido y allí fue donde Ann vivió la semana antes de la boda. Como Junior pasaba la mayor parte del tiempo confinado en la base, le dejó toda la organización a ella. Se alegró muchísimo de que escogiera una ceremonia religiosa en un templo de la Iglesia episcopaliana en vez de una civil. Ambos, de forma independiente, pensaban en Alice y en su querida St. James. «Norte, Este, Sur, Oeste —pensó Ann—. Episcopaliana es lo mejor^[2]».

Fue a la rectoría de la iglesia de St. Andrew y preguntó por el pastor. Como siempre, Ann iba cuidadosamente vestida: llevaba el mismo traje verde que había lucido para impresionar a Alice Grenville, guantes y sombrero. Una anciana criada le informó de que el reverendo doctor Tiffany se encontraba en la iglesia. La anciana la invitó a esperar en la rectoría, pero Ann decidió ir a la iglesia para ver cómo era. El pastor estaba en el altar, conduciendo un oficio solamente para él. Ann se deslizó en un banco para esperar. Al cabo de unos minutos, el reverendo se dio cuenta de que había alguien en la iglesia. Se giró y la vio frente a él, observándolo.

—¿Puedo ayudarla? —le preguntó.

—Querría hablar con usted, reverendo Tiffany —contestó Ann.

—¿No ve que estoy en mitad de un oficio?

—Quiero decir, cuando haya acabado.

—¿Y de qué se trata?

—Un matrimonio.

—¿Es usted miembro de esta iglesia?

—No.

—¿Se trata de un matrimonio militar?

—Naval. Mi prometido está destinado en la base.

—Hay capellanes en la base —respondió él, dándose la vuelta hacia el altar para completar el servicio.

Se había mostrado poco atento y descortés con ella, pero Ann estaba decidida a que no la rechazara como si fuera la novia de alguien del montón. Permaneció sentada en el banco, jugando con sus perlas con los dedos del mismo modo que le había visto hacer a Alice Grenville el día que la humilló, hasta que el doctor Tiffany completó su oficio.

—¿Todavía está aquí? —le preguntó cuando hubo acabado y se dirigía a apagar las pocas luces que estaban encendidas.

—La familia de mi marido es miembro de toda la vida de la iglesia episcopaliana de St. James, en Nueva York. Fue el doctor Kinsolving, de esa iglesia, quien nos sugirió que nos casáramos aquí —dijo Ann, habiéndose preparado aquella frase con el tono exacto de voz, firme pero cortés, para conseguir el máximo efecto.

—Venga conmigo, venga —le dijo, cambiando su actitud—. Volvamos a la rectoría para hablar un poco. Dígame, ¿cómo está el doctor Kinsolving? Lamento haberle parecido brusco antes pero hay tanta gente de las bases que viene buscando una boda eclesiástica sin tener interés alguno en ninguna confesión... ¿Sabe a qué me

refiero? ¿Cuál es el nombre de la familia de su prometido?

El temblor de las cortinas blancas de la rectoría le recordó a la sala de estar de la casa de Fredda Cunningham, en Pittsburg, Kansas. Le preguntó si quería tomar una copa de jerez. Ella declinó, pero él se bebió una y, después, otra. El pastor habló sin cesar. Se dio cuenta de que era considerablemente más viejo de lo que le había parecido en la oscuridad de la iglesia. Le preguntó cosas, pero no esperó a sus respuestas, aunque pareció bastante impresionado con el doctor Kinsolving y la magnífica iglesia que tenía a su cargo en la avenida Madison.

Ann habló sobre las flores y la música que quería que sonara, insistiendo especialmente en la importancia de un himno del cual Billy le había hablado y que había sido su preferido en Groton. El servicio se fijó para las once en punto del sábado siguiente, a un lado del altar. Él se tomó otro jerez y Ann se preguntó si aquel hombre rayaba la senilidad o bebía demasiado, pero concluyó que todo se debía a la guerra: hacía tiempo que al reverendo Tiffany se le había pasado la edad de jubilarse, pero todos los jóvenes pastores se encontraban fuera, ejerciendo de capellanes militares. Sus ojos tenían una mirada confusa; Ann no estaba segura de que hubiera estado atento a todos los detalles y se dijo que le haría otra visita al día siguiente para comprobarlo. Para garantizar que nada fuera a torcerse, abrió su billetero y sacó varios billetes de los grandes, que le dio como contribución a la iglesia, anunciándole que su futuro marido haría una contribución aún más importante el día de la boda. Le preguntó si querría unirse a ellos después, para la celebración, en el hotel donde se hospedaba. Cuando se marchó, la llamó señora Grenville, en vez de señorita Arden.

En otra parte de la ciudad, en una zona conocida como la zona del Club de Campo, tuvo lugar un asesinato. Una chica joven, de buena familia, había sido estrangulada por un antiguo pretendiente, un soldado con el cual había roto. Durante varios días la historia figuró en la primera página de los periódicos de Tacoma, mientras el soldado era detenido y procesado. En la prensa aparecieron fotos de aquella atractiva joven, acompañadas de relatos del historial de su familia, su educación y sus logros.

Ann, con poco que hacer durante el día, desarrolló un ávido interés por esa noticia, estremeciéndose ante la idea de una vida tan joven acabada de una forma tan violenta. Cogió un taxi hasta el lugar donde indicaban los periódicos, para ver la casa de los padres de la víctima. Se sintió incluso más apenada por ella cuando vio la impresionante casa donde la chica había crecido.

Cuando Ann volvió al hotel, se encontró en la *suite* con las maletas de Billy para los tres días de luna de miel y una caja de bebidas para la recepción que había llevado un amigo de Billy de la base. Ann no podía soportar tener las cosas fuera de lugar y la visión de las bolsas y la caja en el centro de su salón alteraron su sentido de la simetría. Cuando puso las maletas en el armario, reparó que había un sobre de papel manila con el correo de Billy, que su amigo también le había llevado.

Como una polilla hacia una llama, se sintió atraída a una carta en concreto. Ann jamás había visto la letra de Alice Grenville, pero supo que era la suya (alta, fina, fuerte, privilegiada), aunque en la solapa de aquel sobre azul pálido no apareciera el remite de la casa de Nueva York. Intuyó que toda la carta se referiría a ella y se sintió menospreciada. Mucho antes de hacer lo que hizo, supo que iba a hacerlo. Miró fijamente la carta como si fuera un enemigo. Deseó que la *suite* tuviese una pequeña cocina para hervir agua y abrir el sobre con vapor. Ann echó el cerrojo a la puerta de su habitación y se encerró en el baño. Jadeando, frente al espejo, rasgó el sobre y leyó la carta de Alice Grenville a su hijo. Leyó despacio. Si alguien la hubiera observado, se hubiera sentido exasperado por aquella lentitud, pero era el pavor lo que la retardaba.

Mi querido hijo: Estoy destrozada por habernos separado de manera tan terrible. No puedo soportar que te vayas a la guerra así y te suplico que me llames una vez que hayas recibido esta carta. Sé que crees que estás enamorado de la señorita Arden, pero es un capricho. Te suplico que no te cases con ella. Si tu padre viviese, él podría explicarte cosas que a mí me resultan difíciles de expresar. Sí, sí, es guapa y vivaz, ingeniosa, todas las cosas que tú dices que es, pero tiene un pasado, Junior: otros hombres, más mayores, muchos hombres, todos ricos. Quizás sea lo que necesitas en este momento de tu vida. Quizás tu vida, tal y como te hemos educado, te haya reprimido un poco y necesites batir las alas. Bátelas, querido, ¡pero no te cases con ella! A través del señor Mendenhall, del banco, he contratado un detective privado. Es más mayor de lo que crees y Ann Arden no es su verdadero nombre. Hace varios años Earl Jones y Freddie Strawbridge dieron una fiesta en el Waldorf, en una *suite* privada, para la fiesta de despedida de Teddy Mander y la señorita Arden estaba borracha, alborotada y desnuda...

El teléfono sonó en la habitación contigua. Se dio cuenta de que debía de haber estado sonando antes de ser consciente de su timbre. El sonido la sobresaltó y dejó un instante su furtiva labor. Pensó que debía de ser Billy. Sintió humedad en las axilas. Su rostro estaba lívido. En un instante, sin acabar de leer la carta, la rompió salvajemente en pedazos, los arrojó al váter y tiró de la cadena.

Cuando alcanzó el teléfono, ya había sonado cuatro veces más. Otro timbrado y la persona que llamaba habría colgado.

—¿Diga? —estaba sin aliento.

—Señorita Arden —dijo la voz, con alivio—. Tenía miedo de no encontrarla.

—¿Quién es usted?

—El doctor Tiffany. —Una pausa—. De la iglesia de St. Andrew.

—Sí, sí, reverendo Tiffany. Discúlpeme. Estaba distraída. Todavía debo organizar muchas cosas para mañana.

—He cometido un terrible error, señorita Arden.

—¿Error?

—He reservado un funeral a la misma hora que su boda y tengo que pedirle que la posponga una o dos horas.

—No, no, no, no —gritó—. A las once. A las once se celebrará mi boda. No pienso cambiarla.

—Pero, verás, se trata del funeral de la desdichada hija de los Wentworth.

—No importa.

—Es la joven que fue asesinada por el soldado. Su familia pertenece a mi parroquia. El error es mío. Le pido que lo haga. Asistirá muchísima gente y la hora del funeral ya ha sido notificada a los diarios y no puede cambiarse.

—Y a mí me daría mala suerte cambiar la hora y no lo haré —dijo Ann—. Ellos son quienes deben cambiarla.

No podía, no quería, dar marcha atrás. Su vehemencia dejó atónito al confuso reverendo. Sabía que si Billy hubiese leído la carta de su madre, no se habría casado con ella. Tenía la sensación de que si su boda se posponía, aunque fuera una hora, jamás tendría lugar.

Por cuestión de decoro, Ann insistió en que Billy pasara la noche anterior a la boda en sus barracones de la base. No se verían hasta que se encontraran en el altar de St. Andrew. Se felicitó a sí misma por haber pensado en aquella medida tan decorosa, pues quería asegurarse de que cualquier noticia sobre su boda que llegara a Nueva York fuese bien recibida.

El estruendo de los truenos precedió al amanecer en la mañana de la boda. La lluvia golpeaba rabiosamente las ventanas de la habitación de Ann. Sola, rehusó reconocer la melancolía que sentía. Pensó en su madre, la cual habría celebrado que su hija se casara con un hombre que superaba los más disparatados sueños que tenían en Kansas cuando planeaban cómo sería su boda. Su madre habría dicho que Billy Grenville era un caballero de la cabeza a los pies, una de sus expresiones favoritas, que una vez aplicó al señor Percy V. Jordan. Se preguntó qué habría pensado Billy de su madre, si los signos de esnobismo que de vez en cuando detectaba en él, aflorasen. Sentía punzadas de culpa cada vez que comparaba a su madre con la familia Grenville.

Mientras preparaba las flores en la sala de estar de su *suite* para la pequeña recepción que tendría lugar tras la ceremonia, lamentó estar haciendo las cosas casi a escondidas y deseó tener a alguien de su propia vida para que fuera testigo de la ocasión. Solamente podía pensar en Fredda Cunningham, de Pittsburg, pero hacía demasiado tiempo que no sabía nada de aquella amiga, y en Babette Van Degan. Echaba terriblemente de menos a Babette y se dijo que ojalá Billy no la hubiera convencido de que era mejor que no fuera su dama de honor. Sabía que la dama de honor que iba a tener, Gail Bumpers, la esposa de un oficial de la base, nunca se cruzaría en la vida que imaginaba que Billy y ella tendrían después de la guerra.

La mañana tardía trajo una frágil tregua en el cielo oscuro. Cuando llegó Bratsie Bleeker, el día, como por arte de magia, pareció no haberse echado a perder. El placer de Ann ante la inesperada llegada del mejor amigo de Billy no tenía límites y el ambiente sombrío se animó.

Se vistió de blanco, un traje de novia, su rostro cubierto por velos virginales. Con

un ramo de jazmín de Madagascar, recorrió el pasillo de una iglesia casi vacía del brazo de un oficial del ejército al que había conocido la víspera y que, haciendo el papel de padre de la novia, se la entregó al novio. Él, tan nervioso como ella por el secretismo de aquel acto, se iluminó de placer cuando su novia apareció. Inimaginable que al verla no se borrara al instante cualquier recelo que pudiera existir. Pareció no darse cuenta de la frialdad del párroco, el doctor Tiffany, al officiar la ceremonia, ni del ruido de la multitud de gente que, en el exterior de la iglesia, esperaban a que empezara el funeral.

Demasiado tarde para anunciar el cambio de hora del funeral por el asesinato de la hija de los Wentworth, centenares de personas se presentaron puntualmente y allí mismo fueron informadas de que debían esperar a que acabase una boda. Cuando el cortejo nupcial emergió de la iglesia para hacerse algunas fotografías y lanzar arroz y confeti, los dolientes, en fila, los miraron de forma sombría.

En el bordillo de la acera de la iglesia, la carroza fúnebre repleta de flores y las limusinas cargadas con los miembros de aquella familia destrozada esperaban a que los recién casados se marcharan. Al abrir el chófer la puerta del vehículo con los padres y los dos hermanos de la joven fallecida, una ráfaga de viento arrojó confeti multicolor en su interior.

Cuando lograba frenar un poco su carácter indómito, Bratsie observaba a la nueva mujer de su viejo amigo y se hacía preguntas. Desde la noche que anduvieron de juerga por los clubes de Nueva York hasta aquella apagada recepción nupcial celebrada en una *suite* atestada de flores pero triste de un hotel de Tacoma, Washington, sin familiares de ninguna de las dos partes, todo había pasado muy rápido. ¿Qué suerte de ambición —se preguntó— había desencadenado aquel desenlace, si es que aquello lo era, a pesar de haber tenido tantos elementos en contra?

Se preguntó si aquellos gritos de alegría que había dejado escapar Ann al ver su anillo de compromiso, de Cartier, no escondían el chasco que se había llevado al comprobar las proporciones de la joya. Sí, aquel anillo era soberbio, pero no podía igualarse al de Babette Van Degan. Se preguntó si la dama de honor, Gail Bumpers, actuó en una representación de un cuento de hadas, notaba que estaba siendo tratada de forma condescendiente por la Cenicienta de la historia. Se preguntó por qué, horas después, el reverendo doctor Tiffany de la iglesia episcopaliana de St. Andrew no había hecho su obligatoria aparición: su iglesia era cientos de dólares más rica gracias a la generosidad del novio. Se preguntó por el funeral y por aquellos dolientes esperando su turno para llorar mientras miraban aquellos festejos de boda y se estremeció.

—¿Será posible que esta triste figura sea la del infame Bratsie Bleeker? —Sí, era la novia la que hablaba. Aquella anfitriona naciente había percibido que su fiesta decaía y deseaba que el *playboy* ejerciera de *playboy* y le insuflara vida.

—Pero no me has puesto una araña en la que columpiarme —contestó, ajustando

su estado de ánimo al papel que se esperaba de él.

Se sirvió champán. Se sugirió al pianista que tocara música más animada. Se enrolló la alfombra y comenzó el baile. Habiendo más oficiales que damas, la novia no dejó de bailar y la alegría que debía reinar se restauró en la estancia.

—¿Dónde está el novio? —preguntó Bratsie, en uno de sus turnos.

—Telefoneando a *mère* —contestó ella. Y puso su mejilla junto a la de él, para evitar el contacto visual.

—Para darle la noticia —dijo él, a la vez como pregunta y declaración. Bailando, ambos se fueron agachando hasta casi rozar el suelo de una forma no solo complicada sino también, al ser él más bajo que ella, divertida. Las siguientes parejas de baile de la novia no quisieron interrumpirles.

—¿Tu carrera? —le preguntó él.

—Mi carrera será ser la señora de William Grenville, Junior —contestó ella.

—¿Abandonadas las aspiraciones teatrales, entonces?

—¿Qué es lo que me estás diciendo, Bratsie? Me hiciste creer que yo te parecía bien para Billy. —A Bratsie le gustaba que fuera tan directa y así se lo dijo mientras le hacía dar una vuelta, al ritmo del fox-trot.

—Lo que estoy diciéndote es que no trates de ser como ellas, ni como Alice ni como sus hermanas ni como cualquiera de las jóvenes con las que podría haberse casado. Sé tú misma y sigue siendo especial —dijo Bratsie.

—El desconocido lado serio de Bratsie —dijo Ann, igualando de forma experta sus pasos: las clases del señor Dodsworth y todo Broadway coincidiendo en la pista de baile.

—¡Oíd...! —exclamó él. Esa era una de sus palabras favoritas.

—¿Oíd...? —preguntó ella—. ¿No es eso lo que cantan los ángeles mensajeros^[3]?

—Significa «escucha lo que te digo» —dijo Bratsie.

Billy, tema central de la conversación de Bratsie, interrumpió aquel momento.

—Es *mère* al teléfono —dijo Billy—. Quiere hablar contigo.

—¿Se lo has dicho?

—Sí.

—¿Y?

—Bueno, supongo que más sorprendida que cualquier otra cosa —dijo él, claramente aliviado por haber cumplido ya aquella tarea.

En la habitación, con la puerta cerrada para impedir que se colara la música, Ann cogió el teléfono.

—Hola, querida —dijo Alice Grenville. A su voz, aristocrática en tono, se le añadían la resignación y el disgusto. Esa sería la voz que a Ann siempre la aterraría —. Naturalmente, para mí ha sido toda una sorpresa, pero ya me habré recuperado de

ella cuando regreséis a Nueva York. Tengo ganas de empezar a conocerte.

—Y yo a ti —le respondió Ann.

—¿Has telefonado a tus padres? —le preguntó Alice.

—¿Qué? —le preguntó Ann.

—Tus padres, querida mía. ¿Los has telefonado para comunicarles la noticia? —persistió Ann.

—No tengo familia —dijo Ann.

—Oh, sí, sí. Me lo dijiste, ¿verdad?

—Esa mujer traerá problemas —les dijo Alice Grenville a sus hijas, minutos después de haber colgado el teléfono y haberles comunicado la desalentadora noticia.

—Pero tu carta, *mère* —dijo Cordelia.

—Nadie ha hablado de mi carta —replicó Alice.

—¿Crees que la ha ignorado o que no la ha recibido? —preguntó Grace.

—¡Dios mío! —dijo Felicity.

—¿Qué?

—Supón que la recibe ahora, cuando ya está casado con ella, y se entera así de la existencia de todos esos hombres.

—Debemos actuar como si eso nunca hubiera ocurrido —dijo Alice.

—¿Vas a anunciarlo a los periódicos, *mère*? —preguntó Cordelia.

—Debo hacerlo.

—¿Qué pasa con el Copacabana? ¿Vas a mencionar eso?

—¿Qué pasa con el Copacabana? —preguntó Felicity.

—Bailó allí —dijo Cordelia.

—Me educaron en la certidumbre de que nadie del mundo de la farándula sería invitado a nuestra casa como amigo. Y mirad ahora. Tenemos a una corista entre nosotros —dijo Alice.

Permanecieron sentadas en el tardío crepúsculo, cada una enfrascada en sus pensamientos de cómo explicar a sus familiares, amigos y a la prensa el extraordinario matrimonio de Junior.

—En mi época, la gente como nosotros sabía quiénes eran los padres de todo el mundo y de dónde venían —continuó Alice—. Vivíamos aislados de las gentes que no pertenecían a nuestro círculo. Si uno de mis padres decía: «Esta persona no es aceptable», eso era todo, ya no había nada más que discutir.

—¿Qué se sabe de sus padres? —preguntó Felicity.

—Dijo que era huérfana —respondió Alice—. Nada de familia.

—Eso podría ser una bendición, *mère* —dijo Grace—. Siendo así, no tendrás que invitar a su madre y a su padre aquí ni al campo.

—Todo por esta maldita guerra —dijo Alice—. Jamás la habría conocido si no hubiera sido por la guerra. Irse al extranjero para quizás no volver nunca. Ella ha

jugado con esas cartas y ha ganado. En cuanto entró en esta casa, supe lo que tenía en mente.

—¿Qué vamos a hacer respecto a ella? —preguntó Cordelia.

—Yo no pienso hablarle —dijo Felicity.

—Yo tampoco —dijo Grace.

—Ahora es la señora de William Grenville, Junior —dijo Alice en voz baja, recordándoles de quién estaban hablando—. Debemos empezar a acostumbrarnos a la idea.

—No es la clase de chica con la que una persona como Billy Grenville se casa. Es la clase de chica a la que pones un apartamento en el West Side por el tiempo que dure y, cuando la cosa se acaba, lo que antes o después siempre termina ocurriendo, le das diez mil dólares y le compras algo bonito. Y entonces te casas con una joven que todos conocemos, como Esme Bland.

Jeanne Twombly, enterada de ese comentario gracias a Alfred, naturalmente, me dijo que observaciones semejantes recorrían los clubes a los que Billy Grenville pertenecía y a los que su padre había pertenecido antes que él. Y eso significaba que un matrimonio con una corista de dudosa reputación estaba bien para el millonario Tommy Manville, famoso por haber reincidido en el matrimonio trece veces, pero no para Billy Grenville. Los miembros de aquellos clubes, en su mayoría amigos de su padre, sentían que Billy les había fallado y que, sin duda alguna, le había fallado a su madre.

—¿Qué pinta tiene? —preguntó Alfred Twombly.

—Bratsie dice que tiene unas tetas estupendas —dijo Piggy French.

En el círculo de los Grenville no se consideraba de mala educación preguntar sobre una novia. «¿Quién es?» o «¿Quién era?». La nueva señora Grenville, sin embargo, no encajaba en ninguna de las categorías de identificación en la que familias como la suya entregaban a sus herederos: colegios, lugares de veraneo, clubes y *Social Register*. Ann Grenville no era pariente de conocido alguno ni había sido compañera de una de sus hermanas en la exclusiva escuela femenina de Foxcroft ni Billy la había conocido cuando había pasado unos días, con amigos, en Newport o en Southampton. El nombre de la ciudad de Kansas de la que procedía requería explicaciones («No, no, no es Pittsburgh, Pensilvania, es Pittsburg, Kansas»), y su carrera como corista en el teatro y en los clubes nocturnos era bochornosa. También su reputación.

El breve anuncio del matrimonio hecho por la viuda de William Grenville, que apareció, estratégicamente situado, en *The New York Times*, sin una fotografía de la boda, rezaba que el matrimonio de su hijo, el alférez William Grenville, Junior, con la señorita Ann Arden, había tenido lugar en la iglesia episcopaliana de St. Andrew, en

Tacoma, Washington. Rezaba que la señorita Arden procedía de Kansas City y que había sido alumna de las escuelas de esa ciudad así como del colegio superior de Kansas City. Rezaba que el alférez Grenville había sido alumno de Groton y de Harvard y era el hijo del difunto William Grenville, antiguo presidente del Banco de Cambridge en Nueva York y propietario de la yeguada Grenville en Kentucky. También citaba las propiedades de los Grenville en Nueva York, Newport y Upper Brookville, en Long Island.

Únicamente el columnista de Broadway, Walter Winchell, escribió que la nueva señora Grenville de, como dijo, «los destacadísimos Grenville», había «coristead» detrás de Ethel Merman en *Anything Goes* y, anteriormente, en el club Copacabana. Si alguna de las amistades de Alice Grenville leyó la columna de Winchell, ninguna se lo mencionó. Entre ellas se murmuraba que estaba destrozada por aquella boda, por más que tanto Alice como sus hijas aseguraran sentirse encantadas ante la originalidad de la elección de su hijo.

Poco después de la boda, cuando Billy embarcó hacia el Pacífico, Ann volvió a Nueva York. Tacoma, como lugar de espera, no era para ella. Embarazada, ahora ya seguro, mantuvo el secreto. Quería afianzar su matrimonio antes de ser madre. A la espera de que hicieran otros planes, residía en su apartamento de Murray Hill. Se le pasó por la cabeza que quizás le pedirían instalarse en la enorme casa de los Grenville e incluso ocupar las mismas habitaciones en las que Billy había vivido toda su vida.

La primera entrevista entre las dos señoras Grenville no fue afortunada. Cuando llegó a casa de su suegra, se estaba celebrando una comida. Más tarde recordaría doncellas con cofia y delantal y el ir y venir de los tacones contra los suelos de mármol y parqué mientras esperaba en el recibidor, bajo la gigantesca lámpara de araña. Cahill, al saludarla, asumió la actitud de la casa en la que llevaba empleado tantos años. La señora se retrasaría debido a la tardanza de un almirante que, en aquel momento, estaba brindando por su amable anfitriona. Del comedor salieron risas cariñosas y entusiastas aplausos mientras Cahill conducía a la nueva señora Grenville a través del vestíbulo de mármol hacia el ascensor. La llevó hasta el tercer piso, a la sala anexa al dormitorio de su suegra, para esperarla.

Aquella era la primera habitación pequeña que Ann había visto en la casa y la encontró cálida y acogedora. Las sillas estaban tapizadas en *chintz* satinado y sobre una de ellas había abierta una biografía de lady Asquith. Un retrato de una joven Alice Pleydell, aquí sin hermanas, pintado por Boldini, contemplaba la habitación desde lo alto. Un cordel bordado, para llamar a las doncellas, llamó la atención de Ann. Era el primero que había visto en su vida y deseó tirar de él y empezar a dar órdenes. Invitaciones impresas, apiladas una encima de la otra, reposaban sobre la repisa de la chimenea. Se sintió tentada de mirarlas, pero no lo hizo. El escritorio estaba literalmente cubierto de hojas de papel, el mismo papel de carta azul pálido que Ann conocía tan bien, como si Alice hubiera sido interrumpida en su escritura para recibir a sus invitados a comer. Ann se estremeció con el recuerdo de aquella

carta hurtada y destruida, destinada a exponer su deshonrosa historia a su marido. De repente, se dio cuenta de que un perro pequinés, hecho un ovillo sobre una silla, estaba siguiendo cada uno de sus movimientos. Sus ojos se encontraron. Agradeció no haber figoneado las invitaciones.

Se preguntó si siempre se sentiría como una extraña en aquella casa. No había sido bienvenida como novia por Cahill, no había sido invitada a saludar a los invitados de la comida de abajo ni tampoco aquel pequinés altivo parecía reconocer su derecho a estar allí. Empezó a preocuparse por cómo la recibirían. Incómoda, sin saber dónde sentarse, encendió un Camel e inhaló profundamente, mientras caminaba por aquella pequeña estancia. Al buscar un lugar para dejar el fósforo, comprobó que no había ceniceros en el cuarto, así que lo ocultó bajo las frondosas hojas del ciclamen plenamente florecido. Encogió la mano y depositó, nerviosamente, la ceniza. ¿Cómo —se preguntó— iba a estrecharle la mano, con cenizas en su palma, cuando entrara la señora Grenville? Finalmente, cogió un plato chino de un atril de teca que había sobre la chimenea, lo colocó en la mesa y apagó allí su cigarrillo.

Aquello fue lo primero que Alice Grenville notó cuando, quince minutos después, habiendo despedido ya a sus invitados, entró en aquella estancia. Las aletas de la nariz se le ensancharon, como ofendidas ante aquel olor desagradable. Sin hacer un comentario, vació en la papelera la colilla del cigarrillo y las cenizas, limpió el plato chino con su papel de carta azul pálido y volvió a colocarlo en el atril de teca.

—No soporto el humo de cigarrillo en esta habitación —fueron sus primeras palabras a su nueva nuera—. Aquí es donde me ocupo de mis asuntos.

—Lo siento —dijo únicamente Ann, decidida a no dejarse avasallar: al fin y al cabo, solo se trataba de un cigarrillo.

—No tenías modo de saberlo —dijo Alice, suavizándose, deseando que pasara aquel momento que había hecho innecesario cualquier tipo de recibimiento, fuera un apretón de manos, fuera un abrazo.

De Alice Grenville, sus hermanas gemelas y sus amigas de toda la vida decían que había sido una jovencita muy atractiva. Los diversos retratos, en particular el Boldini, con su vestido de plumas de presentación en sociedad, así lo testimoniaban. De jovencita, Alice habría preferido ser guapa a ser atractiva pero, en la mayoría de los casos las bellezas de su juventud, a las cuales ella había envidiado, no habían sobrellevado la tormenta de los años tan bien como ella lo había hecho. En aquel segundo encuentro, Ann se quedó impactada por su aspecto.

—¿Has conocido a *Winston*? —le preguntó Alice, sacando al pequinés de su silla y sentándose—. Creemos que se parece mucho al señor Churchill. Aquí, *Winston*, te he traído algo delicioso de la mesa.

El pequinés se mostró encantado de la atención que recibía. Alice rompió una galleta en dos trozos y lanzó primero una mitad y después, la otra, al aire, observando en completa concentración cómo el perro corría hacia aquellos premios, profiriendo agudos ladriditos. Ann, olvidada, miraba fijamente el intercambio entre perro y

dueña.

—¡Qué perrito tan bueno eres, sí, sí, qué perrito tan bueno eres, y cómo te quiere tu mamita, sí, te quiere, te quiere! —exclamó Alice, abalanzándose sobre el pequinés para cogerlo con sus brazos y sostenerlo en lo alto.

Tiró del cordel bordado y, cuando su doncella, Lyd, apareció, besó a su perro entre los ojos y se lo tendió. Lyd, en la familia desde hacía años, registró la escena, comprendió y se retiró sin proferir palabra. Resuelto aquello, Alice volvió al asunto que se llevaba entre manos. Las dos señoras Grenville se miraron de nuevo la una a la otra.

—Debes contarme tu boda —le dijo Alice—. Edith Bleeker, que se enteró por Bratsie, me comentó que ibas de blanco. ¿Ha sido tu primer matrimonio?

—Sí.

—¿Has traído fotos? Espero que sí. Las niñas querrán copias. Es su único hermano, sabes. Ah, tu anillo, deja que lo mire.

Ann, acosada, se movió hacia delante y le tendió su mano. Por primera vez se sintió contenta de que su diamante con talla de pera no fuera tan grande como el de Babette Van Degan.

—Bonito —dijo Alice, mirándolo sin tocar la mano de su nuera—. El señor Glaenzer, supongo.

—No, Cartier —corrigió Ann.

—El señor Glaenzer es nuestro hombre en Cartier —dijo Alice.

—Oh —dijo Ann sintiéndose tremendamente torpe. Se giró hacia la repisa de la chimenea—. ¿Ahí terminan las invitaciones? —preguntó, cogiendo el montón de invitaciones.

—¿Qué?

—¿Apilarlas sobre la repisa? —La pregunta no parecía requerir respuesta y no la obtuvo, pero Ann continuó así con aquel tema banal—. Queda muy elegante. Le invitan a un montón de cosas.

—Ya había advertido tu estrategia —dijo Alice.

—¿Qué estrategia?

—Hablas del atrezo para evitar hablar de los asuntos de importancia —respondió Alice.

—¿Atrezo?

—Tú, Ann, viniendo del teatro, seguro que sabes lo que significa. La última vez que nos vimos hablaste de mi abrigo de armiño y de la reina María. Hoy me hablas sobre cómo están colocadas las invitaciones en la repisa de mi chimenea. Por entonces mi hijo era tu objetivo. Ahora ya estás casada con él. ¿Empezamos la conversación?

Ann Grenville trató de mirar directamente a los ojos de Alice Grenville, pero los encontró impenetrables y hostiles.

—Sé que cree que no soy lo suficientemente buena para su hijo, señora Grenville

—dijo.

Alice Grenville no negó aquella imputación y se limitó a no contestar.

—¿Tus padres están muertos? —preguntó.

—Sí.

—¿Y qué eran?

Insegura de lo que quería decir, Ann respondió:

—Pobres.

—Quiero decir, qué ocupación tenían.

—Mi padre era granjero. Mi madre, a veces, maestra.

—¿Estaban divorciados?

—Sí, se divorciaron cuando tenía ocho años. Mi madre se casó de nuevo y se volvió a divorciar.

—¡Santo Cielo!

—¿Por qué no te gusto?

Alice, atónita ante la franqueza de Ann, contestó:

—Eres ambiciosa.

—Soy ambiciosa —concedió Ann—. No sabía que ser ambiciosa fuera algo malo.

—Demasiado ambiciosa... Y eso es muy diferente.

—Enséñame cómo debo ser —le dijo abiertamente, sin astucia alguna—. Amo a tu hijo. Nunca he amado a un hombre como a él. Tengo la intención de ser una excelente esposa. He dejado atrás mi carrera en el teatro. ¿Son esas las cosas que quieres tratar conmigo?

—No tienes necesidad de ser beligerante, Ann —la reprendió Alice. Su ojos marrón terciopelo evaluaron de forma diferente a la mujer que había frente a ella—. Después de todo, ya eres la señora de William Grenville, Junior.

—Sé lo que soy —dijo Ann—. Siento que tú solo me soportas por estar casada con Billy Grenville. Tengo la sensación de que estás esperando que mi matrimonio acabe, como si se debiera solo a la guerra. Y no, no es consecuencia de la guerra. Hasta que la muerte nos separe.

Durante un rato Alice no respondió. Estiró el brazo y cortó una hoja marchita del ciclamen.

—¿Llamas a mi hijo Billy? —preguntó, finalmente.

—Sí, no quería casarme con un hombre llamado Junior.

—Tienes razón. Supongo que se le ha quedado pequeño ese nombre. ¿Dónde vais a vivir?

Fue una conversación llena de puntos de partida, de paradas y de trompicones. Cada una, de distintas maneras, estaba acostumbrada a controlar, pero cada una supo que había encontrado a su igual. Hasta que Billy Grenville regresara de la guerra se observó una tregua silenciosa.

Las hermanas, a excepción de Cordelia, la favorita de Billy, permanecieron distantes. Salvo entre ellas, jamás comentaron lo que pensaban de su cuñada, que había atrapado a su hermano, ya que su código no permitía una crítica externa a la mujer de su hermano, pero lo que sentían era suficientemente claro para sus amigos como para poder formarse una opinión.

Una tarde, en la biblioteca Grenville, Esme Bland, aprendiendo a poner vendajes para colaborar en el esfuerzo de guerra, observó, fascinada, a la glamurosa nueva mujer de Billy Grenville. La pobre y sencilla Esme Bland siempre había albergado la secreta esperanza de que un día ella se convertiría en la esposa de Billy. Contempló a las hermanas hablar sobre personas que Ann no conocía y sobre fiestas a las que no había asistido, usando apodos y haciendo alusiones familiares del todo incomprensibles para ella.

Ann empezó a aparecer en comidas y cenas familiares sin haber sido acogida por la familia. Pronto se vio que Alice Grenville, resignada, había cogido a su nuera de la mano para mostrarle cómo funcionaba la vida en la que debía encajar por haberse casado. Le recomendó libros, que Ann leyó, y le hizo sugerencias sutiles sobre el modo en el que iba peinada y el tipo de ropa que llevaba. Ann escuchó y actuó de acuerdo a sus consejos.

—Espero, de verdad, que no te importe si te hago una sugerencia —dijo Alice, decidida a hacerla, importara o no.

—No —respondió Ann, que siempre decía sobre ella misma que nunca le tenían que decir una cosa dos veces.

—Cuando estás conversando con alguien, Ann, tus ojos no tienen que recorrer a toda velocidad la habitación para ver quién más está en dicha estancia. Has de dedicarle tu completa atención a la persona con la que estás hablando.

—Bien —dijo Ann.

—Y, si no quieres más vino, solo has de pasar tu mano sobre la boca de tu copa antes de que el mayordomo te sirva más. Nunca la pongas boca abajo.

—Muy bien.

—No cortes el pan con el cuchillo. Rómpelo con las manos, siempre.

—Sí.

Y así continuamente, más y más.

Ann recibía aquellos consejos, una intrusa entre todos ellos. Cuando se dio cuenta de que, por mucha simpatía que desplegara, nada modificaría la impresión que se habían formado de ella, dejó de esforzarse. Observó, escuchó y aprendió, poco a poco, paso a paso, mejorando así de un modo que apenas nadie advirtió y, si bien ella misma sí percibió una actitud distinta en los vendedores de las tiendas que empezó a frecuentar, un cambio que le hizo sentir casi inmediatamente la relevancia de su nueva posición, no le importaba esperar a hacer sentir su presencia en su nueva

familia.

Visto que no le ofrecieron vivir en la casa de los Grenville, Babette Van Degan le encontró a Ann un soleado apartamento en Park Avenue y allí se trasladó dispuesta a decorarlo. Babette permanecía en su vida, pero no trató de llevarla consigo cuando visitaba a su nueva familia, ya que no quería que viera cómo la ninguneaban las hermanas de Billy. Tampoco quería que las hermanas de Billy las catalogaran como un par de Cenicientas. En cuestión de muy poco tiempo, empezó a ver a su vieja amiga a través de la mirada de los Grenville.

—Si aplastas el final del tallo de las fresias, viven más tiempo, ¿sabes? —dijo Cordelia cuando ella y Felicity la visitaron para ver el nuevo apartamento de Ann. Ella, que no veía la gracia en eso de dedicarse a aplastar tallos para hacer que duraran más las flores cuando una podía comprar flores frescas, se preguntó cómo esa gente sabía todas esas cosas que tan poco tenían que ver con la supervivencia. Se preguntó si alguna vez podría integrarse en su tipo de vida.

—Creo que estás utilizando el brocado equivocado —le dijo Felicity. Nunca iba a acertar, pensó Felicity: velas a la hora de almorzar, crisantemos en verano, brocado color oro.

—¿No te gusta? —preguntó Ann, alicaída.

—Oro... No, no es exactamente lo adecuado, ¿sabes? El oro resulta tan... —Paró antes de decir, «Babette Van Degan», de la cual todos se burlaban.

—¿De corista? —le preguntó Ann, enfureciéndose—. ¿Acaso es eso lo que ibas a decir? —Un día, pensó, ajustaría cuentas con Felicity.

—*Pas devant les domestiques*^[4] —le dijo Felicity a Ann, a sabiendas de que las criadas irlandesas no la entenderían y que Ann, tampoco.

Cambió el brocado. Se suavizó el color del cabello. Incluso su caligrafía cambió: las letras redondas del método Palmer que le habían enseñado en el colegio de Pittsburg, Kansas, dieron paso a la elegante escritura inclinada propia de los sistemas escolares de Farmington, Foxcroft y St. Timothy. Las hermanas eran sus modelos en todo. Ann tenía ojo para los gestos aristocráticos y pronto los adquirió. Tenía oído para la voz aristocrática y también la adquirió gracias a la ayuda de un profesor, que le buscó el conde Rasponi, a quien pagó generosamente también para aconsejarle cómo moverse en la alta sociedad.

—Pero usted es la señora Grenville —le dijo, en su primer encuentro, tranquilizándola.

—Ellos notan que soy diferente —dijo Ann.

—Pero eso es lo que la hace especial —insistió él.

—Quiero hablar como ellos, vestir como ellos, escribir como ellos. Y, después, añadiré mi toque especial sobre todo eso.

El conde Rasponi sonrió encantado.

Una mañana, unos segundos antes de despertar, Ann vio claramente el rostro de Billy iluminado. Ya despierta, estaba segura de que estaba muerto. Examinó sus sentimientos. Echaba muchísimo de menos al apuesto joven al que apenas conocía pero que había desafiado a su familia por ella y se dio cuenta de lo mucho que lo necesitaba. Se preguntó qué sería de ella. Sabía que la familia, que solo la soportaba, la dejaría caer. Sabía que, aun habiendo pasado tan poco tiempo, ya había pasado su momento, de largo, para volver al escenario. El escenario había sido, simplemente, un medio para alcanzar un fin y en aquel fin se encontraba ella en aquel momento. Algo más tarde, para su alegría, descubrió que Billy Grenville no estaba muerto. Al contrario, se había distinguido en combate en el Pacífico.

La noticia sobre el heroísmo que había mostrado Billy, salvando la vida de un recluta, por el que fue condecorado con la Estrella de Plata, coincidió con el anuncio de Ann a la familia de su embarazo. La providencia, de nuevo, estaba de su lado. La coincidencia en el tiempo fue un milagro e incluso Felicity brindó por la ocasión.

«No despierta hasta el mediodía», Ann le escuchó decirle a su doncella a quienquiera que estuviera llamando por teléfono. Lo que decía era cierto, Ann no salía de la cama hasta mediodía, pero escuchar aquello, al menos con el acento irlandés de Mary, no sonaba bien, así que empezó la jornada despidiéndola por insubordinación, aunque también podría haber sido a causa de su mala gramática. Más tarde le dijo a Babette Van Degan que la había llamado para recordarle su cita para almorzar, que no iban a poder comer juntas porque el bebé le estaba dando patadas y su maldita criada se había marchado dejándola en la estacada.

—Hola, ¿eres tú, Ann? —preguntó la voz al otro lado del teléfono en un tono grave que Ann reconoció inmediatamente como el de Kay Kay Somerset.

—Sí, soy yo —dijo Ann, animada.

—Soy Kay Kay Somerset.

No importaba con quién estuviera casada Kay Kay Somerset, y se casó bastantes veces, tres antes de cumplir los treinta, siempre fue llamada Kay Kay Somerset. Ann leía todo lo que se escribía sobre ella en las crónicas de sociedad, donde su nombre aparecía constantemente, y escuchaba con avidez las historias de Cordelia sobre su persecución a Billy: «Sí, se presentó en sociedad, por supuesto, pero no la admitieron en el baile de la Junior Assembly —explicó Cordelia—. Eso sí, tiene muchísimo dinero».

—Oh. ¡Hola! —dijo Ann, esperando que su voz no delatara la emoción que sentía ante aquella llamada de Kay Kay Somerset.

—Anoche, en el Ebury, estabas guapísima.

—¡Gracias! —No se había dado cuenta de que alguien había reparado en ella—.

¡Me siento tan enorme estos días!

—¿Para cuándo lo esperas?

—Faltan aún tres meses.

—Me preguntaba si te gustaría comer hoy.

—Bueno, estoy, eh... —Pensó en Babette, a la que acababa de abandonar.

—A las tres me voy al campo, pero he pensado que sería divertido vernos. Sabes, nunca hemos hablado.

—Me parece fantástico.

—Te veré en el Colony, a la una. En el bar. Lejos de las viejas damas.

Ann estaba exultante. Saltó de su cama, se preparó un baño, escogió uno de sus trajes premamá más favorecedores y deseó no haber despedido a su doncella. Entró en el Colony a la una y cuarto con un aspecto espléndido y de un humor buenísimo y fue escoltada hasta la mesa de Kay Kay Somerset por el propio señor Cavallero. Era el principio de su primera amistad en su nueva vida.

—¿No trabajaste en el teatro? —le preguntó Kay Kay.

—Oh, apenas nada —respondió Ann rápidamente—. Mi familia no lo aprobaba. Y después conocí a Billy.

—Oh —dijo Kay Kay.

Le pareció una respuesta algo decepcionante. Kay Kay habría preferido que su nueva amiga presumiera de su pasado en el espectáculo, pues todo el mundo sabía que la familia Grenville consideraba que Billy había hecho una malísima elección. Ann, por su parte, pensó que había respondido a la pregunta de Kay Kay maravillosamente. No tuvo ninguna duda en dejar de lado a cualquiera de su historia pasada antes de convertirse en la señora Grenville. Además, estaba mucho más interesada en escuchar cosas sobre la vida de Kay Kay que en revelar nada sobre la suya propia. Por ello, animó a Kay Kay, quien adoraba hablar de sí misma, a contarle divertidísimas historias sobre sus fracasos matrimoniales.

—Esa era nuestra conversación habitual —le explicó sobre su más reciente marido—: «¿Dónde está el cheque?». «Está en el correo». «Jódete». Portazo y «adiós».

Aquella alegre ocasión fue en cierto modo ensombrecida por la aparición de Babette Van Degan en el mismo restaurante y junto a otra antigua corista como reemplazo de Ann para el almuerzo.

Babette, lanzándole miradas indignadas, no ocultó que se sentía ofendida ante la deserción de su amiga. Ann se dio cuenta de que había llegado el momento de no sentir tanto apego por Babette, cuya lealtad hacia ella le parecía ahora excesiva.

Kay Kay fascinaba a Ann y atesoró aquella nueva amistad del mismo modo que una vez había atesorado su amistad con Babette. Empezó a ir a sitios por su cuenta, lejos de la protección a regañadientes de sus familiares Grenville.

—¿Quién pintó eso? —preguntó Ann, señalando una gran escena pastoral que colgaba sobre una consola en el apartamento de Kay Kay. Siempre estaba alerta en su

proceso de aprendizaje.

—No lo sé, algún italiano —respondió Kay Kay, sin molestarse ni siquiera en girarse y mirar el cuadro.

Siempre estaba de mudanza. Un nuevo apartamento para empezar un matrimonio, un nuevo apartamento cuando el matrimonio acababa. Y el lugar donde ella se encontrara siempre se hallaba en proceso de ser remodelado o desmontado. Como prevalecía el desorden, Kay Kay recibía en restaurantes y llegaba tarde a sus propias cenas, el rostro encendido, los ojos vidriosos, la disposición de los invitados olvidada. «Oh, querido, tú vas allí y tú vas allá, al lado de Blinkie», solía decir, tratando de recordar los sitios en las mesas. Debajo de aquel aire alocado, Ann empezó a percibir las profundas inseguridades de los muy ricos herederos y herederas del grupo que empezaba a conocer.

Después de varios encuentros, Ann empezó a sentirse menos intimidada ante Kay Kay y empezó a llevar las riendas de su amistad hasta el punto de servirse de ella para conocer a gente sobre la cual había leído en los diarios. «Me senté entre Vere Cecil y Bluey Chisholm», les diría a sus cuñadas, esperando impresionarlas con tan excelente posición a la mesa. Ellas no solían responderle y Ann continuaba recitando la lista de invitados, sin olvidar, naturalmente, los nombres ilustres.

—Déjame que los busque en el viejo S. R., aquí —dijo Felicity, cogiendo el *Social Register*. Los Grenville se consideraban parte del viejo Nueva York y, por consiguiente, superiores a los llamativos amigos de Kay Kay—. Sorpresa, sorpresa, aquí están. —Se sintió decepcionada de encontrarlos.

Ann deseaba y rezaba que el bebé que esperaba fuera niño. El embarazo era para ella un periodo largo y cansado que le impedía hacer más progresos en la gran nueva vida que la aguardaba. Incluso Billy, en sus cartas desde el Pacífico, se refería al hijo no nacido como «él». Sin embargo, era más por Alice Grenville que por su marido por lo que deseaba tener un heredero Grenville. Como si, al preservar el apellido y continuar con la tradición, pudiera cimentar su lugar en la familia y ganarse el anhelado afecto de aquella mujer, en vez de la mera cortesía que recibía.

Todas las Grenville acudían a Archie Suydem y parecía que siempre había sido así. Archie Suydem había estado presente en el nacimiento de todos los bebés Grenville y había acudido a todas las bodas de las niñas. Archie Suydem era el mejor doctor de Nueva York, todo el mundo lo sabía, le dijeron a Ann. Y no solo eso: Archie Suydem era miembro del Union Club y del New York Yacht Club, lo que decía mucho.

Ann, deseosa de hacer las cosas bien y decidida a adaptarse a las maneras de los Grenville al menos hasta sentirse bien encaminada hacia la persona que planeaba ser, no soportaba la idea de que un hombre tan viejo como el doctor Archie Suydem tocara el exterior y el interior de su cuerpo con aquellas manos llenas de manchas

marrones. Como no había nadie en la familia con quien pudiera hablar de su repulsión, estaba determinada, como habría dicho su madre si estuviera viva, a sonreír y aguantar.

—Me cuesta tanto dormir, doctor Suydem —le dijo durante una de las visitas que le hizo las últimas semanas.

—Leche caliente y miel antes de acostarse —contestó el doctor Suydem.

—Lo sugirió la última vez, doctor, y no ha funcionado. Me gustaría que me prescribiera pastillas para dormir.

—No, no, eso no es bueno —dijo, negando con la cabeza—. En todos mis años de ejercicio de la medicina, cuarenta y tantos, no he conocido a nadie que muriera por falta de sueño —soltó su vieja risa entre dientes de doctor—. Leche caliente y paseos por la tarde. El ejercicio es muy importante.

Ann supo del doctor Skinner por Babette Van Degan y Kay Kay Somerset. Sidney Silkwood Skinner tenía cincuenta años y un frondoso y ondulado cabello gris que iba haciéndose blanco. Tanto su pelo, del que se sentía excesivamente orgulloso, como su bigote, que parecía trazado con una sola línea de lápiz, siempre aparecían frescos y arreglados. También sus uñas estaban cuidadas y pulidas hasta brillar. No era miembro del Union Club ni del New York Yacht Club y los Grenville y sus iguales se referían a él, de manera afectada, como un doctor de Park Avenue. Él se mostró encantado cuando la guapísima señora de William Grenville, Junior, abandonó el médico recomendado por la familia de su esposo y solicitó sus servicios. Ann lo manejó a su antojo y el doctor Skinner le hizo frecuentes visitas a domicilio día y noche y le prescribió un popurrí de recetas para soportar las tensiones y el estrés de la vida en Nueva York.

Gracias al doctor Skinner supo del doctor Virgil Stewart, un hombre muy cotizado por las matronas jóvenes de Nueva York y, ante el desagrado de la familia Grenville, cambió del doctor Suyden al doctor Stewart para que la asistiera en el parto. En cuanto pudo escogió, con la aprobación de los doctores Skinner y Stewart, el moderno Doctors Hospital, con vistas al East River, en vez del Hospital Presbiteriano de Columbia, donde todos los Grenville habían nacido, y ordenó que todas las comidas se las enviaran del restaurante Colony.

Tras un parto fácil a una hora intempestiva, el doctor Stewart, que llegó al hospital vistiendo de etiqueta para traer al mundo al heredero de los Grenville, informó a Ann de que era madre de una hermosa niña. Su decepción por el sexo de su primer hijo fue tan clara para el doctor y las enfermeras presentes en la habitación que trató de no mostrar el resentimiento que sentía hacia el bebé cuando se lo colocaron en sus brazos. Mientras cavilaba que tendría que volver a pasar otros nueve meses de sufrimiento, pensó que Alice Grenville había tenido cuatro hijas antes de dar a luz a un niño, pero en vez de obcecarse con aquel tema tan desagradable, le preguntó al doctor Stewart de qué fiesta lo había sacado la intempestiva hora de su parto.

Secretamente, a Ann le habría gustado llamar a su hija Wallis, por la duquesa de Windsor, o Brenda, por Brenda Frazier, ambas el tipo de mujeres a las que admiraba tanto como su madre las había admirado antes que ella, pero prefirió no arriesgarse a tener que sufrir las burlas que esos nombres provocarían en sus cuñadas. Rechazó todos los nombres de las mujeres Grenville. No quería una Alice, le dijo a Babette, tampoco una Rosamond, una Grace ni una Cordelia y, por supuesto, no quería una Felicity. Se decidió por Diantha, un nombre que había leído en una novela, y accedió a llamarla Dolly cuando Alice le dijo que a Billy le parecería un nombre artificioso y teatral. Dolly Grenville. Le empezó a gustar cómo sonaba. Sí, ese nombre quedaría bien en las crónicas de sociedad, pensó, cuando llegara ese momento.

El reverendo doctor Kinsolving ofició el bautismo de Diantha Grenville en la capilla de la iglesia de St. James una fría tarde de marzo. Cumpliendo con la tradición familiar, llevó el traje de cristianar de los Pleydell que habían llevado Alice y sus cuatro hijas. Cordelia fue la madrina. Bratsie, ausente, combatiendo en el norte de África, fue el padrino.

La ceremonia fue seguida de una pequeña recepción en la gran casa de Alice en la Quinta Avenida. Ann, elegantísima de azul oscuro, se sentó en el sofá con pose relajada, haciendo comentarios cariñosos sobre Billy y permaneciendo como una figura al margen. En la calle discurría el desfile del día de St. Patrick: bandas de música, malabaristas con bastones, políticos saludando, canciones irlandesas y una multitud entusiasta. En el interior, donde el grupo de invitados al bautizo se había reunido para tomar cócteles, solamente las doncellas, que servían los canapés, se molestaban en mirar al exterior, de reojo.

Una vez acabadas las fotografías y el largo discurso sobre la reliquia familiar que era el traje de bautismo, Alice Grenville no se entretuvo en adoptar el papel de abuela.

—Busque a la niñera —le ordenó a su mayordomo, tendiéndole el bebé.

SEGUNDA PARTE

—Me gusta cuando me susurras todas esas porquerías a la oreja —le confesó Billy a Ann, agarrándola con fuerza, su rostro hundido en su cabello.

Celosa por naturaleza, a ella le gustaba dejarlo vacío de deseo antes de salir por las noches para la constante ronda de cenas y fiestas en la que empezaba a convertirse su vida. Estaban en la cama, donde los dos se sentían bien: allí se satisfacían y se entendían. Fuera de la cama, no sucedía siempre así.

Desde niña Ann había sentido estar esperando a que su vida empezara. Cuando Billy regresó de la guerra, tuvo la sensación de que por fin había llegado aquel comienzo. El apartamento, ya terminado, no era suficiente. Billy, acostumbrado a casas grandes, se sentía oprimido por la proximidad de la habitación de la niña y los lloros y demás ruidos que allí empezaban a oírse a primerísima hora de la mañana. Billy y su madre consideraron que una casa se ajustaría más a sus necesidades, así que encontraron una en la zona de las East Seventies, entre Park Avenue y la avenida Lexington. No era ni de lejos tan imponente como la imponente casa de los Grenville, pero sí era mucho más impresionante que las casas de casi cualquier pareja de su edad de la ciudad.

A Ann le atraía el carácter consentido de su joven marido. Se dio cuenta de lo poco que lo conocía fuera de su uniforme. También se dio cuenta de que, una vez ganada la batalla de conquistarlo, el intenso y embriagante drama de su cortejo y su boda se había trasladado a la vida real. Ann se sentía ansiosa de que él viera y aprobara los avances que su mujer había hecho en su ausencia, pero descubrió que solamente lo desconcertaban.

—A veces, ya no te reconozco —le dijo Billy—. Eres como una persona diferente.

—Creí que te sentirías orgulloso de mí —dijo Ann.

—Si tu objetivo era convertirte en una de ellas, me podría haber casado con una auténtica —respondió.

Los ojos de ella parpadearon y, un poco humedecidos, se agrandaron. La había herido. No había sido su intención, pero lo había hecho.

Billy sugirió que pasaran unos días en la casa de campo de su madre en Brookville, Long Island, a modo de luna de miel, para conocerse de nuevo y presentarle a Ann a los amigos de infancia, con los que había crecido. La casa, llamada Fairfields, iba a ser suya las semanas que pasaran allí. Sin Alice, sin las hermanas, sin Diantha ni la niñera. Fue el primer encuentro de Ann con la orilla norte. Por el día se dedicaban a practicar un deporte u otro y Ann demostró ser sorprendentemente competente. Por las noches iban de fiesta en fiesta por las mansiones vecinas.

Esa noche, Ann se detuvo a observar al grupo reunido en la casa de Alfred y Jeanne Twombly: los Chester, los Dudley, los Webb, los Chisholm, Teddy Plum, Bratsie Bleeker, los McBean, Sass Buffington, Tucky Bainbridge, los Ebury y Petal Wilson. Allí no había nobles descarriados ni nuevos millonarios. Aquello era la

esencia: amigos de la infancia cuyos padres habían sido a su vez amigos de infancia. El sesenta por ciento de las tierras de la orilla norte estaba en manos de los presentes. Sabía de antemano sus biografías: viejas historias de padres suicidas, hermanos secuestrados, hijos internados en psiquiátricos, divorcio, depravación, bebida, depresión, muertes en aviones estrellados, yates hundidos o caídas de caballos. Pero con cuánta elegancia se comportaban. Ann estaba fascinada ante lo aristocrático que transmitían todos ellos.

Reparó en lo parecidas que eran todas aquellas jóvenes mujeres. Hablaban de la misma manera, con el mismo acento, como si hubieran compartido la misma niñera. Su cabello estaba peinado en el mismo estilo paje, recogido hacia atrás con alfileres de oro, y sus faldas largas, blusas y chaquetas de cachemir eran intercambiables. Se dio cuenta de que iba demasiado arreglada para estar en el campo. Demasiado peinada y enjoyada, un error que no volvería a cometer jamás.

Al entrar en la habitación de Jeanne Twombly después de la cena, Ann supo, instintivamente, que las mujeres hablaban de ella. Sin que la vieran, se encogió hacia atrás, apoyándose en la pared pintada al temple en amarillo, como si quisiera fundirse en ella, y escuchó cómo cotilleaban de su procedencia o su falta de ella.

—¡Es la cosa más vulgar que he visto nunca! —dijo Sass Buffington al tiempo que se retocaba el peinado.

—Felicity ha dicho que debes ir a una de sus fiestas antes de que se entere de lo mal que las organiza —dijo Tucky Bainbridge, y las otras damas se rieron.

—Piggy ha dicho que se pasó por la piedra a dos equipos de polo en Gardiners Island, antes de la guerra —dijo Petal Wilson.

—NOCD, querida.

Dolida, Ann se dio la vuelta y salió de la habitación, bajando por las escaleras curvas para unirse a los hombres, que estaban en el salón, con los puros y el *brandy*. Al entrar, todos se levantaron al unísono, dándole la bienvenida en aquel territorio sin mujeres. Le gustó ver cómo resplandecía Billy al contemplar aquella posesión suya, y sonrió encantadoramente mientras caminaba hacia él.

Más tarde, cuando el resto del grupo se reunió en el salón revestido de *chintz*, Ann le preguntó a Billy:

—¿Qué significa NOCD^[5]?

—«No de nuestra clase, querida». ¿Por qué? —respondió.

—Por nada.

Se juró a sí misma que algún día aquellas damas se tragarían sus palabras y, en silencio, se consagró a conseguir la aceptación social que la familia y los amigos de su marido le negaban. Ignorada por las mujeres, ignoró el ser ignorada y se zambulló entre ellas, deseando ser aceptada por gente que no deseaba aceptarla, preparada a jugar el juego de la espera. Miró al guapo, rico y socialmente impecable hombre con el que se había casado y que le permitiría abrir cualquier puerta, y le sonrió cariñosamente.

- A Bratsie le gustas —le dijo Billy, de vuelta a casa.
—Pero no por las razones por las que debería gustarle —respondió Ann.
—¿Qué quieres decir con eso?
—Le gusto porque soy de mala muerte.
—¿De mala muerte?
—Soy de un barrio de mala muerte.
—Él no ha dicho eso.
—Tampoco necesita decirlo. Puedo leerlo en su mirada.

A Ann le inundó un placer exorbitante el ver su nombre por primera vez en el *Social Register* de Nueva York. «Grenville, señor y señora de William, Jr. (Ann Arden)», se leía, seguido de una lista de abreviaturas incomprensibles que resultaron ser los muchos clubes a los que Billy pertenecía. Cuando organizó su sala de estar quiso tener el libro color negro y terracota en un lugar prominente de su escritorio, visible a los ojos de sus visitantes y al alcance de la mano. Se acordaba de cuando había consultado la dirección de la familia Grenville en las mismas páginas de una edición anterior en aquella floristería. Ahora que su nombre apareciera en sus páginas era una prueba muy positiva de quién era.

Ann no entendió el consejo que Bratsie Bleeker le había dado de no tratar de convertirse en una de ellos sino de ser ella misma y, así, continuar resultando especial. El deseo más ferviente de Ann era convertirse en una de ellos y, en las ocasiones en las que un nuevo conocido le preguntaba si había ido a Farmington o si había estado en la presentación en sociedad de Kay Kay Somerset, cuando Bratsie Bleeker se columpió en la araña, tenía la sensación de estar triunfando en su empeño.

Compraba sus libros en la librería Wakefield, la retrataba Dorothy Wilding, su ginecólogo era el doctor Stewart y encargaba las flores en Constance Spry. Si bien tampoco solía ir mucho a misa, Ann acudía a la iglesia St. James cuando iba y, eso sí solía hacerlo con mucha frecuencia, almorzaba en el Colony. Caruso la peinaba, Blanchette le hacía la manicura y su masajista era Gerd. Hattie Carnegie la vestía para el día y la famosa firma de alta costura Mainbocher para la noche. Jules Glaenger era su joyero. Tenía a su servicio una cocinera, dos doncellas, un chófer y una niñera para su hija. No parecía que aquella vida no fuera propia de ella.

Con el paso del tiempo, Ann comenzó a temer que Billy fuera menos de lo que aparentaba ser. Parecía un segundo hijo en el papel de primogénito. Cuando llegaba tarde a su oficina, después de una noche de fiestas y clubes, Ann sabía que no importaba. No había nadie para reprenderle por su poca seriedad. Allí pasaba unas cuantas horas al día, ocupado en negocios de poca importancia, leyendo diarios y revistas, consultando con su agente de Bolsa acerca de las inversiones menos arriesgadas, quedando para jugar a *squash* o *backgammon*. Comía en uno de sus clubes con amigos y paraba en otro para tomarse una copa. Cuando se marchaba, sus

amigos comentaban lo encantador que era Billy. Ann se sorprendió al descubrir que había visto películas que ella no había visto y así se enteró de que alguna que otra tarde su marido iba al cine solo o con Bratsie. A Billy no le preocupaba mucho progresar en la vida porque donde estaba, económica y socialmente, era donde la mayoría de hombres ambiciosos que conocía querían estar.

Los sentimientos de Billy hacia Ann eran ambivalentes. La quería. Le satisfacía su deseo sexual. Le hacía reír. No se dejaba achantar por sus cuñadas. Durante mucho tiempo, Ann llegó incluso a hacerle feliz.

Al mismo tiempo, mostraba su desaprobación en algunos puntos. Ya parecía un hecho probado que Ann era incapaz de lidiar con el servicio. Los criados, cada uno con sus distintas aptitudes, entraban y salían a grandes velocidades, dolidos por sus sospechas y su tono arrogante. Pero, por encima de todo, la ambición social de Ann le parecía excesiva y demasiado evidente. Ann no daba fiestas para divertirse sino para avanzar.

—Dile que no tiene que trepar con tanta avidez. Dile que ya está ahí —le dijo una noche Bratsie, mientras observaba cómo Ann hacía lo que Bratsie llamaba «trabajar la estancia», en una de las fiestas de Edith Bleeker, cosechando nuevas invitaciones. Billy, a pesar de estar moralmente obligado a defender a su mujer, coincidió con su amigo.

Aceptó, sin mayor curiosidad, los poquísimos datos que ella le facilitó sobre su vida. Las referencias a su pasado eran escasas. Si se la presionaba, se servía de la historia de Fredda Cunningham como propia. Cuando ella no mostró ningún deseo de volver a Kansas para presentarlo a sus amigos y parientes, él se sintió aliviado de no tener aquella obligación. Cuando descubrió, al hacerle el pasaporte, que su edad era distinta a la que le había dicho, se hizo otras preguntas.

Al darle tantas cosas que ella jamás había tenido, Billy esperaba que la gratitud de Ann continuaría y terminaría siendo la base de su relación. Sin embargo, no solo vio cómo Ann se asentaba en su nuevo rol con demasiada rapidez sino cómo se convertía en la parte dominante de la pareja. Allí donde él había mandado en la relación, actuando como su intérprete y su guía, ella ahora tomaba las riendas. Sintió ira. Una ira persistente, pero no hizo nada para librarse de ella.

Como si percibiera los murmullos de su desafección, Ann siempre hacía algo que llevaba a Billy a sentirse orgulloso y así se restauraba la armonía. Ann prefería las aficiones de los hombres a las de las mujeres. Aprendió *backgammon* y, después, tiro al plato, y pronto dominó ambos y ganó torneos en Piping Rock. Adoraba la sensación de tener una escopeta en sus brazos y anhelaba, como Billy, ir de caza mayor, pero fue el hijo que le dio y el hogar que creó lo que cimentaron el matrimonio de una forma en apariencia sólida.

Ann detestaba estar embarazada por el tiempo que le robaba de su vida y la

distensión a la que sometía a su hermoso cuerpo y pecho, así que se dedicó a remodelar su nueva casa durante esos meses. Sabía que su apartamento de recién casada no había sido un éxito, pero fue incapaz de llevarse bien con la sucesión de decoradores de moda que su suegra le había sugerido para que la ayudaran en esa tarea: Rose Cummings apareció y se fue, como también hicieron la señora Brown, la señora McMillan y la señora Parrish. A una dama le comentarían que la nueva señora Grenville era imposible. Por entonces, en una fiesta celebrada en casa de Babette Van Degan, Ann conoció a Bertie Lightfoot. En aquel momento Ann no fue consciente de ello, pero Bertie Lightfoot era el director de escena que tanto había estado anhelando para que guiara su existencia. Bajo su tutela empezó a ofrecer la representación que había estado esperando toda su vida.

Ann nunca se comprometía en firme a ninguna de las invitaciones de Babette Van Degan, por si se presentaba otro acontecimiento social mejor. Solía decirle que quizás tenía que cenar en «casa de la familia», así es como se refería a las cenas de Alice, o que Billy tal vez se quedaría trabajando esa noche. Babette se había convertido en esa clase de mujeres admiradísimas por hombres que jamás pasarían por el altar. Su sala de estar estaba llena de decoradores y de diseñadores y reinaba la alegría. Junior dijo que «No, de ninguna manera» iba a ir otra vez a esa casa. Ann, en las ocasiones en que acudía, sin interés alguno por ser objeto de esa admiración, se dejaba ver un ratito antes de continuar su camino hacia otro lugar, donde sí se reunía con Billy. Sin embargo en la que ella misma se había jurado que sería la última ocasión que se dejaba caer en una fiesta de Babette Van Degan, conoció a Bertie Lightfoot. Estaba muerto de risa escuchando una de las historias de Babette sobre sus días como corista. Sus ojos, de un vívido azul celeste, coincidían exactamente con el color de su camisa y parecían, observó Ann, tristes bajo aquella alegría que pretendía reflejar.

—¿No te irás a marchar, querida? —le preguntó Babette, interrumpiendo su historia—. Acabas de llegar.

—Debo irme —respondió Ann—. He quedado con Billy. —Iba vestida de noche, portando una piel, reabrochándose un brazalete.

—¿A qué lugar elegante vas esta noche? —le preguntó Babette.

Bertie Lightfoot observaba, fascinado, aquel diálogo. Así que aquella era la señora Grenville de las columnas de sociedad.

—Kay Kay Somerset da una cena para lady Starborough —respondió Ann. Ya había aprendido a no hacer jamás ostentación de aquellos nombres tan distinguidos, como había hecho antaño, ni tampoco a minimizarlos.

—Ann se ha convertido en alguien clave en nuestro círculo —explicó Babette a Bertie y se dio la vuelta para coger varios hojaldres de queso de una bandeja que pasaba su hijo, Dickie *junior*, y para gritarles a Edie y a Rack, que estaban tocando el piano a cuatro manos, que tocaran *Spring Will Be a Little Late This Year*^[6].

—La primavera está en el aire —dijo Bertie.

Ann le hizo un gesto de despedida a Ojos Azules.

—«Quédate un rato, eres tan hermosa» —dijo él.

—¡Galantería en el salón de la señora Van Degan! —contestó Ann. Le gustó inmediatamente. Le hacía reír.

Bertie jamás dejaba pasar una oportunidad y, en aquella ocasión, tampoco lo hizo y derrochó halagos hacia Ann sobre su ropa, su peinado, su estilo. Poco habituada a recibir cumplidos, salvo de tipo sexual, por parte de su marido, Ann reaccionó ante aquel torrente de Bertie.

—Dime otra vez cómo te llamas —le dijo.

—Lightfoot. Bertie Lightfoot.

—¿Y a qué te dedicas?

—Decoro.

—¿Decoras qué?

—Lo que sea.

Ann dudaba en marcharse.

—¿Un cigarrillo? —le ofreció él, abriendo con un chasquido una elegante pitillera de cuero.

—¿Cuero? ¿En la ciudad? —preguntó, fingiendo horror ante aquel desliz social.

De nuevo, él se tronchó de risa. A Ann le gustó que se apreciara su sentido del humor.

—Tengo una nueva casa que me gustaría enseñarte —le dijo.

La casa que Billy Grenville había comprado para su familia estaba situada en una calle tranquila, bordeada de frondosos árboles, en la zona de East Seventies, entre Park Avenue y la avenida Lexington. A cada lado de la calle se alineaban elegantes casas de ladrillo y piedra caliza de color rojizo en cuyo interior, por aquel entonces, todavía vivían una sola familia y el servicio que se ocupaba de atender las exigencias de sus miembros. El estuco exterior de la casa Grenville, en el número 113, estaba recién pintado en un color crema, y sus puertas y postigos se habían lacado en negro, como las macetas llenas de geranios. Extremadamente elegante, como sus nuevos ocupantes, era una casa destinada a llamar la atención y ser motivo de comentarios.

Bertie Lightfoot, después de decorar varios interiores con un lujo discreto, se había labrado un buen nombre en Nueva York. La familia de Billy les había dado un mobiliario de líneas inglesas y francesas que, Ann se dio cuenta, no valoraban demasiado, asumiendo que ella no sería capaz de notar la diferencia. Fue Bertie Lightfoot quien, volteando cada pieza, dictaminó, desdeñoso, que se trataba de reproducciones. Fueron desechadas o guardadas para las habitaciones de invitados de la casa de campo, cuando una casa de campo propia fuese una realidad, lo que, Ann sabía, terminaría sucediendo. En sustitución de las mismas, se dispusieron a buscar mobiliario de calidad. Ann empezó a frecuentar subastas y a visitar colecciones en compañía de Bertie y así fue como aprendió a detectar de un solo vistazo lo mejor.

—Tienes ojo de maricón —le dijo él, con admiración—, eres capaz de detectar exactamente lo que está bien. —Bertie era bueno en intimar con las mujeres pero no

sentía ni podía sentir pasión alguna por ellas.

—Creo que voy a contenerme y no repetiré este cumplido ante mi suegra —respondió Ann.

A los dos les gustaba estar juntos y mantener un secreto absoluto sobre el interiorismo de la casa hasta que estuviera acabada y pudiera ser presentada como su creación.

Bertie de los ojos azul suave era un hombre alegre, con un gran capital de ingenio amanerado, un conocimiento del mobiliario del siglo XVIII francés y una pasión por los encuentros sexuales con desconocidos. Tras sus veladas en los salones de la alta sociedad o en la ópera, especialmente si había estado bebiendo, Bertie se cambiaba a menudo el esmoquin y los zapatos de charol por un atuendo mucho menos llamativo y se lanzaba a la calle.

Una noche, al salir de una cena con Billy y Ann, un hombre joven se dirigió a él en la calle, de una manera amistosa e informal. «Hola —le dijo—. ¿Cómo estás?». Al sonreír, a aquel joven se le marcaba un hoyuelo en la barbilla y mostraba una buena dentadura, su mirada era directa. Bertie, que estaba algo más que un poco borracho, pensó por un momento que quizás lo conocía, de una fiesta o algún lugar, y le respondió con un «Hola» de igual tono amistoso. Dando gracias al cielo por la facilidad de aquella conquista, lo invitó a su apartamento.

Bertie bebió otra copa, fumó un cigarrillo de marihuana que el joven le ofreció y se metió una o dos rayas de cocaína y todo ello sin advertir siquiera que el otro no había consumido nada.

El primer golpe se lo dio en la nuez, dejándolo sin habla. Transcurrió un minuto entero hasta que Bertie se dio cuenta de lo que estaba pasándole: el sonido de la navaja abriéndose, la fría hoja recorriéndole su mejilla y su cuello, la punta arañándole la piel de su pecho y de su estómago; el cable telefónico de nueve metros atándole las manos en la espalda y uniendo sus pies con ellas: aquel agradable hombre que le había saludado en la calle convirtiéndose en un monstruo esquizofrénico decidido a destrozar el apartamento rebosante de antigüedades, dar patadas a su cuerpo ya inerte, burlándose, rugiendo, odiando. Puso una bolsa de papel marrón del colmado sobre su cabeza y dejó caer fósforos encendidos sobre ella.

La muerte acechaba. El final de su vida estaba cerca, pero todavía no estaba pensando en Dios. Más bien estaba pensando en cómo describirían los periódicos sensacionalistas su vida y su muerte. Oyó cómo el otro encendía un nuevo fósforo y supo que se le quemaría la cara si caía en la bolsa.

—Que Dios ayude a este hombre que me está matando —susurró Bertie—. Que Dios ayude a este hombre que me está matando.

Una y otra vez, Bertie pronunció esa frase, como una letanía. Durante un buen rato se hizo el silencio y, entonces, escuchó el clic de una puerta cerrándose. Avergonzado, después de que su casi asesino se hubiera marchado, rodeado de aquella carnicería de antigüedades destrozadas, Bertie continuó tendido. Lo máximo

que podía hacer para liberarse era sacudir la bolsa marrón del colmado de su cabeza. No había modo de desatar el cable con que tenía atados pies y manos a su espalda.

Al cabo de un rato se arrastró por el suelo, como un paramecio, hasta el teléfono. Descolgó el receptor con su cabeza. No le sorprendió que el aparato no funcionara: su visitante nocturno había arrancado el diafragma del auricular para asegurarse de que no lo utilizaría después de su marcha.

Se peleó un poco más con el cable, pero solo consiguió que los nudos se hicieran más firmes. Si hubiera podido verse las manos y los pies, habría observado que estaban volviéndose blancos por la falta de riego.

Pensó en la mañana siguiente e imaginó a su criada entrando y encontrándole en aquel estado deplorable. Gerta, una mujer alemana, iba a su casa varias mañanas durante la semana. La vergüenza de ser descubierto por Gerta, desnudo y atado como estaba, fue abrumadora. Y el chisme que contaría Gerta a sus otros clientes, incluyendo el escritor Basil Plant, en cuya casa trabajaba los viernes, era una especie de infierno cuya visión lo paralizaba todavía más.

Había otro teléfono, escondido en un armario ropero, con otro número, para sus llamadas de trabajo. Se arrastró lentamente y logró cruzar la habitación hasta llegar al cuarto de baño, donde estaba el armario para la ropa blanca.

Volvió a descolgar el receptor con la cabeza y el sonido para conectar con el mundo exterior le pareció hermoso. Con la punta de un lápiz, que sostenía entre los dientes, empezó a marcar muy despacio.

El número marcado empezó a sonar y a sonar y a sonar de nuevo hasta que alguien respondió.

—¿Diga?

—¡Oh, gracias a Dios! Temía que tu teléfono estuviera descolgado.

—Sí, mi teléfono está descolgado, pero lo he oído sonar abajo. ¿Quién es?

—Bertie.

—¿Estás llorando?

—Necesito ayuda, Ann.

—¿Dónde estás?

—En mi apartamento.

—¿Qué sucede?

—Estoy en apuros.

—¿No hay nadie más a quien puedas llamar?

—No.

—Voy enseguida.

Ann Grenville saltó de la cama y se vistió silenciosamente mientras su marido dormía. Al llegar al apartamento, pasadas las tres, entró con la llave que Bertie le había dado. Lo desató, lo abrigó, le sirvió un *brandy*, le dio un masaje en sus blancas muñecas, recogió algunas cosas rotas y lo ayudó a meterse en la cama.

—¿Quieres hablar de ello? —le preguntó.

—Iba a encontrarme con mis amigos de California en el Westbury, pero me olvidé el dinero y volví al apartamento y debí de sorprenderle en medio del robo y él...

—Reserva esa historia para la criada, Bertie —le dijo Ann, en voz baja, mientras recogía el frasquito de cocaína y la bolsa del plástico con la marihuana—. ¿Dónde quieres que ponga esto?

—Me da igual.

—Cuéntame, Bertie.

—Todos los años leo en el *Daily Mirror* que encuentran estrangulado y asesinado a algún decorador en el Upper East Side. Eso era lo único en lo que podía pensar, en cómo iba a aparecer en los diarios —dijo, llorando.

—¿Por qué paró? —le preguntó ella.

—Imagino que desistió.

—¿Bertie?

—¿Sí?

—Mientras pensabas que te morías...

—¿Sí?

—¿Era eso en todo lo que podías pensar? ¿En los periódicos? ¿En lo que la gente diría después?

—Sí.

—¿No en Dios y todo eso? —Movi6 la mano vagamente, en direcci6n al cielo.

Bertie desvi6 su mirada de ella. Las l6grimas inundaban otra vez sus ojos.

—No te estoy criticando, Bertie. Me temo que eso es lo que yo tambi6n habr6a pensado si algo terrible me pasara: c6mo lo contar6an. —Respir6 profundamente. Se hizo un largo silencio—. Ser6 mejor que me vaya. Mi marido creer6 que estoy en el hospital, de parto.

—Ann, quiero contarte c6mo pas6.

—Oh, Bertie, no es necesario que me expliques los detalles. Me hago una idea.

—Nunca olvidar6 esto, Ann.

Cuando tres semanas despu6s naci6 su hijo, el peque6o fue ese ni6o que tanto se esperaba y se necesitaba. Entre la alegr6a familiar por preservar el apellido y pasar la tradici6n de los Grenville a una nueva generaci6n de Nueva York, Ann se jur6 para sus adentros dar por terminada su etapa reproductiva. Aquel era el momento para que su vida, pospuesta durante demasiado tiempo, empezara. Naturalmente, llamaron al ni6o William Grenville III y, cuando Alice y las hermanas empezaron a llamarlo «Willy» mientras lo arrullaban en la cuna de la familia Grenville, Ann dijo que quer6a que lo llamasen Third, por tercero. Billy, encantado con su ingenio, estuvo de acuerdo.

Se sintió francamente decepcionada con el tamaño del zafiro del anillo que Billy le regaló con motivo del nacimiento de su segundo hijo. Se lo puso en el dedo y lo miró y remiró, girando su mano hacia la derecha y hacia la izquierda.

—No es mi estilo —dijo antes de quitárselo.

Ann advirtió que su marido estaba cabizbajo y al instante buscó una manera de animar aquella escena.

—Pero las flores, cariño, las orquídeas son preciosas y nuestro hijo es maravilloso.

—Sí —dijo él—. Había otro zafiro por el que quizás podríamos cambiar este.

—¿Billy?

—¿Sí?

—Me gustaría acompañarte cuando vayas a comprarme joyas.

—Mirad esto, ¿no es maravilloso el regalo que me hizo Billy cuando nació Third? —dijo Ann, mostrando su zafiro en la fiesta posterior al bautizo, en su espléndida nueva casa cuya decoración por fin había dado por terminada.

Sobre la repisa de la chimenea del salón colgaba un cuadro de lirios de Monet que Bertie definió como el toque final para aquella hermosa y muy admirada estancia. Excitados ambos ante tantas nuevas adquisiciones, el cariño entre Ann y Billy había retornado y sus invitados, su madre y sus hermanas incluidas, estaban impresionados ante la armonía que reflejaba la pareja.

Para no parecer una desarraigada, Ann empezó a mencionar a su madre, pero la madre de la que hablaba se parecía muy poco a su madre real. Su madre había sido la persona que mejor la había comprendido. La primera en percibir sus mayores deseos y en ayudarla a moldearlos en ambiciones que la animó a perseguir. «A ti te suceden cosas y siempre te sucederán», le había dicho. Que Ann se hubiera convertido en quien se había convertido sobrepasaba los sueños más increíbles que había tenido para ella. A veces, Ann añoraba aquella mirada de admiración que había aprendido a esperar en los ojos de su madre cuando empezó su ascensión.

A Ethel Mertens no le importaba nada que su hija la dejara sola para irse a actuar al Copacabana; tampoco esperaba que volviera a casa al final del espectáculo, consciente y orgullosa de que su hija frecuentara los clubes de la ciudad con hombres atractivos que le enviaban regalos, pues confiaba que algún día ella se casaría con uno de ellos. Ethel era bastante feliz en compañía de sus periódicos sensacionalistas y de sus columnas de cotilleos, en las que se enfrascaba con la esperanza de encontrar el nombre de Ann. Se convirtió en una experta, al nivel de las célebres columnistas de

la alta sociedad y del mundo del espectáculo Elsa Maxwell y Maury Paul, en las idas y venidas de famosas tan prominentes como Wallis Simpson, Barbara Hutton y Brenda Frazier.

A pesar de la tristeza que sintió por la muerte de su madre, acaecida la primavera del año en que conoció a Billy, Ann sabía que su desaparición había sido tremendamente oportuna. No era una idea que deseara formular en voz alta, pero su ascenso en la familia Grenville, ya difícil de por sí, habría sido más complicado, quizás imposible, con una Ethel Mertens por justificar. Aquel hubiera sido un umbral que no se habría atrevido a cruzar. Su madre, una vez arrancada de la llanura de Kansas, de la que tanto había deseado salir, metía invariablemente la pata en las reuniones sociales y, consciente de ello, la mujer tenía remordimientos cuando avergonzaba a su hija. Con el tiempo, por el bien de su hija, se contentó quedándose en casa a esperar que más tarde le contara sus andanzas en el gran mundo. Para no sentirse tan culpable por aquellos pensamientos latentes e informes que albergaba sobre su progenitora, Ann empezó a hablar de ella en sus conversaciones, refiriéndose a ella no como «mamá», sino como «madre», como había oído a Kay Kay hablar de la suya, como si su madre hubiera sido una elegante dama, fallecida hacía tiempo, a quien había pertenecido la cubertería de plata o esa sopera que alguien tanto admiraba. «Oh, eso era de madre», decía Ann.

Fue entonces cuando apareció el retrato, que no se colocó en un lugar prominente, para no llamar demasiado la atención, sino en el pasillo del descansillo del segundo piso, sobre un canapé de bambú, estilo Regencia, en el que nadie se sentaba. Fue Bertie Lightfoot quien le llamó la atención sobre aquel cuadro que había en la trastienda de un anticuario que estaban rastreando. El retrato estaba apoyado en la pared, porque el marco estaba roto y el cristal, rajado. Una dama olvidada, de buena cuna, pintada a pastel en un estilo cultivado por los pintores que retrataban a los miembros de la alta sociedad antes de la primera guerra mundial.

—¡Se parece a ti, Ann! —exclamó Bertie, emocionado—. Creo que podría ser un Brocklehurst.

Más tarde, cuando Bertie ya se había ido para atender otros asuntos, Ann regresó al anticuario y compró aquel retrato que, la verdad, se parecía mucho a ella. «Esa era madre», decía a veces, refiriéndose con indiferencia al cuadro, al cruzar aquel pasillo acompañada de nuevos amigos que no sabían nada de su pasado. Con el tiempo, ella misma llegó a creérselo.

El cuadro, sin embargo, casi acabó con lo poco que sobrevivía de su amistad con Babette Van Degan el día que su amiga decidió visitar la ya famosa casa. Ann le dio la bienvenida y la guio, habitación por habitación, por la vivienda de cinco plantas.

—Mira —le dijo en la puerta de su espléndido salón, contemplándolo ella también, una vez más, con el orgullo de ser su propietaria.

Movió imperceptiblemente un cojín bordado hacia la izquierda y revisó su simetría con su cojín a juego. Todos los días Ann disfrutaba, en secreto, de la belleza

de su hogar. Babette, siempre entusiasta ante los progresos de su amiga, respondió acorde ante cada nueva habitación.

—¡Oh, qué elegante es todo! —exclamó.

Arriba, en el descansillo del segundo piso, de camino hacia su habitación, Ann le preguntó, agitando su mano, con el aire despreocupado que había adquirido al pasar frente al retrato:

—Te acuerdas de madre, ¿verdad?

—Claro que me acuerdo de tu madre —respondió Babette—, pero ¿quién es esa tipa del cuadro?

—¿Cómo está Babette? —le preguntó Billy más tarde.

—Oh, bien —respondió Ann, indiferente.

—No pareces muy convencida.

—Babette es tan vulgar...

—Pero rica.

—Y más rica cada minuto que pasa.

—¿Y Hyman Wunch todavía anda por escena?

—De vez en cuando.

—¿Crees que se casará con él?

—Cariño, una no se cambia el apellido Van Degan por Wunch —dijo Ann—. No, no se hace una cosa así. Un apellido como Van Degan hace la vida mucho más fácil. Sí, así es. Van Degan es un apellido que a la gente le gusta pronunciar, como Vanderbilt, Rockefeller o Astor. Se trata de un apellido conocido en todo el mundo.

—¿Eso es lo que dice Babette?

—Eso es lo que digo yo, pero eso es lo que piensa ella.

—¿Os habéis peleado?

—Oh, no hablemos de Babette. Voy a dejar de verla un tiempo. Será mejor que vayas vistiéndote. Nos esperan en casa de Eve Soby.

Ann trabajaba tan duro como una oficinista decidida a conquistar todos los días más terreno y alimentar su insaciable ambición. Su siguiente objetivo era lograr ser considerada una de las mujeres mejor vestidas de Nueva York, pero, cuando lo consiguió, fingió que aquella distinción no tenía ninguna importancia para ella.

A Bratsie Bleeker, quien fuera su primer apoyo, empezó a disgustarle Ann. Y ella, al advertirlo, dejó de verlo. No quería ser lo que él quería que ella fuera, el único acto de desafío en la existencia de Billy. Ninguno de los dos le habló de su desencuentro a Billy: Billy habría tenido que ponerse del lado de uno o de otro y ninguno quería arriesgarse a recibir su rechazo.

A regañadientes, en algunos círculos se tuvo que reconocer que Ann Grenville lo

había conseguido. No era la única señorita de orígenes social y económicamente modestos que se había unido a una familia de abolengo, riqueza y posición, pero sí era la primera de las chicas-Cenicienta, como las llamaba Babette Van Degan, que había conquistado las más altas esferas de Nueva York.

Dondequiera que uno fuese se oía su nombre. Con su nombre ocurría lo mismo que sucede con una nueva palabra, que una vez aprendida aparece constantemente en conversaciones y en letras de molde, de manera que la nombraban en todas las reuniones de la alta sociedad. Todo el mundo parecía conocerla o haber oído hablar de ella y todo el mundo tenía opiniones sobre ella. Gente que no había tenido intención de acercarse a ella terminaba pegado a ella. Se la veía en el mejor sitio de la mejor mesa de las mejores fiestas. A los hombres les encantaba: Ann bailaba sin parar con unos u otros cantándoles al oído las letras de las canciones y su conversación era irreverente y subida de tono. A las mujeres les gustaba menos, pero no podían negar que era un gran valor en sus fiestas y en sus comités benéficos. La familia de su marido, tan reacia a aceptarla por completo con la esperanza de que la unión sería breve, estaba asombrada de que hubiera penetrado con tanta rapidez en aquel mundo impenetrable. La intrusa de la familia se había convertido en el miembro más visible de la misma, eclipsando la vida social de su marido y de sus cuñadas.

Nadie tenía ninguna duda de que Ann apostaría fuerte por su matrimonio a fin de no terminar siendo una exesposa, como Babette Van Degan, relegada a los márgenes de la esfera social. Era consciente de que su poder se sustentaba en ser la señora de William Grenville, Junior, y continuaría siéndolo a toda costa. A pesar de los desencuentros que podían tener como pareja, Ann sabía que aún ejercía una fascinación sobre su esposo que era más poderosa que las dudas que a veces él tenía sobre su matrimonio.

Fydor Cassati, el cronista de sociedad, solía dedicar su columna a los jóvenes Grenville. Demasiado a menudo, en opinión de Billy. No con la suficiente regularidad, en opinión de Ann, cuya sed de protagonismo era insaciable. Fydor decía que eran una de las parejas más glamurosas de Nueva York y que no había una fiesta exitosa sin ellos. Ann ronroneaba en silencioso placer ante el sentimiento de superioridad que experimentaba al leer cada palabra que escribían sobre ella. Recortaba los artículos y los guardaba en álbumes, junto a fotografías, telegramas e invitaciones. Esa era su manera de confirmar que todo aquello que le estaba sucediendo le estaba sucediendo realmente, pero también era su manera de testimoniar aquello en cuyo interior más profundo ella sabía que no podría durar. Si en sus álbumes lograba crear una imagen perfecta de una vida perfecta, así sería su vida.

Su ritmo cada vez era más frenético. Estar aquí. Estar allí. Estar en todas partes. Conocer a esa persona. Conocer a esa otra persona. Era capaz de entrar en un salón y, con un vistazo diestro y veloz, captar a la perfección los círculos formados dentro de los círculos de los grupos superpuestos que componían la vida social de Nueva York.

Alice Grenville, siempre sensata, sabía que una pareja que salía todas las noches era una pareja que no tenía demasiado que decirse en casa. Los ratos para estar juntos, solos, eran cada vez más infrecuentes y solamente en las fiestas tenían un momento para hablar de la familia, los niños, las niñeras y las guarderías y esas charlas suyas les hacían creer que estaban muy unidos.

Sus cenas eran célebres, tanto por la cuidada selección y la colocación de los invitados en las mesas como por el buen gusto de los maravillosos centros de flores exóticas, los manteles bordados y las porcelanas antiguas que Ann había empezado a coleccionar con pasión. Las últimas novedades literarias, cuyas reseñas aparecerían en el *New York Times* del domingo, ya estaban sobre sus mesas, colocadas con gran astucia. La gente llegaba puntual y se quedaba hasta tarde. Billy, poco sociable durante toda su vida, se encontró, sin ganas, en el centro de un círculo dispuesto a pasarlo bien.

—No veo a Felicity —le dijo Billy a Ann, buscándola en el abarrotado salón.

—Ese es el objetivo de la fiesta —respondió Ann.

Sus ojos revoloteaban por la estancia mientras su marido hablaba con ella, observando todo de reojo, por si hubiera alguna conversación más interesante.

—¿Quieres decir que no la has invitado? —le preguntó Billy.

—Eso es exactamente lo que quiero decir.

—Terminaremos pagándolo.

—Valdrá la pena. Ve a hablar con Wallis. Bertie está acaparándola.

Cuando Bratsie Bleeker se fugó con una actriz de cine mexicana varios centímetros más alta que él y que no hablaba inglés, sus amigos, con la excepción de Billy Grenville, ya no parecían tan tolerantes con sus travesuras. La mayoría estaba criando a sus hijos e iniciando sus carreras en bancos y en sociedades de valores y se iban trasladando a casas pequeñas situadas en los terrenos de las fincas que sus padres tenían en Long Island. No fue Ann sino Billy quien encargó a Jules Glaenzer en Cartier la caja de plata en la que hizo grabar, con la caligrafía de Billy, la inscripción «Para Bratsie y María Teresa, con afecto de Billy y Ann». Ann consideró ridículo el gastarse cuatrocientos dólares en un regalo para un matrimonio que no duraría ni seis meses.

Billy también sabía que aquello no duraría ni seis meses, pero ese no era su objetivo: Bratsie era su amigo y habría sido una afrenta a su amistad no tomarse en serio su matrimonio. Billy se acordaba, lo recordara Ann o no, que Bratsie había viajado hasta Tacoma, en tiempos de guerra, para asistir a su boda, repudiada por tantos, y le preocupaba que Ann hubiera puesto una distancia entre Bratsie y él sin que hubiera ocurrido nada grave entre ellos.

De tanto en tanto se contaban historias sobre Bratsie en las columnas de cotilleo: se hablaba de su amistad con Errol Flynn y Bruce Cabot en Hollywood o describían

sus excursiones en barca con Freddy McEvoy, en el sur de Francia, siempre en compañía de estrellas en ciernes y mujeres de mundo. Solía estar borracho y, pasado un tiempo, terminó ingresado en una clínica en Carolina del Sur, cerca de la plantación de su madre, para desintoxicarse.

Cuando salió de aquel centro, invitó a Billy y Ann a la plantación a pasar un fin de semana de caza de codornices y pavos. Ann decidió no asistir cuando supo, por Edith Bleeker, que los otros huéspedes iban a ser «el elenco de personajes del pueblucho de Jellico», como ella los llamaba, en ese tono de voz que implicaba, sin pronunciar una sola palabra de reproche, que el elenco de personajes no era, de ningún modo, el adecuado.

Ann se impuso sobre su marido y finalmente fueron a un safari en la India, un sueño hecho realidad para ambos. Se encontraban con un maharajá y una maharani cazando tigres cuando se enteraron, varios días después de haber sido enterrado, de que Bratsie había muerto. Misteriosamente abatido por una bala mientras conducía su *jeep* a toda velocidad por los terrenos de la plantación de su madre.

Ann no estaba preparada para el dolor tan profundo que dominó a Billy, y una vez más sospechó que había algo en la rigidez del carácter de su marido que anhelaba la actitud irreverente que Bratsie siempre había mantenido frente a su educación, como si él mismo supiera que en su interior había algo más que lo que afloraba, pero no sabía qué era o cómo encontrarlo.

Cuando volvieron a Nueva York, Billy y Ann fueron a presentar sus condolencias a Edith Bleeker en su casa de ladrillo rojo de la zona alta de Park Avenue. Dudley, el mayordomo, los condujo hasta la biblioteca.

—¡Oh, Edith! —le dijo Billy, llorando, mientras abrazaba a la madre de su mejor amigo.

—Siéntate junto a mí, Billy.

Le señaló con unas palmaditas el sofá de damasco rojo. Durante media hora hablaron, rieron y recordaron a Bratsie. Salvo por su matrimonio, Edith Bleeker siempre había deseado que su hijo se pareciera más a Billy Grenville, un joven de maneras impecables que guardaba la obediencia debida a su familia y carecía de aquella vena salvaje que siempre había formado parte del carácter de Bratsie.

—Estoy contenta de que siempre te tuviera como amigo, Billy —dijo Edith.

—Espero que ahorquen al tipo que lo hizo —dijo Billy.

Se produjo un silencio en la estancia y Ann, que no veía nada malo en lo que Billy acababa de decir, tuvo la sensación de que se avecinaba un momento delicado.

—El caso se ha cerrado —dijo Edith Bleeker. Cambió de posición en el sofá y se inclinó hacia delante, para apretar un botón y llamar a Dudley para pedirle que trajera bebidas.

—¿Cerrado? —preguntó Billy, estupefacto.

—Sí —dijo con rapidez, levantándose con ganas de acabar la conversación.

—¿Cómo es posible? —persistió Billy.

Ann observó con atención el diálogo que mantuvieron ellos dos.

—Fue un accidente —dijo Edith, añadiendo—: Un accidente inexplicable.

—Pero tú no te puedes contentar con esa explicación, ¿verdad? —preguntó Billy, deseoso de que la muerte de su amigo se vengase—. Solo tienen indicios.

—Oh, Dudley —le dijo Edith a su mayordomo, que había entrado en la sala—. ¿Podría traer la bandeja de las bebidas?

Más tarde, cenando en casa de Alice Grenville, a pocas manzanas de distancia, Billy le contó aquella conversación a su madre:

—Mucho mejor así —contestó su madre, sirviéndose unos espárragos de la bandeja que le tendía Cahill.

—¿Por qué? —preguntó Ann desde el extremo de la mesa.

—La pobre Edith no necesita que todos los trapos sucios salgan a la luz —respondió Alice y, como hiciera su amiga Edith Bleeker al pedir la bandeja de bebidas, marcó así el final de la conversación.

Más tarde, en El Morocco, donde habían parado para tomar algo de camino a casa, Ann le contó todo a Babette Van Degan, con la que coincidió en el lavabo de señoras.

—Todo muy extraño, Babette —dijo, retocándose el maquillaje y peinándose el cabello—, como si Edith Bleeker no quisiera saber cómo fue asesinado Bratsie.

—¿Y aún no lo entiendes? —preguntó Babette.

—No, no lo entiendo —respondió Ann, deseosa de entenderlo.

—Son esas rancias familias. No quieren extraños a su alrededor. Preferirían dejar que quienquiera se salga con la suya a que sus secretos aparezcan en todos los diarios. Su teoría es que nada les devolverá a sus muertos.

—¡Caramba! —dijo Ann, extendiéndose el pintalabios con el meñique.

—Ten por seguro que Bratsie estaba haciendo algo indeseable —continuó Babette—, como follarse a la mujer del capataz.

—Al parecer, eso es lo que estaba haciendo —dijo Ann—. La criada de Edith se lo dijo a la criada de mi suegra.

—¿Lo ves?

Ann necesitaba pruebas constantes de ser la persona en la que se había convertido. Quiso un anillo con el sello de los Grenville. Quiso un libro de visitas en la mesa de su vestíbulo para que lo firmara la gente distinguida que acudía a sus fiestas. Quiso álbumes, de recortes y de fotografías. Para ella no era suficiente escribir en su diario «Harry Kingswood» después de haber cenado en su casa o bajo una fotografía suya de su álbum de recortes. El objetivo no se habría conseguido, ni para ella ni para otros, hasta que escribiera «Vizconde Kingswood» o, como mínimo, «Lord Kingswood».

Quiso que le pintaran un retrato. Desde el día en el que había entrado en casa de

Alice Grenville y había visto el Sargent, el Boldini y el Lazlo, había deseado tener uno. Sabía dónde iba a colgarlo en el salón y se imaginaba elegantemente recostada bajo él, en su sofá de damasco, rodeada de cojines bordados.

Fue Bertie Lightfoot quien sugirió que la retratara Salvador Dalí y, en el instante en el que escuchó esta sugerencia, Ann supo que era buena, impredecible y original, como ella. Podía imaginarse escuchar a Diantha, pasados unos años, pronunciar «era mi madre» mientras entretenía a sus amigos con historias de familia sobre las divertidas y extrañas sesiones de posado que habían tenido lugar, al caer la tarde, en la *suite* del pintor en el hotel St. Regis.

Ann disfrutaba de lo exótico de la corte del famoso pintor español. Las puntas de su bigote negro y encerado, giradas de forma traviesa hacia arriba, casi hacia los rabillos de sus ojos. Le gustaban las velas perfumadas, los cojines de piel de leopardo y los boles llenos de flores del paraíso. Un séquito dirigido por su esposa pelirroja, Gala, con sus cejas depiladas y pintadas en forma de negros arcos de sorpresa perpetua, compuesto por hombres jóvenes y bellos y mujeres jóvenes y bellas, lo convencían diariamente de su genialidad.

—Déjame mirar, déjame mirar —le decía Ann, juguetona, refiriéndose al caballete situado lejos de ella, pero Dalí no le dejaba y por más persuasiva que se mostrara, casi rayando la insinuación, no servía de nada.

El pintor no estaba interesado en las opiniones de sus carísimas modelos, solo en la interpretación de las mismas. Si estaban encantadas con el resultado, bien. Si no, también.

El día en que se descubriría el cuadro, Ann apareció con Billy, con el cheque en el bolsillo. Pasó frente al cuadro y se giró hacia el lienzo. Cuando sus ojos vieron la imagen, retrocedió y sus mejillas se sonrojaron durante unos instantes. Quien no la conociera habría creído que se había ruborizado por pudor. Quien la conociera tanto como Billy sabía que ese rubor se debía al disgusto. Los ojos de Ann expresaron la hostilidad de quien siente que acaban de descubrir su interior más profundo, ese interior suyo que prefería mantener oculto.

—A excepción del señor Dalí y de mi esposo, quiero a todo el mundo fuera de esta habitación —les dijo a la mujer del pintor y a la corte allí reunida.

Su voz rabiosa y su rostro enfadado les hicieron salir de forma rápida y silenciosa hacia otras salas de la *suite*, desde donde escucharon, fascinados, los gritos de la decepcionada modelo. Fue el primer encuentro de Billy con la enormidad del temperamento de su esposa. Se sintió espantado ante su crudeza. Sus palabras no eran propias de una mujer de su clase. Resopló por su labio superior, como hacía cuando ella hacía cosas que lo avergonzaban: ese resoplido reemplazaba así la reprimenda que jamás le daría.

Billy habría pagado por el retrato y lo habría dejado allí, como si se tratara de una mala inversión. Ann no. Le arrebató el cheque a su esposo, lo rompió en pedazos y se los lanzó al desconcertado artista. «Nunca», gritó. Cuando agarró su abrigo de visón

de la silla donde lo había dejado, derribó un jarrón de flores, pero no hizo amago alguno de recogerlo.

Ann creyó, como también lo creyó Billy, que el tema había acabado hasta que leyó en la prensa, unos días después, que el artista iba a demandarlos a ella y a su marido para que le pagaran de inmediato. Billy estaba conmocionado de ver su nombre en la prensa sensacionalista.

—Voy a pagarlo, Ann —le dijo—. No puedo tener este tipo de notoriedad. Hace a Dalí más famoso y a nosotros nos hace parecer ridículos. Tendrías que haber escuchado cómo me han tomado el pelo este mediodía en el Brook Club.

—No le pagarás nada —dijo ella. Una de sus características era que jamás se echaba atrás, jamás.

Cuando los periódicos lo llamaron a su oficina para pedirle una declaración, apoyó la postura de su esposa.

—Vi el cuadro —dijo— y retrocedí espantado, deseoso de huir de ese monstruo feo y desagradable. Sentí que el señor Dalí se había burlado de nosotros. Es un cuadro endemoniadamente desagradable.

—¿Va usted a pagar, señor Grenville? —le preguntó un periodista.

—No —respondió Billy.

Dalí, astuto en materia de publicidad, mantuvo viva la historia en la prensa. «La opinión personal del señor Grenville no me interesa en absoluto a mí. Desde un punto de vista artístico, no tiene ningún interés».

Los Grenville no acudieron al juicio y se quedaron de piedra cuando les informaron que lo habían perdido y se les había ordenado pagar al artista la cantidad acordada por el retrato. Sin consultarle a Ann, Billy pagó.

Su abogado les llevó a casa el cuadro que nunca colgaría sobre el sofá de damasco del salón. Una noche, en la que Ann había estado bebiendo, lo rajó con un cuchillo y el retrato desapareció en la parte posterior de un armario de su habitación.

—¿Qué son todas esas pastillas? —le preguntó Billy una noche.

—Sidney —respondió Ann, refiriéndose así al doctor Sidney Silkwood Skinner, como si los misterios de la medicina estuvieran por encima de ella y aquella respuesta bastara.

Había incrementado su dosis diaria de pastillas inhibidoras del apetito y apenas comía nada. Obsesionada con la delgadez, permitía a camareros y criadas que se llevaran sus platos de comida sin tocar, lo que le parecía muy chic. «Nunca se es demasiado rica ni demasiado delgada», le comentó Bertie que había dicho la duquesa. Ann estaba de acuerdo.

Un mediodía, en Voisin, mirando la clientela del concurrido restaurante vio, en una esquina apartada y en absorta conversación, a Billy y a una mujer cuyo sombrero le ocultaba el rostro. Se preguntó por qué Billy nunca hablaba con ella de esa forma

tan intensa. Los celos empezaron a insuflar veneno en su organismo. Se bebió de un trago su segundo Martini y, combinada con las pastillas, la bebida la impulsó a cometer una temeridad. Disculpándose abruptamente con sus compañeros de mesa, cargó a través del restaurante, dispuesta a protagonizar una escena en público con la mujer que le estaba usurpando a su marido.

—¡Hombre, hola, qué sorpresa! —dijo, en voz alta, mientras se aproximaba a la mesa, su voz impregnada de ironía.

Se sorprendió de que Billy no palidiera al verla. Entonces vio que la mujer vestida con ropa cara era Cordelia, su hermana, con la cual estaba almorzando. Al ver la cara que ponía Cordelia, se dio cuenta de que habían estado hablando sobre ella y se ruborizó. Habría preferido encontrarlo con una amante.

Su agenda estaba llena con semanas de antelación. Le gustaba saber que dentro quince días, de jueves a jueves, asistirían a la cena de gala de Eve Soby y que dentro de un mes contando desde el viernes zarparían en el *Queen Mary* hacia Europa. Esa noche Bertie Lightfoot los había invitado a cenar para mostrarles su flamante nuevo apartamento.

Ann recorrió la sala con una sola mirada. Como un entendido en arte reaccionando de forma instantánea ante una obra, ella era capaz de recitar mentalmente la lista entera de invitados de un salón abarrotado. Los Chester. Los Dudley. Billy Baldwin. Lady Starborough. George Saybrook. Thelma Foy. Los Webb. Los Chisholm. Cole Porter. Elsa Maxwell. Barbara Hutton. Nicky de Guinzberg. Lanfranco Rasponi. Vaya, vaya, vaya, tan reacio a las mujeres, se dijo. Basil alguna cosa. Plant, quizás. Nunca era capaz de recordar su apellido, pero tampoco le importaba demasiado: aquel hombre era pequeño, pálido, poco atractivo y pobre, el tipo con el que una puede contar para aparecer en una cena de esmoquin en el último momento, cuando alguien más había fallado. ¡Ajá!, el apuesto vizconde Kingswood, gracias a Dios sin Kay Kay Somerset. Las cosas se estaban animando. Esbozó su deslumbrante sonrisa al entrar en la sala, consciente, como siempre lo era, de que entendía mejor que nadie el arte de hacer una entrada.

—¡Bertie! —gritó, saludándolo. Más que una voz de una dama de la alta sociedad, su voz era la voz de una actriz interpretando, muy bien, el papel de una dama de la alta sociedad en una comedia de salón. O en un drama. Los trazos de acento regional de antaño se habían evaporado y la brillante pátina de muchas fiestas internacionales le había dado un sonido tan distintivo que la gente remarcaba lo encantadora que resultaba su forma de hablar—. ¡Es divino! ¡Me vuelve loca el color! —dijo sobre el nuevo apartamento.

Ann y Bertie se adoraban el uno al otro y se besaron, afectadamente, en cada mejilla.

—Billy —dijo Bertie como saludo.

—Bertie —dijo Billy como saludo.

—¿No es este el apartamento donde Hillary Burden se lanzó por la ventana? —preguntó Ann.

—La señora Grenville de nuevo congelando el ambiente —dijo Billy.

—Entrad, entrad. ¿A quién no conocéis?

Cuando Harry Kingswood se inclinó para besar su mano, a la manera europea, Ann se sintió perpleja y excitada al notar la humedad de su lengua. Al levantar él la cabeza, sus ojos coincidieron por un instante, antes de que continuara saludando a otros invitados. Ambos pares de ojos acumulaban años de experiencia y entendimiento y, sin necesidad de intercambiar una palabra, acordaron un encuentro sexual. Si su linaje no hubiera sido inmemorial, a Ann le habría ofendido que él la hubiera considerado dispuesta pero, naturalmente, ella estaba dispuesta a todo precisamente por su linaje.

—Hola, Elsa —le dijo a Elsa Maxwell.

Más tarde, la velada a punto de concluir, sacó dos píldoras de una cajita Fabergé y se las tragó.

—¿Para qué son? —le preguntó Harry Kingswood.

—Para dormir —respondió Ann—. Si me las tomo ahora, me harán efecto al llegar a casa.

—¿Y por qué no un paseo a paso ligero con los perros para cansarte?

—A mí eso no me va.

—¿O leche tibia con miel?

—Suenas como el médico de los Grenville.

Billy apareció con su abrigo de visón en la mano. Sin saber la razón, se sintió molesto ante la presencia de Harry Kingswood.

—Vámonos, mamá de dos —la chinchó.

—Voy, papá de uno —contestó ella—. Buenas noches —le dijo a lord Kingswood.

—Debes llamarme cuando vayas a Londres —dijo él. Él sabía que le llamaría. Ella también.

—¿Cuántos corazones has acelerado esta noche, querida? —dijo Billy, en el cariñoso tono de burla que a veces adoptaba con ella. Estaban frente al edificio de apartamentos, esperando a que su chófer los recogiera.

—Ya sabes que adoro a Bertie —dijo Ann, irritada—. Nadie me hace reír tanto como él, pero es un poco pesado por su parte endosarnos a sus amigos artistas durante toda una cena. En fin, yo, que me moría de ganas de hablar con Harry Kingswood, del que dicen que tiene el mejor coto de Inglaterra, me quedé atrapada junto a Basil Plant, con sus manos pequeñas.

—¿El escritor?

—Eso dicen.

—¿Qué escribe?

—Delgados volúmenes que nadie lee.

—Extremadamente tímido, ¿verdad?

—La gente tímida debería quedarse en casa.

—Vámonos al campo mañana.

—Le he dicho a Elsa que iríamos al estreno del espectáculo de Cole.

—Dios —murmuró Billy.

—¿No te has divertido? —preguntó ella, ya acomodados en el asiento trasero del coche.

—No, lo he pasado fatal —respondió.

—¿Si ha sido una fiesta maravillosa! ¿Por qué no te has divertido?

—Me siento incómodo entre toda esa gente. Todos hacen algo. Alcanzan sus propios logros. Después de todo, ¿quiénes somos nosotros? Somos una pareja con todo el dinero del mundo cuyos nombres salen demasiado en la prensa por ir a demasiadas fiestas... Fíjate en Neddie Pavenstedt, mi compañero de habitación en Groton. Es el número dos del banco del que mi abuelo fue presidente, después, mi padre y se suponía que yo también. Y Basil Plant, con sus manos pequeñas: sus escritos podrán ser breves, pero se publican. Yo no he hecho nunca nada. Me siento un fracasado, Ann.

—¿Oh, de verdad! —dijo ella. Esa misma conversación ya la habían tenido más de una vez y le hartaba antes de que empezara.

—¿Sabes qué me está pasando, Ann? Solamente me siento seguro con gente como yo, en la orilla norte. Me he convertido justamente en lo que juré que no me convertiría: uno de esos hombres de la cuarta generación, con cara inexpresiva y mirada triste que sonrían todo el rato. Cuando me casé contigo quería que me salvaras de todo eso y todo lo que has hecho es meterme aún más adentro.

—¿Cómo puedes ser un fracasado, Billy, cuando tienes diez millones de dólares y Dios sabe cuántos más *après mère*? Esta es la conversación más ridícula que he tenido en mi vida.

—Esa que habla ahora es la forastera. No entiendes nada.

—Oh, entonces soy una forastera, ¿no? —preguntó ella, indignada, preparándose para tener una pelea.

—No le demos la vuelta a esta conversación para centrarla en ti, Ann. Raramente tengo la ocasión de hablar de mí, de cómo me siento y de lo que pienso.

—Oh, pobre Billy, pobre Billy. Sintamos pena por Billy.

—Dios, echo tanto de menos a Bratsie. Era la única persona que me entendía. ¿Por qué tuviste que morirte, Bratsie?

—Porque se follaba a la mujer del capataz, cariño, y el capataz le pegó un tiro y lo mató. Ese es el porqué.

—Ah, el sentido de la vida en palabras de la elegante señora Grenville.

—¿Cómo se llama el nuevo chófer?

—¿Por qué?

—¿Cómo se llama, Billy?

—Lee.

—Lee —llamó desde el asiento trasero—. No vamos a casa. Vamos a El Morocco.

—No, de ninguna manera.

—Sí, claro que sí. No me voy a casa contigo de este humor y... ¿Billy?

—¿Qué?

—Mañana, dile a como-se-llame que quite ese rosario del retrovisor. No puedo soportar verlo.

Bastante lejos, en la calle Setenta y dos, cerca del río pero no pegado al río, en un edificio de apartamentos ocupados en su mayoría por amigos pobres de la familia Astor, propietaria de aquel bloque y de muchos otros bloques de la ciudad, mi luz permaneció encendida hasta tarde esa noche en el quinto piso sin ascensor que amigos de amigos de alguien conectado con los Astor me habían conseguido para que lo llamara mi casa. Mi nombre, Basil Plant, aparecía en el vestíbulo, junto al interfono. El apartamento, largo y estrecho, era pequeño, un poco escuálido. Una máquina de escribir, montones de papel, un panel de corcho con tarjetas rosas, azules y blancas colgadas con chinchetas y una papelera, demasiado llena de páginas desechadas, proclamaban mi vida de escritor.

En esa época, como ahora, nunca me iba a la cama, sin importar lo tarde, lo borracho o lo drogado que estuviera, sin escribir mis impresiones sobre la gente que había conocido en mi multifacética existencia. Las veía como los pedazos de un gigantesco mosaico que un día ensamblaría en un patrón literario bizantino que explicaría mi vida.

Mi armario de aseo estaba lleno con los pequeños botes de enjuague bucal Listerine y con los tubos de pasta de dientes de viaje y las barras de jabón Floris que me llevaba todos los fines de semana de los baños de invitados de las casas de ricos que estaba empezando a visitar. Siempre trataba de ahorrar. Ann Grenville tenía razón al decir que escribía delgados volúmenes que nadie leía. La bruja. Incluso hurtaba mis botes de aspirina y de uno de ellos extraje las cuatro pastillas que invariablemente me tomaba antes de acostarme después de haber bebido demasiado.

Todavía estaba dolido por el desaire de la señora Grenville, porque me habría gustado convertirme en su amigo. Me gustan los trepas. Me interesan. Pero ella se me resistió desde el principio. Ni mi curiosidad ni mi ingenio le llamaron la atención. Me miré en el espejo de mi cuarto de baño. Lo que vi fue un joven delgado, de aspecto frágil, casi andrógino, con modales tímidos y sonrisa dulce. Decidí que ella se lo perdía.

«Cena en casa de Bertie Lightfoot —escribí con lápiz blando en un cuaderno amarillo pautado, con mi letra pequeña, clara y precisa—. Sustituto de última hora.

Bertie me dio instrucciones de ser interesante y ocurrente y así ganarme el sustento. Allí se encontraban sus invitados de siempre de la alta sociedad, el grupo de los que salen cada noche. A un lado, Natasha Paley, una princesa rusa que trabajaba en Mainbocher. Al otro, la bella señora Grenville de las crónicas de sociedad, que ha ayudado a Bertie Lightfoot a tener el gran éxito que tiene hoy. Llamativamente maquillada, se contempló en su polvera siete veces durante la cena y se retocó todas esas veces. Parecía estar ocupada lanzándole sonrisas y miradas furtivas a un inglés llamado Harry Kingswood que estaba sentado a la mesa contigua. Mi presencia le importaba muy poco. Cogió la tarjeta con mi nombre con que me habían asignado el sitio que debía ocupar en la mesa para leerla y decir: “Bertie me ha contado que eres escritor y bastante interesante”. Entonces se recostó, como esperando a que la entretuviera.

»Le dije, tratando por mi parte de sostener la conversación: “¿No te dedicaste al espectáculo hace tiempo?”. Sabía que había bailado en el Copa. “Apenas. Mi familia no lo aprobaba. Y después me casé con Billy Grenville”, respondió, mientras se repintaba los labios, dando la impresión de que había sido una debutante rebelde. Entonces cerró con un golpe seco su polvera marcando así el final de la conversación. Tuve la sensación de que su vida había empezado cuando se convirtió en la señora Grenville. No hacía ningún esfuerzo en ocultar el aburrimiento que yo le producía, así que me emborraché. Todo ese maravilloso Lafite-Rothschild de Bertie.

»Hay algo en la señora Grenville, por debajo de su vestido de Mainbocher y sus perlas perfectas, que me hizo pensar en una tigresa en celo. Sentí lascivia bajo aquella perfección social suya. Creo que está aburrída, como mínimo sexualmente, con su esposo. Billy Grenville es muy guapo. No tiene esa mirada endogámica de mucha de la gente de la orilla norte cuyos padres son primos hermanos. La señora Grenville es una chica muy tonta».

Con el tiempo, Billy se sintió prisionero en aquella relación y, como un rehén, se hizo amigo de su captor, aunque únicamente para sobrevivir. Se estaban trazando planes, furtivos, para escapar.

Fue Ann quien le sugirió que los caballos, las cuadras Grenville, la granja Jacaranda, cien hectáreas en la zona de Blue Grass, donde se habían criado tres ganadores del Derbi de Kentucky, serían su salvación.

—Pero nunca he estado seriamente interesado en caballos —protestó él—. Ese siempre ha sido territorio de Grace.

—Bien, entonces, empieza a interesarte seriamente en los caballos. Tú eres el propietario de la granja, no Grace. Tu padre te la dejó a ti. Yo me encargaré de Grace. Sería una locura dejar que también aquí se te escapen las riendas de las manos, como ha pasado con el banco.

A Billy le molestaba que Ann le enumerara sus fallos. Desvió la mirada y

contemplando más allá de la ventana, pensó en aquellos días de su juventud en los que su padre le hacía recorrer todos los sábados los establos sin dejar de saludar a unos y a otros, hablando de caballos, mirando caballos, y volvió a sentir el malestar en el estómago que siempre sentía cuando pensaba en su tan admirado padre.

—Fíjate en Alfred Twombly —le dijo Ann, dándole el ejemplo de uno de los amigos de toda la vida de Billy para justificar su argumento—. Se ha organizado una vida maravillosa en torno a las carreras. Trabaja duro. Gana dinero. Todo el mundo lo respeta. ¿Por qué no puedes hacer tú lo mismo?

En el inicio de la mediana edad, Grace Grenville Grainger estaba en buena forma. Los caballos y los perros siempre le habían interesado más que las personas y los círculos sociales y vivía en el campo, encantada con que el negocio de yeguada Grenville le hubiese caído a ella, dada la indiferencia de su hermano ante la gestión de su herencia. «La emoción está en la cría, más que en las carreras», le gustaba decir.

Grace no hacía preparativos ante la llegada de visitantes. Podían aceptarla como era o rechazarla, no le importaba. Sin haberse molestado en comprobar el aspecto que tenía mirándose al espejo, en recoger los periódicos esparcidos por la alfombra ni en ahuecar los cojines, cuando Billy y Ann entraron en la habitación, Grace estaba en el suelo, limpiando los excrementos de su nuevo cachorro.

—¡Grace! ¿Cómo puedes hacer eso? —gritó Ann.

—¿Cómo puedo qué? —respondió Grace.

—Estar de rodillas, limpiando.

—Estoy limpiando cacas de perro.

—No importa. Llama a alguien que lo haga por ti —dijo Ann.

Esas palabras estaban cargadas de implicaciones. Gente como ellos, los Grenville, no hacían tareas de criados. No les pasó desapercibido ni a Grace ni a Billy que Ann se había vuelto más Grenville que los Grenville.

—Me gusta esta sala, Grace —dijo Billy.

Ann sabía que estaba hablando por hablar, temeroso de tener que comunicarle a su hermana que venía a reclamar su herencia. Se sentaron en los extremos opuestos de un largo sofá, tapizado de un *chintz* desgastado, frente al fuego. Todas las estanterías estaban desordenadamente atestadas de libros sobre caballos y perros y de novelas de detectives, algunos colocados horizontalmente sobre los verticales. Más libros cubrían las superficies de las mesas. El banco dispuesto junto a la chimenea estaba también recubierto por un montón de revistas y diarios, que lo hacían inservible para sentarse. Un plato agrietado, de porcelana inglesa, que se utilizaba como cenicero, descansaba sobre el cojín entre ambos. Se había encolado de forma bastante chapucera. Los vasos en la mesa de las bebidas, donde Ann fue a prepararse un Bloody Mary, eran todos diferentes, desde vasos de vidrio inglés a una copa de

crystal de Baccarat agrietada. Aquella estancia molestaba a Ann; solamente de alguien tan rico como Grace podía resultar una habitación como aquella. Sabía que Billy iba a decir a continuación que la sala le parecía muy vivida.

—Parece muy vivida —dijo.

Ann encendió otro cigarrillo y permaneció en silencio. Se concentraba en cómo redecoraría aquella estancia si aquella fuera su casa. Su pulsera se le escapó de la muñeca y cayó en el suelo, junto a la chimenea. Grace la recogió con las pinzas del fuego y se la tendió a Ann. La anfitriona presintió, antes de que empezara la conversación, de que había un motivo para aquella visita inesperada.

—Hay un tipo maravilloso en la Segunda Avenida, a la altura del número ochenta, el señor no sé qué, lo tengo escrito, que te podría arreglar este plato para que no se viera la grieta.

—Cuántas molestias —dijo Grace, a quien no le importaba la grieta. Las hermanas se reían entre ellas de los aires de grandeza de su cuñada.

Ann se sintió desairada, como siempre se sentía ante las hermanas de su marido. De repente, notó que su maquillaje estaba seco y cuarteado, tras el largo viaje en coche. Ya no estaba de buen humor.

—Billy, ¿por qué no te vas fuera a ver los caballos? Quiero hablar con Grace —dijo.

Más tarde, Grace, una mujer hecha al lenguaje de los establos del que, ante la histórica consternación de sus hermanas, alguna que otra vez había hecho uso, llamó zorra a su cuñada. En concreto, lo que dijo fue que Ann le daba un nuevo significado a aquella palabra.

Así fue como Billy Grenville empezó su nueva carrera en la cría y la competición de caballos, como nuevo responsable de las cuadras Grenville.

Ann Grenville permaneció bajo el toldo verde que se desplegaba a la entrada del restaurante Colony y besó la mejilla de su suegra y la mejilla de su cuñada, con las que acababa de almorzar. Mientras el coche de Alice Grenville se acercaba, Ann se subió levemente la manga de su abrigo de visón y dio una rápida ojeada a su reloj.

—¿Adónde vas, Ann? —le preguntó Alice—. Es la tercera vez en la última media hora que te he visto consultar el reloj. Nos has hecho atragantarnos con el café.

—Tengo hora con el médico, *mère* —respondió Ann.

—Pues tienes unas ganas tremendas de ir —refunfuñó Alice, permitiendo que Charles, su chófer, le ayudara a entrar en el coche—. ¿Vienes conmigo, Cordelia?

—Sí, *mère*. Adiós, Ann.

Mientras el coche de los Grenville se dirigía hacia la avenida Madison, Ann se encaminó hacia Park Avenue. A mitad de camino, en la esquina, miró hacia atrás y vio que el coche había girado en dirección a la parte alta de la ciudad. Volvió sobre sus pasos hacia la avenida Madison y la cruzó, caminando velozmente hacia la

Quinta Avenida. Aunque no hacía sol, extrajo un par de gafas oscuras de su bolso y se las puso.

El hotel Fourteen era idea suya. Sabía, por experiencia, que allí no hacían preguntas y atendían a una clientela que era improbable que hubiese oído hablar de ella o de ninguna de la gente de su círculo. Situado junto al Copacabana, en su época de corista, ya le había servido en más de una ocasión como lugar para citas amorosas entre espectáculo y espectáculo, con alguno de aquellos fabricantes de ropa con los que se había visto a veces, cuando pasaba apuros económicos.

Caminó directa hacia el ascensor por el pequeño vestíbulo, como si fuera una huésped. En otra época de su vida había encontrado el hotel elegante pero, con un ojo que ya se había familiarizado con la elegancia, ahora percibió que era demasiado dorado, demasiado rojo y demasiado vulgar, pero perfectamente adecuado para su propósito.

Salió del ascensor en el sexto piso y tocó la puerta de la habitación 612 con sus nudillos enguantados. En un instante, la puerta se abrió: su ocupante había estado esperando a que llamara.

—No me digas que llego tarde —dijo ella, entrando, quitándose el abrigo de visón y arrastrándolo por el suelo enmoquetado—. Solo pregúntame cómo me siento.

—¿Cómo te sientes?

—Como una prostituta.

Él se rio, inclinó cortésmente la cabeza y le besó la mano. Ella sintió la humedad de su lengua.

—Señora Grenville —dijo él.

—Lord Kingswood —respondió ella.

—¿Una copa?

—No perdamos el tiempo con copas.

—Bien.

Él la rodeó con sus brazos.

—¡Oh! ¡Qué ganas tenía de que pasara esto! —le dijo ella.

—Yo también.

—¡Oh, Harry! ¿Cómo sabías que me gusta que me besen el cuello de esta manera? —dijo ella, su cabeza hacia atrás, sus manos sobre las de él, mientras le besaba su hermoso cuello de arriba abajo—. ¡Oh, sí, Harry, guapísimo! Me encanta. Me encanta el sonido de los besos.

—Desnúdate —susurró él.

—Bájame la cremallera —respondió ella, ofreciéndole su espalda.

Con hábiles dedos, él abrió el corchete de su vestido de Mainbocher y lentamente le bajó la cremallera hasta el cierre de su sujetador.

—No, no, querido. Yo me encargo de quitarme el sostén, muchas gracias. Tu solo siéntate y mira. Oh y... ¿Harry?

—¿Sí?

—Desnúdate tú también. Sí, totalmente desnudo. Nada de esas cosas inglesas de calcetines y camiseta puesta. Quítatelo todo.

—Desabróchame la bragueta —respondió él.

—Los ingleses tenéis que aprender que existen las cremalleras —respondió, besándolo, mientras sus dedos expertos desabrochaban siete botones—. ¡Oh, Dios mío!

—¿Qué?

—Una erección convincente.

Nada excitaba más a Ann Grenville que comprobar la reacción de un hombre al ver sus pechos por primera vez. Eran, lo sabía, perfectos y la mirada lujuriosa que apareció en el rostro de Harry Kingswood al descubrirlos y ante la expectativa de tocarlos, la inundó de una pasión igual a la suya.

—¿Harry?

La cara de Harry Kingswood estaba enterrada entre sus senos, demasiado ocupada para contestar, pero sus hombros desnudos hicieron un movimiento interrogativo.

—No tienes mucha prisa, ¿verdad?

Negó con la cabeza, su lengua viajaba de la parte inferior de sus pechos a su pezón beis, grande y erecto.

—¡Oh, qué bien! Odio el aquí te pillo aquí te mato.

Se estiró de espaldas, en el centro de la cama doble de la habitación 612 del hotel Fourteen y miró cómo aquel descendiente directo de Enrique VIII la penetraba con la precisión de un experto y aguantaba durante una hora su propio orgasmo hasta que ella había quedado satisfecha tres veces.

—¡Dios mío! —susurró ella, cuando acabaron—. ¡Y también la postura del misionero! Me gusta volver a lo básico.

Harry Kingswood se echó a reír mientras le acariciaba un pecho.

—¡Celebremos el amor vespertino! —dijo Ann—. ¿Estoy guapa?

—Sí, lo estás.

—Me siento guapa. ¿Qué haces mañana por la tarde? ¿Y la siguiente y la siguiente?

—Espero encontrarme contigo en la habitación 612 del hotel Fourteen.

Sacó su mano de su pecho para besarla y reparó en la hora que era en su reloj de muñeca.

—Tengo que vestirme, Harry. Todavía tengo que arreglarme el pelo. Billy y yo vamos a la fiesta que celebra Eve Soby esta noche y Billy se pone furioso si me retraso.

—Yo también voy a casa de Eve Soby —dijo Harry.

—Si notas una mano entre tus piernas, bajo el mantel de Eve, seré yo —dijo Ann, vistiéndose.

Harry Kingswood miró a Ann, encantado. Cada uno entendió que se estaban

embarcando en una aventura amorosa, sin compromiso o intención alguna de que aquello afectara a ninguno de sus matrimonios.

—La temporada de caza empieza el mes que viene. ¿Ya le has comentado a Billy que podéis venir a Inglaterra?

—Lo haré esta noche.

*

—Me gustaría que no te sentaras sobre la cama. Se ha arreglado para la fiesta y estás arrugando la colcha —dijo Ann irritada.

—Mala suerte que tú no estés ya arreglada para tu fiesta —respondió Billy, dando la vuelta a la colcha de raso y terciopelo, arrugándola más.

—No me encuentro bien —contestó, defendiéndose.

—Estuviste bailando y bebiendo toda la noche y te tomaste un puñado de píldoras para dormir al amanecer.

—No me tomé nada.

—¿Alguna vez te has preguntado sobre este ridículo matrimonio que tenemos?

—Billy —dijo ella. Su voz aplacándose—. En cualquier momento va a empezar a llegar gente para los cócteles. Ya oigo el timbre. Por favor, baja y recíbelos. Tardaré, como mínimo, veinte minutos. Tengo los ojos muy hinchados.

—Estás hinchada de pastillas para dormir.

—Por favor, Billy, nuestros amigos están llegando.

—Tus amigos. Creo que voy a salir por la puerta principal para irme al Brook Club mientras entran.

Pero no lo hizo.

—Qué agradable —dijo, entrando en su salón, para saludar al recién llegado Harry Kingswood. El plan era tomar algo allí, cenar en Maud Chez Elle, un restaurante que entonces estaba muy de moda, para después ir a El Morocco. Billy y Harry se trataban con la camaradería propia de dos miembros de la misma clase social que se reconocen como iguales, pero entre ambos subyacía cierta inquietud.

Cuando finalmente Ann entró en la estancia, abrochándose una pulsera, tarde, segura, sin prisas y guapísima para la juerga que se avecinaba, Billy se asombró, como siempre, de su habilidad para recobrar la compostura. Ya pasada la medianoche, se despidió del grupo en El Morocco diciéndoles adiós con la mano a Ann y a Harry Kingswood, los dos en la pista de baile, para volver a casa. Esos días estaba madrugando para acudir al hipódromo en Belmont para los entrenamientos matutinos.

Billy solía decir que algunas de sus mejores ideas se le ocurrían durante el desayuno. Esa era la razón por la cual le gustaba tomarlo a solas, a menudo contemplando fijamente el vacío mientras sorbía su café o masticaba poco a poco su tostada. Fue en ese preciso momento cuando su sensación de inquietud conectó la

visita de Harry Kingswood con el engaño de su mujer. Aún con el gusto de la mermelada de fresa en su boca, salió disparado de la habitación.

Arriba, en el dormitorio, todos los signos de luz diurna habían sido bloqueados y así permanecerían las próximas horas. Miró a su mujer en su sueño inquieto, sus brazos abrazando la almohada, un tirante del camisón de raso sobre su hombro. En su mesita de noche no había pistas de un engaño, si eso era lo que él esperaba encontrar. Solamente una farmacia y listas y notas de cosas que debía hacer para continuar con su incansable periplo social cuando ella diera por iniciado aquel día.

—¿Por qué no dejas de mirarme? —le dijo, sin abrir los ojos ni cambiar su postura.

—No estoy mirándote —respondió él, retrocediendo de la cama de su mujer como si lo hubieran pillado robando.

—Sí, estás mirándome —repitió ella, dormida.

—He olvidado una cosa —murmuró, con una nota de disculpa en su voz, marchándose del dormitorio sin haber hablado de lo que quería hablar.

Una nueva criada, cumpliendo con las normas del silencio matutino, le asintió con la cabeza cuando salió de la habitación pero tampoco le habló.

—Voy a dar un paseo antes de que nos pongamos en marcha —le dijo Billy a su chófer, encaminándose hacia Park Avenue.

En la esquina, permaneció de pie durante dos cambios de semáforos antes de cruzar, sin reparar en un conocido que lo saludó. Estaba poco acostumbrado a analizar sus sentimientos y no podía discernir si la profunda angustia que estaba experimentando se debía al gran amor que sentía por su mujer o a lo poco que su mujer había valorado el nombre y la posición que él le había otorgado. Se preguntó cuántos de su grupo de amigos sabrían de aquella relación. Se preguntó si ya le había hecho parecer imbécil.

Esa noche, de nuevo en El Morocco, después de otro cóctel y de otra cena, Billy, borracho, dijo finalmente aquello que había tenido en mente decir durante todo el día. Sin embargo, por pura debilidad, atribuyó su acusación a otros.

—Alguien ha venido a contarme una his-s-s-toria sobre ti —le dijo.

—¿Quién? —le demandó ella en el acto.

—¿N-n-o quieres saber q-q-qué me ha dicho antes de q-q-quié me lo ha dicho? —preguntó. Un tartamudeo ocasional interrumpía su discurso. Era un pequeño trastorno de la niñez, superado hacía tiempo, que reaparecía únicamente cuando estaba borracho.

—¿Entonces, qué? —preguntó ella, sabiendo de antemano lo que le iba a decir. Tenía intención de hablarle sobre su plan de visitar a Harry Kingswood, para ir de cacería, pero no se le había presentado el momento oportuno.

—Ad-d-dulterio —respondió.

—De verdad, Billy —dijo riendo—. ¡Qué borracho estás!

—¿Quién ha dicho que estoy b-b-borracho?

—Estás empezando a tartamudear.

—N-n-no estoy t-t-tartamudeando.

—S-s-sí es-s-tás t-t-tartamudeando.

Cuando había peleas, Ann se concentraba en cosas. Observó las flores iluminadas por las velas, se inclinó hacia delante y movió una rosa, examinándola encantada, como si aquello hubiera supuesto algún cambio, pero no se montó ninguna escena. Permanecieron sentados durante un rato interminable, casi sin hablar, contemplando, como si se tratase de una película, la vida de aquel club nocturno. En su momento habían creído que nunca habría suficiente tiempo para decirse las cosas que tenían que decirse el uno al otro. Finalmente, ella colocó su mano sobre la suya y se la apretó. Ann quería que los sentimientos de él por ella permanecieran inalterables incluso si los suyos se expandían para incluir a otros.

—Te amo —le dijo.

—Tú no me amas, Ann —contestó él—. Solamente amas la vida que acontece a mi alrededor.

Aquello la asustó. Se pintó la boca de carmesí sirviéndose de la hoja de un cuchillo de su mesa como espejo. Billy encontró aquel gesto vulgar y excitante. Así le gustaba ella. Más tarde, en casa, seduciéndolo hasta alcanzar ambos el frenesí sexual, borró sus sospechas de infidelidad. Con los fluidos de su amante todavía en su interior, recibió los fluidos de su marido. Y regresó la paz.

Unas pocas noches después acudieron a un baile celebrado en la orilla norte. Se presentaba en sociedad una heredera Hutton, en una pista de tenis cubierta situada junto a la casa de invitados de una de las fincas más importantes, todavía en pleno esplendor. Jóvenes parejas paseaban por los geométricos jardines. Ann calibró el escenario con una sola mirada. Los Ebury. Los Philipps. Los Hitchcock. Los Schiff. Todos ellos. La flor y nata de la orilla norte. Sintió que nunca había visto algo tan hermoso y valoró su vida y su matrimonio. Hola, Sass, dijo. Hola, Titi. Hola, Molly. Un vestido maravilloso, Brenda. Un beso, Lita.

Se paseó escoltada por Billy. La casa de invitados, llamada la Casa de Muñecas, constaba de una sala de estar, muchas habitaciones y de una enorme sala de música con una acústica tan perfecta que conjuntos de la Filarmónica de Nueva York acudían a menudo a tocar allí para aquella melómana anfitriona. Billy le explicó que la familia solía utilizar esa casa para alojar a los huéspedes y para relajarse después de haber jugado al tenis. El patio, dijo, se había traído del castillo de Fotheringay, en Escocia, y los adoquines eran los mismos sobre los que María, reina de los escoceses, había caminado hacia la guillotina.

—Disfruta de esto —le dijo refiriéndose al baile y la finca—. Es el final de una era. Nadie será capaz de permitirse dar fiestas así ni vivir en lugares como este mucho más tiempo.

La orquesta empezó a tocar *Full Moon and Empty Arms*. Ella le cantó al oído mientras bailaban: *Full Moon and Empty Legs*. Él se echó a reír, encantado, y recordó

su primer encuentro en El Morocco.

—Aquí es donde quiero vivir, cariño —le susurró Ann al oído.

Él volvió a reírse.

—No quiero decir en esta enormidad —le dijo—. Quiero decir en la Casa de Muñecas y todo lo que la rodea.

—¿Y qué pasa con la anciana señora McGamble? ¿No crees que tendría una o dos cosas que decir sobre esto? —le preguntó Billy, que no acababa de comprender esos súbitos deseos de obtener las cosas de forma inmediata que le habían hecho tropezar en tantas ocasiones. Todavía le escocía el escándalo con Salvador Dalí.

—En cuanto hemos llegado, he tenido esa sensación con esta casa —le dijo—. Está hecha para nosotros. Puedo vernos viviendo aquí. Sería perfecta para los niños. No podemos seguir yendo a casa de tu madre todos los fines de semana. Creo que allí ya hemos agotado nuestro tiempo como invitados. Sé que todos los criados se quejan de mí, no es que me importe, para nada, pero ya nos toca, Billy, tener nuestra propia casa de fin de semana.

Salvo por el resplandor anaranjado procedente de un farol que había en la puerta del establo, la pista que se extendía fuera del pabellón de ventas del Saratoga estaba a oscuras. Había concluido la subasta de los potros purasangre que se habían exhibido en la pista la última noche de la venta. Unos cien metros más allá, en el jardín del bar Spuyten Duyvil, criadores y compradores de todo el mundo bebían *whisky* y hablaban de caballos. El tema principal de conversación era el precio récord que el criador novato, Billy Grenville, había pagado por un potro de un año, al que había llamado *Tailspin*.

—Tienes tanto ojo como tu padre —le dijo Sunny Jim O'Brien, el viejo entrenador de las cuabras Grenville, que conocía a Billy desde que siendo un niño su elegante padre lo había llevado, a regañadientes, a Saratoga.

—¿Así lo crees, Jim? —le preguntó Billy—. ¿De verdad?

—De tal palo, tal astilla —contestó Sunny Jim, acabándose el único *whisky* al día que se permitía—. Ese *Tailspin* tuyo es un ganador y tú te diste cuenta solo con verlo. Tu padre tuvo este instinto con *Ishmael*.

—Este *Tailspin* nuestro, quieres decir. Tú y yo vamos a hacer las mismas cosas que tú y mi padre hicisteis. ¡Vamos, Jim! Rompe tu regla y tómate otro *whisky*. Esta es una noche para celebrar.

Alfred Twombly y Piggy French, los dos nombres más importantes en el mundo de las carreras, se unieron a la celebración. A Billy le entusiasmó que el viejo Sunny Jim pensara que se parecía cada día más a su padre. Durante toda su vida solo recordaba la mirada de frustración de su progenitor. Deseó que hubiera vivido más tiempo.

Ann no podía creerse que estaría durante todo el fin de semana en compañía de una de las princesas inglesas. A veces, se maravillaba de su vida, porque nunca habría admitido, ni siquiera a su marido, que no consideraba absolutamente normal todo lo que le iba ocurriendo. En ocasiones como aquella era cuando añoraba a su madre. Su madre la habría comprendido y se habría mostrado exultante. Ann se sentía, alternativamente, emocionada y decepcionada. Emocionada con la ocasión. Decepcionada con la persona. Habría querido que la princesa fuera más delgada. Que sus trajes de campo de *tweed* fueran menos campestres y que su broche de diamantes sí hubiera sido más campestre. La perfección de la realeza le interesaba. Se había propuesto comprarse una boquilla de ámbar cuando llegara a Londres, en Asprey, como la que tenía la princesa. Mientras tanto la miraba una y otra vez, hasta que fue capaz de memorizar tanto la manera exacta como la princesa la sostenía, un modo elegante que no había visto hasta entonces, como su forma de inhalar y exhalar el humo.

Cogió su cámara y, casi furtivamente, le hizo una fotografía a la princesa cuando estaba conversando con Harry Kingswood, atenta a una historia que él le contaba sobre el castillo Kingswood. A Ann le gustó aquella escena, su informalidad, la princesa con una falda de *tweed*, una blusa de seda y unos zapatos para caminar, preparada para el paseo que se disponía a dar por los jardines y el terreno que rodeaba el castillo. No mucha gente tenía la oportunidad de verla de ese modo. Ann imaginó la fotografía de los dos, Harry y la princesa, en el sofá de *chintz*, conversando, pegada en uno de sus álbumes de recortes. Sintióse más audaz, hizo otra fotografía y, después, otra. Deseó que la cámara no hiciera tanto ruido. Qué regalo tan maravilloso será para Harry, pensó, como si fuera una historiadora inmortalizando un hito histórico, sin darse cuenta, en su entusiasmo, de las miradas de los otros huéspedes instándola a desistir de aquello. En la estancia se había hecho el silencio, pero el clic de la cámara persistía. Regias miradas de desaprobación terminarían inmortalizadas en los álbumes de recortes de Ann Grenville. En aquel momento ya era consciente de su metedura de pata pero era incapaz de parar hasta acabar el rollo de película que tenía, ay, treinta y seis exposiciones.

—Me estoy sintiendo, Harry —se escuchó la regia voz de la regia princesa en un tono helado—, como si estuviera de visita en un bazar de beneficencia y me fotografiaran, no como huésped en tu casa. ¿Cuándo va a parar de hacerme fotos?

Ann enrojó de vergüenza, consciente de que todas las miradas se habían posado sobre ella. Desde el sofá donde la princesa permanecía sentada, oyó cómo Harry la disculpaba con excusas contenidas. «Americana, ya sabe. Ella no lo sabía, Señora».

Como sucede con algunos vinos, su aventura con Harry, tan exitosa en Nueva York, no había viajado bien.

—Ann, escúchame —le dijo Harry, acercándose hacia ella, en un murmullo sibilante—, esa es una de las cosas que no se deben hacer. Por el amor de Dios,

¡guarda esa cámara!

Esa noche, Ann se excusó con un dolor de cabeza y no bajó a cenar con el resto de los invitados. El teléfono estaba situado en el salón de la planta superior del castillo, a fin de que nadie se entretuviera hablando y su uso se limitara a la más estricta necesidad sin caer en la tentación de darle a las confidencias, ni siquiera había una silla a su lado. Ann ya sabía de la austeridad de Harry Kingswood. A la mañana siguiente, antes de que los otros huéspedes se levantaran, se marchó en coche hacia Londres, reviviendo aquella escena durante todo el camino, preguntándose si se estarían riendo de ella, deseando que esa anécdota no viajara hasta Nueva York, sabiendo que no iba a volver a ver nunca a Harry Kingswood. Entendía, de forma instintiva, que cuando uno estaba casado, las aventuras amorosas tenían un término natural. Voló hacia Roma, deseosa de reunirse con Billy.

Después de aquello, su pasión por lo inglés disminuyó. Pasado un tiempo, en otra ciudad, presentada a la misma princesa de nuevo, esta no mostró ningún signo de reconocerla cuando Ann inclinó la cabeza y le hizo una reverencia.

—Sus vestiduras, querido, se las hace un sastre en París. Relucen y brillan y dicen que superan la grandiosidad de las vestiduras del Sumo Pontífice. ¿No te encanta? Me lo ha dicho Fulco.

Con los labios ya pintados, Ann sacó un peine del bolso y se lo pasó por su pelo de manera mecánica.

—¿Es un cura? —preguntó Billy.

—No, no, un monseñor, una persona muy ocurrente y un invitado en todas las casas. Quiero decir, todo el mundo lo conoce.

—¿Dices que es americano? —Billy no compartía la pasión de su mujer por la alta sociedad europea, y la interminable cantidad de cotilleos que todos los días le contaba ella tras sus incursiones en los palacios romanos le entraba por un oído y le salía por el otro.

—Sí, fue quien casó a Tyrone Power y Linda Christian. Ya te lo dije. Pero, ahora, ¡escucha esto!

—Estoy escuchando.

—Nos ha conseguido una audiencia con el Papa y he traído aquella mantilla negra de terciopelo tan divina y he pensado que podría llevar aquel vestido negro que llevé en esa fiesta de tu hermana en Londres.

—Pero nosotros no somos católicos.

—No tienes por qué ser católico para tener una audiencia con el Papa. ¡Por el amor de Dios!

—¿Cuándo?

—El 5 de mayo.

—¿El 5 de mayo? Cinco, cinco, cinco, cinco. El quinto día, el quinto mes, 1955.

—Es lo que he dicho. El 5 de mayo. A las diez de la mañana.

—No puedo ir.

—¿Por qué no puedes ir?

Se dio la vuelta, avergonzado de decirle qué significaba aquel día.

—Ese es el día en el que...

—¿Qué día? ¡Oh, por el amor de Dios, Billy! ¿No estarás diciendo que es el día en el que tú supuestamente vas a morir?

—Ya sé que suena de locos pero nunca he olvidado lo que aquella adivina de Tacoma me dijo. Cinco, cinco, cinco, cinco. Entonces parecía lejísimos, pero ahora ya se nos viene encima.

—No te creerás eso, ¿verdad?

—No, no, por supuesto que no, pero... sí.

—Bueno, si vas a morir, ¿qué mejor modo de hacerlo que viendo al Papa antes? Te allanará el camino hacia el cielo.

—¿De qué vamos a hablar con el Papa? ¿De las últimas fiestas?

—No seremos solamente nosotros dos, por el amor de Dios, habrá otras personas y, después, monseñor nos invita a comer al palacio Doria.

La mañana de la audiencia papal llovía sin parar. Una explosión de truenos precedió al amanecer y la lluvia repiqueteaba furiosa contra las ventanas de la *suite* de los Grenville en el Grand Hotel de Roma. Después de una noche de demasiada bebida, se habían levantado tarde y cada uno recordó la mañana del día de su boda, en Tacoma, hacía doce años. Ambos de mal humor, se vistieron y bebieron café en silencio. Por qué, se preguntó Billy, habrían estado hasta las cuatro bebiendo *brandy* en el Bricktop con un extraño trío de Pasadena a quienes nunca habían visto antes y, probablemente, nunca volverían a ver. ¿Por qué siempre era lo mismo? Salir, salir, salir.

Afuera, bajo el chaparrón, había una treintena de personas por delante de ellos, esperando un taxi frente al hotel. La hora de la audiencia se aproximaba con rapidez.

—¿Qué vamos a decirle a monseñor? —gimió Ann.

—Que estuvimos bebiendo *brandy* hasta las cuatro en el Bricktop, con un *ménage à trois* de Pasadena que pillaste. El Papa lo entenderá. También monseñor, en sus vestiduras de alta costura —dijo Billy.

—A veces te odio —le respondió Ann. Sus ojos se encontraron, en mutua discordancia.

—Es imposible —dijo Billy, mirando el estado de la cola de taxis.

—No puedo entender por qué no alquilaste un coche con chófer sabiendo como sabes que teníamos que estar en el Vaticano a las diez. —Sintiéndose burlada, Ann estaba preparándose para una pelea.

En aquel momento un coche con chófer pasó junto a ellos y paró de forma abrupta. Una mujer los llamó desde la ventanilla:

—¿Eres tú, de verdad, Billy Grenville?

—¡Esme! —gritó Billy—. ¡No puedo creerlo! ¿Podrías dejarnos en el Vaticano? Llegamos tarde a una audiencia y no hay taxis a la vista y estamos empapados.

Esme Bland, que siempre había estado enamorada de Billy Grenville en la distancia pero jamás había expresado en voz alta su opinión sobre el tema, ni siquiera a su gran amiga Cordelia, creía que Billy se había echado a perder al casarse con Ann.

—¿No conocías a Ann, verdad, Esme? —le preguntó Billy cuando se acomodaron en el asiento trasero.

—Sí —respondió Esme.

—En casa de Cordelia —dijo Ann.

Hubo un silencio.

—Está lloviendo a mares —dijo Billy, finalmente.

—Se estropeará mi mantilla —dijo Ann.

—Ten, coge mi paraguas, Ann —dijo Esme.

Cuando abandonaron el Vaticano el sol brillaba intensamente sobre la plaza de San Pedro.

—Adorable, más mono imposible —dijo Ann sobre el Papa.

—Su rebaño se emocionará con tu descripción —respondió Billy.

—Ahora tengo que cargar con este maldito paraguas de Esme —dijo Ann.

—¿Por qué no paseamos un poco por la basílica? —dijo Billy.

—No tenemos tiempo —anunció Ann, mirando su reloj.

—No puedo imaginarme decirle a *mère* que hemos estado aquí y no hemos visto la *Pietà*.

—Billy, monseñor Herrick nos espera a comer en el palacio Doria.

—No voy a comer con monseñor Herrick en el palacio Doria —protestó Billy, repitiendo las mismas palabras que había pronunciado Ann pero restándoles su pomposidad.

—Claro que irás.

—No iré —dijo él.

Billy estaba tranquilo y su rostro no tenía la expresión terca que solía mostrar cuando adoptaba una postura sobre algo. Ella lo miró, bajo la luz de mayo, masas de turistas empujándolos, y supo que no entendía aquel estado de ánimo.

—¿Qué harás? —le preguntó.

—Iré a ver la *Pietà* y después regresaré al Grand Hotel y pediré un sándwich de pollo en la habitación y me estiraré en la cama a contemplar la nada.

—Simonetta d'Este estará en el almuerzo. Y los Crespi y la princesa Ruspoli —recitó Ann, seductora, como si él, como le sucedía a ella, pudiera cambiar de opinión al oír aquellos títulos.

—Estarás en el Paraíso.

—¿Todo esto tiene algo que ver con aquella maldita adivina? —le preguntó con voz burlona.

—Te meteré en un taxi, Ann.

Más tarde, después del almuerzo, Ann volvió al hotel, rebosante de chismes sobre lo que se había perdido y encantada de haber conseguido que los invitaran esa noche a un baile que se celebraría en casa de los Pecci-Blunt. Billy dijo que no quería ir. Su negativa la exasperó y enfureció.

—No nos peleemos por esto, Ann.

—No he venido hasta Roma para quedarme en esta habitación porque en 1943 una adivina de Tacoma, Washington, te dijo que morirías hoy. Es la cosa más ridícula que he oído en mi vida. Si las adivinas saben tanto, ¿por qué siempre viven en sucios agujeros?

—No tienes por qué quedarte. Ve a la fiesta. Diviértete. Estoy bastante bien aquí.

—Quizás llegue tarde.

—Está bien.

—Me dan escalofríos todo tu silencio y tu melancolía.

Sobre la ropa interior y la camisa llevaba una bata granate, con pequeños lunares. La única luz encendida en la habitación era la de la lamparita de noche situada entre las dos camas dobles. Estirado en una de ellas, leyó la edición internacional del *Herald Tribune* y el *Rome American*. Escuchó la radio. Durmió un poco. Pensó en sus hijos. Pensó en su padre. Se preguntó por qué teniendo tanto se sentía tan insatisfecho con su vida. Se preguntó, como siempre se preguntaba en sus escasos momentos de introspección, si habría llegado a ser algo de no haber heredado tanto dinero. Tenía la sensación de que las deferencias que recibía, por su nombre y su fortuna, eran inmerecidas y se preguntaba si la gente pensaba eso mismo sobre él.

Empezó a rezar, pero se sintió avergonzado, como solía sentirse siempre que rezaba fuera de la iglesia episcopaliana de St. James, a la que solo acudía con motivo de bodas y funerales. Tuvo la necesidad de levantarse de la cama y de arrodillarse para rezar, pero pensó lo extremadamente estúpido que se sentiría si Ann aparecía por la puerta en aquel momento, aunque sabía que era muy poco probable que Ann abandonara el baile. Se preguntó si le importaba morir y se sorprendió respondiéndose que sí, le importaba, mucho, por más que la víspera no le había parecido algo tan terrible.

Entonces escuchó campanadas por toda la ciudad dando la medianoche. El día había acabado. Y él estaba vivo. La gitana de Tacoma se había equivocado. Saltó de la cama, feliz de nuevo con su vida, y levantó el teléfono, pidiéndole al operador que

le conectara con otro hotel de aquella misma ciudad. Le pidió al operador de aquel hotel que le conectara con la habitación de uno de sus huéspedes. Escuchó sonar el teléfono varias veces hasta que respondió una voz dormida.

—¿Esme? —estalló—. ¡Soy Billy! Levántate. Vístete. Déjame que vaya a recogerte y vámonos a tomar algo.

—No tiene miedo a perder el control. Yo sí —le dijo Billy a Esme sobre Ann.

Estaban sentados en el bar de la terraza del hotel de Esme disfrutando de una bonita noche de primavera.

—¿Por qué estás con ella? —preguntó Esme.

—Hubo un tiempo en el que la amaba y durante ese tiempo fui más feliz que nunca —respondió.

—Eso fue entonces. Ahora es ahora.

—No me admirarás si te digo el porqué.

—No te preocupes por eso.

—Me da miedo. Hay algo salvaje en ella.

—¿Salvaje?

—Una vez, cuando la estaba cortejando, fui al apartamento donde vivía, por el distrito Treinta, Murray Hill o algo así. En aquella época, ella era bailarina. Por alguna razón, la puerta de la calle estaba abierta y entré directamente, sin llamar al interfono. Subí corriendo los tramos de escalera hasta su apartamento y toqué el timbre. Yo llevaba flores. Abrió la puerta y estaba sosteniendo una pistola, con la que me apuntaba. En su cara había una expresión horrible, la expresión de una mujer que había perdido el control completamente, desatada, dispuesta a matar. Entonces me reconoció y, en un instante, se compuso y trató de arreglar aquella escena: que si todo aquello no había sido más que una broma, que si la pistola no era una pistola de verdad sino de esas pistolas con que se da la salida en las carreras. Nunca supe a quién esperaba, probablemente a un novio con el que trataba de romper después de haber entrado yo en su vida, pero nunca he olvidado aquella expresión.

—¿Hablaste con ella de eso alguna vez?

—Siempre le restó importancia. Creo que le avergonzaba haberme mostrado con tanto descaro su lado oscuro, pero yo entonces estaba locamente enamorado de ella y casi logró hacerme creer que habían sido imaginaciones mías.

—¿Crees que podría matarte?

—Por Dios, Esme, estamos hablando de mi mujer.

—¿Y podría?

—Cuando fuimos de safari, ninguno de los nativos quería estar con ella. Decían que disparaba primero y miraba después. Nunca pasó nada, naturalmente, pero les parecía peligrosa y entiendo sus miedos.

—¿Dispara bien?

—Tiene un gatillo muy rápido.

—Eso no es lo mismo.

—No espera. Es temeraria.

—Debes dejarla, Billy.

—Nunca perdona que la hieran, Esme. Terminará vengándose.

—Pero ¿qué matrimonio es ese?

—Ella disfruta siendo la señora de William Grenville, Junior, y nunca dejará de serlo a menos que un príncipe italiano o un lord inglés o Alí Khan le pida matrimonio.

Esme desvió su mirada de Billy y suspiró profundamente.

—¿Es eso un suspiro? —le preguntó Billy.

—Supongo que sí —respondió.

—¿Podrías traducirlo?

—¿Sabes? A mí también me habría encantado ser la señora de William Grenville, Junior, pero yo habría sido muy diferente.

—¡Oh, Esme!

—Es hora de volver a casa, Ann —dijo Billy.

Se encontraban en la Riviera, en el Château de l'Horizon, como huéspedes de Alí Khan.

—No, no, aún no, Billy —rogó Ann.

—Bueno, yo me voy a Nueva York.

—Por favor, Billy, quédate solo para el baile del marqués de Cuevas en Biarritz y después, te lo prometo, volveré a casa.

—Cada vez que quiero volver a casa me hablas de otra fiesta que será mejor y más grande que la anterior. Siempre habrá otra fiesta.

—Solo esta, Billy, y después nos vamos. Es de disfraces y quieren que nos vistamos como el retablo del *Infierno* de Dante. Será divertidísima. Yo me disfrazaré de diablo, toda de rojo, con un tridente. Alí es parte del retablo. Y quieren que tú te vistas de...

—Escúchame, Ann.

—¿No te acuerdas cómo te gustaba verme en mi minúsculo disfraz de gata? —Había notado algo diferente en su ardor hacia ella y se aplicó en atraerlo.

—¿No le gustan los bailes de disfraces, señor Grenville? —le preguntó Simonetta d'Este.

Billy se había retirado del espectáculo y contemplaba la sala de baile desde arriba, en la espléndida soledad de un palco roció. Ella era una elegante madame du Barry vestida con sus mejores galas, de cortesana peluca empolvada y magníficas perlas.

—¿Por qué lo dice?

—Su pajarita blanca, su frac, su banda roja en su torso. Así visten todos los hombres que detestan las fiestas de disfraces y acuden para complacer a sus esposas.

Billy se echó a reír.

—Supongo que tiene razón.

—Soy Simonetta d'Este.

—Lo sé.

—¿También detesta bailar, señor Grenville?

—Mi nombre es Billy.

—Lo sé. ¿También detestas bailar, Billy?

—Creo que bailo bastante bien. ¿Te gustaría bailar conmigo?

—He venido a buscarte. Claro que me gustaría bailar contigo.

Formar parte del retablo del *Infierno* de Dante en el baile del marqués de Cuevas en Biarritz era importantísimo para Ann Grenville. Entre la docena de participantes vestidos de rojo, se encontraban algunos de los títulos nobiliarios más antiguos de Europa, así como el tipo de nombres que deslumbraban a los lectores de las crónicas de Fyodor Cassati en Nueva York. Para ella, aquello significaba el triunfo social que nunca había alcanzado en los círculos de Nueva York y Long Island ni en el seno de la familia de su marido. En aquel grupo de hombres y mujeres de mundo de todas las nacionalidades dados al placer que entonces empezó a llamarse la «*jet set*», gente que se subía a un avión para ir de fiesta en fiesta por todo el mundo, sin importar la temporada que fuera, Ann era acogida como la hermosa e ingeniosa señora Grenville, de la célebre familia neoyorquina. A diferencia de lo que le ocurría en la orilla norte, allí no tenía importancia alguna quién hubiera sido antes. Esa noche estaba en el momento cumbre de su belleza y fama.

Los días anteriores al baile, los participantes estuvieron ensayando su entrada con una dedicación propia de cortesanos, como si ganar un premio por la mejor escenificación les importara.

Y, entre abrazos, besos, brindis y felicitaciones, los doce demonios del *Infierno* de Dante ganaron ese premio. Ann, loca de alegría por su victoria, buscó entre la multitud a su marido, deseosa de su aprobación, necesitada de su aprobación, segura de que ya de regreso en Nueva York presumiría de su mujer ante su madre, sus hermanas, sus amigos. Cogió una bebida de una bandeja que pasaba un camarero.

—¿Has visto a Billy? —le preguntó a alguien.

—Creo que está bailando —fue la respuesta.

—¿En qué sala?

—El *nightclub*.

—Se tomó otra copa. Cayó en la cuenta de que Billy no habría visto el retablo, cayó en la cuenta de que su marido no había sido testigo de su momento de éxito. Sus

ojos destellaron peligrosamente ante aquel desaire marital. Las píldoras que se había acostumbrado a tomar para despertar, dormir, adelgazar y serenarse se combinaron con el alcohol que acababa de beber para liberar el salvajismo latente en ella.

En otra de las salas de la villa de Cuevas, decorada para esa noche como un club nocturno, Billy Grenville bailaba con Simonetta d'Este, ajeno al espectáculo que había tenido lugar en la sala de baile. Aquello era un tonto, pero un tonto de fiesta. Sin sexo, sin besos siquiera. Champán, charla, risas y baile.

—... y me dije que el hecho de que coincidiera una audiencia con el Papa con el día en el que una adivina me había dicho que sería mi último día de vida era una señal segura de que tenía razón.

—Qué historia tan maravillosa —dijo Simonetta—. No me extraña que no aparecieras por ese absurdo almuerzo con ese absurdo monseñor. Yo habría hecho exactamente lo mismo. Te estabas preparando, por si acaso.

—Exacto. Y, a medianoche, cuando sonaron las campanas, no puedes imaginarte el alivio que sentí. Nunca había llegado a creérmelo pero, al mismo tiempo, sí había llegado a creer en todo aquello. Aquello se cernía sobre mí.

—Y ahora tienes una nueva vida por delante.

—Eso es exactamente lo que he estado pensando. Eres una bailarina maravillosa.

—Tú también.

Con los ojos cerrados, abandonándose a la música, Simonetta d'Este no estaba preparada para la fuerza con la que Ann Grenville la cogió por el hombro y la tiró para separarla de su esposo.

—¡Zorra! —le chilló.

—¡Ann! —gritó Billy.

Aún insatisfecha, Ann agarró el vestido de Simonetta hasta rasgar la parte delantera de su disfraz de *madame* du Barry y rompió el collar de preciosas perlas de su cuello. Las perlas se desparramaron por el suelo de aquella oscura sala.

—¡Ann, por el amor de Dios! —dijo Billy.

—¡Tú! ¡Aléjate de mi marido! —chilló Ann.

La orquesta había parado de tocar. La sala estaba en silencio y la gente se arremolinaba ante el tumulto, tratando de no pisar las preciosas perlas. Billy agarró a Ann, pero ella se zafó, girándose hacia él para, a continuación, arañarle la cara y arrancarle la pajarita.

—Por favor, señora Grenville —le rogó Simonetta d'Este.

—¡Conozco tus trucos! —chilló Ann, atacando de nuevo a la mujer. Ann estaba fuera de sí y la gente se apartaba de ella.

—¡Que alguien llame a la policía! —Era la voz indignada del marqués de Cuevas que, disfrazado como el cardenal Richelieu, se abrió camino entre la multitud que rodeaba la pelea—. ¡Saquen a esta gente de mi casa!

Borracha y avergonzada por el escándalo que había montado, pero convencida de tener razón, Ann se retiró al Hôtel du Palais, donde se hospedaba. Sin su bolso, todavía con su disfraz de diablo rojo, caminó a través del vestíbulo blanco y dorado y, consciente del peso de las miradas que caían sobre ella, dedujo que la historia de su debacle social había precedido a su regreso al hotel de madrugada. Su rostro asumió una mirada arrogante mientras exigía la llave de la *suite*.

—Si volviera mi marido —le dijo al portero, con ese hablar lento propio de la borrachera—, por favor, infórmele de que busque alojamiento en otro sitio.

Una vez dentro, echó el cerrojo a las distintas puertas de su habitación, después de colgar los carteles de «No molesten» en sus pomos exteriores. En un espejo de pie de tres hojas, enmarcado en dorado, captó un reflejo de ella misma. Lo que vio no fue la elegante dama de la sociedad internacional en la que se había convertido sino aquella que antaño había sido: una corista vestida de corista con aspecto de corista. Además, sus medias estaban rotas, el maquillaje corrido y su cabello despeinado. Para su propia mirada esnob, parecía vulgar y envejecida, lo que reavivó la terrible ira contra su esposo. Sacó las maletas de Billy del armario y amontonó su ropa en su interior. Abrió la puerta de la *suite* y empujó el equipaje hasta el pasillo y, contra aquellas maletas medio cerradas, las mangas sobresaliendo, lanzó los cepillos y los zapatos.

Algo apaciguada, se sentó en el borde de la bañera antigua, alta y profunda, y se tomó varias pastillas. Dormir, sabía, le borraría la noche, ya lidiaría con todo al día siguiente cuando despertara.

Billy, ante la imposibilidad de conseguir otra habitación en el hotel por estar completo, demasiado avergonzado como para telefonar a esas horas a sus amigos con casas para conseguir una cama, utilizó su llave y entró en la *suite*, arrastrando sus maletas, sus zapatos y sus cepillos desde el pasillo. Se hizo una cama en el sofá de la sala de estar. Cuando fue al baño, se encontró a su mujer en la bañera, sin conocimiento, todavía disfrazada.

La bañera era demasiado profunda para poder cargarla y llevarla a la cama sin despertarla. Se quitó los zapatos y volvió a la habitación para coger una almohada para acomodarle la cabeza y una sábana para cubrirla.

Ann se despertó y vio a Billy dirigiéndose hacia ella, con una almohada en las manos. Borracha y drogada, pensó que iba a matarla y se oyó un grito penetrante por todos los pasillos del respetable Hôtel du Palais.

Y por segunda vez se avisó a la policía.

—Mi marido ha tratado de matarme —dijo una histérica Ann al comisario—. Debe creerme, ha tratado de matarme. Iba a asfixiarme pero me desperté justo a tiempo para verlo venir hacia mí con una almohada en las manos. Iba a ponérmela sobre la boca.

—Me encontré a mi mujer inconsciente en la bañera —le dijo Billy al comisario—. Si le pregunta a cualquiera que haya estado en el baile esta noche, le dirá que

había bebido demasiado. Yo estaba tratando de ponerla más cómoda en la bañera, ya que, aparentemente, iba a pasar la noche allí.

Por la mañana, los Grenville habían partido de Biarritz en coches separados.

TERCERA PARTE

El adulterio no fue la gota que colmó el vaso. Como el de tantísimas parejas de su círculo, tanto en Nueva York como en Europa, su matrimonio sobrevivió a sus mutuas infidelidades. Sin embargo, los ataques públicos de celos de Ann y su comportamiento errático provocaban muchos chismorreos acerca de su salud mental o la ingente cantidad de píldoras que tomaba para adelgazar. Sus amigos se preguntaban cuánto más aguantaría el pobre Billy Grenville las lamentables escenas de su mujer. Incluso alguien que los observara por primera vez advertía que ese matrimonio pasaba por momentos muy bajos. El hecho de que el columnista de sociedad, Fyodor Cassati, no hubiera informado de ello se atribuía a su profundo afecto hacia Billy, quien siempre lo había tratado como a otro caballero y no como a un periodista cualquiera, pues en ocasiones habían jugado juntos a golf y a tenis y le había invitado a comer en el Beach Club en verano. No había nadie perteneciente a la «gente guapa» que no supiera que Ann le había tirado una copa a la cara a Rita Sinclair en El Morocco por un supuesto coqueteo de Billy, y que Billy, avergonzado, se la había llevado a casa. La debacle de Biarritz había dejado estupefacta a la concurrencia internacional y los cotilleos y noticias que se sucedían a ambos lados del Atlántico le resultaron un tormento a Billy, siempre preocupado por el parecer de su madre.

Walter Winchell, que había escrito sobre Ann Grenville cuando era corista, informaba en su columna que «los destacadísimos, osados y acelerados Grenville ahora vuelan a la carrera por Reno para no perderse un numerito del sorteo». Y, finalmente, se separaron. Los amigos de Billy respiraron aliviados. Él se fue a vivir al Brook Club, donde, según Doddsie, el portero nocturno, pasaba largas y deprimentes veladas solo, en el bar. Volvía a su casa únicamente para ver a los niños, a una hora establecida, al final de la tarde y siempre que Ann no estuviera en la casa, porque protagonizaba escenas vergonzosas delante del servicio. Si bien nadie sabía qué podrían estar comentando la madre y las hermanas de Billy, lo cierto es que se mostraban evasivos cuando quien fuera les preguntaba sobre la separación. Cuando Billy le pidió a Ann el divorcio, ella se puso histérica y le dijo que nunca se lo concedería.

Ante la sorpresa de todos, ellos incluidos, en vez de acrecentarlos, la separación los redujo. Por separado no sobresalían como lo habían hecho como pareja. Pese a toda su perfección social, su atractivo y sus excelentes modales, había una sosería en Billy que lo hacía mucho menos interesante cuando estaba solo que como pareja de la mujer revoltosa con la que se había casado. Echaba de menos, descubrió, la imparable vida social que Ann le organizaba de forma experta. También le faltaba, descubrió, el confort de la hermosa casa que Ann había creado para él. Le gustaba vivir cómodamente, pero le gustaba que le procuraran esa comodidad: ni sabía ni quería enfrentarse a las complejidades que eso suponía. Por el momento, el Brook Club estaba bien, pero su normativa prohibía que alguien se hospedara allí de forma indefinida.

Ann apareció en escena, con gran fanfarria, como la última conquista del famoso donjuán Alí Khan. Hubo fotografías de ambos en clubes nocturnos y en las ventas de potros de Saratoga, territorio de su marido, pero su talla como pareja fue recortada por la relación cada vez más estrecha de Alí Khan con la estrella de cine Rita Hayworth. Después apareció un príncipe italiano, con el cual había tonteado en Roma, pero él la encontró menos excitante y más exigente ahora que estaba disponible y decidió regresar a Italia.

Todos sus amigos esperaban un divorcio, pero, ante la sorpresa general, ambos aparecieron juntos, unas semanas después, sonrientes y enamoradísimos, en una gran fiesta celebrada en casa de Alice Grenville a la que acudió toda la familia de Billy. No es que se hubieran reconciliado sino que simplemente habían decidido volver a vivir juntos. El matrimonio estaba acabado, pero resistía, aunque con vínculos cada vez más débiles. Cada uno reconoció en el otro las señales de que aquello había concluido. Ella empezó a fumar en la cama, una costumbre que a él le sacaba de quicio y él dejó de levantar la tapa del váter para orinar, una costumbre que la sacaba de quicio a ella. Primero, ella quiso periódicos separados. Después, baños separados. Con el tiempo, habitaciones separadas. Aun después de que dejaran no solo de quererse sino también de gustarse, alguna que otra vez se sentían atraídos por el otro pero raramente les ocurría a los dos a la vez, de manera que las veces que hacían el amor la experiencia era insatisfactoria y desagradable.

Billy dijo que almorzaría en el Brook Club con Teddy Vermont, pero cuando Ann llamó, descubrió que ni estaba ni había estado allí y que Teddy Vermont se encontraba en Lyford Key, con Alfred y Jeanne Twombly. Una expresión de disgusto recorrió su rostro. Distraída, anudó y desanudó las mangas del jersey que colgaba, muy a la moda, sobre sus hombros. Pensó de nuevo en la conversación de aquella mañana.

—Los Haverstrike han venido de California y les he dicho que nos veríamos para almorzar en el 21 —dijo ella.

—No puedo —respondió él, cepillándose el pelo con dos cepillos.

—Es por el safari.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Almuerzo en el Brook Club, con Teddy Vermont.

—¿Teddy Vermont? —No conocía a Teddy Vermont.

—Groton —respondió él, explicando así la existencia de Teddy y sacándolo fuera de su círculo.

—¿Qué es lo que Teddy Vermont posee? ¿El estado de Vermont?

—Con tu ingenio deberías estar en la televisión —respondió, él, marchándose por la puerta.

Intuyendo una infidelidad, los celos inundaron sus entrañas con sus jugos viles. Se trataba de Simonetta d'Este, sospechaba, una princesa, alta y dominante, tan alta y dominante como ella; fuerte, tan fuerte como ella; con pedigrí, con tanto pedigrí como tan poco tenía ella. Experimentó la inseguridad de su posición, rechazada por ambos, la familia y los amigos de Billy.

—No es una buena idea ir solos a ningún sitio, Billy. Se interpretaría mal y no tengo ningunas ganas de tener un encuentro público con la terriblemente irascible señora Grenville.

—Por favor, Esme.

—No, Billy.

—¿Qué tal entonces el Hamburger Heaven? ¿No es un lugar suficientemente inocente? Nos podríamos haber encontrado por casualidad.

—Está bien.

—Es difícil, sabes, cuando has hecho algo tan mal visto como lo que hice yo, casarse con alguien que no le parecía bien a nadie, ni a una sola persona, ni siquiera a Bratsie, y tener que decirles a todos que sí, que tenían razón, que estaba equivocado. Yo no soy tan fuerte como para soportar eso.

—¿Cuál es tu alternativa, Billy?

—Los caballos, supongo. Cuento con esa baza. La granja está haciendo dinero. Y *Tailspin*, ya has oído hablar de *Tailspin*. Será un campeón.

—¿El señor Grenville? —Alguien los interrumpió.

—¿Sí?

—Soy Ashton Grimes.

—Hola. —Billy no podía recordar quién era Ashton Grimes.

—De Buckley, el colegio. Soy el maestro de Third.

—Naturalmente. ¿Cómo está usted?

—No quería interrumpirle.

—No se preocupe.

—Esperaba haberlo visto en el colegio el día de puertas abiertas. Confié en que podríamos hablar entonces.

—Sí. Estaba en Europa. —Aquel día estaba, recordó, en Biarritz—. Ella es... la señorita Bland. Ashton Grimes.

—Hola.

—No va bien Third, ¿verdad? —preguntó Billy.

—No.

—¿Qué deberíamos hacer?

—Creo que deberíamos reunirnos, señor Grenville. Algo debe hacerse. Él está...

angustiado.

—¿Puedo llamarlo mañana?

—Sí, naturalmente. Adiós, señorita Bland. Adiós, señor.

—Está angustiado supongo, por culpa de su madre y de su padre —dijo Billy—. Más de una vez me he preguntado si nos oyen. Las peleas, los gritos. Imagino que sí. Y el servicio, también.

—¿Qué vas a hacer?

—Yo nunca fui bien en la escuela, pero mi padre les donaba un gimnasio o una residencia y al final todo se arreglaba.

—No es lo mismo.

—No, no es lo mismo.

—Ese maestro te está diciendo que tu hijo necesita ayuda, Billy —dijo Esme Bland, quien si le hubieran preguntado hubiera sabido qué hacer.

—Tengo que irme —dijo Billy—. La adúltera me está esperando para cenar.

—Tienes que hacerte con un buen abogado, por si acaso —le recomendó Babette Van Degan, quien había firmado el acuerdo de divorcio más ventajoso de toda la historia de Nueva York.

Sam Rosenthal era el buen abogado que Babette Van Degan le había recomendado contratar. Pese a su apariencia, que no había superado su llamativo aspecto de corista, había algo en Babette Van Degan que hacía tomarla en serio en lo que se refería a cuestiones económicas y legales.

—Cuéntame algo sobre él —dijo Ann.

—Es una víbora, un mentiroso, un sinvergüenza. Será perfecto para ti.

—¿De dónde es?

—Oh, Minsk. O Pinsk. Uno de esos lugares.

—Quiero decir, de qué firma.

—La suya propia.

Lo cierto era que Ann no necesitaba que le dijeran quién era Sam Rosenthal. Todas las esposas de Nueva York en un matrimonio inestable con un hombre rico sabían quién era Sam Rosenthal. Acudió a su oficina, situada en el Rockefeller Center. Sus intensos ojos negros mostraban un resquicio de blanco entre la parte baja de su iris y el párpado inferior, creando un efecto hipnótico. Sus cejas negras se encontraban en el ceño.

Sam Rosenthal sabía quiénes eran los Grenville y cuánto valían. «Mucha pasta», decía. Le pasó el nombre de un detective privado que sería capaz de descubrir si Billy tenía una aventura con Simonetta d'Este. Ann le dijo que quería mantener su matrimonio, no buscaba el divorcio. Él le aconsejó que, llegado el momento, pidiera tanto dinero que Billy prefiriese continuar casado.

—Esas viejas familias neoyorquinas, como los Grenville, harían cualquier cosa

con tal de no tener que dividir sus fortunas —le dijo. Le gustó Sam Rosenthal. Tuvo la sensación de que había hecho un amigo—. Este es mi número de teléfono personal —le dijo, tendiéndole su tarjeta—. Siempre sabrán dónde localizarme, de día o de noche. Guárdalo en tu agenda en caso de que me necesites alguna vez.

—La señora Grenville bajará de inmediato, señor —dijo la doncella.

—Gracias —respondió aquel hombre llamado McCarthy.

Le gustaba adivinar los nombres de la gente a partir de su aspecto y a menudo acertaba. Supuso que el nombre de la criada era Mary o Margaret. Sabía que era irlandesa, como él. Sabía que aquella mañana había estado en misa: las huellas de las cenizas del Miércoles de Ceniza de su frente, impuestas por un sacerdote católico, daban fe de ello. Supuso que era nueva en aquella gran casa donde se encontraba y su suposición fue cierta. También acertó al suponer que había tenido que aprender aquel «de inmediato» del «La señora Grenville-bajará-de-inmediato» como si fuera una frase de una obra de teatro protagonizada por hombres y mujeres refinadísimos. Se hubiera entretenido conversando con ella hasta que la señora Grenville apareciese, pero ella no estaba dispuesta y, en consecuencia, él tampoco. Guapa, pensó cuando salió de aquella estancia. Cerró la puerta que daba al vestíbulo, dejándolo así libre para rondar por esa pieza. Se preguntó si esa clase de gente la llamaba sala de estar o salón. Sus ojos, aun sin instrucción artística, reconocían lo valioso: concluyó que los cuadros eran piezas de museo, como luego le describiría a su pareja, pero su estimación, que era correcta, la dictaron más los elaborados marcos dorados que las propias obras.

En una esquina se situaba, discretamente, una mesa de bebidas, repleta de buenos licores, vinos y *brandies*. En cuestión de segundos, levantó una licorera de cristal tallado con un cordón de plata que reconoció como *whisky* escocés, tomó un largo trago y volvió a colocarla en su lugar con un movimiento tan veloz que si hubiera habido algún testigo, no lo habría siquiera advertido. Oyó voces procedentes de las escaleras y se sentó en una butaca tipo *bergère*, tapizada en seda gris, oscureciendo las delicadas líneas del material con ese sobrepeso suyo del que tanto deseaba librarse. Colocó su tobillo izquierdo sobre su rodilla derecha para después cambiar a su tobillo derecho sobre su rodilla izquierda y, posteriormente, colocar ambos pies en el suelo, golpeteando la alfombra portuguesa con la suela de su zapato de la marca, siempre económica, Thom McAn. Finalmente, se inclinó y cogió una revista que habían dejado abierta por una página. Parecía incongruente que aquel hombre grueso, de cara roja y cabellos blancos que vestía un traje de tres piezas barato estuviera leyendo *Harper's Bazaar*, pero la incongruencia se esfumó cuando sintió verdadero interés por aquella página concreta. En esa página, elegantemente sentada en la misma *bergère* en la que él estaba sentado, posaba la señora de William Grenville, Junior, retratada por Louis Dahl-Wolf en un entorno de tanto estilo y *glamour* que

casi parecía irreal. Se preguntó si aquella revista había sido colocada allí para que él la viera.

Del exterior de la habitación escuchó:

—Seremos cuatro para almorzar, Mary.

—Sí, señora.

—Tendrás que ayudar a la cocinera a servir.

—Sí, señora.

—Como-se-llamara se ha ido.

—Sí, señora.

—Se ha largado.

—Sí, señora.

—¿Qué es esa mancha en la frente?

—Cenizas.

—¿Qué?

—Ya sabe, Miércoles de Ceniza.

—Límpiatelo antes de que llegue la duquesa.

—Sí, señora.

El señor McCarthy supuso, correctamente, que la próxima vez que fuera a aquella casa, Mary ya se habría marchado, como también se habría marchado ya como-se-llamara. La puerta de aquella estancia —¿sala de estar?, ¿salón?— se abrió y la señora de William Grenville, Junior, entró, precedida de su caro perfume. Alta, imponente, rubia, con pintalabios, un pecho exquisito, lo observó observándola a ella.

—Lamento haberle hecho esperar, señor McCormick —dijo, avanzando hacia él, ofreciéndole su mano—, pero hemos sufrido una crisis en la cocina.

—McCarthy —le corrigió.

—Disculpe, señor McCarthy. Tengo invitados para el almuerzo y la camarerita se ha marchado. —Su mirada se distrajo ante un lirio que sobresalía demasiado en su centro de flores que colocó hasta sentirse satisfecha.

—Por favor, siéntese —le dijo—. Veo que ha visto mi fotografía. ¿Le parece buena? Mi suegra cree que salgo demasiado en los periódicos y en las revistas, pero a mí me encanta. Ella es de esa vieja escuela que considera que el nombre de una dama debe aparecer en la prensa solamente tres veces en su vida.

El señor McCarthy notó que Ann tenía dificultades en abordar el asunto que debían tratar en aquella reunión.

—¿Está usted interesada en proteger su casa, señora? —le preguntó, ayudándola.

—¿Quiere decir, cosas como guardias? Cielo Santo, ¡no! ¿Cree que lo he llamado para eso?

—Hacemos ese tipo de trabajos.

—He oído hablar de usted a través del señor Sam Rosenthal.

—Ah, sí, el señor Rosenthal. Trabajamos mucho para el señor Rosenthal. ¿Se trata de otra cosa?

Ann caminó hacia la ventana. Para el señor McCarthy, verla por detrás era casi tan placentero como verla de frente. Sus proporciones eran perfectas. Sus piernas. Su espalda. Sus glúteos bien torneados bajo el elegante vestido de lana. Ella se dio la vuelta para mirarlo desde la ventana. La parte de Ann que Ann mejor entendía era su presencia física y nunca le disgustaba, bajo ninguna circunstancia, el sentirse admirada. Ni por asomo trataba de seducir al señor McCarthy, pero se sintió cercana a él al percatarse de cómo había reaccionado ante ella.

—Tengo razones para creer que mi esposo está engañándome —dijo. Si aquello hubiera sido una obra de teatro y ella hubiera sido la autora, le habría asignado al detective la siguiente frase: «Debe de estar loco», dedicada al esposo infiel, pero aquello no era una obra de teatro y el señor McCarthy no pronunció aquella frase aunque la pensó o, como mínimo, pensó una versión personal de la misma—. Me gustaría que lo siguieran. Con discreción, naturalmente. Sabe, yo amo a mi esposo. No tengo intención de divorciarme, pero debo proteger mi matrimonio. Confío en que todo esto de lo que estamos hablando sea confidencial, ¿verdad?

—Completamente.

—No quiero que se entere que sospecho de él.

—Ningún problema.

—Su oficina está en Wall Street, pero todos los días come en la zona alta de la ciudad, en el Brook Club, en el Racquet Club o en el Knickerbocker Club. La cuestión es que últimamente no vuelve a su oficina por la tarde y me gustaría saber por dónde anda todas esas horas.

—¿Sospecha de alguna persona en particular?

—Sí.

—Eso es bueno.

—¿Qué quiere decir que es bueno?

—No quiero decir que sea bueno en sí sino que si se limita a tontear con unas u otras cuesta mucho demostrar algo.

—Ojalá fuera un tonteo. El tontear no supone amenaza alguna —añadió con suavidad.

Bajó la vista hacia su anillo, que el detective describiría más tarde a su pareja como una pista de patinaje sobre hielo, como si fuera un símbolo de su matrimonio. Cuando lo miró de nuevo, le sonrió con tristeza y, al pestañear, le brotó una lágrima de un ojo. El señor McCarthy, a pesar de ser consciente de que estaba asistiendo a una actuación y no había ahí ningún sentimiento verdadero, se sintió ridículamente emocionado. Intuyó, con acierto, que lo que le angustiaba a ella era la pérdida de posición.

—¿Su nombre? —le preguntó.

Ann volvió a darle la espalda y observó la calle que se extendía más allá de las barrocas cortinas de seda gris. Su rostro ligeramente enrojecido y su espalda tensa contradecían su serenidad.

—Se llama Simonetta d’Este.

Él cogió su libreta y su bolígrafo.

—Princesa Simonetta d’Este —continuó Ann.

Más tarde le preguntaría cómo se escribía aquel nombre. No quiso interrumpirla. Sintió que la señora Grenville sentía rabia hacia la mujer que amenazaba su matrimonio, pero también advirtió McCarthy que ella estaba impresionándolo con el calibre de quien podría destronarla. Se dio cuenta de que le gustaba presentar sus credenciales.

—¿Qué despertó sus sospechas?

—¿Del adulterio o de esa mujer en concreto?

—Del adulterio, señora.

—Me resulta muy violento...

—Pintalabios en su pañuelo... ¿Algo así?

—Olí a otra mujer en sus dedos.

El detective se volvió de tono escarlata.

Intercambiaron varios detalles: la dirección y el estado civil de la princesa; las tarifas de su agencia de detectives privados, que ella ya conocía vía Sam Rosenthal. Pidió, ansiosa, que no le cobraran de más. Desde abajo, sonó un timbre.

—¡Dios mío! Llega temprano —dijo Ann Grenville, mirando el reloj que había sobre la repisa de la chimenea. Al tratar de planear cómo deshacerse de un aspecto de su vida antes de que entrara otro, su seguridad pareció abandonarla—. Sabe —le dijo al detective privado que, súbitamente, pareció haber adquirido el aspecto propio de un detective privado de una manera tan clara que parecía lucir una placa de detective de la que ella tendría que dar explicaciones—, se trata de la duquesa de Windsor, acaba de llegar para almorzar y...

—Quisiera que saliera rápidamente por las escaleras de atrás, para que nadie me vea, ¿cierto?

Mientras le estrechaba la mano con prisas le dijo como despedida:

—Querré fotografías.

Aquella era una de las contadísimas salidas familiares que hacían los Grenville: Alice, Billy y Ann, Diantha y Third. Estaban sentados en la tribuna de los Grenville, en el hipódromo de Belmont, para ver correr a *Tailspin*. Alice detectó, sin nombrarla, la tensión que había entre su hijo y su mujer. Después de la carrera, las fotos y las felicitaciones al *jockey* y al entrenador, Ann se alejó para saludar a sus amigos en el bar y los niños se fueron con su niñera a comprar un perrito caliente.

—¿Qué le pasa a Ann? —preguntó Alice.

—Nada —respondió su hijo mientras saludaba a los periodistas y a los fotógrafos con un gesto a un tiempo amistoso y despectivo.

—No me digas, a mí, «nada», Billy. Soy tu madre.

—Está celosa.

—¿De quién?

—Simonetta.

—¿Con razón?

—No.

La cercanía que antaño había reinado entre ellos no era la misma desde la noche en la que su madre rehusó aprobar su matrimonio. Ahora, Alice percibía su infelicidad y deseaba volver a acercarse a su hijo, pero no se atrevió. Durante un instante, sus ojos se encontraron.

—Maravilloso, lo de la carrera —comentó Alice, en vez de decirle lo que le quería decir, levantando sus binoculares para mirar la pista.

—¿Verdad? —respondió él, con voz hueca.

—Creo que *Tailspin* va a ganar la Triple Corona el próximo año.

—Sería maravilloso.

—Estoy orgullosa de ti, cariño.

—Gracias, *mère*.

—Tu padre también lo habría estado.

—¿Tú crees?

—Oh, sí.

Él sonaba mejor. Ella se sintió mejor.

Dentro, en el bar reservado a los socios, Ann coincidió con Babette Van Degan. Se sentaron juntas a una mesa y pidieron daiquiris. Babette masticaba cacahuetes mientras observaba a su vieja amiga.

—¿Por qué ese silencio lúgubre?

—Oh, no lo sé. La vida —respondió Ann.

—¿Qué te pareció Sam Rosenthal?

—Tiene entrecejo.

—No estás pensando seriamente en un divorcio, ¿verdad?

—Asesinato, sí. Divorcio, jamás —respondió Ann.

Se troncharon de risa.

—He ganado un pastón con vuestro caballo —dijo Babette.

—Qué bien —dijo Ann—. Sé que necesitas el dinero.

Volvieron a reírse. Ann se sintió mejor.

—¿Cómo está tu hijo? —le preguntó a Babette, encendiendo un cigarrillo.

—Acaban de expulsarlo de otra escuela —respondió Babette—. ¿Cómo están tus niños?

—Oh, bien, supongo —dijo Ann.

La cafetería del hotel Astor, en Times Square, estaba abarrotada por una multitud de congresistas dándose empujones. Perfecto, pensó Ann a medida que se abría paso, centímetro a centímetro, hasta el reservado desde el cual el detective privado Danny McCarthy la saludaba. Mejor reunirse con él aquí, razonó, cerca de su oficina, que arriesgar otro encuentro en casa, especialmente con fotografías para mirar.

Llevaba una gabardina, en el último minuto había decidido quitarse el abrigo de visón y ponérsela. Estaba contenta de no llamar la atención. Le dio la vuelta a su anillo hasta tener la piedra boca abajo.

—¿Café? —le preguntó la camarera, sirviéndole la bebida y derramándola sobre el platito.

—Tráigame uno limpio —le dijo Ann a la camarera.

Aquello le molestaba sobremanera. Jamás se permitía recordar que de joven, durante poco tiempo, había trabajado como camarera en la cafetería de la botica de Crowell, en Pittsburg, Kansas. Después de haber saludado al señor McCarthy y pedido ya su sándwich favorito, se acomodó para tratar el asunto que se llevaban entre manos. Las fotografías se las pasó en un sobre de papel manila tamaño media cuartilla.

—¡Urse Mertens! ¿Eres tú? ¡Urse!

Antes de levantar la mirada de las seis fotografías en blanco y negro de Billy y Simonetta d'Este sentados en un banco de Central Park, en lados opuestos, girados para hablarse cara a cara, nada provocativamente, cerca de la zona de juegos infantiles, donde probablemente jugaban los hijos de ella, Ann supo que aquella era la voz de Fredda Cunningham de la calle Quincy Oeste, en Pittsburg, Kansas. Al principio fingió no haberla oído y continuó examinando minuciosamente las ampliaciones que le había pasado el señor McCarthy. Lamentó su decisión de ir vestida de forma discreta para la ocasión. Su abrigo de visón la habría hecho menos accesible. Bajo la mesa, volvió a darle la vuelta a su anillo para que se viera el perfecto diamante rosa, con talla esmeralda, que había colocado boca abajo para el encuentro con el señor McCarthy. Aquella situación era demasiado confusa para tratar de lidiar con ella: explicarle al señor McCarthy quién era Fredda Cunningham, explicarle a Fredda Cunningham quién era el señor McCarthy.

—¿Urse?

—¿Me está hablando a mí? —preguntó, mirando a aquella compañera de la infancia cuya aceptación tantísimo ansió de niña.

Había grandiosidad en su voz. Acercó su mano izquierda a su cara y el enorme diamante, la pista de patinaje sobre hielo, como le había descrito el señor McCarthy a su pareja, resplandeció en la luz de fluorescente de la cafetería. Fredda, avergonzada, enrojeció.

—Disculpe —dijo una agitada Fredda—. Me ha recordado a una vieja conocida.

Ann le sonrió amablemente, perdonando así el error de la mujer. De pie, detrás de Fredda, había un hombre. El instinto le dictó a Ann no mirarlo pero lo hizo. Se trataba de Billy Bob Veblen, el chico más guapo del instituto de Pittsburg, con el cual ella había ido en serio, con el cual había hecho planes y promesas, con el cual...

De nuevo sonrió con amabilidad a las dos personas que la miraban fijamente, como si fueran desconocidos. De pronto llegó el sándwich de queso y tocino que había pedido. Estaba abierto, como las delicias de queso de la botica de Crowell en Pittsburg, Kansas. Bajo su maquillaje, Ann enrojeció y no se atrevió a levantar la vista por temor a que ellos hicieran lo mismo.

—Disculpe por haberla molestado —dijo Fredda Cunningham.

—Para nada —respondió Ann.

Ambos pasaron de largo y se dirigieron a la caja, donde pagaron su consumición.

—Era ella —oyó decir a Billy Bob Veblen a Fredda Cunningham y su voz llegó hasta la mesa donde Ann estaba sentada con un detective privado que había contratado para seguir a su marido.

Aunque permaneció impasible durante todo el encuentro, aquella anécdota no se le pasó al señor McCarthy, cuyo atuendo y barriga ocultaban su sensibilidad. ¿Cómo debe sentirse uno, se preguntó, despreciando a los viejos amigos? Anotó mentalmente el nombre de Urse Mertens y el que aparecía en la placa del congresista: William R. (Billy Bob) Veblen, Mathieson Aircraft, Pittsburg, Kansas.

—¿Esto es todo? —le preguntó Ann respecto a las fotografías. No sabía si se sentía contenta o decepcionada al ver que no eran incriminatorias.

—Está limpio como una patena —respondió el señor McCarthy respecto al marido que Ann Grenville creía que la engañaba.

Si Fredda Cunningham hubiera estado sola, Ann la habría seguido cruzando el vestíbulo del hotel Astor para arreglar las cosas. Ann poseía una vívida imaginación y se las habría arreglado para justificar, de forma razonable, su grosera actitud hacia aquella amiga de la infancia. Incluso hubiera disfrutado, pensó durante unos momentos, invitando a Fredda a su casa y viendo la reacción de la niña más rica de Pittsburg, Kansas, ante la magnificencia de su vida.

Pero Billy Bob Veblen. Aquello era otra cosa. ¿Qué podría decirle sin que dañara, de forma irreparable, las vidas de los dos y las existencias de otras personas? ¡Que reapareciera de esa manera, en una cafetería en la cual nunca había entrado antes ni volvería a entrar jamás! Se preguntó si su vida estaba cercándola. Simplemente, había dejado de pensar que Billy Bob Veblen había tenido un papel en ella.

—¿Qué es un safari, papá?

—Es una expedición de caza.

—¿Y qué se caza?

—En este caso, tigres de Bengala.

—¿Aquí, en Long Island?

—No, no, no, en la India. Ve, corre, Third. La niñera te está llamando.

—Buenas noches, mami.

—Buenas noches, Third.

—Dale un abrazo —le dijo Billy a Ann.

—Tengo ganas de que mi hijo crezca y me lleve a bailar —dijo Ann, abrazando a su hijo. Era lo que siempre le decía cuando necesitaban momentos de afecto y aquello implicaba que su maternidad florecería cuando su hijo fuese un joven adulto.

En el último minuto, Billy dijo que no iría al safari. *Tailspin* competía en Santa Anita y el viejo Sunny O'Brien, el entrenador, creía que debía de estar allí, le explicó a Ann. Ella no le creyó. Tampoco ella quería ir, pero sabía que, si no lo hacía, después de tantos y tan elaborados preparativos, nunca más la invitarían. Los Haverstrike ya habían partido y los maharajás de Patala y Alwar los esperaban en la India el día 11. Además, Ann odiaba California: había demasiada gente en el negocio del cine que se acordaba de sus días como corista. A aquellas alturas, disfrutaba de su triunfo. No le gustaba la gente que le recordaba su pasado.

En Londres, en ruta hacia Nueva Delhi, recogió en Churchill's una escopeta del calibre 12, con dos cañones. La había encargado Billy después del safari del año anterior y estaba hecha a su medida, para amortiguar el retroceso del arma en su hombro. Llevaba grabada la siguiente inscripción: «Para Ann, de Billy, con amor». Se sintió conmovida por aquella atención y le envió un telegrama dándole las gracias a Pasadena.

Vestida con un elegantísimo conjunto de caza, Ann consiguió alzarse como la figura dominante del safari. Los hombres la admiraban mucho pero no gustaba a las mujeres, incluyendo a la maharaní, a cuyos criados Ann no hacía nada más que dar órdenes.

—Abre la caja fuerte y tráeme las joyas —decía.

—No puedo abrir la caja fuerte a no ser que la maharaní esté presente, señora —le respondía el mayordomo.

—He dicho que abras la caja fuerte.

—No puedo, señora.

—Te ordeno que abras la caja fuerte.

La señora Haverstrike sospechaba que su esposo estaba teniendo un lío con la señora Grenville. Hasta el momento, a la señora de Oswald Haverstrike, de Hillsborough, California, no le habían molestado los devaneos ocasionales que pudiera tener Ozzie. Él conocía las reglas y las aplicaba bien. Esa parte de su vida se mantenía bien alejada de su vida en común. Sin embargo, el flirteo de Ozzie con Ann Grenville bajo sus mismísimas narices era más de lo que estaba dispuesta a soportar. Y esos escauceos finalizaron con un collar de rubíes y esmeraldas que Ozzie le

compró a Ann en Nueva Delhi.

Ozzie Haverstrike dijo que Ann se agitó y excitó mucho al saber que había un tigre en el vecindario, pero que abatió el tigre más grande del safari, un Bengala de tres metros. Fue la primera mujer en matar un tigre de ese tamaño en aquella región. Su reputación como excelente tiradora, acompañada de una fotografía de Ann con aquella presa, tan famosa después de la tragedia, precedieron su regreso a América.

No era el almorzar con Alí Khan lo que resultaba incriminatorio. Habían escogido un lugar público frecuentado por conocidos y podría razonarse que si tenían que ocultar algo habrían buscado un bistró fuera del circuito de moda. Era su actitud apasionada hacia el príncipe musulmán lo que, Ann supo luego, Felicity había visto. Sintió su propio sonrojo. Siempre una inteligente estratega, Ann era consciente de ser capaz de contraatacar a Felicity en una discusión con Billy, pero sabía que Felicity no había malinterpretado lo que había presenciado.

—Cuando me vio, se sonrojó —dijo Felicity—. Sí, se puso colorada. Se puso roja como un tomate. Parecía tremendamente vulgar, la verdad.

—Nunca te ha gustado... —dijo Billy.

—Tienes mucha razón, nunca, desde el primer día —respondió Felicity—. Pero tú me gustas, hermano.

Con tres años, *Tailspin* era la inminente sensación de la temporada. Sus ganancias, rozando el millón de dólares, suponían un récord para aquella época. Estaba logrando una victoria tras otra y se hablaba de él como aspirante a la Triple Corona. El público acogió el caballo con el mismo afecto con el que había acogido al campeón *Man o'War* y Billy Grenville, después de años de éxitos, estaba considerado, junto a Alfred Twombly y Piggy French, uno de los mejores criadores del mundo de las carreras de América.

Alice Grenville sentía que su hijo estaba cumpliendo las grandes expectativas que tenía su padre respecto a él. Billy disfrutaba de la aprobación de su madre y, también, de la aprobación de sus hermanas.

Ann sabía que había sido ella quien había despertado el interés de Billy por ese deporte de raigambre tan familiar y estaba orgullosa de su éxito pero, a la vez, temerosa de la nueva independencia de su marido. Ann acudía cada vez con más frecuencia a los hipódromos para asistir a las carreras importantes y las fotografías del matrimonio que aparecían en las páginas deportivas y en los noticiarios después de los grandes triunfos, abrazados y riendo, les hacían parecer una de las parejas más glamurosas y enamoradas del país.

Diantha y Third llegaron antes que Billy y Ann a la casa de campo para pasar el fin de semana de Halloween. El chófer, Lee, los recogió en sus colegios de Nueva York y los condujo, a ellos y a la nueva cocinera, Anna Gorman, a la casa en Oyster Bay. Billy y Ann llegaron más tarde, después de un cóctel al que ella había querido asistir y él no. Billy no se había divertido. Estaba más que harto de aquel grupo, la *International Set*, los europeos con títulos nobiliarios que Ann encontraba tan irresistibles. Prefería cada vez más la compañía de la gente con la que había crecido en Long Island. Sabiendo como sabía que no le gustaba tener invitados durante el fin de semana, se enfadó cuando escuchó cómo Ann invitaba a comer el domingo a Dougie DeLesseps.

—Yo no estaré allí —le dijo.

—Bien —respondió ella.

Condujeron en el coche de Billy, especialmente diseñado para él: un Studelac que combinaba el diseño elegante de la carrocería de un Studebaker con el potente motor de un Cadillac. Conducir era una de las cosas que más le gustaba hacer a Billy y parte de los fines de semana en el campo los pasaba dando paseos solitarios por las zonas más alejadas de Long Island, disfrutando de las miradas de los viandantes. Hacía apenas unos días había vuelto de Kansas, donde se había dado un enorme capricho con las ganancias millonarias de *Tailspin*: un resplandeciente avión plateado, de cuatro asientos, para darse a más entretenimientos en solitario. Si Ann se había dado cuenta de que Billy estaba pasando más y más tiempo alejado de ella con sus coches, su avión y, por supuesto, los caballos, que se habían convertido en una especie de obsesión, ella no se lo había mencionado.

Estaban discutiendo, solían discutir mientras iban en coche. Era discutir o aguantar el silencio. Billy estaba consternado por haberse enterado, en el cóctel, de que aquel día, en el nuevo número de *Town and Country*, aparecía una fotografía de Ann con Alí Khan y la señora Whitney, tomada durante las ventas de potros de Saratoga. Sin duda alguna, le dijo, esa imagen avivaría la ya de por sí comentadísima historia que corría por el mundillo de las carreras de que Ann estaba teniendo una aventura con aquel *playboy* musulmán. Apenas hacía unas semanas, Billy había enfurecido a Ann al ordenarle al guarda que vaciara y limpiara la piscina después de que Alí Khan nadara en ella.

Por delante de ellos, en el carril central de la autopista de Long Island, una pareja mayor en un coche viejo, indecisa sobre qué salida tomar, había detenido el vehículo en la autopista para consultar el mapa. Billy, que conducía demasiado rápido y estaba dirigiendo su atención hacia Ann en vez de hacia la carretera, no los vio.

—¡Billy! —gritó Ann.

Un segundo antes de estamparse contra la parte trasera del coche de la anciana pareja, Billy hizo un viraje, evitando por muy poco chocar contra un camión. El

Studelac chirrió hasta pararse a un lado de la autovía y ambos se miraron el uno al otro, los rostros lívidos, respirando fuerte, conscientes de que habían estado muy cerca de la muerte. Billy pensó en la adivina de Tacoma y se preguntó si se había equivocado de fecha por unos meses. ¿La gente que se encamina hacia una catástrofe se encuentra con señales a lo largo del camino?

Reposando su cabeza sobre el volante, Billy dijo:

—Vamos a Rothman's a tomarnos unas copas y a cenar.

—Pero le he dicho a la nueva cocinera que cenaríamos en casa —dijo Ann.

—Al diablo con la nueva cocinera. Por poco nos morimos.

El dueño de Rothman's conocía a los Grenville y, a pesar de ser viernes noche y tener a la gente haciendo cola, esperando a sus reservas, les encontró al instante una buena mesa en el bar. Le gustaba que esa alta sociedad de la orilla norte parara allí de camino a sus casas de campo e hizo sitio para ellos saltándose a sus clientes habituales. Ni los fríos y perfectos martinis que les sirvieron con muchísima rapidez ni su roce con el desastre facilitaron la conversación. A Ann le molestaba mucho que aunque solo fueran los criados y los camareros la observaran cenando en silencio. Había oído que la duquesa de Windsor, cuando no tenían nada que decirse en público, le recitaba el alfabeto al duque adoptando distintas posturas, pero no se atrevió a intentarlo con Billy y menos con el humor que tenía. En lugar de aquello, se dedicó a comentar cosas sobre los otros comensales.

—Dios mío, mira a esa mujer, con zapatos de tacón y calcetines —dijo.

—Hummm... —respondió Billy.

El pianista tocó *Full Moon on Empty Arms*. Esa había sido antaño la canción favorita de los dos. *Full Moon and Empty Legs*, le cantó Ann, pero él no se rio, como solía cuando le cantaba esa letra.

El camarero sirvió.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Boquerones?

—Boquerones.

Comieron en silencio.

—Oh, mira —dijo ella, creyendo que por fin captaría su atención—. Allí está Eve Soby. Borracha. Otra vez. Hola, Eve.

—Si todo el resto te falla, Ann, siempre podrás escribir una columna de sociedad. —Billy le dijo con crueldad—: Urse Mertens, Nueva York.

Ante aquella burla, un relámpago de ira atravesó el rostro de Ann. Odiaba aquel nombre y se arrepintió de haberle dicho una vez a Billy que ese había sido su nombre. Aun habiéndose quedado sin apetito alguno, los platos siguieron llegando. Un suflé de berenjena se desinfló y terminó enfriándose en su recipiente. El camembert se puso duro. El helado de limón se deshizo. Solamente dieron cuenta del vino, pero su excelencia pasó desapercibida. Ignoraron un error en la cuenta y se marcharon del restaurante en silencio.

Cuando la casa de los Grenville en Long Island había formado parte de la enorme finca de Helena Worth McGamble era conocida como la Casa de Muñecas y el nombre permaneció cuando Billy Grenville la compró para pasar los fines de semana con Ann y sus hijos.

Una condición curiosa de la venta fue que Billy Grenville respetaría la cláusula en cuya virtud él, como había hecho Helena McGamble, continuaría permitiendo a la Filarmónica de Nueva York utilizar la pista de tenis cubierta como estudio de grabación durante siete años. Billy, caballero honorable, había observado dicho compromiso pero Ann Grenville, después de haber presionado muchísimo a Billy para comprar la casa y así romper con los restrictivos fines de semana que pasaban en la casa de Alice Grenville, en Brookville, encontraba los sonidos y la presencia de los integrantes de la orquesta, en las pocas ocasiones que aparecían, molestos y cansinos. Discutía constantemente con Ralph Wiggins, el guarda contratado por la Filarmónica, que vivía en la habitación del vigilante, al otro lado de la pista de tenis, por no cumplir con las tareas que ella le ordenaba hacer para la familia Grenville y siempre instaba a Billy a que derogara aquella cláusula.

Los adoquines del patio de la Casa de Muñecas habían sido empaquetados y enviados desde el castillo de Fotheringay por el padre de Helena Worth McGamble, Frank Worth, cuando soñaba crear una dinastía a partir de su hija favorita. Lo que Ann reparó, cuando las luces del Studelac de Billy iluminaron los adoquines al enfilarse hacia la puerta principal, fue que los jardineros no habían cumplido debidamente con su trabajo: las hojas tardías de otoño volaban desordenadas por el patio y, si había una cosa que Ann Grenville no podía soportar, era que las cosas no tuvieran su mejor aspecto.

Le sorprendió mucho ver a Ralph Wiggins entrando en el patio, como si hubiera estado esperando oír el ruido del coche. Fue directamente al lado de Billy, le abrió la puerta y lo saludó. Ralph Wiggins nunca se acercaba hasta allí y Billy y Ann lo miraron como preguntándole si ocurría algo.

—Estoy seguro de que no hay nada por lo que preocuparse, señor Grenville —dijo—, pero alguien ha entrado en la cabaña que hay junto a la piscina y quería decírselo a ustedes antes de que los niños y la nueva cocinera se enteraran.

—Es muy amable por su parte, Ralph —dijo Billy, saliendo del coche.

Ninguno de los dos llevaba jamás equipaje para el fin de semana, ya que guardaban su ropa para estar en el campo en aquella casa. Aquel fin de semana, sin embargo, debido a la cena que Edith Bleeker daba para la duquesa la noche siguiente, Ann traía un recargado traje de noche y su joyero, por lo que Billy dio la vuelta para abrir el maletero y sacar sus cosas.

—Pero no hay nada que llevarse en la cabaña —dijo Ann.

—No creo que hayan cogido nada más que algo de comida de la nevera. Y la

ventana estaba rota —respondió Ralph.

—Tengo frío —dijo Ann.

—Entra, entonces —dijo Billy—. ¿Cómo se ha dado cuenta, Ralph?

—Esta tarde se presentó la policía de Oyster Bay, antes de que llegaran los niños. Yo era el único que estaba por aquí. Los Ebury, allí enfrente, en la calle de Berry Hill, han advertido la presencia de un intruso y también los Twombly, así que echamos un vistazo, pero eso fue todo lo que pudimos encontrar.

—Quizás debería pasarme por la policía mañana —dijo Billy, sin permitirse mostrar el terror que sentía por los intrusos. Desde aquel breve secuestro que había sufrido a los diez años, aquel miedo siempre le había acompañado.

—No creo que haya nada por lo que preocuparse, señor Grenville, pero quería que lo supiera.

—Gracias, Ralph.

—Si quiere, le guardo el coche en el garaje y le dejo las llaves a la nueva cocinera, en la cocina.

—Gracias.

A la mañana siguiente, Ann Grenville, que normalmente no se despertaba antes de mediodía, en un sueño ligero inducido por los somníferos, se levantó temprano y apareció en el comedor, ante el estupor de su marido y de sus hijos. Su belleza, aún considerable, no parecía haber despertado a aquellas horas. Sus ojos aún estaban hinchados tanto por aquel madrugón como a falta de esos sabios toques de maquillaje que siempre se daba en su tocador.

—Quite, por favor, la botella de leche de la mesa —le ordenó a la nueva cocinera. Una botella de leche, de ketchup o de mostaza en la mesa del comedor reactivaban el recuerdo borrado de su vida pasada y la irritaban.

Billy reanudó la lectura de los diarios mientras a ella le servían café. Sin crónicas de sociedad, la prensa de los sábados la aburría.

—Mañana papá me va a llevar a volar en su nuevo avión —dijo Third.

—Qué bien —respondió Ann, bebiéndose el café—. No le des tostada al perro, Diantha.

—¿Por qué te has despertado tan pronto, mami? —le preguntó Diantha.

—Tengo que ir a la peluquería del pueblo, para la fiesta de esta noche.

—¿Damos una fiesta?

—La señora Bleeker da una fiesta. —Detestaba hablar por las mañanas.

—¿Es una fiesta de disfraces?

—¿Por qué iba a dar una fiesta de disfraces la señora Bleeker?

—Es Halloween.

—¡Oh! —Había olvidado que era Halloween. Las calabazas y los caramelos y el truco o trato se le habían ido de la cabeza. Maldita niñera, por qué tenía que haberse

despedido.

Cuando abrió la boca, las palabras de Billy desentonaron muchísimo en aquellas circunstancias, pero tanto las palabras de él como las de ella, cuando se hablaban, desentonaban muchísimo desde hacía también muchísimo tiempo.

—Me imagino que en la farmacia que tienes al lado de la cama no habrá algo tan simple como una aspirina, ¿verdad?

—Te dije que no bebieras esos dos *brandies*.

—¿Hay?

—¿Hay qué?

—Una aspirina.

—Claro que hay una aspirina.

—¿Dónde?

—Búscala. No supondrás que voy a ir a buscártela, ¿verdad?

—No, jamás se me habría pasado por la cabeza.

Cuando sonó el teléfono, Billy pensó que sería el mecánico del hangar para decirle que su avión estaba preparado para volar. Los niños pensaron que sería el profesor de equitación para hablarles de los ensayos con que debían prepararse para la exhibición hípica. Ann pensó que sería el peluquero del pueblo, llamándola para confirmar su cita.

—¿Hola? —respondió, como si supiera quién iba a ser—. ¡Oh! —dijo, sorprendida—, *mère*. —Si bien nunca había habido ni un ápice de afecto entre las dos señoras Grenville y se limitaban a observar cuidadosamente las normas de cortesía, después de casarse, Ann había adquirido la costumbre de llamar a su suegra del mismo modo que lo hacían Billy y sus hermanas. Le pasó el teléfono a su marido y continuó con sus cosas.

—¿Qué quería tu madre? —le preguntó a Billy más tarde.

—No va a ir a la fiesta de Edith. No viene al campo este fin de semana. Ha decidido quedarse en Nueva York.

Ann estaba encantada, pero se abstuvo de decirlo. Siempre se sentía inhibida en las fiestas en las que estaba su suegra.

Después, buscando señales previas de todo lo que pasó, la gente se preguntaría si el trágico evento que siguió a aquella noche habría tenido lugar si Alice Grenville sí hubiese asistido a la fiesta de Edith Bleeker. Sin duda alguna, con su suegra presente, Ann no habría protagonizado la escena que protagonizó. Y la escena que protagonizó, todo el mundo que estuvo allí coincidía en ello, dijera lo que dijera la policía después, fue lo que había provocado todo.

Su jardín estaba apagándose de cara al invierno. Había crisantemos tempranos, dalias tardías y algunas rosas supervivientes. Ann se inclinó para cortar un par de dalias muertas y las dejó al lado del parterre para que el jardinero las recogiera al verlas.

«No las soporto cuando se ponen así de marrones», dijo. Ann se sentía orgullosa de su jardín y no había nada que le gustara hacer más durante el fin de semana que caminar con sus invitados por él, señalar esa flor de ese parterre y hablar sobre hojas caducas y perennes de la manera en la que había observado que lo hacían las damas inglesas.

—Te estoy hablando —le dijo Billy, midiendo sus palabras en una furia controlada.

—Te escucho. Te escucho —respondió—. Sigue.

La situación no justificaba que Billy se marchara furioso y agitado, pero Ann sabía qué era lo que estaba pensando.

—Se trata del coche —le ayudó—. El Studelac, ¿verdad? Me decías que el intruso ha entrado en el Studelac. Jamás habría visto uno. Eso es todo. ¿Qué se ha llevado?

—Nada, la verdad —dijo Billy, finalmente—. Después de todo, ¿qué se puede llevar uno de un coche? Mapas. Guantes. Gafas de sol. Quiero decir que esa no es la cuestión. La cuestión es que ha habido alguien merodeando por aquí, varias veces, en nuestro garaje y en la cabaña que hay junto a la piscina.

—Niños, probablemente. Los *caddies* de ese club de golf judío habrán cruzado la arboleda.

—Me gustaría que me tomaras en serio.

—Fíjate en esta rosa maravillosa, todavía florecida a finales de octubre. Voy a cortar unas flores para la mesa.

—Me voy a ver el nuevo avión.

—No, ahora no, Billy. Le he dicho a la nueva cocinera que comeríamos a la una, con los niños, y hay chuletas de cordero, así que no te vayas ahora.

Ann lo miró mientras él caminaba hacia la casa. No creía que fuera el intruso, real o imaginario, lo que le preocupaba a Billy. ¿Qué era, después de todo, un intruso para ellos? Una llamada a la comisaría de Oyster Bay para denunciarlo o, como máximo, contratar a un guardia para patrullar la zona, como habían hecho los Twombly, problema resuelto. En cambio, de las gentes que no vivían detrás de aquellas verjas y aquellos altos muros solo podía esperar que les quisieran dar caza. Ese era el orden natural de las cosas. ¿No guardaba Alice Grenville una cantidad inaudita de dinero en la caja fuerte que había detrás del Constable de su habitación desde el intento de secuestro de Billy, hacía más de veinte años, para estar preparada en caso de emergencia? Sabía que el problema de Billy no eran los intrusos. Aquella actitud suya se debía a su matrimonio. Cobarde toda su vida, a excepción de aquel único acto de coraje que había demostrado en la guerra, Billy era incapaz de reunir fuerzas para pedirle el divorcio que quería y, frustrado por ello, aprovechaba el asunto del intruso para lamentarse de algo.

Con sus afiladas tijeras de jardinería, Ann cortó una rosa de octubre, después otra, abierta en toda su exuberancia, y se fue en búsqueda de más. Sabía que era capaz de

engatusar a Billy bajo aquella tormenta matrimonial. Asentada, satisfecha incluso de su propio éxito, ella era, hasta la médula, la señora de William Grenville, Junior, y nada iba a perturbar aquella certeza, ni siquiera si para ello debía abandonar a su amante. Echaría de menos a Alí Khan pero podía vivir sin él.

—¡Mami!

—¡Mami!

Desde el interior de la casa Diantha y Third la llamaban para el almuerzo, emocionados de compartir una comida con sus padres.

—¿Cómo se llama la nueva cocinera? —Billy estaba apoyado en la puerta de la habitación de Ann, aún con su bata granate de pequeños lunares.

—Anna, creo. O Annie. —Ella estaba sentada frente a su tocador, maquillándose.

—¿Cuál de los dos?

—¿Y qué importancia tiene?

—Tiene mucha importancia. Esa es una de las razones por las cuales tenemos una nueva cocinera cada dos meses. —Había un tono de irritación en su voz—. En casa de mi madre...

—Oh, por el amor de Dios, no me cuentes esa vieja historia de tu madre y su cocinera de hace treinta y dos años, su mayordomo de hace veintiocho y su criada de hace diecisiete.

—Mi madre sabe cómo tratarlos y por eso permanecen a su lado.

—¿Quieres volver a vivir en casa de tu madre?

—Eres una patada en el culo, Ann.

—Y tú eres siempre muy desagradable después de correrte. ¿Te lo dice alguna vez esa espagueti de princesa tuya?

Se inclinó sobre el espejo y pasó su dedo de un lado a otro por los labios, para unificar el pintalabios. Sus ojos se encontraron en el espejo. Lo vio girarse enfadado y salir de la habitación y lamentó haber mencionado a Simonetta d'Este.

—¡Billy! —lo llamó de nuevo.

Él no contestó.

—Es Anna —volvió a decir.

—¿Qué es Anna? —Volvió a aparecer en la visión de su espejo.

—El nombre de la cocinera. Es Anna. Anna Gorman. Cincuenta y seis años. Viene de la agencia de empleadas domésticas Creedon. Buenas referencias. Su última empleadora fue la señora Slater del 563 de Park Avenue, no los Slater que conocemos. ¿A qué viene ese gran interés en el nombre de la cocinera?

—Quiero explicarle cómo cerrar las puertas después de que nos marchemos.

—Mejor que vayas vistiéndote. No podemos llegar tarde esta noche. Edith quiere a todo el mundo allí a las ocho en punto, antes de que baje la duquesa.

—Yo todavía quiero explicarle a la cocinera cómo debe cerrar la puerta principal.

Es bastante complicado.

—¿Cómo estoy? —Se levantó y se giró hacia él.

—Tu amiga Elsa Maxwell escribirá que «la señora de William Grenville, Junior, vestía un traje de raso azul claro de Mainbocher».

—Balenciaga. Estoy diversificando. Y Elsa Maxwell no está invitada.

—¿No llevas pedruscos esta noche?

—Si hay un intruso merodeando por aquí, como insistes, no me voy a poner las joyas hasta que esté en el coche.

—¡Anna! —gritó—. ¡Anna!

—¿Qué sucede? —le preguntó Billy, llegando desde su habitación, ajustándose el esmoquin.

—¿Dónde diablos está?

—Está en la cocina, cenando. ¿Qué problema hay?

—Hay unas cosas que quiero que haga cuando nos vayamos.

—No hay ninguna razón para gritar de esa manera, creía que pasaba algo malo.

—Oh, vete a anudarte la pajarita —le dijo Ann.

—¿Me necesitaba, señora Grenville? —le preguntó Anna Gorman, abriendo la puerta del pequeño distribuidor que separaba sus dos habitaciones.

—El señor Grenville me ha dicho que he interrumpido su cena, lo siento —dijo Ann, con exagerada amabilidad.

—No se preocupe, señora —dijo Anna. Anna Gorman ya sabía cómo se las gastaba la señora de William Grenville, Junior, gracias a los comentarios que corrían por la agencia de empleo.

—Nos marchamos en unos minutos, Anna, y hay una serie de cosas que quiero repasar con usted. Verá, no podemos llegar tarde porque vamos a una cena en honor de la duquesa de Windsor y todos los invitados deben llegar antes de que baje la duquesa.

Por detrás de la espalda de la cocinera, Billy Grenville movió la cabeza lentamente, de un lado a otro, como signo de desaprobación ante los alardes de su mujer frente a un miembro del servicio, algo que él jamás habría hecho, y volvió a su habitación para acabar de vestirse. Su gesto no le pasó desapercibido a Ann y se sumó a su enojo al ver que la cocinera no parecía impresionada ante aquella revelación.

—El chófer traerá a los niños de la fiesta de Halloween de su profesor de hípica a las ocho y media.

—Me lo ha dicho el señor Grenville.

—Dígales a los niños que vayan directamente a la cama, nada de televisión. El señor Grenville se llevará a Third a volar en su nuevo avión mañana y no irá si se queda despierto hasta tarde. Además, me gustaría que llamara a este número en

Nueva York y dijera que Third se encuentra en el campo, con sus padres, para el fin de semana, y que no puede ir a la fiesta de Bobby Strauss mañana. Si la niñera no se hubiera marchado, ella se habría ocupado de todas estas cosas.

—Sí, señora Grenville.

—He comprado muchos cosméticos en el pueblo esta tarde. ¿Usted podría desempaquetarlos por mí y tirar todos los papeles y las cintas de envolver?

—Sí, señora Grenville.

—Cuando recoja mi ropa y arregle el baño, ¿usted podría hacerme un favor enorme, Anna?

—¿De qué se trata, señora Grenville?

—La lavandera, ¿cómo se llama?

—Lil.

—Lil, sí. Me ha doblado las sábanas cuando las ha planchado y no puedo soportar las sábanas con dobleces. Se supone que tienen que llevarlas sobre el brazo hasta la cama donde las ha de cambiar. ¿Cree que podría plancharlas otra vez, solo esta vez, y ya hablaré con Lil cuando la vea el lunes?

—Yo soy solo la cocinera, señora Grenville.

—Sí, claro, pero he pensado que si tenía unos minutos entre que nos vayamos y antes de que lleguen los niños, podría... planchar los pliegues y, también, ocuparse de las luces: deje todas las luces encendidas de la casa, no se preocupe por la factura, la gente que alquila la pista de tenis cubierta paga todas las facturas de electricidad y, si hay un intruso en la zona, como teme el señor Grenville, no se acercará a una casa tan iluminada.

—La iluminaré como si fuera una iglesia —dijo Anna.

—¿Qué?

—Solo es una expresión, señora.

—Bueno, el teléfono de donde vamos a cenar, en casa de la señora Bleeker es...

—El señor Grenville me ha dado el número, señora, para avisarle si recibe una llamada.

Ann registró esta información pero no dijo nada. En lugar de ello, cogió su cepillo y se cepilló con fuerza su cabello ya cepillado. Se preguntó de quién esperaba Billy una llamada.

—¿Hay un vigilante en la casa, señora Grenville?

—No, no hay vigilante pero la policía de Oyster Bay patrulla por la zona cada hora o algo así y hay un guarda contratado por quienes tienen alquilada la pista de tenis cubierta llamado Ralph o algo así. Vamos a llegar tarde. Billy, ¿estás preparado? ¿Me daría la bolsa con mis joyas, Anna?

—Aquí, señora —dijo Anna, extendiéndole la bolsa.

—Y no se olvidará de mis sábanas, ¿verdad? —le dijo, dando por finalizada la conversación y saliendo arrogante de la habitación.

Anna Gorman la miró, moviendo la cabeza lentamente de la misma manera que lo

había hecho Billy Grenville. Se giró hacia la cama deshecha, con su cabezal tapizado y sus sábanas arrugadas y, resignada, las retiró de la cama. El lunes, decidió, llamaría a la agencia de empleadas domésticas Creedon, en Manhattan.

El coche estaba aparcado en el patio de adoquines y Billy Grenville estaba sentado tras el volante, fumando un cigarrillo. Junto a él, en el asiento, había un revólver.

—¿Para qué, en nombre de Dios, llevas una pistola? —le preguntó Ann mientras abría la puerta del vehículo y entraba.

—Han entrado en el garaje. Han entrado en la cabaña. No voy a correr riesgos, Ann —dijo Billy.

—Pero no se han llevado nada más que algo de comida de la cabaña —dijo Ann—. Deben de ser niños.

—Creo que es alguien que vive en el bosque, allí —dijo Billy, señalando en la dirección tras el jardín y la piscina—. Voy a tenderle una trampa.

—Oh, Billy, por el amor de Dios, si estás tan preocupado, deberías haber contratado a un vigilante —dijo Ann. No insistió ni le sugirió que, si estaba tan preocupado por el intruso, deberían quedarse en casa con los niños en vez de ir a una fiesta y dejarlos solos con la nueva cocinera. Tenía muchas ganas de ir a aquella fiesta para mostrarles a todas las familias de la orilla norte que, pese a los rumores que decían lo contrario, el matrimonio Grenville era bien sólido—. ¿Para qué paras?

—Voy a encender todas las luces del camino que llega a la carretera.

Las luces brillaron sobre las matas de rododendros que se alineaban en el camino. Ann se estremeció, preguntándose si alguien estaba detrás, mirando cómo se marchaban. De su bolsito dorado sacó un cigarrillo y unas cerillas. Ignorando el encendedor que le tendía Billy, encendió su cigarrillo con un fósforo. La caja, vio gracias al destello de la llama, era de un restaurante francés poco conocido donde había comido el día anterior con Alí Khan. Billy, entretanto, se guardó su Zippo de oro.

—Son unas luces muy brillantes.

—Ese es el objetivo.

—Anna dirá que está iluminado como una iglesia.

—¿Qué?

—Es solo una expresión, señora.

—No sé de qué diablos estás hablando.

—Es más rápido ir por la 25A que por la carretera de Berry Hill —dijo Ann mientras el coche abandonaba ya el camino.

—No me tienes que decir cómo ir a casa de Edith Bleeker. He estado yendo allí desde que tenía diez años.

—Bien —dijo Ann, girando el espejo retrovisor para mirarse mientras se ponía los pendientes—. No vuelvas a contarme la historia de la fiesta de los diez años de

Bratsie.

—Me gustaría que no movieras el retrovisor cuando estoy conduciendo —dijo Billy—. Es muy peligroso.

—Si hubieras puesto un espejo en la parte de atrás del parasol, como te pedí, no necesitaría utilizar tu maldito espejo retrovisor.

—Pobre Bratsie —dijo Billy, en voz baja, como siempre hacía cuando el nombre de Jellico Bleeker aparecía en la conversación.

—Collar, pendientes, anillo, pulsera, broche —dijo Ann, comprobando sus joyas en el retrovisor—. Odio este maldito cierre que Jules Glaenzer me convenció poner. Me pellizca el lóbulo.

—¿Te dije que la semana pasada conduje hasta tu vieja casa en Pittsburg, Kansas, cuando fui a recoger el nuevo avión? —le preguntó Billy—. Calle Quincy Oeste, creo que era.

El rostro de Ann enrojeció en la oscuridad del coche. Incluso antes de conocer a la familia del hombre con el que se había casado, se había desvinculado de su pasado. Detestaba proceder de un lugar por el que una debía de disculparse.

—¿Y qué se supone que quiere decir eso?

—Nada, la verdad —dijo Billy—. Me pareció una transición natural al comentario sobre tus zafiros pellizcándote el lóbulo de la oreja.

—Eres un mierda, Billy —le dijo, encendiendo otro Camel.

—Quiero el divorcio, Ann. —Aquellas palabras ya no representaban amenaza alguna. Tantas veces dichas y nunca ejecutadas, formaban parte de sus discusiones.

Llegaron a las puertas de la propiedad de Edith Bleeker en Viking's Cove.

—Mira —le dijo Ann con tranquilidad—, no quiero ser la primera. Conduzcamos unos minutos hasta llegar a casa de Edith.

Billy, obediente, echó marcha atrás el Studelac y enfiló en dirección al valle de Locust.

—¿Has oído lo que te he dicho? —insistió él.

—¿Detecto la presencia de la princesa Simonetta d'Este en esta crisis doméstica? —le preguntó Ann.

—Deja a Simonetta fuera de esto —dijo él.

Ann no quería que se enterara de que lo había hecho seguir por un detective privado y deseó no haber sacado a Simonetta d'Este en la conversación.

—Quiero el divorcio, Ann —repitió. La calma de su petición empezó a enervarla.

—De su propia especie. Eso es lo que dirán sobre Simonetta d'Este. Mucho más adecuada que la corista. Lo que siempre quiso su madre para él.

—Estoy esperando una respuesta —dijo Billy.

—Sabes mi precio y mis condiciones —dijo Ann, nerviosa, sacando una polvera de oro y diamantes de su bolsito de mano de oro y diamantes. La abrió, se miró en el espejo y empezó a empolvase el rostro.

—No la había visto antes —dijo Billy.

—¿No habías visto qué?

—Esa polvera.

—Claro que sí.

—¿Quién te la ha comprado, Ann? ¿Mi antiguo compañero de cuarto, Neddie Pavenstedt? ¿O esa bola de grasa de Alí Khan?

Bajó la ventanilla del coche.

—¿Para qué haces eso? —le preguntó—. Tengo frío y voy a despeinarme.

—Para hacer esto —respondió él. Cogió la polvera de sus manos y la tiró por la ventana al tiempo que aceleraba. De nuevo, el rostro de Ann enrojeció, esta vez de rabia.

—La duquesa te comentará que esta noche tienes un color precioso, Ann —se mofó Billy.

—Esto no quedará así —dijo Ann, aplastando su cigarrillo en el cenicero, donde, al no estar apagado, continuó soltando humo. Encendió otro.

—Y hazme un favor, Billy, no le hagas una reverencia a la duquesa. Es tan vulgar.

Giraron hacia las enormes puertas de hierro forjado, sostenidas por sendas columnas de ladrillo rojo coronadas por un grifo sobre una bola de piedra. Condujeron en silencio, enfilando el camino de entrada, con suelo de grava blanca, hasta llegar al pórtico que se extendía desde la entrada de la enorme casa de ladrillo rojo hasta el camino para los coches. El interior del Studelac estaba inundado con el humo del Camel de Ann. El servicio, vestido para la ocasión con chaquetilla y corbata, esperaba en fila para aparcar los coches a medida que llegaban. Ann inhaló profundamente por última vez, como si quisiera más del cigarrillo de lo que este podía darle.

Billy, repentinamente de mejor humor, saltó del coche cuando le abrieron la puerta. Siempre le había gustado ir a casa de Edith Bleeker y siempre le invadían los recuerdos de la infancia cuando alcanzaba el timbre que colgaba de un cordel sobre el techo del pórtico. «Cuando éramos niños, Bratsie y yo solíamos sujetar con alfileres este timbre el día de Halloween y el timbre sonaba interminablemente y a Edith le daba un ataque, pero Brats y yo nos echábamos a correr como endemoniados y...».

Pero a Ann nunca le interesaban los interminables recuerdos acerca del fallecido Bratsie Bleeker y no estaba escuchando. Estaba, en cambio, de duelo por su polvera de oro y diamantes que le había regalado justo el día anterior Alí Khan.

—Buenas noches, señora Grenville —dijo Dudley, el viejo y distinguido mayordomo haciéndoles una pequeña reverencia con la cabeza en la entrada.

Era un signo de distinción en la orilla norte ser saludado personalmente por el célebre mayordomo de Edith Bleeker. Él era un colaborador indispensable para el éxito de las tantísimas fiestas que celebraba la señora Bleeker. Tan valorado que el difunto George Bleeker le proveyó de una paga extra por cada cinco años que

permaneciera al servicio de su viuda. Conocía a todo el mundo en la orilla norte, pero no apreciaba a nadie tanto como a Billy Grenville.

—Buenas noches —respondió Ann, sin mirarlo, mientras entraba en la fiesta. Caminó directa hacia un espejo Chippendale dorado situado sobre una consola y observó con desaprobación su cabello encrespado por el viento.

—Buenas noches, Junior —dijo el mayordomo.

—Sabes, Dudley, eres la única persona que puede llamarme Junior sin problemas —le dijo Billy, afectuosamente.

—Conozco a su marido desde que tenía diez años, señora Grenville, cuando venía a las fiestas de cumpleaños del pobre Jelly —dijo Dudley.

—¿No me diga que somos los primeros en llegar? —preguntó Ann, como réplica a aquel comentario.

—El señor Freeman ya está en el salón —dijo Dudley.

—¿Se refiere al pianista? —preguntó Ann.

—Sí —dijo Dudley—. La señora Bleeker ha hecho que se aprendiera todas las nuevas canciones de *The Boy Friend*.

—Llegamos los primeros —dijo Ann, mirando a Billy.

—Querías ser puntual —replicó Billy.

—Tontamente, he venido sin mi polvera, Dudley —dijo Ann—. ¿Cree que puedo ir arriba?

—Naturalmente —dijo Dudley.

—Tú entra, Billy, ahora voy —dijo Ann, ascendiendo por la amplia escalera.

—Una cosa, Dudley —dijo Billy, adoptando un tono de confianza cuando Ann desapareció de la vista.

—Dime, Junior —respondió el mayordomo, acercándose.

—Quizás reciba una llamada más tarde.

Sonó el timbre. Llegaban otros invitados.

—Lo encontraré, señor —dijo Dudley.

—Se trata de una conferencia —dijo Billy.

Tras las ventanas del salón se veían los jardines inundados de luz y, más allá, enormes cargueros navegaban silenciosamente por el estrecho de Long Island. Solo el pianista, contratado para la velada, encontraba aquella impresionante vista más absorbente que los invitados.

—Veo que todo el mundo ha abierto su caja fuerte —observó Ann, evaluando las joyas de la estancia, consciente de las comparaciones de las que todas serían objeto. Su apariencia, sabía, era absolutamente chic, como la describía Fyodor Cassati en su columna. Oyó el sonido del raso de su vestido, percibió el aroma de su perfume y sintió el brillo de sus diamantes. Admiró sus hermosos pechos por el escote palabra de honor que lucía y el placer la inundó. Respiró profundamente. Estaba preparada

para hacer su entrada.

—¿Quién es esa criatura maravillosa? —preguntó lord Cowdry, señalando con su vaso de *whisky* hacia las puertas de entrada del salón, donde Edith Bleeker permanecía de pie, recibiendo a sus invitados.

—¿Quién? —preguntó Tucky Bainbridge, dirigiendo su mirada hacia aquella reunión de los pavos reales más orgullosos de la orilla norte de Long Island (los Phippse, los Hitchcock, los Schiff, los Guest), desparramándose los unos sobre los otros. La nobleza de Norteamérica, eso se creían ellos, respetando la petición de su anfitriona de llegar antes que la duquesa de Windsor.

—Llamativamente maquillada. Joyas resplandecientes. Andar altivo —dijo lord Cowdry—. Deslumbrante.

—Oh, ella —dijo Tucky, cargando aquellas dos palabras con un desprecio devastador—. Ann Grenville.

—Esa es la manera en la que una mujer debería entrar en una estancia —continuó, sin quitar los ojos de ella.

—Su formación en el Copa, sin duda —dijo Tucky malhumorada y ya sin interés alguno en continuar señalando a aquel invitado inglés quién era quién en aquella fiesta.

—¿Su qué?

—Solía bailar en el Copacabana. Aquí los llamamos el príncipe y la corista. Hola, Brenda —saludó a Brenda Frazier.

—Espero que Edith me haya sentado junto a ella.

—¿Junto a Brenda?

—Junto a la señora Grenville.

—Si no, no sufra, lord Cowdry. Cuando oiga su título, ella vendrá a buscarlo.

—Así que no es santo de su devoción.

—La vida y la muerte de cada fiesta. Jamás comprenderé por qué Billy Grenville se echó a perder con ella —dijo Tucky.

—¿Billy Grenville, el propietario de *Tailspin*?

—El mismo.

—El mejor caballo de América. ¿Es Billy Grenville aquel junto a ella?

—Sí. Él tiene la clase y ella, el descaro.

—Parecen hechos el uno para el otro.

—Es solo teatro, lord Cowdry. Solo teatro.

Siempre leía en las crónicas de sociedad sobre las brillantes conversaciones que tenían lugar en las fiestas de Edith Bleeker, pero lo que escuchaba no era más que un charloteo inconsistente: dónde habían estado, dónde iban a ir, cosas así. «Estuviste en casa de Cornelia». «Espantoso». «¿Quién estaba?». «Taytsie y Winkie y los Delisser y la anciana señora Altemus, toda empolvada de blanco y con las mejillas rojo

brillante».

Pero sí puedo hablar de aquella noche: a Ann Grenville le sorprendió verme en aquella casa imponente en aquella augusta reunión. Desde el otro lado de aquella estancia pude ver los engranajes funcionando en su mente de trepa. ¿Qué narices está haciendo Basil Plant en casa de Edith Bleeker?, estaba pensando. Las fiestas de Edith Bleeker, como las de Alice Grenville, estaban cerradas a recién llegados y extraños. Ni siquiera el reciente éxito de mis delgados volúmenes, especialmente, *Velas a la hora del almuerzo*, trece semanas en la lista de los más vendidos del *New York Times* y pronto una película, bastaban para abrirme socialmente las puertas de Viking's Cove, pero mi éxito me había convertido en el protegido de ciertas damas de la orilla norte con inclinaciones literarias, especialmente, de Jeanne Twombly y Petal Wilson, y estaba pasando el fin de semana con los Twombly cuando Alfred cogió una gripe imprevista y Jeanne me forzó a que fuera su acompañante. Así fue como llegué allí y fui testigo de la actuación de Ann Grenville.

Una vez, a instancias de Bertie Lightfoot, decidida a darme un empujón como escritor, Ann había subido todas las escaleras que, se quejaba ella, olían a pipí de gato, hasta alcanzar el piso de alquiler en la calle Setenta y dos en el que vivía y trabajaba. Una vez allí, su decoración la sorprendió; no se esperaba ver una consola pintada en *gesso* en una quinta planta sin ascensor. Se trataba, le dije, de un regalo de Kay Kay Somerset, quien estaba redecorando su casa y deshaciéndose de trastos. En aquella ocasión, bebimos vino tinto y cotilleamos sobre Salvador Dalí y su retrato y sobre Bertie y la alta sociedad y nos reímos un montón. Ella pudo ver en mí una ingeniosa adquisición para amenizar sus fiestas y cenas, pero algo la hizo ser prudente. Creo que tenía la sensación de que yo veía a través de ella del modo en el que la vio Dalí: más allá de su pasado como camarera de refrescos hasta alcanzar la esencia de su ser. Nunca me invitó.

—Ah, la hermosa señora Grenville —le dije, cuando nuestros ojos se encontraron y crucé la sala para ir a saludarla, derramando un poco de *whisky* de mi vaso sobre la alfombra de Aubusson de Edith Bleeker.

—Holaquétal —respondió, en una palabra, con esa voz afectadísima suya, del mismo modo que había escuchado hacer a las hermanas de Billy cuando les hablaba gente con quienes no querían hablar.

Se apartó de mí para ir a saludar a Neddie Pavenstedt y me dejó tirado y en ridículo. Me quedé mirándola, mis ojos taladrando su espléndida espalda, e hice una nota mental para mi diario.

*

Estaba solo la duquesa, el duque no. Explicó que su esposo tenía asuntos en París que le habían impedido hacer el viaje a tiempo. Su ausencia no restó nada de esplendor a la ocasión. Todavía no estaba de moda criticar a la duquesa de Windsor. Eso vendría

después, una vez muerto el duque y puesta al descubierto la suma total de su vida malgastada. En este entonces, a los duques aún se los consideraba exquisitos y, en los escalones más altos de la alta sociedad neoyorquina, quienes disfrutaban bajo su luz adquirirían también esa pátina suya de exquisitez.

—Wallis —dijo Edith Bleeker, conduciendo a su huésped de honor por su salón—, sé que conoces a esta atractiva pareja. Ann y Billy Grenville. Billy Grenville era el mejor amigo de mi hijo, Jellico. —Con su muerte, Bratsie había adquirido una nobleza que no había poseído en vida y las poco honrosas circunstancias de su asesinato sin esclarecer habían sido olvidadas.

—Hola Billy —dijo la duquesa, extendiendo su mano—. ¿Cómo está tu encantadora madre?

—Está bien, Alteza —dijo Billy, inclinando su cabeza.

—Transmítele todo mi afecto. —Se movía y hablaba como si fuera una presencia regia, que es en lo que ella creía que la había convertido su matrimonio.

Ann la miraba, resplandeciendo en el reflejo de su gloria. La duquesa de Windsor iba de verde. Ann sabía que su vestido era de Dior y que las esmeraldas de su cuello, orejas y hombro eran las esmeraldas de la reina Alejandra, legadas al duque para su futura reina cuando era príncipe de Gales. También sabía que las habían hecho reengastar secretamente en París, en Cartier, para que la familia real inglesa no pudiera reclamarlas como parte de las joyas de la corona. El hombre en Cartier que había hecho el cierre del pendiente que le pellizcaba el lóbulo se lo había contado. Ann siempre sabía esas cosas.

—Buenas noches, Ann —dijo la duquesa—. Qué maravilloso color que tienes esta noche.

Ann Grenville nunca había estado tan guapa como ese día. Le emocionó que la duquesa de Windsor la llamara por su nombre de pila y la mezcla de excitación y éxito del momento aumentó su ya deslumbrante apariencia. Hizo una reverencia, un poco menos profunda de la que le habría gustado hacer, y la duquesa le sonrió complacida por ese gesto de reconocimiento de su nobleza.

—Es fantástico verla de nuevo, señora —dijo Ann. Se preguntó qué habría dicho su madre al ver la familiaridad con que trataba a aquel personaje romántico que tantísimo admiraba.

Deseaba prolongar la conversación. Sabía que la duquesa la encontraba más divertida que las damas de Long Island y disfrutaba de esa sensación de triunfo. Aunque no era algo que comentara, ni siquiera con Billy, sabía que las damas de la orilla norte, como Tucky Bainbridge, por ejemplo, no estaban interesadas en ella y la toleraban solamente por estar casada con William Grenville, Junior, cuya posición en la alta sociedad neoyorquina era tan inviolable como la de cualquiera de ellas. Con los hombres era otra cosa. Solo pudo confesarle a Babette Van Degan, a quien nadie la invitaba ya a nada, que veía un paralelismo entre su matrimonio con Billy y el de Wallis Simpson con el príncipe de Gales.

—Sentí tanto que se perdiera la carrera en Belmont —dijo Ann, colocando su mano en el brazo de Billy, con orgullo de esposa—. Fue emocionante.

—Leímos todo sobre *Tailspin* en París —dijo la duquesa—. Es tan apasionante, Billy.

Billy Grenville siempre se quedaba atónito ante la interpretación de dicha matrimonial que su mujer era capaz de encarnar en presencia de otros, una interpretación que terminaba una y otra vez confundiendo a quienes estaban seguros de que la tormentosa unión había llegado a su final. Como siempre, él entró a formar parte de aquella representación y la conversación entre la duquesa y los atractivos Grenville se animó tanto que, después de aquellas risas y carcajadas, la duquesa le comentó a Edith Bleeker que estaban hechos el uno para el otro.

—No tiene gracia, querida. La pobre Ann está terriblemente preocupada por lo del intruso. Entró en el coche de Billy ayer por la noche.

—No está tan preocupada como para perderse la fiesta. Al fin y al cabo, ¿quién está en casa con los niños si está tan condenadamente preocupada? Una cocinera recién llegada.

—Nunca le darán el premio a madre del año.

—De todos modos, tampoco me creo la historia del intruso. Me apuesto algo a que es Ann. Siempre tiene que crear un drama y situarse en el centro del mismo.

—Pero claro que hay intrusos, querida. Es la orilla norte. Gente como nosotros somos un blanco apetitoso.

—Ese intruso solo busca comida. Debe de ser un vagabundo.

—He tenido la más maravillosa de las ideas —dijo Kay Kay Somerset.

—¿Cuál?

—¿Por qué no le tendemos una trampa?

—¿Qué tipo de trampa?

—Si lo que busca es comida, le haces un sándwich y lo dejas en el refrigerador de la cabaña de la piscina, con unas píldoras para dormir espolvoreadas en la salsa mayonesa o cualquier otra y se quedará dormido, querida, allí mismo, en la *chaise* de tu piscina, y la policía puede cogerlo, roncando, y llevárselo al talego *toute suite*. ¿Qué te parece la idea que acabo de tener esta noche?

—¿Habéis oído qué se le ha ocurrido a Kay Kay para atrapar al intruso de los Grenville? —preguntó Tucky Bainbridge, muerta de la risa—. Kay Kay ha dicho de poner píldoras para dormir en un sándwich. ¿No os parece genial?

—Dios sabe, como también sabe todo el mundo, que Ann tiene suficientes pastillas para dormir como para tumbar a un ejército de intrusos.

Pasadas las once de la noche el teléfono sonó en la casa de Oyster Bay. Arriba, Anna

Gorman abandonó un momento la lectura de *El mensajero del Sagrado Corazón* y se preguntó quién llamaba tan tarde. No había teléfono en la habitación donde dormía y tuvo la certeza de que después de levantarse, ponerse la bata y llegar abajo, hasta alcanzar el teléfono de la entrada, quienquiera que llamara habría colgado. Afuera, la noche era oscura y húmeda y la casa le resultaba extraña. Decidió no contestar y apagó la luz de su mesita.

Más tarde, después de la cena, Dudley, el mayordomo, le susurró a Billy al oído que había una llamada telefónica para él.

—¿Es la cocinera, desde casa? —le preguntó a Dudley, sabiendo que no lo era, pero tratando así de justificarse con su acompañante.

Dudley, acostumbrado a los complicados asuntos de las gentes a las que servía, miró a Billy a los ojos y articuló las palabras «conferencia».

—Disculpa, Brenda —le dijo Billy a Brenda—. Algo relacionado con ese maldito intruso.

Al otro lado de aquella estancia, Ann charlaba con lord Cowdray sobre la princesa Margarita y su capitán, Peter Townsend, sobre si se casaría con él o no. Era un tipo de conversación que Ann podía sostener con todo detalle sin tener que dedicarle toda su atención. Vio al mayordomo decirle algo al oído a su esposo y ella continuó hablando. Vio a su marido asentir con la cabeza y ella continuó hablando. Sus ojos se encontraron cuando él la miró furtivamente, ella desvió de nuevo la mirada y continuó hablando. Siguió con la vista a su marido mientras salía del salón de Edith Bleeker y ella continuó hablando. Escuchó una proposición ilícita y le dejó saber al inglés que quizás en el futuro.

—¿Me llamarás la próxima vez que estés en Londres? —le preguntó.

Ella le sonrió.

—Discúlpame —le dijo, levantándose y saliendo del salón de Edith Bleeker.

Cualquiera que hubiera sido la conversación, se trató de una conversación breve. Cuando Ann abrió silenciosamente las puertas de la biblioteca vio a su marido al otro extremo, de pie junto al escritorio, dando la espalda a la entrada. Hablaba por teléfono en voz extremadamente baja pero Ann fue capaz de escucharle decir: «Buenas noches, cariño, duerme bien», dar un beso y acabar la conversación con un «Yo también te quiero».

Ann le arrojó el vaso de cristal de Baccarat que contenía el *whisky* escocés con soda que había llevado consigo desde el salón. No alcanzó a Billy por muy poco y se estrelló en la fuente de porcelana de Lowestoft de un atril de teca que separaba los ejemplares de Melville encuadernados en cuero de los ejemplares de Dickens encuadernados en cuero de las estanterías de la librería de Edith Bleeker. La fuente,

con motivos heráldicos, quedó hecha añicos.

En un instante, ya estaba al otro lado de la biblioteca, cogiéndole el teléfono de sus manos.

—¡Escúchame, zorra italiana! —chilló al aparato—. ¡Deja en paz a mi marido! — Si era Simonetta d'Este, Simonetta no oyó nada más, porque Billy cortó la conexión.

—¿Te has vuelto loca? —le dijo.

—¿Cómo te atreves a avergonzarme de esta manera? —le gritó ella, al mismo tiempo que lo abofeteaba.

—Sabes con toda seguridad —le dijo él, cogiéndole la mano de su cara y aguantándola con fuerza— que si montas una de tus escenas en casa de Edith Bleeker será tu final en la orilla norte. No el mío, eso sí. Solo el tuyo.

Ann sabía que aquello era verdad.

—Toda esa *jet set* basura del baile de Cuevas puede haberte perdonado la escenita que les montaste, pero de aquí no saldrás ilesa.

Tras ellos, las puertas de la biblioteca se abrieron y Edith Bleeker, la gran dama de Long Island, entró en la estancia. En el distribuidor, Basil Plant, Kay Kay Somerset y Jeanne Twombly los miraban mientras más invitados llegaban para hacer eso mismo.

—Edith, querida mía, lo siento. Yo soy el único culpable —dijo Billy Grenville—. He debido rozar esta preciosa fuente con el codo y la he tirado sin querer. Me temo que hemos dado el espectáculo en tu fantástica fiesta y te agradecería muchísimo que nos disculparas y nos dejaras salir por la cocina. Te llamo mañana para hacerme cargo de los daños que te he causado.

Edith sabía, como todo el mundo sabía, que Billy Grenville estaba protegiendo a su mujer. Enviaron a Tucky Bainbridge arriba para coger el chaquetón de piel de Ann y Dudley sacó el abrigo de Billy del armario del recibidor. Stan Freeman, acompañado ahora por un bajista y un batería, empezó a tocar *The Boy Friend* y la señora Stanford cogió a lord Cowdray para que bailara con ella. Otros invitados la imitaron, deseosos de que la fiesta de Edith Bleeker no se arruinara a causa de la vergonzosa pelea de los Grenville. Cuando ya se hubieron marchado, en la fría noche de octubre, la pareja fue motivo de comentarios en varias esquinas del salón de Edith Bleeker. Muchas de las conversaciones acababan con las palabras «Pobre Alice», en referencia a la estimada madre de Billy, Alice Grenville, toda una dama que nunca, desde el principio, aprobó aquel inconveniente matrimonio de su hijo con una corista de Broadway que tan ardientemente quería formar parte del mundo de los Grenville.

*

Condujeron, en un silencio sepulcral, por las carreteras de Long Island desde Viking's Cove, en el valle de Locust, hasta Oyster Bay. Ann miraba fijamente hacia el exterior, mientras los limpiaparabrisas iban y venían, dando chasquidos. No se atrevió a

decirle que estaba conduciendo demasiado deprisa. Temía que, si lo hacía, Billy parase el coche y la golpeará. Se arrebujó en su chaquetón de marta cibelina y se colocó lo más lejos posible de él.

Sabía que había ido demasiado lejos. En su interior, siempre se arrepentía después de haber perdido el control y haber montado una escena en público. Importándole tanto como le importaba formar parte de un lugar, Ann no podía entender por qué una y otra vez se sabotaba a ella misma. Se preguntó si todo podría deberse a su inminente menstruación.

El velocímetro en el salpicadero marcaba ciento veinte. Las carreteras oscuras estaban mojadas y Ann cerró los ojos y trató de recordar exactamente cuánto había bebido. Cuando salía con el círculo de la orilla norte, solía tomar una sola copa durante toda la noche, pero la discusión por el divorcio en el coche, de camino a la fiesta, la había agitado. Dos *whiskies* antes de cenar, contó, y vino blanco con el pescado y tinto con la carne y champán con el postre, pero apenas había probado la comida. No hubo *brandy*, había dicho que no al *brandy*, pero hubo otro *whisky*, quizás dos, sin contar el que había lanzado en la biblioteca y había roto la fuente de porcelana de Lowestoft de Edith. Se estremeció ante esa imagen y se la quitó de la mente. Se preguntó si las pastillas que tomaba, prescritas por el doctor Skinner — para adelgazar, para los nervios y para dormir—, combinadas con todo aquel alcohol, podían tener un efecto adverso en su sistema nervioso.

Se desvió por la 25A hacia la carretera de Berry Hill sin mirar a la derecha ni a la izquierda, pero las carreteras estaban vacías. Mientras enfilaban por el camino de entrada, Ann vio que habían cubierto la distancia en solo dieciséis minutos. Todas las luces del camino encendidas les recordaron a ambos la cuestión del intruso. En su rincón del asiento delantero, Ann se quitó los pendientes, la pulsera, el broche y el collar, colocó sus joyas en la bolsita de cuero que había dejado en la guantera y se la metió en el bolsillo de su chaquetón de piel. El coche llegó al patio y giró hacia la puerta lateral de la Casa de Muñecas.

Los dos permanecieron en el vehículo unos segundos y examinaron su casa. Las ramas desnudas del roble del lado izquierdo de la puerta arañaban el tejado de la vivienda, sobre la habitación de Ann, y hojas marchitas color marrón, empapadas por la lluvia, cubrían los adoquines del patio.

—¿Con quién hablabas por teléfono, Billy? —preguntó ella.

—No es asunto tuyo —respondió él.

—¿Vas a guardar el coche en el garaje?

—No.

—¿Vas a apagar las luces del camino?

—No.

Abrieron las puertas del coche y salieron. Billy caminó hacia la puerta lateral, puso su mano en el pomo y descubrió que estaba cerrada. Ella se dio cuenta de que sostenía su revólver.

—Mierda —dijo él.

—¿Qué?

—Está cerrada.

—Claro que está cerrada. Durante quince minutos estuviste dando instrucciones a como-se-llame de cómo debía cerrar.

—He olvidado la llave.

—Fenomenal.

—¿No llevas ninguna?

—Claro que no llevo ninguna.

—¿Cómo diablos vamos a entrar?

—Despierta a la cocinera.

Billy la ignoró y caminó hacia la ventana de su cuarto para observarla de cerca. Las cortinas estaban corridas, pero la ventana no estaba cerrada, así que la abrió y entró gateando. Ann permaneció en el patio mojado, sin saber con certeza si se suponía que tenía que entrar de la misma manera o si Billy le abriría la puerta. Le recorrió un escalofrío y tuvo miedo, como si alguien estuviera observándola. Entonces, la puerta principal se abrió.

—¡Cerrar todas las puertas y dejarse la ventana abierta! —dijo Ann, sarcástica, para disimular el miedo que la había asaltado—. Un método garantizado para engañar a todos los ladrones del vecindario.

—¿Por qué no cierras tu jodida boca? —dijo Billy desde la puerta—. ¿No te parece que ya has hablado bastante esta noche?

Ann pasó junto a Billy por el estrecho vestíbulo. Su habitación estaba a la derecha y la de Billy, a la izquierda. Se dirigió a su cuarto y se quitó el chaquetón de piel después de sacar la bolsita de sus joyas del bolsillo y dejarla en su tocador. Encendió una lámpara de la habitación y vio que Anna había desempaquetado sus cosméticos, como le había pedido, y que había vuelto a planchar las sábanas de un modo que las tan ofensivas arrugas habían desaparecido.

—Imagino que tus instintos maternos no incluirán subir para ver cómo están los niños, ¿verdad? —le preguntó Billy.

—Ve tú arriba y mira cómo están los niños —respondió ella—. Tú eres quien lleva una pistola.

—Me pregunto si siempre he pensado que esta era una casa escalofriante —dijo él— o solamente me parece escalofriante esta noche.

—¿Billy?

—¿Qué?

—Tráeme una cerveza cuando vuelvas, ¿podrás?

—Es gracioso.

—¿El qué?

—Creía que me ibas a decir que te trajera una escopeta.

Se miraron el uno al otro durante un minuto. Él le dio la espalda y abrió la puerta

de la habitación que daba al pasillo y conducía hasta la entrada principal de la casa. A la derecha estaban el comedor y la cocina. Encendió las luces. Al final del pasillo, estaba el salón panelado de madera que se abría a la pista de tenis cubierta. Entró en la pieza y encendió las luces. La cruzó. Más allá había otro pasillo. Encendió las luces del pasillo. A la derecha, las puertas que conducían a la vasta sala de música. A la izquierda, una escalera que llevaba hacia arriba, donde dormían los niños y la cocinera. Encendió la luz de la escalera y subió. Una vez allí, encendió la luz del distribuidor y entró en la habitación de Diantha. La arropó y le dio un beso en la mejilla. Ella suspiró en su sueño y abrazó el perro que dormía junto a ella. Entonces caminó hacia el cuarto de Third y miró a su hijo. Se giró para volver al distribuidor pero volvió hacia la cama de Third, se inclinó, y le dio un beso.

—Buenas noches, pequeño —le susurró.

—Buenas noches, papi —murmuró Third.

—¿Por qué no estás dormido? —le preguntó.

—¿Me vas a llevar a volar mañana?

—Sí, sí. Ahora duérmete.

Volvió sobre todos sus pasos recorriendo toda la casa, apagando todas las luces que había encendido. Al pasar por el salón, se dirigió hacia una de las ventanas y echó un vistazo al exterior, como si esperara ver a alguien allí.

—¿Cómo se llamaba esto? —preguntó ella.

—El polvo final —respondió él.

Ella advirtió que algo había cambiado en él. No entendía la razón de aquel cambio, pero Billy parecía mantener la calma. Aun así, su actitud continuó siendo la misma.

—Bien, así no tendré que fingir más —dijo, preparándose para irse a dormir, poniéndose el sujetador negro que siempre llevaba bajo su camisón, para sostener sus aún hermosos pechos.

—A pesar de todo, debo decirte que todavía tienes unas tetas preciosas.

—Qué galantería —respondió.

—Hablemos del divorcio.

—¿Quieres el divorcio, Billy? Bien. ¿Debo repasar los números? Quiero cinco millones de dólares. Más esta casa. Más la casa de Nueva York. Más la custodia de los niños. Cuando estés preparado para hablar el idioma que yo hablo para tratar el tema del divorcio, hablaremos de divorcio. Ahora, ve a la cama. Tenemos gente a comer mañana.

—Esas no son las cifras que yo tengo en mente, Ann.

—¿Qué crees que ha sido para mí este matrimonio? ¿Cómo crees que una se siente al saber que tu madre y tus hermanas me detestan, siempre me han detestado y siempre me detestarán, aunque cumplamos cincuenta años de casados?

—Razones de más para el divorcio.

—Yo no quiero el divorcio.

Cogió el revólver que había colocado en su mesilla de noche y se encaminó hacia la puerta.

—¿Te he dicho que vi tu antigua casa, en la calle West Quincy, en Pittsburg, la semana pasada? —le preguntó.

—Sí, ya me lo has dicho —respondió. Estaba sentada frente al tocador. Se tragó unas cuantas píldoras para dormir con la cerveza que bebió directamente de la botella.

—Fui también al cementerio —dijo— y busqué la parcela de los Mertens. No sabía que...

Ella lo miró a través del espejo mientras se extendía una crema por la cara. Había algo en su voz y en sus maneras que le hacían sentir alarma y aprensión.

—Desnudo ya no estás como antes —le interrumpió, esperando desviar la conversación y evitar hablar de su pasado, esa parte de su vida que no consideraba suya desde hacía tiempo.

—... que tenías un hermano pequeño. Curioso que nunca lo mencionaras —continuó Billy, sin sentirse incómodo en su desnudez.

—Solo tenía tres años cuando murió —dijo Ann, aliviada—. Nunca pienso en él.

—Por si lo has olvidado, se llamaba Claud.

—No lo he olvidado. ¿A qué viene este repentino y enorme gran interés por mi familia? En todos estos años de casados nunca has mostrado mucha curiosidad sobre mi pasado.

—Es curiosa —dijo él, reflexionando sobre la palabra mientras la pronunciaba.

—¿Qué es curiosa?

—La vida.

—¿Qué es esta cháchara, Billy? Será mejor que te vayas a la cama. Es muy tarde. ¿No vas a llevar a volar a Third por la mañana? —Se llevó la botella de cerveza a los labios y se tomó varios largos tragos, sin quitarle los ojos de encima a él desde el espejo. Sabía que iba a decirle algo más; ella sentía una gran curiosidad pero su deseo de no escuchar nada más también era grande.

—¿No te parece raro, en el gran entramado de las cosas, que justo el avión que yo deseaba tener se fabrica en la pequeña población del sudoeste de Kansas donde nació mi mujer?

—¿Nos estamos poniendo místicos a la una de la madrugada? ¿El destino? ¿Eso es lo que viene después? —Se levantó del tocador y fue al cuarto de baño, deseosa de apartarse de él. Empezó a cepillarse el pelo en el espejo del baño, lejos de su mirada.

—Les dije, en la nave donde construyeron el avión, que creía que mi mujer era de allí. —Cruzó la habitación y se apoyó en la puerta del baño, mirándola de nuevo en el espejo.

—Me gustaría que te fueras a la cama, Billy —dijo—. Quiero ponerme un

Tampax.

—Les dije que tu nombre era Urse Mertens, pero nadie parecía recordarte.

—Me fui hace muchos años, Billy.

—Excepto un tipo. Él sí se acordaba, pero en ese momento no dijo nada. Trabaja como contable de la empresa, no es uno de los peces gordos, como se refirió a ellos cuando me llamó al motel Vel-Fre. Cenamos en un restaurante chino en Broadway Sur, en tu época no existía, justo al lado de la botica de Crowell. Me dijo que habías sido camarera allí cuando estudiabas en el instituto.

—Voy a cerrar esta puerta.

—Llevaba cuatro bolígrafos en el bolsillo del pecho, ese tipo de persona. Fue él quien me llevó al cementerio. Bien cuidadas, las tumbas de tu madre y del pequeño Claud. Te llamó Urse. Urse Mertens, dijo. Es gracioso. No tienes pinta de llamarte Urse Mertens.

—Si estás llegando a la conclusión de que te casaste con alguien inferior a ti, Billy Grenville, eso es algo que tu madre y tus hermanas trataron de decirte hace años —advirtió Ann.

—¿No tienes curiosidad por saber cómo se llamaba? ¡Billy Bob Veblen! Me dijo que fue al instituto contigo.

Ann miró fijamente a su marido. Empezó a sentir pánico en su interior.

—Dijo que actuó en *El abanico de Lady Windermere* contigo.

Ella continuó mirándolo fijamente.

—DIJO QUE ESTABA CASADO CONTIGO.

El odio y la ira que Ann había estado acumulando toda la noche reventaron súbitamente.

—¡ESO NO ES CIERTO! —gritó.

Él la cogió del brazo, tirando de ella por la habitación hasta llevarla a su cama, donde la acostó, cogiéndola de los hombros e inclinándose sobre ella, respirando trabajosamente, preparado para penetrarla o para matarla. Se sentía como jamás pensó que se sentiría en su vida: fuera de control. La saliva resbalaba por su boca abierta hasta ella. La idea de pegarle o de algo peor le pasó por la cabeza.

—Dijo que se había alistado en los Marines y que, cuando volvió, tú habías desaparecido de la faz de la tierra. No sabía que te habías cambiado el nombre a Ann Arden. Dijo que nunca se había divorciado de ti.

—¡No! —chilló Ann.

—Sabes lo que eso significa, ¿verdad? Ahora ni tú ni yo deberíamos engañarnos. ¡Ni siquiera estamos casados! Todavía eres la señora de Billy Bob Veblen, la bígama, de Pittsburg, Kansas.

Apoyándose en ella, se incorporó en la cama, aterrado por los violentos pensamientos que le habían pasado por la cabeza y que sabía que ella le había leído. Ann reptó por la cama para alejarse de él sin dejar de mirarse fijamente el uno al otro.

—¿Qué nos ha sucedido? —preguntó él, espantado.

—Estás borracho —dijo ella.

—No, no lo estoy —contestó.

Ella no lo escuchaba. ¿Por qué no le había prestado más atención cuando le había dicho que iría a Kansas a comprarse el avión? Temía la reacción de Alice Grenville a su anterior matrimonio. Se preguntó si incluso Sam Rosenthal, el abogado que había sido tan comprensivo ante sus apuros matrimoniales, tendría la misma consideración con ella cuando supiera que había habido otro matrimonio que nunca se anuló.

Billy caminó hacia la ventana y miró hacia el patio adoquinado. Creía haber oído pasos fuera.

—¿Sabes mi lema, no?

—¿Qué?

—Dispara primero y pregunta después.

—¿De qué estás hablando?

—Del intruso.

Arriba, en el otro extremo de la casa, Anna Gorman, la nueva cocinera, cuyas tareas esa noche incluían echar de vez en cuando un vistazo a los niños dormidos, oyó voces procedentes de abajo. No eran las voces de un conversación: aquellas eran las voces de un combate. Cogió su despertador de la mesita de noche y vio que eran las dos y media de la madrugada, pero entonces se acordó de que se había olvidado de cambiar la hora. Primavera, una más. Otoño, una menos, recordó mientras atrasaba una hora el reloj sin dejar de oír un instante los sonidos del piso de abajo.

La puerta de su habitación estaba entreabierta, como también entreabiertas estaban las puertas de los dormitorios de Diantha y Third que daban al pasillo. Anna Gorman se incorporó, temblando de frío, se puso la pesada toquilla de lana y se la anudó. Deslizó los pies en sus zapatillas forradas y caminó hacia la puerta.

Un tramo de escaleras y la extensión de la sala de estar y el vestíbulo los separaban de las habitaciones del señor y la señora Grenville, pero por la peculiar construcción de una casa que fue concebida como casa de recreo, no como una vivienda, con su pista de tenis cubierta y su sala de música, los sonidos de ira y reproche viajaban, sobrecogedores, por todas las estancias y subían por las escaleras. Anna Gorman, firme creyente en Dios y en la familia, sintió que era su deber cerrar las puertas de los cuartos de los niños no solo para asegurar su sueño sino para escudarlos de la fealdad de la escena que estaba teniendo lugar más abajo, en caso de que estuvieran despiertos.

Cuando se asomó por la habitación oscura, vio que Diantha estaba despierta. Con ella en la cama, escuchando la pelea, estaba Third y, entre ellos dos, el perro de Diantha, *Sloppy*.

Como le sucedía a menudo en momentos de pánico y desesperación, Ann echaba de menos a su madre, la única persona que la había comprendido de verdad, la única persona con quien jamás había tenido que pretender ser otra. Que Billy Bob Veblen, aquel hombre que ella había olvidado desde hacía muchísimo tiempo, volviera a entrar en su vida doce años después de haberse casado y destrozara su envidiable existencia era algo inconcebible para ella. Su madre la había descubierto manteniendo relaciones sexuales con Billy Bob Veblen, el capitán del equipo de fútbol del instituto de Pittsburg, el chico más guapo de la escuela, en el sofá de entrada de la casa de la calle Quincy. Ante su sorpresa, no hubo reprimenda. Ni castigo. Lo que su madre le dijo nunca lo olvidaría: «No te malgastes aquí —le dijo Ethel Mertens, refiriéndose a Pittsburg, Kansas—. Ese fue el error que yo cometí». Unos años después, la fuga de su hija, decidida a casarse con Billy Bob Veblen antes de que se alistara en los Marines, en Kansas City cruzando la frontera de Oklahoma, fue lo que precipitó el traslado de su madre a Nueva York.

—Como dicen las películas: «Mis abogados se pondrán en contacto contigo» —dijo Billy a su amenazadoramente silenciosa esposa. Empezó a silbar al girarse para encaminarse a su habitación.

Ella le mostró los dientes. Sus ojos brillaron peligrosamente y Billy vio en ellos el resplandor fiero que había aprendido a temer, como el destello de un rayo en el cielo que anuncia un terrorífico trueno. La garganta de Ann profirió un sonido inarticulado, casi animal.

—¡Me alegro de que te vayas! —le rugió. Su voz era grave y gutural. Cualquier resto de corrección en su tono había desaparecido—. ¡Me alegro de que te vayas! —repitió las mismas palabras, *in crescendo*. Nada podía detener la fuerza salvaje de su rabia—. ¡Me alegro de que te vayas!

Billy observó su rostro distorsionado gritándole desde la cama como si fuera un animal enjaulado.

—Espero que no creas que me estás impresionando —le dijo él, con tranquilidad, girándose y volviendo a su dormitorio, sin ser consciente de que sus palabras habían puesto en marcha una secuencia de ideas letal.

Su cama estaba preparada. Su pijama y bata, extendidos a los pies de la misma. Sus zapatillas de terciopelo con iniciales bordadas de Lobb, en Londres, reposaban en el suelo, junto a la cama. Caminó hacia la ventana y la abrió a la fría noche para contemplar el patio adoquinado. Por un instante creyó ver una sombra moviéndose hacia la casa, pero se dijo que eran las ramas de los grandes árboles que rodeaban el patio, todavía iluminado por las potentes luces exteriores que no había apagado.

A pesar del frío, sintió las axilas húmedas. El resultado, sin duda, del triunfo de su revelación a Ann, el secreto que se había guardado más de una semana, sin compartirlo con nadie, ni con su abogado, reservandoselo para el momento justo. Se

sintió exultante ante la libertad que se le abría. Se dirigió a su baño, abrió los dos grifos al máximo y se metió en la ducha.

Cuando oyó el sonido del agua, Ann se encaminó hacia la puerta de su habitación. El cuarto estaba helado y sus hombros estaban fríos bajo el vaporoso camisón de raso y seda que llevaba. A los pies de la cama, Anna Gorman le había colocado una bata que hacía conjunto con el camisón y unas zapatillas. Se puso la bata y, aun dominada la serenidad que le daba su resolución, advirtió que la prenda ocultaba el sujetador negro que siempre llevaba para dormir. Deslizó sus pies en las zapatillas de raso y salió hacia el estrecho distribuidor que separaba ambos dormitorios. La puerta de la habitación de Billy estaba cerrada. Tras ella, aún se oía el ruido de la ducha. Abrió la puerta de la estancia que conducía a la parte frontal de la casa.

Inmediatamente a la izquierda de donde ella se encontraba, bajaba una escalera curva y estrecha que conducía al sótano y a la pista de tenis. En la parte superior de la escalera había una luz que encendió antes de continuar bajando hasta otro descansillo al que daban varias puertas cerradas. Una conducía a la bodega. Otra, a una cámara donde guardaba las pieles. La tercera, a la armería, en cuyos armarios con frentes de cristal se guardaban escopetas y municiones. Había escopetas para tiro al plato, escopetas para disparar a faisanes y patos y escopetas para caza mayor.

De un cajón escondido en uno de los armarios cogió un manojito de llaves y abrió el armario de las escopetas. La tercera del expositor era la costosa arma de dos cañones que Billy le había comprado en Churchill's, en Londres.

La sacó del armario. De un cajón bajo sacó una caja de municiones y cargó ambas recámaras. Dispara primero y pregunta después. Esas habían sido las instrucciones de Billy respecto al intruso. Cogió varios cartuchos más y se los puso dentro del sujetador negro. Apagó la luz, cerró la puerta y subió por las estrechas escaleras. Arriba, apagó la luz, volvió a entrar en el distribuidor que separaba su habitación de la habitación de Billy y a través de la puerta volvió a oír el ruido de la ducha. Entró en su dormitorio y colocó la pesada escopeta en una butaca baja situada junto a su cama. Su dedo de manicura perfecta y adornado con anillos frotó el frío metal de la inscripción grabada, «Para Ann de Billy, con amor», como si fuera una alianza matrimonial.

Del baño Billy fue a su dormitorio desnudo. Tenía intención de ponerse el pijama y meterse en la cama y dormir. Su plan era llevar a Third a volar a primera hora de la mañana y ya se estaba haciendo tarde.

Del otro lado del distribuidor escuchó a Ann gritar:

—¡Socorro! —chilló—. ¡No! ¡Por favor! ¡No, por favor!

Recordó el día en que habían intentado secuestrarle, cuando tenía diez años. Se movió con rapidez pero tuvo la sensación de estar haciéndolo a cámara lenta. Abrió la puerta de la habitación de Ann. En la confusa oscuridad, sus ojos se entrelazaron con los ojos de su mujer, que estaba apuntándole con su escopeta de dos cañones. Sus gargantas se tensaron. Se les secó el paladar. En sus cerebros se produjo un silencio

auillante. Nunca fueron tanto una persona. Solamente entonces Billy cayó en la cuenta de que el mensaje en aquella galleta de la fortuna en el restaurante chino de Pittsburg, Kansas, había salido en blanco. Se apartó de ella.

Un enorme rugido reverberante inundó la habitación seguido casi instantáneamente por un segundo enorme rugido reverberante. El destello rojo de los cohetes. Bombas explotando en el aire. El cuerpo desnudo cayó derribado hacia atrás con un resonante ruido sordo en el suelo alfombrado. La sangre empapó la alfombra.

La muerte no fue instantánea para William Grenville, Junior, solamente indolora. Durante los quince minutos que pasaron antes de expirar desfilaron los pensamientos propios de un agonizante en sus circunstancias. Se vio como hijo, hermano, amante, marido, padre y hombre. Con total claridad, se reconoció como una figura pasiva del destino cuya muerte iba a catapultarlo a una forma de notoriedad que, afortunadamente, nunca había tenido en vida.

En el otro extremo de la pista de tenis cubierta, la doble explosión despertó a Ralph Wiggins, el guarda contratado por la Filarmónica de Nueva York. Se sentó, tieso, en la estrecha cama individual de la habitación de lo que antaño había sido el apartamento del portero. Sabía perfectamente que tenía miedo y que no quería levantarse e investigar. Sus pensamientos giraban alrededor del posible intruso. La policía de Oyster Bay le había dicho que los llamara a cualquier hora del día o de la noche si había alguna señal de su presencia. Esperó. Escuchó. Solo silencio. Ralph estaba a punto de jubilarse y se dijo que quería disfrutar de la pensión. Decidió esperar y no hacer nada hasta estar seguro.

Arriba, en la parte más remota de la casa, Anna Gorman, la nueva cocinera, oyó los disparos. Primero uno, luego otro. No hubo gritos. Nada se oyó después de los tiros. Anna no conocía a esas personas. No quería tener nada que ver con ninguno de ellos. Solo sabía que el lunes por la mañana volvería a la agencia de empleadas domésticas Creedon, en la calle Treinta y seis. Solo se preocupó por los niños, cuyas habitaciones estaban al final del pasillo. Si los oía salir de la cama, se levantaría. De lo contrario, se quedaría donde estaba. Fuera lo que fuese que sucedía, no era su responsabilidad.

—Tengo miedo —dijo Third.

—No hables —susurró Diantha.

Los dos atentos. No oyeron nada.

—Tengo que ir al baño —dijo Third.

—No puedes.

—¿Crees que la nueva cocinera lo ha oído?

- Si lo hubiera oído, estaría aquí.
- ¿Crees que es el intruso?
- Para de hablar, Third. Solo escucha.
- ¿Dónde está el perro, Diantha?

Se preguntó si sus hijos estarían marcados por crecer bajo la sombra de una desgracia y un escándalo en los que había sido un activo participante. Pensó en su madre. Pensó en la adivina de Tacoma, una mujer que había errado la fecha por unos meses pero sí sabía de lo que hablaba. Pensó en la pobre Esme Bland, cuya llamada telefónica durante la fiesta de Edith Bleeker había puesto todo en marcha.

—Dios mío —escuchó decir a su mujer—. Dios mío. —Y oyó cómo lo repetía de nuevo—: Dios mío. —Oyó su escopeta caer al suelo. La oyó ir al teléfono y pedir que la pusieran no con la policía, ni con una ambulancia, ni con un doctor, sino con un abogado llamado Sam Rosenthal.

Había anotado su teléfono bajo la *A* de abogado en vez de la *R* de Rosenthal por si Billy buscaba alguna vez un número en su agenda y se lo encontraba. Ubicó sus iniciales, *SR*, entre la tintorería Lafayette y los grandes y lujosos almacenes Lord and Taylor. Levantó el auricular del teléfono que había junto a su cama y le dictó a la operadora, con voz serenísima, el número de Nueva York. Le había dicho que aquel era su número privado y que quienquiera que respondiera siempre sabría dónde localizarlo, de día o de noche. Oyó cómo el teléfono sonaba una, dos, tres veces.

—Residencia del señor Rosenthal —dijo una voz que reconoció ella como la voz de un servicio de recepción de llamadas.

- Debo hablar con el señor Rosenthal.
- Lo siento, el señor Rosenthal está fuera de la ciudad este fin de semana.
- ¿Me puede decir dónde está?
- El señor Rosenthal está en Westhampton.
- ¿Me dará el número, por favor?
- ¿Puedo preguntar quién llama?
- Soy...

No sabía cómo presentarse. Si no daba su nombre verdadero, él no sabría quién era, pero tampoco quería presentarse como la señora de William Grenville, Junior. Oyó a *Sloppy*, el perro de Diantha, arañar la puerta del distribuidor. Miró a través de su puerta entreabierta el estrecho distribuidor que daba a la puerta de la habitación de Billy y vio su cuerpo desnudo, tendido boca abajo en el suelo. Sabía que tenía que actuar con rapidez.

- Soy Ann Grenville.
- ¿Sabrá el señor Rosenthal quién es usted?

—Sí.

—No estoy autorizado a dar el número del señor Rosenthal, pero lo llamaré por la mañana y, si me lo proporciona, le daré el suyo.

—Tengo que hablar con el señor Rosenthal ahora.

—Son casi las dos de la madrugada.

—Me da igual.

El empleado del servicio de recepción de llamadas hizo una pausa.

—Dame tu número, Ann, y lo llamaré.

*

Mientras sus globos oculares retrocedían hacia su cabeza, pensó en su amigo Bratsie Bleeker, también muerto a tiros, también en circunstancias ignominiosas, y supo que tampoco nadie buscaría venganza. Y, entonces, murió.

Ella caminó hacia la entrada principal y escuchó. A excepción del perro, la casa estaba silenciosa. Cogió al animal, lo llevó a la cocina y cerró la puerta. Se dirigió hacia la izquierda y bajó por la estrecha escalera que conducía hasta el sótano y la pista de tenis. Pasó la bodega y la cámara de las pieles y entró en la pequeña estancia donde estaban guardadas las armas y las municiones. Se palpó su sujetador negro y extrajo de él las municiones extra con que lo había atiborrado. Algunos de los cartuchos cayeron al suelo de cemento, otros fueron a parar a la estantería donde se alineaban las escopetas. Oyó sonar el teléfono arriba. Corrió hacia las escaleras, las subió sin dejar de correr, cruzó el vestíbulo y abrió la puerta que conducía al estrecho distribuidor que separaba las dos habitaciones. A su derecha yacía el cuerpo de Billy. Se encaminó a su habitación y cogió el teléfono antes de que sonara de nuevo.

—¿Sí?

—¿Ann?

—¿Sam?

—Sí. ¿Qué pasa?

—¡Oh, Sam! —Las lágrimas, el pánico, la histeria que había contenido desde que le volara la cabeza a su marido aparecieron.

—No soy capaz de entenderte, Ann.

—Fue un accidente, Sam. Te juro que fue un accidente.

—Trata de recomponerte, Ann, o no puedo serte de ninguna ayuda.

—Estoy tratando...

—Primero...

—¿Sí?

—¿Lo sabe alguien más?

—No.

- Bien, ahora dime exactamente qué ha pasado.
- Billy está muerto. Le he disparado.
- Empieza por el principio, Ann.

Ralph Wiggins no había oído nada más los siguientes quince minutos y estaba empezando a creer que aquello que había escuchado debía de haber sido el petardeo de un coche o de una furgoneta y no disparos. Se había puesto las botas, unos pantalones y una camisa de franela y había colocado su revólver del 38, cargado, en el escritorio de su cuarto. Nunca había disparado un arma, pero se había guardado esa información cuando atendió a la oferta de trabajo como guarda en los alrededores silvestres de la finca de los McGamble. Se sentó en su silla de madera y empezó a desatarse las botas, preparado para volver a meterse en la cama para el resto de la noche. Del otro extremo de la pista de tenis cubierta le llegaron gritos, gritos histéricos. Se quedó paralizado de nuevo. Esa vez sabía que no había duda. Se levantó de la silla de madera, cogió el revólver y lo sostuvo en la mano mientras iba hacia el teléfono. Levantó el auricular y marcó el cero.

—Operadora —respondió alguien con voz estresada.

—Habla el guarda nocturno de la residencia Grenville, en la carretera de Berry Hill —dijo en voz baja—. Necesito hablar con la policía.

—Hay una mujer histérica en la otra línea y no puedo entender una palabra de lo que dice, excepto el apellido Grenville —dijo la operadora.

—Llame a la policía. Aquí ocurre algo.

Recordaba las instrucciones que le había repetido con absoluta calma Sam Rosenthal por teléfono, como si la muerte por disparo de arma fuera una cosa con la que él estaba acostumbrado a lidiar.

—Si hay luces encendidas, apágalas. Tienes que estar a oscuras cuando llegue la policía... Escucha atentamente. Diles que oíste ladrar al perro. Te despertó. Entonces oíste un ruido. Fuera. Quizás en el árbol. Quizás en el tejado. No importa. Oíste algo. Y Billy debió de oír el mismo ruido en su habitación. Los dos os debisteis levantar a la vez para ver qué era aquel ruido... Recuerda esto, Ann. Sobre la escopeta. Tu marido insistió que te fueras a la cama con una escopeta a tu lado por miedo al intruso. La escopeta fue idea suya... Debisteis de abrir las puertas de vuestras habitaciones en el mismo momento. Tú viste a un hombre de pie, allí. Disparaste. Una, dos veces. Y entonces te diste cuenta de que habías disparado a tu marido... Debes estar junto al cuerpo de tu marido cuando te encuentren. Y no te olvides de las luces.

—No —respondió ella—. Apagar las luces.

—A ver Ann, escucha.

—¿Sí?

—¿Vas a llamar tú a la vieja o lo hago yo? —le preguntó.

—No puedo. No puedo —dijo ella, la histeria empezando a resquebrajar su calma forzada.

—Yo la llamaré. Necesitaremos más de un cheque en blanco. Varios cheques en blanco firmados.

—Oh, Dios mío —dijo Ann.

—¿A quién más de la familia deberíamos llamar? Alguien debería llegar a la casa poco después de que llegue la policía. La hermana, Felicity. ¿No tiene hijos? ¿No tiene una casa cerca de la vuestra? Llamaré a Felicity. Ahora, cuelga, Ann. Y coge el teléfono y llama a la operadora. Dile que ha habido un terrible accidente y que necesitas que acuda la policía. No respondas a ninguna pregunta cuando llegue la policía. Ve repitiendo una y otra vez que pensabas que Billy era el intruso. Yo me encargaré del resto.

Los cristales de la gran lámpara de araña del vestíbulo de entrada de la casa de Alice Grenville sonaron, fría, no musicalmente, como si un viento pasara a través de ellos. Alice Grenville, despertándose, abrió sus ojos un instante antes de que sonara el teléfono en su habitación a oscuras. Recordó, por primera vez en años, el día en que la lámpara había caído sobre un trabajador y lo había matado. Instantáneamente alerta, no se tomó el tiempo ni de encender la luz de su mesilla de noche antes de responder.

—¿Diga?

—Mamá. —Era Cordelia. Eran problemas.

—¿Qué hora es?

—Tarde. Pronto. *Mère...*

—¿Qué ha pasado? ¿Estás llorando?

—Debes despertarte del todo.

—Estoy despierta.

—Enciéndete la luz.

—Dime qué ha pasado, Cordelia.

—Algo terrible. No puedo ni decirlo. Algo terrible. Voy ya a la ciudad para estar contigo, pero temía que alguien te llamara antes de llegar yo.

—Es Billy, ¿verdad?

—Ella le ha disparado, *mère*. ¡Lo ha matado!

La sangre desapareció del rostro de Alice Grenville. Creyó desmayarse.

—Oh, mi querido Billy. Oh, no. No. No. No es posible.

—Ella iba diciendo: «Por favor, ayúdeme, por favor ayúdeme, algo terrible ha

pasado» —le dijo Ralph Wiggins al detective en el patio de la casa—. Puedo verla a través de la ventana pero no puedo abrir la puerta.

—Intenta entrar por la ventana que está abierta a la izquierda de la puerta principal —le dijo el detective Kramer a uno de los policías—. Entonces da la vuelta y abre la puerta. Tú y tú —llamó a otros dos policías que acababan de llegar—, inspeccionad el terreno.

Cuando la policía entró en la casa, encontraron a Ann Grenville sobre el cuerpo de su marido muerto. Gritaba su nombre una y otra vez. Estaba tan cubierta de sangre que, al principio, el detective Kramer creyó que también le habían disparado. Intentaron despegar a la histérica mujer del cuerpo de su marido, pero no los dejó. Actuaba como si tratara de insuflarle de nuevo la vida.

—¿Quién ha disparado a su marido? —preguntó el detective Kramer.

Ann Grenville gritó.

—Límpiale la sangre de la cara —le dijo Kramer a un policía—. Señora Grenville, por favor, díganos quién ha disparado a su marido.

Histérica y aullante, no se le entendía nada.

—Registren la casa —dijo Kramer—. Vean si hay alguien más aquí.

Empezó a levantarse y entonces vio cómo la mujer trataba de dirigirse a él desde el suelo donde yacía.

—Yo le disparé —murmuró—. Creí que era el intruso.

El detective Kramer miró fijamente a Ann Grenville como si no la hubiera oído bien.

—¿Usted ha disparado a su marido, señora Grenville?

Ella asintió entre llantos.

—¿Es esta su escopeta? —le preguntó.

—Creí que era el intruso —repitió.

—¿Por qué creyó que era el intruso?

—Oí un ruido, me despertó.

—¿Qué tipo de ruido?

—El perro ladró.

—El perro, ¿qué perro?

—Hay un perro atado a una silla de la cocina —dijo uno de los policías.

—Oí un ruido fuera, quizás por el tejado —dijo ella.

—¿Estaba en la cama, dormida, cuando oyó ese ruido? —le preguntó el detective Kramer.

—Sí.

—¿Y cuando se levantó cogió la escopeta?

—Sí.

—¿Acostumbra usted a irse a la cama con una escopeta, señora Grenville?

Ann temió que el hombre que la estaba interrogando no la creyese.

—Mi marido insistió. Un intruso rondaba por los alrededores. Habían entrado en

nuestra cabaña y mi marido insistió, cuando volvimos de la fiesta de la señora Bleeker, que los dos nos armáramos. Cogió las escopetas de la armería, en el sótano, cuando volvimos a casa de la fiesta.

El detective Kramer indicó a uno de los policías que fuera a comprobar la armería en el sótano.

—¿Cuándo se puso su *négligé*, señora Grenville? ¿Antes o después de coger la escopeta?

—¿Qué?

—Lleva un *négligé*. Siento curiosidad por saber en qué momento de su temor por el intruso se acordó de ponérselo.

—Duermo con mi *négligé*.

—¿Oh?

—Sí, estas noches frías de octubre cojo frío en los hombros y duermo con *négligé*.

—Ya veo —dijo el detective Kramer, fijando su mirada en ella, sin creerse una palabra de aquella historia.

Ann Grenville respiraba pesadamente. Miró al detective como si fuera un enemigo.

—Otra cosa, señora Grenville.

—¿Sí?

—He notado que bajo su camisón lleva un sujetador negro. ¿Duerme también con sujetador?

—Sí, siempre, siempre duermo con sujetador.

Un policía interrumpió al detective.

—¿Detective Kramer?

—¿Qué pasa?

—Hay niños arriba, también está la cocinera.

—Lleva a la señora Grenville a su habitación —dijo Kramer—. Llama al inspector Pennell. Voy a hablar con los niños y vuelvo.

El hijo de Felicity, Tommy Ashcomb, de diecinueve años, condujo por el camino de entrada de la casa de su tío Billy en Oyster Bay. Nunca había visto aquel largo camino tan iluminado. Sabía que sus primos pequeños, Diantha y Third, dormían en la casa y que debía recogerlos para llevárselos a la casa de su madre, en Glen Cove, antes de que alguien les contara nada. Tenía que esperar a que el médico del pueblo, el doctor Curry, apareciera para firmar el certificado de defunción y asegurarse de que le suministraba a su tía Ann, el bombón que una vez trató de seducirle, o eso aseguraba él, una inyección para calmar su histeria.

Frente a él vio que todo el patio estaba invadido por coches de policía, como mínimo veinte. El corazón empezó a latirle rápidamente. Aparcó su coche a un lado

del camino. Mientras apagaba el motor, un policía se aproximó a él y enfocó su cara con la luz de una linterna.

—¿Quién es usted? —preguntó el policía.

—Me llamo Tom Ashcomb. Soy el sobrino del señor Grenville.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Me han pedido que venga a identificar el cuerpo de mi tío y a llevarme a los niños.

*

Alice Grenville se sentó a un lado de su cama y volvió a coger el teléfono.

—Me gustaría hablar con San Ponds, Long Island —le dijo a la operadora—. El número es 5558121.

Esperó durante lo que le pareció una eternidad.

—Por favor, Dios, que esté allí —murmuró para sí—. Por favor, Dios, no dejes que un criado responda al teléfono.

—Residencia del gobernador Milbank —dijo la voz adormecida del mayordomo. Al unísono, en otra extensión, una voz femenina dijo—: ¿Dígame? ¿Qué sucede?

—¡Marie! Gracias a Dios que estás ahí. Soy Alice Grenville. Siento llamarte a esta hora vergonzosa pero es una cuestión de vida o muerte que hable con Payson.

—La mujer está completamente histérica —dijo el oficial de policía por el teléfono al inspector Stanley Pennell—. Cuando entramos en la casa pensamos que también le habían disparado, como al señor Grenville. Tuvimos que separarla del cadáver. Estaba agarrada a él diciendo que lo amaba y estaba cubierta con su sangre. Es una posible suicida y consideramos que deben enviar a una enfermera del pueblo para estar con ella mientras se lleva a cabo la investigación.

Alice Grenville volvió a marcar el teléfono, mirando el número en la agenda que guardaba junto a su cama. Cuando habló, lo hizo muy rápido.

—¿Charles? Charles, debes despertarte. Soy la señora Grenville. Necesito que me escuches con toda tu atención, Charles. ¿Necesitas lavarte la cara con agua fría?... Son las dos y media de la madrugada, Charles. Sí, ahora son las dos y media. Quiero que vayas al garaje y traigas uno de los coches aquí, a la casa. No es necesario que te pongas el uniforme. De hecho, es preferible que no lo hagas. No traigas la limusina. Tampoco el descapotable. El Ford, el Chevrolet, cualquiera con el que vayas tú a hacer las compras, tráelo. Ven hasta la puerta principal de la casa pero no llames al timbre. Estaré allí esperándote. Habrá un sobre que tienes que llevar a la casa del señor Billy, en Oyster Bay, y quiero que le des ese sobre al hijo de Felicity, Tommy

Ashcomb, a nadie más. Ha sucedido una tragedia terrible, Charles, y cuento contigo.

Colgó el teléfono. Cerró la puerta de su dormitorio. Movi6 hacia atr6s la mesa de marquetería cubierta con fotografías en marcos de plata y retir6 de la pared el cuadro de Constable de la catedral de Salisbury que ocultaba la caja fuerte. Con rapidez, marc6 la combinaci6n y la puerta salt6 como un resorte. Sac6 su joyero y lo coloc6 en la mesa. Entonces, se asom6 de nuevo a su interior y empez6 a sacar fajos de dinero que llevaban all6 m6s de veinte a6os, desde el susto del secuestro. Coloc6 el dinero en un gran sobre de papel manila, diez fajos de cinco mil d6lares cada uno. Se dirigi6 al cuarto de ba6o y humedeci6 una toalla que pas6 por la parte encolada del sobre para cerrarlo. Se abrig6 con una bata gruesa y baj6 los tres tramos de escalera para esperar a su ch6fer y darle el dinero que deb6a llevar a la casa de Oyster Bay.

—¿Bajo 6rdenes de qui6n le ha dado un tranquilizante?

—Estaba hist6rica.

—Repito, ¿bajo 6rdenes de qui6n le ha dado usted un tranquilizante?

—De nadie. Estaba hist6rica.

—¿Es usted consciente de que esta noche alguien ha muerto de un tiro en esta casa?

—¿Qu6 es lo que est6 diciendo, oficial?

—Estoy diciendo que, cuando ha ocurrido un homicidio, una persona que est6 hist6rica nos facilita la informaci6n que m6s necesitamos.

—Yo desconozco ese aspecto.

—¿Cu6nto tiempo va a estar fuera de combate, doctor?

—Varias horas.

—Magnífico, doctor.

—Hay suficientes frascos de pastillas en esta habitaci6n para llenar un par de bolsas

—dijo Mary Lou Danniher, la enfermera de Oyster Bay.

—Entonces, llene un par de bolsas, enfermera. No deje que la se6ora Grenville tenga un p6ldora cerca cuando despierte.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Mary Lou Danniher, viendo por primera vez el cuerpo tendido en el suelo—. ¿Es eso el se6or Grenville?

—Eso era el se6or Grenville. —La 6nica cosa viva en 6l era el tictac del reloj de su mu6eca izquierda.

—¿No cree que deber6amos cubrirlo? Por lo menos, sus partes íntimas.

—Aún est6n haciendo fotos.

—No tienen por qu6 hacer una fotograf6a de sus partes íntimas. No esperar6 que camine arriba y abajo junto a un hombre desnudo el resto de la noche. Quiero decir, no es algo apropiado.

—Rece un rosario, enfermera Danniher.

—¿Cómo se llama ese doctor suyo del bigotito? El doctor al que acudí cuando Archie Suydem no le daba las pastillas para dormir que siempre estaba pidiendo — preguntó Alice.

—Ah, sí, el de Park Avenue. Todas van allí. Babette Van Degan. Todas ellas. Ay, ¿cómo se llama? ¡Skinner! Eso es. El doctor Skinner. ¿Por qué?

—Llámalo.

—*Mère*, son las tres de la madrugada.

—Dile que soy la señora de William Grenville, la suegra de la señora de William Grenville, Junior. Dile que es una emergencia. Te garantizo que estará aquí en veinte minutos.

—¿Cuándo quieres verlo?

—Dentro de veinte minutos.

—¿Por qué?

—Lo voy a enviar a la casa de Oyster Bay y ponerlo a cargo de ella. Ella no puede, no debe, ingresar en el hospital de Mineola, donde estaría bajo la jurisdicción de la policía del condado de Nassau. El señor Rosenthal y Payson Milbank creen que sería mucho mejor llevarla al Doctors Hospital, aquí, en la ciudad.

—¿Por qué estás haciendo todo esto, *mère*?

—Haz esa llamada, Cordelia.

—Sí, *mère*. ¿Sabías que se pelearon como fieras en la fiesta de Edith Bleeker? ¿Sabías que ella le tiró un vaso e hizo pedazos una de las fuentes Lowestoft de Edith Bleeker? Nos hemos metido en un escándalo, *mère*. Un escándalo terrible.

—Haz esa llamada, Cordelia. Yo lidiaré con Edith Bleeker dentro de unas horas, cuando se levante. Te garantizo que no se sabrá ni una palabra de la pelea.

A Ann le parecía que la fiesta de Edith Bleeker había sucedido hacía mucho mucho tiempo, y no el día anterior, y que su agonía presente había durado mucho más que su infancia, su carrera y su matrimonio y que sería eterna. Desnuda por una vez de artificio y fachada social, en su fragilidad y quietud Ann resultaba tan patética como un bebé abandonado. Parecía no pertenecer a ningún lugar. Asustada y sin techo, dejada atrás la grandiosidad, le aguardaba la incertidumbre.

—Por favor —murmuró.

—¿Qué le pasa? —preguntó la enfermera.

—¿Por qué hay una sirena?

—Es la ambulancia, señora Grenville.

—¿Para mi marido?

—No, señora Grenville. Ya se han llevado el cuer... Ya se han llevado al señor

Grenville.

—¿Es para mí?

—Sí, señora Grenville. La van a llevar al hospital.

—¿Dónde está el doctor Skinner?

—En la sala, hablando con la policía, señora.

—¿Qué es todo ese ruido afuera?

—¿Qué ruido?

—Toda ese gente hablando en el patio.

—Son los medios —dijo la enfermera, satisfecha por conocer aquella nueva acepción de la palabra que entonces estaba entrando en el idioma.

—¿Los qué?

—Los periodistas. Los fotógrafos. Las cámaras de televisión.

—¿Tendré que pasar entre ellos cuando entre en la ambulancia?

—Serán solo unos segundos.

—Hay una cosa que quiero.

—¿Qué es, señora Grenville?

—Cúbrame la cara con una toalla.

—Pero...

—Por favor. —Había un tono implorante en su voz—. No quiero que me saquen una fotografía.

—Quiere que le cubran la cara con una toalla —le dijo Anna Gorman, en voz de mando, desde la esquina de la habitación, donde permanecía de pie.

—Entonces, se la cubrirá usted.

—¿Anna? ¿Eres tú?

—Yo se la pondré, señora.

—¿Dónde están mis joyas?

—¿Sus qué?

—Las joyas que llevé a la fiesta de la señora Bleeker.

—No lo sé, señora.

—Deberían estar en una bolsa, sobre mi tocador.

—Aquí están.

—Dámelas, Anna, quiero llevarlas conmigo.

Lo que Anna Gorman pensó, pero no dijo, ni entonces ni nunca, fue que la señora Grenville había preguntado por sus joyas, pero no por sus hijos.

Aquel par de criaturas heridas observaba desde arriba. Cubierta y tendida, su madre no tuvo que encontrarse con los dos pares de ojos que la miraban desde una ventana. Tendida como una muerta bajo su toalla de lino escuchó los miles de clics de las cámaras y el ruido de los periodistas dándose empujones los unos a los otros a unos centímetros de su camilla para poder ver su forma inerte.

Ella no le había dicho a sus hijos que su padre estaba muerto. Tampoco lo hizo su primo, Tommy Ashcomb, a pesar de haber ido a la casa por ellos. Ni su tía Felicity, a

cuyo domicilio los condujeron finalmente. Fue el detective Kramer, de la policía de Oyster Bay, quien asumió aquel difícil deber.

Desde el mismo momento en el que entró en la casa donde se había cometido el crimen, Kramer empezó a tener la sensación de que otras fuerzas le estaban relevando de una investigación que era suya. Abogados, médicos y pretenciosos parientes del difunto se atribuyeron la capacidad de tomar decisiones y hacer planes sin pasar por él. Aún molesto por no poder interrogar a la señora Grenville —la inyección que le había administrado el doctor Curry, cumpliendo aquel médico las órdenes de vete a saber quién, la había dejado fuera de juego para nada menos que seis horas, de manera que él había perdido la oportunidad de interrogarla en esos momentos de histeria en que las inconsistencias de su relato tantísimo habrían ayudado a su investigación—, al detective Kramer no le impedirían interrogar a los niños Grenville. No se creía la historia de que Ann había confundido a su marido con un intruso.

Mientras Kathleen McBride se preparaba para ir a misa de siete en la iglesia de St. Patrick de Glen Cove, escuchaba las noticias de la mañana en el pequeño transistor que su señora, Edith Bleeker, le había regalado por Navidad. «Esta madrugada, un disparo —decía el locutor— acabó con la vida de William Grenville, Junior, empresario de treinta y cinco años, deportista y propietario del gran caballo de carreras *Tailspin*». Kathleen McBride se quedó sin aliento. «El fiscal del distrito, Sal Scoppettone, del condado de Nassau, ha declarado que el arma fue disparada por la esposa de la víctima, Ann Arden Grenville, de treinta y dos años, quien ha dicho a los investigadores encargados del caso que creyó disparar a un intruso».

Kathleen vio a través de la ventana que el chófer había aparcado la furgoneta para llevar a las criadas a misa. Se sintió dividida entre su deseo de recibir la comunión y su fuerte sentido del deber hacia la señora Bleeker, para quien trabajaba desde hacía veintitrés años. Kathleen sabía todo sobre los jóvenes Grenville, no había un sirviente en aquella casa que no hubiera oído hablar de la pelea que el señor y la señora Grenville habían tenido en la biblioteca, humillando así a la pobre señora Bleeker frente a la duquesa de Windsor, para la cual su señora quería que todo estuviera perfecto, sin mencionar la rotura de la bonita fuente de la señora Bleeker.

—Healey está esperándonos —le llegó la voz de Mary Whelan a través de la puerta.

—Salid sin mí, Mary —respondió Kathleen, quitándose el alfiler del sombrero.

—¿Vas a perderte la misa? —le preguntó Mary, con voz tan consternada que reflejaba su horror de estar siendo testigo de un pecado mortal.

—Id, Mary, iré a misa de once.

A pesar de que la señora Bleeker no se habría despertado antes de las once de la mañana, con tiempo para asistir a la comida que se celebraba en honor de la duquesa

en casa de la señora Slater, Kathleen sabía que podía y debía entrar a oscuras en la habitación de la señora Bleeker y despertarla para darle la noticia de la muerte del señor Grenville. Kathleen recordó aquella otra dramática situación acaecida hacía cinco años en la plantación de Carolina del Sur, cuando tuvo que despertar a la señora Bleeker para decirle que Bratsie había muerto. Qué curioso, pensó, mientras cruzaba los pasillos hasta la habitación de la señora Bleeker, la duquesa también había estado allí aquel fin de semana.

Cuando llegó se encontró, de pie, en la puerta de la habitación, con Dudley, el mayordomo.

—¿Te has enterado? —le preguntó Dudley.

—Algo terrible —respondió Kathleen.

—La policía ha pedido una copia de la lista de invitados que asistieron a la fiesta de anoche —dijo Dudley.

—¿Para qué?

—Quieren interrogar a todos los invitados.

—¿Sobre qué?

—La pelea.

—Dios mío.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede? —les llegó el sonido de la voz dormida de Edith Bleeker.

—Ha ocurrido una tragedia, señora —dijo Kathleen entrando en la habitación.

—Debemos olvidar ese pequeño incidente que anoche protagonizaron ambos en mi biblioteca, con el vaso y la fuente y todo eso —le dijo Edith Bleeker a Jeanne Twombly por teléfono desde su cama—. Kathleen, este café está frío. Discúlpame, Jeanne. He hablado con Alice, pobrecita. Me llamó hace una hora. Ha hablado con el gobernador y con un tal señor Sam Rosenthal y los dos le han aconsejado, por separado, que nos pidiera que no habláramos de esa pelea cuando la policía nos interrogue, por esa razón te he llamado. ¿Sabes qué pasaría si algo así llega a los periódicos? ¿Se lo advertirás a Petal? ¿Y a Tucky? Ya he llamado a Neddie Pavenstedt y va a jugar a golf con lord Cowdray en Piping Rock y se lo dirá. Decid simplemente que estaban hechos el uno para el otro. Bien. Vas a casa de Elsie Slater para el almuerzo, ¿verdad? Te veré allí. ¡Oh! Y Jeanne...

—¿Sí, Edith?

—Ese Basil Plant con quien viniste a casa, el escritor, no hablará, ¿verdad?

—¿Basil? Nunca, querida. Es uno de mis mejores amigos. Confío plenamente en él.

Jeanne Twombly acertaba conmigo. Yo no hablaría con la policía acerca de la pelea que había presenciado entre Ann y Billy Grenville. No malgastaría lo que había visto y oído con la policía. Tenía un libro que escribir.

Durante los días siguientes, todo Nueva York y gran parte del país esperaba, con fascinada impaciencia, las revelaciones que periódicos, radios y televisiones hacían diariamente sobre lo que pronto fue conocido como el caso Grenville. En lugares tan lejanos como Londres, París y Roma, ávidos de nuevos detalles, hombres y mujeres que los habían conocido comentaban, conmocionados, la tragedia. Leyeron el informe del juez de primera instancia sobre el cadáver de William Grenville, Junior, donde se describía minuciosamente la terrible herida que había sufrido, y se asombraron de que hubiera estado agonizando quince minutos. Examinaron los planos de la Casa de Muñecas, vieron la estrechez del distribuidor que separaba las habitaciones de la desgraciada pareja y se preguntaron, entre ellos, cómo era posible que la célebre tiradora que hacía poco había abatido un tigre de Bengala pudiera haber confundido a su marido desnudo con un intruso a una distancia tan corta. ¿Acaso no podría haber sido —se preguntaron, entre ellos— uno de sus hijos a quien hubiera disparado sin haber preguntado antes quién andaba por allí?

Fydor Cassati, el cronista de sociedad amigo de Billy, llevó a la portada del periódico de los Hearst los celos dementes de Ann Grenville. Sus ataques de rabia, escribió, eran capaces de atemorizar hasta el tuétano a un batallón de granaderos británicos. Historias que no había publicado, por el gran afecto que había sentido por Billy, aparecían en negro sobre blanco para que las leyera todo el mundo.

—La gente cree que es culpable y quieren verla juzgada como cualquier otro criminal —le dijo Kay Kay Somerset a Petal Wilson.

A las seis en punto de la mañana, el doctor Sidney Silkwood Skinner se encaminó a la habitación 1010 del Doctors Hospital, de Nueva York y, al llegar a la puerta, entró llamando suavemente para anunciar su presencia. Reparó que durante la noche habían colocado barrotes en las ventanas de la habitación, pero no hizo ningún comentario.

Ann Grenville, que solía siempre dormir hasta mediodía, no estaba en la cama. La señora Grenville estaba sentada en una de las sillas dispuestas para visitas, vestida de calle. Llevaba un sombrero negro, de ala ancha, que ocultaba todo su cabello. En su regazo reposaba un abrigo de astracán negro, un bolso de cocodrilo negro y guantes negros. En sus manos asía un par de gafas de sol oscuras, de las que solían lucir las estrellas de cine cuando querían ir de incógnito. Una taza de café, vacía, reposaba en la mesa junto a ella.

—¿Creen que voy a saltar? —preguntó Ann.

—¿Qué? —preguntó Sidney Skinner aun sabiendo a qué se refería.

—Los barrotes en la ventana.

—Órdenes de la policía —dijo—. Ya sabes que fue difícil sacarte del condado de Nassau.

—¿Has visto alguno de los periódicos?

—No —mintió él—. ¿Estás preparada?

—Sí —respondió Ann.

—¿Has dormido?

Como si ella hubiera advertido que él pensaba que tenía mal aspecto, Ann sacó del bolso su polvera. La abrió y se miró en el espejo. Su piel estaba amarillenta. Incluso cuando ponía su cara de espejo, convencida de que esa era su mejor cara, podía ver que en poquísimo tiempo había envejecido mucho. Se estremeció. En aquel momento su reflejo en el espejo, el mismo aspecto de su madre los últimos años de su vida, fue algo más terrorífico para Ann que la viudez que se desplegaba ante ella.

—No te pongas nada de maquillaje, Ann —le dijo el doctor Skinner en tono poco amable.

—No me voy a poner ningún maquillaje, Sidney —respondió Ann en idéntico tono.

—Lo que les he dicho en recepción es que te llevo a una reunión organizada por el inspector Pennell, del condado de Nassau, en casa de tu suegra.

—¿Habrá prensa afuera?

—Te llevaré en una silla de ruedas por el montacargas hasta el sótano y después por una puerta trasera hasta la calle Ochenta y ocho. Mi coche y mi chófer están allí. ¿Preparada?

Las calles estaban mojadas y oscuras. Durante la mayor parte del trayecto, Ann y Sidney viajaron en silencio. Por la ventana del Lincoln ella fue viendo cómo se apagaban las farolas y empezaban los primeros sonidos de la mañana. Una chica con traje de noche salió de un taxi y, pasando junto a su portero, corrió hasta el interior de su portal antes de que le rozara la luz del día. Hombres con delantales blancos descargaban cestos de naranjas frente al mercado de Gristede. Una pareja joven sacaba el equipaje del fin de semana de la parte trasera de su coche. Se preguntó si había valorado lo suficiente su vida cuando la tuvo a su disposición.

—La puerta de entrada del establecimiento estará abierta —dijo Sidney—, así podrás entrar directamente sin tener que esperar en la calle a que alguien responda.

—Piensas en todo, Sidney —dijo Ann.

—Caruso te estará esperando. Le he pedido que no te hable, que solo haga lo que se tiene que hacer lo antes posible. Ha dicho que necesitará una hora. Cabe la posibilidad de que a las siete y media comiencen a llegar otras clientas, ejecutivas de los grandes almacenes, cuyas citas no ha sido posible cambiar, pero te llevará a una sala privada. Solo te encontrarás con alguien al salir. Entonces, ponte el sombrero y las gafas oscuras. El coche estará aparcado justo frente a la puerta.

—Entiendes por qué hago esto, ¿verdad, Sidney? Quiero decir... ¿Sabes, verdad, que no tiene nada que ver con la vanidad?

—Corres un riesgo tremendo, Ann... La policía no te ha interrogado aún.

—No quiero que se sepa que mi pelo se volvió blanco de la noche a la mañana, Sidney. No quiero que Alice ni Cordelia o ninguna de esas hermanas, ni siquiera la

policía, sepan que mi pelo se volvió blanco de la noche a la mañana.

—Podría interpretarse como un signo de dolor —dijo él.

—Lo interpretarían como un signo de culpa —le corrigió ella.

El doctor Skinner miró hacia otro lado y se preguntó si aquella no era la interpretación que hacía ella misma.

—Y llama a Bergdorf, Cordelia —dijo Alice Grenville—. Habla con Jo Hughes. Necesitaremos sombreros, velos y vestidos negros. Ella sabrá exactamente qué traer. Pídele que traiga todo a casa esta tarde.

—Sí, *mère*.

—Y Grace.

—Sí, *mère*.

—Las doncellas quieren venir al funeral. Se sentarán detrás de la familia, pero en el pasillo lateral.

—Sí, *mère*.

—Asegúrate de que todas tienen sombreros negros. Si no, llama a Altam y encarga cuanto necesiten.

—Sí, *mère*.

—¡Felicity!

—Sí, *mère*.

—Por favor, no mires por la ventana. Uno de esos reporteros te va a fotografiar con un teleobjetivo.

—Lo siento, *mère* —dijo Felicity, cerrando la cortina—. He oído jaleo afuera.

—Quizás sean más flores. O esos horribles periodistas —dijo Alice.

—Se trata del gobernador Milbank —dijo Felicity.

—Ah, Payson, gracias a Dios —dijo Alice.

—¿Sabías que iba a venir el gobernador Milbank? —le preguntó Felicity.

Alice no contestó a su hija.

El gobernador entró en la sala de visitas situada junto al vestíbulo de entrada, donde el ataúd de Billy se había colocado junto a la pared, frente a la chimenea, en el mismo lugar donde había estado colocado el ataúd de su padre. Había arreglos florales a ambos lados y detrás del mismo. El vestíbulo de entrada, bajo la lámpara de araña, también estaba atiborrado de una profusión de flores. El gobernador fue directamente al reclinatorio dispuesto frente al ataúd cerrado, se arrodilló e inclinó su cabeza en gesto de oración. Se levantó y se giró hacia la chimenea, donde Alice Grenville permanecía de pie con sus hijas y sus dos hermanas gemelas.

—Mi querida Alice —dijo—. Cuantísimo lo siento. Me acuerdo tan bien de cuando nació y Woodrow Wilson le escribió una carta de bienvenida a este mundo. ¿Recuerdas?

—Debemos de encontrar esa carta y dársela a Third —les dijo Alice a sus hijas.

El gobernador saludó a las hermanas de Alice y a sus hijas. Miró por encima de la chimenea, hacia el gran retrato de las trillizas pintado hacía más de medio siglo. Alice siguió su mirada.

—Soy la del lazo verde —dijo.

—Sargent, ¿verdad? —preguntó el gobernador—. Maravilloso.

Su misión no era sin embargo admirar los cuadros y, siendo gobernador, su tiempo era precioso. Miró a Alice y, sabiendo ella con un pequeño gesto que el gobernador quería hablar en privado, lo cogió por el brazo y lo condujo al vestíbulo de entrada.

—Hay gente en todos lados —le dijo—. Todas las habitaciones están llenas. A toda hora aparecen familiares llegados de todas partes. Quizás arriba, en mi cuarto. Allí no habrá nadie.

—Bien —dijo el gobernador.

—Cahill. —Alice llamó al mayordomo.

—Sí, señora.

—Encárgate de que las secretarias escriban en todas las tarjetas quiénes envían las flores y que lo anoten en el libro que he dejado sobre la mesa de la entrada.

—Sí, señora.

—Esta casa tiene el primer ascensor privado de Nueva York, Payson —le dijo Alice Grenville.

—Subamos los tres tramos de escaleras, Alice.

—Nos estamos haciendo viejos, Payson.

—Aún nos quedan treinta años a ti y a mí, Alice. Quizás más —respondió el gobernador.

Se sentaron en su habitación, lejos de la cama con dosel verde, en dos sillas tapizadas de *chintz* dispuestas bajo el cuadro de Constable de la catedral de Salisbury.

—Nunca sabes qué hacer cuando tus hijos te traen a casa a esas gentes de medio pelo y te dicen que se han enamorado. Quieres gritar para avisarlos, lo más alto que puedas: ¡No, no, no, no, no, no puede ser! Todo esto no podía acabar más que en desastre.

—Debes comprenderlo, Alice —dijo el gobernador—. Un caso como este es el sueño de un abogado penalista. Se forjará una reputación a nivel nacional. ¿Qué le resulta más fascinante al público americano que un crimen protagonizado por ricos y poderosos? Mira los periódicos. Escucha la radio. Mira la televisión. El país está consumido por la curiosidad.

—Acabó con la vida de mi único hijo, Payson.

—Y, para salvar la suya, lo volverán a matar —respondió el gobernador, cogiendo su mano para confortarla.

—No te comprendo...

—Llevarán a juicio a tu hijo. Todos los trapos sucios de su matrimonio saldrán a la luz. Hurgarán en cualquier detalle perverso de su carácter... Sus infidelidades, su

relación con la bebida, sus juegos sexuales, cuándo acostumbraba a ir al baño, todo.

—Oh, Dios mío.

—Sí.

—¿Qué estás sugiriendo?

—Respáldala.

—Debes de estar loco.

—Créete esa historia suya sobre el intruso.

—Esa mujer mató a mi Billy.

—Abrázala para que todo el mundo lo vea.

—Pero es culpable.

—La compasión cambiará de bando. Ya verás. En unos pocos meses, cuando la consternación por esta terrible tragedia haya pasado, empezarán a olvidar y, entonces, será la tragedia de Ann la que la reemplazará.

—La corista de Kansas y el hijo del millonario.

—Exactamente. A su tiempo, empezarán a esperar que gane ella, no tú.

—Es tan injusto.

—El proceso de curación no puede empezar con un juicio sobrevolando sobre ti como una nube oscura y maligna. Y, además, tampoco ganarías nada. Que Ann terminara en la cárcel solo marcaría a los niños más de lo que ya están.

—¿Sabes qué supondrá eso, Payson? Nos ligará a esa mujer con más fuerza que si hubiera nacido como una de los nuestros.

Sidney Skinner irrumpió en la habitación 1010, radiante por las buenas noticias. Desde su cama, la envejecida Ann Grenville se giró despacio para mirarlo. En sus manos tenía un periódico que había conseguido sobornando a una enfermera. Contenía detalles muy gráficos del asesinato. Toda su vida había querido ser famosa y ya lo era, pero la fama que finalmente había alcanzado no era la fama que tantísimo había anhelado.

—Tengo buenas noticias, Ann —exclamó el doctor al tiempo que vio el periódico prohibido sobre la cama—. Me acaba de llamar Sam Rosenthal.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—¡Han encontrado al intruso!

Ann lo miró fijamente, incapaz de creer lo que estaba escuchando.

—Todo como tú contaste. Había un intruso y lo han encontrado —dijo Sidney.

Quería y temía saber qué habría contado el intruso. Quería que Sidney continuara. Él, por su lado, se preguntó si ella no estaría demasiado sedada como para asimilar las buenas noticias que le estaba dando.

—No puedo creer las terribles cosas que Fydor Cassati ha escrito sobre mí en su columna —dijo.

—No importa Fydor Cassati —dijo Sidney Skinner—. Lo que importa es que han

cogido al intruso.

Cuando Alice Grenville colgó el teléfono después de hablar con Iphigene Sulzberger, cuya familia era propietaria de *The New York Times*, y con Betsy Whitney, cuyo esposo poseía *The New York Herald Tribune*, llamó a Millicent Hearst, separada desde hacía tiempo de William Randolph Hearst, el magnate de la prensa, para quien Fydor Cassati era toda una estrella por estar haciéndoles vender más periódicos que nadie gracias a su cobertura diaria del caso Grenville.

—Millicent —dijo.

—Oh, Alice, querida mía, siento tanto tu terrible tragedia —respondió Millicent Hearst. Aquella belleza que antaño había sido corista había sido conquistada por la alta sociedad neoyorquina. Mientras su marido retozaba con la actriz Marion Davies y le construía castillos en el Oeste, ella, madre de sus cinco hijos, disfrutaba del homenaje que se le rendía en las crónicas de sociedad de los periódicos de su esposo—. Coincidí con Billy hace apenas unas semanas, en el baile de Belmont, y lo vi exultante, feliz con todo el gran éxito que estaba teniendo en las carreras. Me duele muchísimo imaginarte sufriendo tanto.

—Sí —respondió la madre del asesinado Billy Grenville—. Gracias, Millicent.

Deseosa de acabar rápido con las condolencias, dejó que se explayara a fin de prepararla para el favor que iba a pedirle. Nunca había invitado a Millicent Hearst a ninguna de sus fiestas, ni había contribuido al Fondo de la Leche, la institución benéfica más querida por Millicent, pero en aquel momento decidió hacer ambas cosas si conseguía su propósito.

—La razón por la que te estoy llamando, Millicent, es Fydor Cassati —dijo Alice, yendo directa al grano—. Mi hijo lo apreciaba mucho y, la verdad, es una persona encantadora, pero tenemos la sensación de que sus últimas crónicas, desde que Billy murió, han sido excesivas e injustas.

—Pero Fydor adoraba a Billy —protestó Millicent.

—Y al parecer no adoraba a Ann —respondió Alice.

—Pero yo no tengo potestad para decirle qué debe escribir o no en sus columnas —dijo Millicent.

—Tonterías —dijo Alice, con firmeza—. Tu marido es el dueño del diario. Por favor, Millicent, haz que pare. Lo que pasó el sábado por la noche en Oyster Bay fue un accidente y sus crónicas están insinuando que mi nuera disparó a mi hijo a propósito.

—Willie es el propietario del diario, Alice, yo no tengo voz alguna —dijo de nuevo.

—No es así —perseveró Alice Grenville—. Tú le conseguiste el trabajo a Fydor después de todo aquel desagradable asunto ocurrido en Washington, cuando estuvieron a punto de emplumarle, como también tú le conseguiste el trabajo a Elsa

Maxwell. Y a Corina Wright. Todos ellos harían cualquier cosa por ti. ¡Haz que paren! Y, ah, Millicent, cuando finalice el tiempo de luto, mis hijas y yo asistiremos a tu próxima fiesta benéfica para el Fondo de la Leche y contribuiremos generosamente al mismo.

—¡No sabía que estaba cargada! —exclamó Kay Kay Somerset, muerta de la risa.

—¡Kay Kay! —dijo Petal Wilson, retocándose su maquillaje frente al espejo del cuarto de baño de señoras de El Morocco.

—Aún podría haber sido peor... —continuó Kay Kay, repasándose el pintalabios en el mismo espejo.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Petal.

—Podría haber matado a *Tailspin* —respondió Kay Kay, de nuevo muerta de la risa.

—¡Kay Kay!

—Billy le contó a Brenda que había cambiado su testamento.

—¡No!

—Y...

—Continúa, me tienes en ascuas.

—Ni una palabra a nadie sobre esto, ¿prometido?

—Por mi vida, querida.

—Dijo que los niños se quedarían con todo, dejando a Ann fuera por completo.

—¿Cómo podía hacer eso? Bienes gananciales, usufructo de viuda y todo eso...

—Él la había descubierto. Había decidido divorciarse de ella.

—¿Cuánto le dejo de propina? —susurró Petal con un gesto dirigido a la señora que atendía el baño.

—Un cuarto de dólar es más que suficiente —dijo Kay Kay.

—¿Vas a ir al funeral?

—Naturalmente, querida, es el funeral de la década.

Todavía aturdida después de haber dormido inducida por los sedantes, Ann Grenville planeaba el funeral de su esposo. Quería llevar un velo negro y el vestido Mainbocher negro de la última temporada, adornado únicamente con una vuelta de perlas y el broche de diamantes circular que Billy le había regalado antes de casarse. Quería llevar las uñas arregladas, pero sin color: Blanchette podría ir al hospital a hacérselas. Solamente luciría, decidió, su anillo de casada. Su anillo de prometida era demasiado grande. Se sentaría en la sala de visitas situada junto al vestíbulo de entrada de la casa de su suegra, en la Quinta Avenida, para rezar antes de que los portadores metieran el féretro en el coche fúnebre que lo conduciría a la iglesia de St. James para el oficio. Por su cabeza pasaron los nombres de quienes Ann quería que cargaran el ataúd de su

esposo.

—¡El himno! —gritó, súbitamente.

—¿Qué? —preguntó la señorita Toomey, la enfermera, hasta entonces medio dormida en una silla colocada en una esquina de la habitación a oscuras.

—¿Cuál era el título de aquel himno?

—¿Qué himno, señora Grenville?

—El de Groton. Ese himno. El himno que tanto le gustaba a Billy.

—No lo sé, señora Grenville.

—Sobre Dios y el honor, esas cosas.

—Ah.

—Quiero que lo canten durante la misa.

—Sí, señora.

—La duquesa vendrá en breve —les anunció Cecil, el mayordomo, al inspector Stanley Pennell y al detective Kramer en el salón de la recargada *suite* de la duquesa de Windsor en la planta vigésimo octava de las torres Waldorf. Había flores de distintas variedades y alturas pero de una misma gama de color por todas partes. Como si Constance Spry, su florista, les hubiera aconsejado a los que se las regalaban que la duquesa, esa temporada, se inclinaba por el amarillo y el blanco. Los tarjetones de varias invitaciones se apoyaban en el espejo que había sobre la chimenea.

—¿Cómo la llamamos? —susurró el detective Kramer al inspector Pennell, mirando aquel barroco mobiliario dorado.

—Debería habérselo preguntado a Cecil —susurró como respuesta el inspector Pennell.

Tres perros de raza carlina ladraban y aullaban a los intrusos.

—Detesto a estos jodidos perritos —murmuró el detective Kramer.

—Chsss... —dijo el inspector Pennell.

Dos de los perros, exhaustos, se retiraron a sus cestos de bambú, haciéndose un ovillo sobre sus respectivos cojines bordados con sus nombres. El tercero continuó molestando al inspector y su ayudante, haciéndoles saber que aquella visita a su ama, por muy oficial que fuera, era inapropiada.

—¡*Disraeli*, tú, niño malcriado! —le gritó la duquesa de Windsor a su perro mientras entraba en la habitación—. Debe disculpar a esta bestia traviesa, inspector. Solo está protegiendo a su mami. ¿A que sí, niño malcriado? Sí, malcriado. Besitos, besitos. Sí. Ahora te vas a tu cesto y te acuestas. Oh, por favor, tomen asiento. Detective Kramer, ¿querría un cigarrillo? —le preguntó, abriendo una caja de oro con un sello real, ofreciéndosela—. ¿O una bebida?

Su poderosísima fuerza llenaba por completo la habitación. Nubes de perfume caro rodeaban su figura. Los pendientes, la pulsera, el broche y los anillos conjuntaban. Se sentó y, en una postura perfecta, con un gesto, se dirigió hacia ellos,

como si ella estuviera bajo su poder, aunque ellos sabían, como sabía ella, que eran ellos quienes estaban bajo el suyo.

—Estamos aquí, eh, duquesa, debido al... triste...

—Sí, sí, lo sé —dijo—. Qué suceso tan triste. Pobre Alice Grenville, su madre. Una vieja amiga. He hablado con ella hoy. Está afligida con tamaña tragedia.

—Imagino que usted habló con el señor y la señora Grenville la noche de la fiesta... —dijo el inspector Pennell.

—Sí, hablé con ellos. Y él estaba de muy buen humor. Saben de los éxitos de su caballo, *Tailspin*, ¿verdad? Sí, estaba muy emocionado.

—Tiene una llamada, su excelencia —dijo el mayordomo.

—No, no, ahora no puedo, Cecil. ¿No ves que tengo al inspector?

—Es la señora Bleeker, su excelencia.

—¿Me disculpa, inspector? Debo atender a esta llamada. ¿Podrías preguntarles de nuevo, Cecil, si querrían tomar algo? Hola, Edith. Sí, querida. Naturalmente. Ahora están aquí. Sí. Ajá. Bien. Ahora, sobre esta noche. Me recoge el encantador Jimmy Donahue. Nos pasaremos por la casa de Thelma Foy un minuto para tomar un cóctel. Estarán los Stamirsky, tengo ganas de volver a verlos. No creo que se necesite vestido largo, ¿verdad?, dadas las circunstancias. Bien. Después pasaremos por casa de la pobre Alice. Y más tarde nos encontraremos con Serge Obolensky para cenar. Serge ha pensado en ir a Maud Chez Elle. Un lugar tranquilo. Le he dicho a Kay Kay Somerset que a El Morocco no hasta que se haya celebrado el funeral. Órdenes estrictas de David. Ahora, sobre el funeral. ¿Quieres que vayamos juntas? Bien. Estaré preparada. Y después hay un almuerzo en casa de Kitty Miller. Sí, sí, no me olvidaré. Insiste en ello una vez más. Bien. Bien. Adiós. Edith... Lo siento, inspector. Discúlpeme. Oh, mira qué hora es. ¿Ha llegado el peluquero, Cecil? Una enorme tragedia. Estaban hechos el uno para el otro, inspector.

El detective Kramer anotó en su bloc las palabras «estaban hechos el uno para el otro» y asintió lentamente.

—¿Cuál es su impresión sobre la señora Grenville, duquesa? —preguntó el inspector.

—¿Alice Grenville? —preguntó la duquesa.

—No, quiero decir, Ann Grenville —respondió el inspector Pennell.

—Ah, Ann —sintió el deseo de decir que Billy Grenville le había dicho a Brenda Frazier la noche de los disparos que había cambiado su testamento, excluyendo a Ann, pero se contuvo—. No he conocido a nadie tan capaz como Ann Grenville para reunir a las personas más variadas en un ambiente divertido, ligero pero perfecto —les dijo, en cambio, a los perplejos detectives—. Mezcla a la gente como si hiciera un cóctel y el resultado es absolutamente genial.

—Sí, señora. Gracias señora —dijo el inspector Pennell.

La edición vespertina de los diarios citaron al inspector Pennell diciendo que la duquesa de Windsor había dicho que los Grenville estaban hechos el uno para el otro.

Elsa Maxwell, picada aún por no haber sido invitada a la fiesta de Edith Bleeker y haberse perdido la que habría sido la gran exclusiva de su carrera, restó importancia a la declaración de la duquesa, calificándola de «extremadamente extraña», ya que escribió: «Todo el mundo que es alguien sabía que Billy y Ann Grenville tuvieron detectives espiándose el uno al otro durante meses».

—Alguna de nosotras debería ir al hospital antes del funeral para que la prensa no sospeche que no nos creemos su historia —dijo Alice Grenville, repasando al mismo tiempo la lista de los portadores del féretro con sus hijas. Tachó uno de los nombres de la lista—. No quiero a Neddie Pavenstedt como portador.

—*Mère*, fue el compañero de dormitorio de Billy en Groton y en Harvard y es el número dos en el banco de papá —dijo Cordelia.

—Y tuvo una aventura con la mujer de Billy —respondió Alice—. Las hijas, pasmadas, miraron a su madre.

—¿Cómo sabes eso, *mère*? —le preguntó Cordelia.

—Lo sé —dijo Alice—. ¿Quién de vosotras va a ir al hospital?

—Yo no —dijo Felicity—. Ella no me gusta. Nunca me ha gustado. Y fui la única en la familia, aparte de ti, *mère*, que le dejó perfectamente clara su posición a Billy.

—¿Grace?

—Yo tampoco. La manera en la que me sacó de la granja fue odiosa. Billy jamás había sentido tanta vergüenza en su vida.

—¿Rosamond?

—No vivo en este país. Apenas la conozco, *mère*.

—Supongo que me toca a mí, *mère* —dijo Cordelia.

—¿Te molesta?

—Preguntará por ti. Siempre te temió. ¿Qué le digo? —preguntó Cordelia.

—Quizás deberíamos enviar algunas de estas flores a los pabellones infantiles de los hospitales —respondió Alice—. Hay tantas que ya están poniéndolas por las escaleras. El aroma es demasiado intenso. Odio las flores baratas. ¿Por qué siempre ponen flores baratas en los arreglos funerarios?

—*Mère* ha recibido las condolencias del presidente Eisenhower y la primera dama —dijo Cordelia, tratando de sacar algún tema de conversación, horrorizada ante la visión que ofrecía su cuñada en la cama del hospital—. Y el gobernador Milbank nos hizo una visita. Y las cartas, los telegramas y las flores están llegando a centenares todos los días. La secretaria de Billy está en casa de *mère*, tratando de responder a todos y el banco se ha comportado maravillosamente al enviar secretarías para ayudarnos. No hay espacio para más flores y *mère* las ha enviado a los pabellones infantiles de los hospitales de Nueva York. El servicio está desolado. El pobre Cahill

se ha puesto enfermo. Es muy mayor, ya sabes.

—¿Dónde está mi correo? —preguntó Ann.

—¿Qué correo? —respondió Cordelia.

—Mis cartas de pésame. Al fin y al cabo, yo soy la viuda y lo único que escucho es que llegan cientos de mensajes todos los días a casa de tu madre para tu madre. ¿Qué pasa conmigo? Aquello fue un accidente. Han cogido al intruso. ¿No hay nadie que sienta pena por mí?

Cordelia, azorada, enrojeció.

—¿Hay algún mensaje telefónico para mí? —preguntó Ann.

—Un tal Claud Mertens llamó desde Detroit —respondió Cordelia.

Ann yacía, inmóvil, en la cama. No se le movió ni un músculo que reflejara que había oído el nombre que Cordelia le había mencionado.

—Dijo que era tu padre —continuó Cordelia.

—Mi padre está muerto —dijo Ann, moviendo la cabeza con un gesto desdeñoso.

—Un tal señor Billy Bob Veblen, de Pittsburg, Kansas.

—No sé quién es.

—Dijo que...

—Chiflados —la interrumpió Ann y, aunque se trataba de una palabra que nunca había utilizado hasta entonces, la repitió de nuevo—. Chiflados. Hay personas que se sienten atraídas por el *glamour* negativo de... —dijo haciendo una pausa para encontrar la palabra— esta trágica situación. ¿Ha llamado Bertie Lightfoot?

—No. Babette Van Degan sí llamó —dijo Cordelia.

—Oh, Babette —dijo Ann. Era el primer nombre que le interesaba. Pensó en Babette con afecto y recordó su amistad de antaño—. Me gustaría ver a Babette.

—La llamaré y se lo diré —dijo Cordelia, levantándose de la silla para irse.

—¿Hay un policía en mi puerta? —preguntó Ann.

—Sí —respondió Cordelia.

—¿Hay periodistas en la puerta del hospital?

—Sí.

—¿Qué les dirás?

—No lo sé.

—Háblame de tu madre.

—¿*Mère*? ¿Qué quieres saber?

—No me ha dicho nada.

—Un funeral exige muchos preparativos. *Mère* está ocupada en ellos. Dicen que será multitudinario.

—¿Iremos ella y yo en el mismo coche hacia el funeral? —preguntó Ann.

Cordelia, pasmada, miró a la mujer de la cama.

—¿No estarás pensando ir al funeral, Ann?

—¿Por qué no?

—Mi madre ha llegado hasta el presidente de Estados Unidos para lograr que la

policía no te interrogue, Ann, hasta que se dé con un relato de los hechos que resulte coherente. Tienen a tu doctor Skinner diciéndole a la policía que estás tan histérica por el dolor que te tiene que sedar y que en ese estado no te pueden hacer preguntas. Si estás lo suficientemente bien como para ir al funeral, dirán que estás lo suficientemente bien como para ver a la policía.

Ann se tapó el rostro con las manos y empezó a llorar de forma incontrolable, enormes y agitados sollozos. La señorita Toomey, que había salido de la habitación al llegar Cordelia, regresó al instante. Cordelia cogió sus guantes y su bolso en silencio y se marchó.

Charles, el chófer de su madre, mantenía abierta la puerta trasera de la limusina Packard de su madre mientras Cordelia avanzaba a través de los reporteros que esperaban en el exterior del hospital.

—La pobre ha pasado y está pasando unos momentos terribles —dijo Cordelia a los periodistas que le lanzaban preguntas.

Desde el interior del coche, con la puerta ya cerrada, los observó mirándola fijamente, sacándole fotografías. «¿Qué ha hecho esta mujer con nuestras vidas? —se preguntó—. Nos hemos convertido en esos personajes que salen en los tabloides». En ese instante, le asaltó un pensamiento que Cordelia no se atrevería a decir en voz alta ni a sus hermanas... «Si Ann se suicidara. Todo mejoraría. Se acabaría».

A Ann le dolió saber que las personas que llevarían el ataúd de Billy ya habían sido escogidas sin su aprobación. Al no permitírsele asistir al funeral, sintió aquello que más detestaba, que la estaban dejando de lado. Sin embargo, insistió en tener un papel en el mismo y el doctor Skinner comunicó a la familia las instrucciones que le había dictado la viuda. Quería que se cantara el himno favorito de Billy que en vida le recordaba a los años pasados en Groton y quería que las flores que cubrirían el ataúd fuesen las suyas. Un manto enorme de claveles rojos y naranjas, los colores de las cuerdas Grenville, llegaron a casa de Alice Grenville la mañana del funeral para reemplazar la vara de orquídeas blancas de Alice y sus hijas. En letras doradas, de papel, pegadas en una cinta cortada y un lazo, se leía: «Para Pa, siempre te querré, Ma». El doctor Skinner explicó a la familia que «Pa» y «Ma» eran los apodos que Billy y Anne se pusieron el uno al otro cuando se convirtieron en padres. Alice Grenville miró al frente. Las hermanas se miraron las unas a las otras, pero no dijeron nada. Ninguna de ellas recordaba haber escuchado jamás a Ann llamar «Pa» a Billy ni a Billy llamarle «Ma» a Ann.

El día del funeral de Billy Grenville las banderas del Brook Club, el Knickerbocker Club y el Racquet Club ondearon a media asta. A medida que los largos coches negros del cortejo fúnebre se detenían a las puertas de la iglesia de St. James, donde los Grenville habían rendido culto durante cincuenta años, sus ocupantes se asombraban al ver a las miles de personas alineadas en la avenida

Madison para contemplar la procesión.

—Mira, ahí está todo el personal de Edith Bleeker —les dijo Felicity a sus hermanas, mirando por la ventana de su limusina.

—Dicen que todos los criados del Upper East Side han tenido la mañana libre —dijo el marido de Felicity.

—Uno de los policías que estaba fuera de la casa ha dicho que es el funeral más multitudinario que se ha celebrado en Nueva York desde el de la estrella de fútbol Babe Ruth en 1948 —dijo Grace.

—Pobre Billy, ¡cuánto le habría asqueado! —dijo Cordelia.

—Escuchad lo que dice el *Times* de esta mañana —dijo el marido de Felicity, leyendo—: «A lo largo de este siglo no se habían combinado las circunstancias necesarias para producir un asesinato tan sensacional, una tragedia que implica a gentes de gran riqueza con la meteórica carrera de una pobre chica llevada a la cima de la fama y elementos misteriosos que persistirán hasta que el gran jurado determine si hay o no delito que juzgar».

—Guarda ese diario, Dexter —dijo Felicity.

—Mira a *mère* —dijo Cordelia.

Se hizo un silencio entre la multitud cuando Alice Grenville, erguida y digna en su traje de luto, emergió de la primera limusina con la ayuda de su chófer. Se detuvo a hablar con Alfred Twombly, el gran amigo de Billy, uno de los portadores del féretro, y después subió las escaleras de la iglesia con su nieta, Diantha, a un lado, y su nieto, William Grenville, a otro.

En un banco situado detrás de la familia, afligida, rota, solo ella sabedora del alcance de su pena, se sentó Esme Bland, recién llegada de vacaciones, bronceada entre los rostros blancos de noviembre.

Más tarde, después del panegírico del reverendo doctor Kinsolving, después de los himnos y las oraciones, después de la salida de la iglesia mientras el organista tocaba *El himno de la batalla de la República*, en la parcela propiedad de la familia Grenville del cementerio de Woodlawn, cercana a las tumbas de los Vanderbilt y los Whitney y de otras grandes familias de Nueva York, el cuerpo de William Grenville, Junior, fue enterrado para su descanso eterno en una tumba señalada por crisantemos y claveles.

Aun sedada, Ann era capaz de advertir ciertas cosas. Advirtió que el papel que envolvía las rosas amarillas que Babette Van Degan le había llevado había sido apretado con fuerza por unos dedos nerviosos. Percibió, más allá del aliento perfumado con menta de Babette, el olor a ginebra, que supo había sido engullida para reunir valor para aquel encuentro. ¿Así reaccionará la gente al verme a partir de ahora?, se preguntó Ann, observando a la única persona a quien le había sido permitido entrar en aquella habitación estrechamente vigilada, sin contar a Cordelia,

el doctor Skinner ni Sam Rosenthal.

Babette se entretuvo en el baño llenando un jarrón con agua donde metió de cualquier manera, la docena y media de rosas, cortándose un dedo con una espina en el proceso.

—¡Mierda! —exclamó, con dolor exagerado, y se envolvió el dedo sangrante con papel higiénico.

Ese momento relajó a las dos viejas amigas y Babette dejó caer su enorme abrigo de visón sobre una silla. Arrastrando otra hasta un lado de la cama, empezaron a hablar. Además de lo que había leído en los pocos diarios que le permitían leer, Ann no sabía nada sobre el funeral celebrado el día anterior.

—No había ni un hueco. Incluso la zona del coro estaba llena y había tantas flores que no había suficiente espacio en el altar mayor.

—¿Qué flores pusieron sobre el féretro? —preguntó Ann, temerosa de que no hubieran cumplido sus instrucciones.

—Horrorosas. Claveles rojos y naranjas. Como algo que le pondrías a un caballo después de una carrera —respondió Babette—. Después, todo el mundo que no iba a la comida que Kitty Miller había organizado en honor de la duquesa de Windsor hizo cola en los bares del Westbury y el Carlyle. Solamente la familia fue al cementerio.

—¿Se encontraba allí Simonetta d'Este?

—Simonetta d'Este está en Italia.

—¿Italia? ¿Cuánto tiempo lleva en Italia?

—Un par de semanas. Me lo comentó Fydor Cassati.

Si Simonetta d'Este estaba en Italia la noche del sábado, ¿con quién había hablado Billy por teléfono durante la fiesta de Edith Bleeker?, se preguntó Ann. Si no hubiera estallado como estalló, quizás no habría desatado los terribles eventos que más tarde sucedieron.

—Babette, dime algo.

—Si puedo.

—¿Qué dice la gente sobre mí?

—Dicen que te peleaste con Billy en casa de Edith Bleeker.

—¿Alguna cosa más?

—En El Morocco dicen que Billy te desheredó —dijo Babette.

—¿Quién dice eso? —preguntó Ann, secamente.

—Ellas.

—¿Quiénes son ellas?

—Las asistentas del lavabo de señoras.

—Tú me crees, ¿verdad, Babette? Lo del intruso.

Babette miró a Ann.

—Claro, chica —respondió.

—No sé de quién tengo más miedo, Babette, si de la policía o de mi suegra.

—Tu vida, Ann, ¿puede soportar un escrutinio exhaustivo? —le preguntó Sam Rosenthal.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ann desde la cama de su hospital sabiendo perfectamente lo que quería decir.

—Sí sabes qué quiero decir —dijo Sam. Ann estaba empezando a vislumbrar en él ese lado duro suyo del cual había oído hablar—. ¿Hay infidelidades?

—No creo que tenga que contestar a eso —dijo ella, indignada, como si fuera una situación en la que ella estuviera al mando.

—Por favor, debes saber que no me intimidan tu arrogancia ni tu altanería, señora Grenville. —Aquel uso de su nombre completo no le pasó desapercibido a Ann—. Tampoco le intimidarán al fiscal si logra sentarte en el banquillo.

Ann movió la cabeza a un lado, aterrorizada. De sus ojos brotaron las lágrimas. Estaba abrumada ante la perspectiva de tener que enfrentarse a interrogatorios de la policía o a un juicio. Cuando Sam Rosenthal continuó, su voz era más amable.

—Debes recordar que estoy de tu lado y que es mi trabajo prepararte para lo peor, señora Grenville.

Ella asintió.

—Llámame Ann otra vez —le dijo.

—Tu vida, Ann, ¿puede soportar un escrutinio exhaustivo? —repitió.

—¿Qué vida puede soportarlo? —respondió, en un tono conciliador.

—Ahora únicamente me interesa la tuya.

—¿Has... has estado oyendo cosas sobre mí?

—Sí.

—¿De quién?

—De varios invitados de la señora Bleeker.

—Eso no es cierto. Los invitados de la señora Bleeker fueron unánimes al describirnos a mí y a mi esposo como hechos el uno para el otro. Lo he leído en el diario.

—Y así es.

—Entonces, ¿de qué estás hablando?

—Eso es lo que contestaron al inspector Pennell y al detective Kramer cuando se lo preguntaron, pero muchos de ellos escribieron de manera anónima cartas al inspector Pennell diciendo que habían sido presionados para hacer esas declaraciones.

Al observar detenidamente aquella habitación sin flores, a Ann se le ocurrió que debería pedir que le llevaran fotografías de sus hijos. Se sirvió un vaso de agua de la garrafa de la mesilla de noche del hospital y bebió al tiempo que miraba, más allá de la ventana, a una barcaza en el East River. Especuló sobre quién había escrito las cartas anónimas. Kay Kay Somerset, imaginó. Basil Plant. Varios nombres pasaron por su cabeza.

Finalmente, habló:

—¿Y has dicho que se trataba de cartas anónimas?

—Sí, no podrían presentarse como pruebas en un juicio, pero en esas cartas hay datos cuya pista bien pueden seguir.

—¿Qué tipo de datos?

—Nombres de hombres que han sido tus amantes.

—¿Qué hombres?

—Alí Khan. El vizconde Kingswood. Edward Pavenstedt.

Ann continuó mirando por la ventana. Estaba aliviada de que el nombre de Billy Bob Veblen no estropeará la magnificencia de aquella lista.

—Imagínate los titulares —dijo, como toda respuesta, todavía sin mirarlo.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

—¿Estamos hablando de adulterio, Sam?

—Sí.

—¿Qué pasa con Simonetta d'Este? ¿O con ese ratoncito de Esme Bland? ¿O de una cierta señorita Winifred Plegg, también conocida como Bootsie, que tiene un local donde ofrece distintos servicios para satisfacer los gustos más extraños en la avenida West End con la calle Noventa y uno?

—¿Has estado ahí, Ann?

—Solo voy al West End cuando viajo a Europa —respondió.

Sam Rosenthal cogió su sombrero y se puso el abrigo.

—Sam —le dijo—. Es muy tonto por parte de la policía investigar la vida conyugal que teníamos mi marido y yo. En la vida conyugal de cualquier conocido de la orilla norte encontrarán razones para el asesinato.

—No trates de impresionarme con lo estupenda que eres. Me interesa la otra parte de tu vida, la parte que dejaste atrás, la parte sobre la cual la gente dice que nunca hablas. ¿Tienes secretos oscuros, Ann?

—No —respondió ella.

Con la inesperada entrada de Alice Grenville cesó toda actividad. Alta, erguida, su sombrero cubierto con los velos del duelo, tomó posesión de la habitación, un recordatorio en persona de la tragedia que todavía tenía absorta a la ciudad. La señorita Toomey, sin decir una palabra, abandonó su tarea de cambiar las fundas de las almohadas y se retiró al pasillo de fuera.

Ann, desprevenida, parecía un fantasma. Delgada y consumida, rayaba la vulgaridad. Su cabello, a menudo descrito como la cúspide de su gloria, le pareció a Alice Grenville lacio e incluso teñido. Alice se preguntó, como se lo había preguntado muchísimas veces, cuál era la verdadera edad de su nuera. Aunque Ann aseguraba ser más joven, Alice estaba segura de que debía de ser mayor que Billy, pero aquel no era el mejor momento para hacer especulaciones.

—¿Cómo te encuentras, Ann? —le preguntó Alice finalmente.

No hizo amago de sentarse. Aquella sería una visita rápida.

—Oh, *mère* —dijo Ann. Sus ojos, que parecían que hubieran estado llorando toda una semana, se llenaron de lágrimas. Más que a nadie, Ann Grenville temía a su suegra—. Oh, *mère*, lo siento tanto. He temido este momento, tener que hacerte frente. Sé cuánto lo querías, tu único hijo, créeme, yo también lo quería. Fue un accidente, *mère*, te lo juro, lo que pasó fue un accidente. Es verdad lo que dicen, que discutimos en casa de Edith, pero todas las parejas discuten. Rondaba un intruso, *mère*. Y teníamos armas. Fue Billy quien insistió en que nos fuéramos a dormir con armas en nuestras habitaciones. Incluso me dijo: «Si oyes algo, dispara primero y pregunta después». Déjame que te cuente exactamente lo que pasó.

Alice Grenville se levantó el velo de su rostro, se quitó el sombrero y lo colocó, junto a su bolso, a los pies de la cama de Ann.

—Sé lo que pasó —dijo—, pero he decidido creer en tu historia. Voy a apoyarte desde hoy hasta el día que muera y también lo harán mis hijas. Serás bienvenida a mi casa y a sus casas. Estamos dispuestas a asumir que esta tragedia ha sido el accidente que tú aseguras que fue.

Ann, sin palabras, miró fijamente a Alice.

—¿Por qué? ¿Te estás preguntando por qué, Ann? No quiero que seas juzgada por haber asesinado a mi hijo. No quiero que los trapos sucios de tu matrimonio se hagan públicos. Quiero que los titulares de este escándalo acaben. Y, por encima de todo, no quiero que mis nietos, ya profundamente dañados, soporten la vergüenza de crecer con una madre en la cárcel.

—*Mère* —susurró Ann.

—El testamento de mi hijo no se ha leído aún, pero en todas las fiestas que se celebran en la ciudad se especula, y yo creo que es cierto, viniendo del señor Mendenhall del banco, que mi hijo te desheredó antes de morir. Si eso es verdad, estoy dispuesta, con mi propio dinero, a llegar a un acuerdo contigo por lo que habrías recibido de él antes de que te apartara del mismo.

—El dinero no me importa —dijo Ann.

—Claro que te importa el dinero —dijo Alice, impaciente—. Si hay una cosa en la que has sido eminentemente práctica, Ann, es en el dinero. Siempre he sentido que tu amor por mi hijo empezó en el momento en el que entraste en mi casa por primera vez y viste de dónde procedía y cómo vivía tu apuesto alférez.

Tras haber recibido la absolución, Ann no estaba en posición de dar una réplica a aquel comentario. Y, al recordar el pasado, sabía que aquello era verdad.

—Todo con condiciones —dijo Alice.

—¿Condiciones?

—Cosas que quiero a cambio.

—¿Cómo qué?

—Que nunca, nunca, hasta el resto de tus días, hables con un periodista o con un escritor, ni siquiera con un amigo, de lo que ocurrió en Oyster Bay el pasado sábado por la noche.

—Me parece perfecto —murmuró Ann.

—Hasta que estés en la tumba mantendrás tu historia.

—Ojalá creyeras mi historia, *mère*.

—La creo.

—No, yo quiero decir... de corazón.

—Estoy intentándolo.

—¿Te he mentado alguna vez, *mère*? —preguntó Ann.

—Sí, me has mentado —respondió Alice, con calma, mirándola a los ojos sin retarla, tan segura estaba de su posición.

—¿Cuándo? —insistió Ann—. Dame un ejemplo.

—Me dijiste que tu padre estaba muerto. Ahí tienes un ejemplo. Me lo dijiste el primer día que nos conocimos y me lo repetiste el día de tu boda y me lo has dicho en varias ocasiones a lo largo de todos estos años.

—Mi padre está muerto.

—Según los diarios de esta mañana —dijo Alice, abriendo su bolso negro y sacando de él un sobre lleno de recortes de periódicos, que tendió a Ann—, tu padre está vivo y coleando y es conductor de tranvías en Detroit.

Un profundo y caluroso rubor escarlata irrumpió la palidez del rostro de Ann. Odiaba que se supiera de sus orígenes humildes y allí estaban, para que todos los comentaran, en todas las ediciones de todos los tabloides: la mísera granja, la particular y curiosa personalidad de su madre, su padre conductor de tranvía.

—¿Es por su ocupación o por su existencia que enrojeces, Ann? —le preguntó Alice.

Fuera, en el East River, pasó un barco de arrastre exactamente igual a la docena de barcos de arrastre que habían pasado en las últimas horas. Ann lo miró, completamente absorta, atemorizada de lidiar con el momento.

—No me gusta hablar con tu nuca —le espetó Alice.

—¿Vas a quitar tu bolso y tu sombrero de los pies de mi cama? No me gusta tener cosas a los pies de mi cama —contestó Ann.

Alice los colocó en la repisa de la ventana.

—¿Quieres sentarte? —preguntó Ann.

—No, gracias.

—¿Cómo están los niños?

—Están bien.

—¿No están en el colegio?

—No los he enviado aún, aún no —respondió Alice.

—No pueden perder tantas clases.

—Estoy segura de que lees los diarios, Ann.

—Estoy hablando de mis hijos.

—Y yo también —dijo Alice, en voz baja—. La noticia está en todos los periódicos y ahí continuará estando hasta que comparezcas ante el gran jurado. Es el

principal tema de conversación de todas las casas del Upper East Side. He hablado con el director de Buckley y con la directora de Spence y los dos afirman que sería durísimo para los niños ir al colegio ahora. He contratado a un tutor que está trabajando en colaboración con sus respectivos maestros y estudiarán en casa hasta que se tranquilicen las cosas.

—¿No crees que debería haber sido consultada al respecto? —preguntó Ann. Una pequeña sensación de pánico empezó a formarse por debajo de los sedantes cuyo efecto ya debía de estar terminando. Se preguntó si Alice estaba pensando en quitarle a los niños.

Alice optó por no continuar con la conversación, pero pensó que aquella complicada mujer podría haber pensado en todo eso antes de matar al padre de sus hijos.

—Cordelia y yo los llevamos al cine ayer —dijo en su lugar.

—Quiero verlos —dijo Ann.

—Los verás, cuando esto acabe —respondió Alice.

—No me he expresado bien. Quiero verlos, aquí. Quiero que vengan a visitarme. Quiero que escuchen de boca de su madre lo que pasó.

—No creo que eso sea nada sensato, Ann —dijo Alice—. Hay reporteros acampados ahí abajo.

—Quiero que me traigan aquí a mis hijos, mañana —dijo Ann en el tono helado que Alice le había oído emplear a menudo con Billy.

—¿No te preguntas por qué estás aquí, en este hospital con vistas al East River, en Manhattan, en vez de estar en el hospital del condado de Nassau, en Mineola, donde habrías estado bajo la jurisdicción de la policía que está investigando la muerte de tu marido? ¿O crees que te lo mereces por ser tú?

El corazón de Ann empezó a latir muy rápido. Le asaltaron sensaciones de miedo al recordar al policía haciéndole preguntas la noche del tiroteo, antes de que el doctor, misericordiosamente, le diera la inyección que la sedó durante tantas horas.

—Sí, desde luego, haré que traigan a los niños aquí mañana —dijo Alice. Cogió su sombrero, se lo colocó y se lo ajustó con dos alfileres coronados con dos perlas y, al hacerlo, advirtió que no había espejos en la habitación. Cubriéndose después la cara con el velo negro, un recordatorio de las circunstancias en las que se encontraban, dijo, replicando el tono helado de su nuera—: Y, por favor, no vuelvas, nunca, y te repito la palabra una vez más, nunca, a hablarme con ese tono de voz. Tú me necesitas más de lo que yo te necesito a ti, Ann, aunque jamás nadie hubiera dicho que haría falta señalártelo.

—*Mère*, lo siento —dijo Ann, su voz inundada de alarma.

Se incorporó y tocó el brazo de su suegra, pero Alice pasó junto a su cama, en dirección a la puerta, la abrió sin mirar atrás y abandonó la habitación.

Un ramo de flores del paraíso en un jarrón de cristal que había dejado un paciente dado de alta, ocupaba la parte central de la mesa redonda, de madera de arce, de la sala de espera de la planta décima.

—¿No detestas las flores del paraíso? —le preguntó Cordelia cuando su madre, avanzando lentamente la alcanzó. Alice Grenville le echó una mirada a aquellas vistosas flores ya casi marchitas. Le recordaron a la mujer que acababa de ver.

Alice miró hacia el suelo y no contestó. Su mano izquierda sacudió la manga derecha de su abrigo negro que Ann acababa de tocar. «La odio», murmuró, en una voz tan baja que solamente la pudo oír su hija.

—¿Estás bien, *mère*?

—Sí —respondió ella—. Vámonos.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, Cordelia y su madre entraron y bajaron hasta la planta baja en silencio, conscientes de que el ascensorista, una enfermera y dos visitantes estaban mirándolas. Cuando se abrieron las puertas, los otros ocupantes del ascensor permanecieron quietos, por deferencia o curiosidad, y las dejaron salir primero.

Cordelia cogió a su madre del brazo y la guio hacia la entrada, donde el coche estaría aguardándolas. En el exterior del hospital, en la avenida East End, la nube de reporteros y fotógrafos que las esperaba se puso instantáneamente en marcha. Cordelia colocó su mano frente al rostro de su madre para protegerla de los *flashes* y los periodistas empezaron a lanzarles preguntas, la horda acercándose cada vez más a las dos mujeres.

Charles, el chófer, se abrió paso entre la multitud para ayudar a Cordelia a meter a su madre en el coche. De repente, Alice Grenville se detuvo, zafándose del brazo protector de su hija. Se dio la vuelta desde la puerta del coche y se enfrentó directamente a la embestida dirigida hacia ellas. Se levantó el velo y no pestañeó ante los *flashes* y las cámaras que estaban grabando la escena. Había en su presencia un porte digno y aristocrático que detuvo a la multitud de dar empujones y acercarse más.

—¿Cómo está ella, señora Grenville? —gritó uno de los reporteros.

—Estoy afligida por mi hijo —dijo Alice—, pero también estoy afligida por mi nuera. Le tengo mucho aprecio. La muerte de mi hijo fue un desafortunado accidente. Jamás he sospechado siquiera que pudiera haber ocurrido otra cosa. Estoy cansada de los escandalosos rumores y de las insinuaciones que han acosado su muerte. Es hora de que sepan la verdad. Desde el principio, la policía estuvo convencida de que fue un accidente y todavía lo creen, porque no hay razón para creer nada distinto.

Alice Grenville pareció muy vieja cuando dejó caer el velo sobre su rostro para marcar así el final de su declaración. Con la ayuda de Cordelia y Charles, entró en el coche.

—¿Sabes qué supone lo que acabas de hacer, *mère*? —dijo Cordelia.

—Sí, que estamos ligadas a ella para siempre.

—¿Y cómo te sientes?

—Un precio demasiado alto...

La limusina giró a la derecha en la calle Ochenta y ocho y se dirigió hacia la Quinta Avenida, mientras las dos mujeres permanecían sentadas en silencio en la cada vez más oscura tarde de noviembre.

*

Felicity fue menos sumisa que sus hermanas respecto a la decisión de su madre.

—Estamos algo más que ligadas a ella, estamos encadenadas a ella. Un divorcio habría sido demasiado escandaloso, razón por la que Billy y ella continuaron casados. Ahora un juicio por asesinato sería demasiado escandaloso, razón por la que continuamos hermanadas con ella para siempre. Estoy harta de la presencia de esta mujer en nuestras vidas. La odio.

Nadie respondió a Felicity. Le permitieron desahogarse y explayarse. Daba voz a lo que el resto pensaba pero no quería pronunciar. Entonces, su madre dijo las que serían las últimas palabras sobre el tema:

—Debemos comportarnos como si la creyéramos. Todas nosotras. Y eso va por ti también, Felicity. A quienquiera que nos hable de ello, también si son nuestros mejores amigos. Lo que pasó con Billy fue un accidente y nuestro corazón está afligido por su viuda.

—Nos estás pidiendo demasiado, *mère* —dijo Felicity.

—No hago esto por ella, Felicity. Hago esto por los hijos de Billy. Mis nietos. Ya tendrán bastante con crecer con un padre muerto. No podemos permitir también que su madre vaya a prisión. Acordaos de los niños.

—Sí, *mère*.

—Si vuestro padre viviera, hubiera llegado a la misma conclusión.

—Sí, *mère*.

Cuando el inspector Pennell y el detective Kramer salieron de la residencia de Alice Grenville, junto a la Quinta Avenida, el mismo grupo de periodistas que seguía sus pasos desde la noche de los disparos los rodeó antes de que pudieran llegar al coche de policía aparcado frente a la casa. Entre ellos, los reporteros no ocultaban el hecho de que el inspector Pennell se comportaba con obsequiosa deferencia hacia la poderosa gente conectada con el caso Grenville.

—¿Qué hay de esa información de que hizo una misteriosa llamada telefónica después de disparar a su marido pero antes de que la policía fuera informada de ello? —preguntó un periodista del grupo Hearst.

—No sé de dónde sacáis todas estas cosas, chicos —respondió el detective Kramer.

Los periodistas ignoraron al detective Kramer.

—¿Qué hay sobre eso, inspector Pennell?

Los periodistas ponían nervioso al inspector Pennell. Ahí, en la orilla norte, cuando decía «sin comentarios», se retiraban. En la ciudad, donde no estaba en su terreno, persistían cuando los ignoraba.

—A simple vista, parece algo ridículo —respondió el inspector Pennell, tratando de abrirse camino hacia el coche.

—Compruebe los listados de llamadas telefónicas y no le parecerá tan ridículo —dijo el periodista del grupo Hearst.

—No dude de que los comprobaremos —dijo Pennell.

—¿Y qué pasa con la llamada telefónica que recibió el señor Grenville durante la fiesta de la señora Bleeker? ¿Le importaría comentar algo sobre ella? ¿Quién le llamaba?

—No tengo información sobre eso —dijo el inspector.

—¿Cuándo planean interrogar a la señora Grenville?

—Preferiríamos que las preguntas se hicieran en la comisaría o en otro lugar apropiado, no un hospital, donde hay tanta gente alrededor. Hace frío, señores, y me gustaría entrar en mi coche.

—El guarda nocturno dice que la señora Grenville no pidió ayuda hasta veinte minutos después de los disparos.

—No creo que eso sea trascendental —respondió Pennell.

—¿No? ¿No sería durante esos veinte minutos cuando hizo esa misteriosa llamada telefónica?

—Nadie sabe exactamente a qué hora tuvieron lugar los disparos. El guarda debe de estar confundido con los detalles. Será tarea del gran jurado cuestionar su declaración, si quiere hacerlo. Ahora, por favor, basta, tengo una cita.

Mirando fijamente hacia delante, empezaron a conducir mientras los reporteros seguían gritándoles preguntas. En la Quinta Avenida giraron a la izquierda y condujeron en silencio durante una manzana.

—¡Dios! —dijo el inspector Pennell.

—Se rumorea por todas partes que mi hijo desheredó a su mujer —dijo Alice Grenville.

—No será una indigente, señora Grenville —dijo el señor Mendenhall, del banco. Su tono de voz le dijo a Alice que ni él ni el banco se compadecían de la asesina de su hijo.

—¿Por qué la borró del testamento? —preguntó Alice.

—De hecho, no la borró. Lo que hizo fue hacer más pequeña su parte de la

herencia. Aumentó las partes de los niños y disminuyó la suya. Estaba planeando divorciarse de ella.

—Sí, pero...

—Pero la casa en Oyster Bay está a su nombre. Ella insistió en eso cuando la compró y Billy se la dio. Lo mismo pasa con la casa de Nueva York. También está a su nombre.

—Siempre fue lista, Ann.

—Y no olvide sus joyas. Se supone que tiene una de las mejores colecciones de joyas de la ciudad. Y los cuadros.

Alice asintió, concedora de las joyas y de los cuadros.

—Y sus acciones —añadió el señor Mendenhall.

—¿Qué acciones?

—De tanto en tanto, Billy le daba dinero, sumas bastante importantes, y tiene gran habilidad para acertar con las inversiones.

—No sabía nada de esto.

—Tiene una amiga llamada Babette Van Degan.

—Sí, sí, la señora Van Degan. Estaba casada con Dickie Van Degan. —Cortadas por el mismo patrón esas dos, pensó.

—Babette Van Degan es una de las inversoras de Bolsa más astutas —dijo el señor Mendenhall, quitándose su monóculo para masajear el lugar donde se lo había apoyado, a ambos lados de la nariz—. Recibió cinco millones de dólares de Dickie Van Degan cuando se divorciaron y ha sido capaz de transformarlos en unos treinta millones.

—¡Caramba!

—Y Babette Van Degan ha estado ayudando a su nuera a invertir.

Alice se levantó y caminó por el saloncito anexo a su habitación donde se hacía cargo de sus negocios y su correspondencia. Estaba ensimismada en sus pensamientos. Miró un momento hacia la chimenea, donde ardía un pequeño fuego que había preparado Cahill para quitar la humedad de aquel día de otoño tardío. Caminó hacia la ventana, corrió las cortinas de *chintz* y miró hacia su jardín desnudo y hacia su terraza desprovista de muebles, sus arbustos envueltos en tela de arpillera de cara al invierno. Finalmente, se giró hacia el asesor financiero que había actuado en su nombre y en el de sus hijos desde la muerte de su marido.

—Yo cuidaré de ella. Quiero que reciba lo que habría recibido de Billy si él no hubiera cambiado su testamento.

—Eso es demasiado generoso, señora Grenville —dijo el señor Mendenhall, que no aprobaba en absoluto una remuneración a una mujer que había llevado tanto dolor a la familia que conocía desde hacía treinta años.

—No quiero que vaya a los periódicos ni por Nueva York diciendo que la familia de su rico marido no quiere encargarse de ella. Ya se ha hablado demasiado de esta familia en la prensa.

—Comprendo...

—De todos modos, hay condiciones. Solamente recibirá la cantidad que habría heredado y esa cantidad le llegará mensualmente firmada por mí siempre y cuando cumpla con las condiciones que le he exigido.

*

En el consulado de Alemania, en la calle Cuarenta y dos Este, estaba teniendo lugar una reunión apresurada. El intruso arrestado por la policía de Oyster Bay había resultado ser alemán.

—¿Qué información tiene sobre él? —preguntó Dolf von Hoffman, el cónsul.

—Se llama Horst Berger. Veintidós años. Inmigrante de Berlín. Llegó a Estados Unidos hace dos años y desde entonces ha ido metiéndose en problemas. Su padre es albañil y esa es también su profesión, aunque no trabaja. Lo arrestaron hace un año por robar en un mercado en Mineola. Según su hermana, un mal tipo. —El subsecretario apartó la vista de su portapapeles.

—¿Eso es todo lo que tiene?

—Sí, señor.

—Lo que quiero saber es si estaba en la propiedad de los Grenville la noche del asesinato.

—Él dice que no, pero admite haber estado en otra ocasión, la noche anterior, cuando entró en la cabaña de la piscina.

—¿Y qué se llevó?

—Comida, nada de importancia.

—¿Iba armado?

—Tenía una pistola que había robado de una casa en Mineola.

—¿Tiene un abogado que lo represente? —preguntó el cónsul.

—No, señor.

—Debemos procurarle uno.

—¿Por qué queremos implicarnos en este tema?

—Estos Grenville son gente rica y poderosa. Los he visto en las carreras y en la ópera. Sea lo que sea que piensen acerca de su nuera, y yo creo que no piensan nada bueno, jamás permitirán que la mujer de su hijo vaya a la cárcel. Ella dijo que oyó a un intruso. Podrían forzar a Horst Berger a decir que estuvo allí para hacer que su historia sea creíble. Conozco a esa gente. Bien pueden sobornar a la policía para que las cosas salgan a su favor.

—Un abogado llamado Strasser lo representó cuando robó en el mercado de Mineola.

—Contrátelo. Páguele lo que le pida.

—¿Quién es? —preguntó Third.

—¿Es un detective? —preguntó Diantha.

—No, no, no es un detective, niños —dijo Ann. Nadie le había dicho que sus hijos podrían aparecer en el hospital sin avisar. Siempre había sido capaz de separar en compartimentos distintos los diferentes elementos de su complicada vida y, cuando inesperadamente uno convergía con el otro, se sentía confundida—. Este señor es... el señor Mertens, de Kansas. Ellos son mis hijos, Diantha y Third. —No les dijo a sus hijos que el señor Mertens, de Kansas, era su abuelo.

Claud Mertens tenía un rostro duro y ajado y la postura de una persona incómoda en aquel entorno. Al afeitarse con manos temblorosas por encontrarse en un lugar diferente al suyo, había dejado en su barbilla varios cortes imperceptibles. Sus gafas redondas, con montura plateada, magnificaban en sus ojos la confusión que sentía acerca del papel que él debía asumir en el drama que vivía su hija. Instintivamente, supo que frente a aquellos dos niños aristocráticos, su gorra de béisbol era incorrecta. Se la quitó y la guardó en el bolsillo del traje que había comprado el día anterior.

—¿Third? —preguntó Claud Mertens, disimulando aquel momento embarazoso como si fuera un nombre que nunca había oído hasta entonces, cosa que era cierta.

—Se llama como su padre, aunque a su padre lo llamaban Junior. Su nombre es William Grenville, Tercero, pero lo llamamos Third, como apodo.

—Encantado de conocerles, Third, Diantha —les dijo su abuelo.

—¿Cómo está usted? —contestó cada niño, con perfectos modales.

—Vimos al detective —dijo Diantha.

—Nos preguntó muchas cosas —dijo Third—. Quería saber si papá y tú os peleabais, pero dijimos que no.

—*Grand-mère* nos dijo que dijéramos que no —dijo Diantha.

—Niños, el señor Mertens tiene que irse en un minuto. Me gustaría que esperaseis fuera y, en cuanto se marche, podéis entrar y los tres tendremos una visita estupenda.

—Te hemos traído flores —dijo Third, mostrando una cesta con un centro de claveles que llevaba en su brazo. A Ann le pareció que su abuela había enviado a sus nietos con una cesta que alguien le había mandado.

—Toda una Mertens, de la cabeza a los pies, esa Diantha —dijo Claud Mertens en cuanto los niños salieron de la habitación. Sus ojos estaban al borde de las lágrimas.

Lo que decía era cierto, pero Ann Grenville había olvidado hacía mucho tiempo que era una Mertens.

—Se parece a su abuela Grenville —corrigió a su padre—. Su altura. El color marrón terciopelo oscuro de sus ojos.

—Siempre recuerdo esa última vez, Urse, cuando tenías ocho años, cuando cenamos esa noche en Crowell, en Pittsburg, y tú tomaste las delicias de queso y un

batido de chocolate y...

—Esa noche tenía la edad que tiene ahora mi hijo —le dijo ella, interrumpiéndole—. Ha pasado demasiado tiempo. Han pasado demasiadas cosas. Es demasiado tarde para nosotros. Tienes que entenderlo. He vivido una vida entera sin ti. No puedo volver a acogerte en mi vida ahora. No puedo enfrentarme con más cosas de las que tengo que enfrentarme.

—Hay algo que tengo que decirte, Urse. Es importante para mí que lo sepas. Yo no te abandoné. No te abandoné. Fue tu madre quien te dijo eso. Te juro por Dios que no lo hice. Traté de encontrarte.

—Todas esas Navidades. Todos esos cumpleaños. Ni una palabra —dijo Ann, mirando por la ventana, hacia el East River.

—Pero te mandé cinco dólares todos los cumpleaños y todas las Navidades aun en ocasiones en que no me los podía permitir —le dijo Claud Mertens, de pie junto a ella, en la misma posición que Alice Grenville había estado el día anterior. Ann se giró y lo miró. Se acordaba de los cinco dólares. Siempre asumió que era algo que su madre había conseguido arañar de sus pequeños salarios—. Debiste recibirlos, Urse, pero nunca me dijiste nada y entonces os marchasteis de Pittsburg y después de Kansas City y no sabía adónde enviarlos.

—Lo siento —dijo Ann.

—¿Sabes, Urse? Alguien me dijo que te habías cambiado el apellido y te llamabas Arden y que te habías metido en el mundo del espectáculo, como siempre habías querido hacer desde que eras bien pequeña. ¿Sabes lo que pensé? Pensé que aquella actriz, Eve Arden, eras tú, y estaba muy orgulloso de que lo hubieras logrado.

—Oh, papá —susurró, lloriqueando.

—La primera vez que leí sobre ti en los periódicos, Urse, ni sabía que eras tú. Entonces me llamó Ken Simons, de Pittsburg. ¿Te acuerdas de Ken? ¿Del periódico? Fue él quien me dijo que eras la señora Grenville. Al cabo de muy poco empezó a sonar el teléfono y todos esos reporteros de todas partes trataban de hacerme preguntas sobre ti. Así fue como conseguí tu número y el número de tu suegra.

—Escúchame —le dijo ella.

—Siento haberles dicho que tenías cuarenta años en vez de treinta y dos, Urse, pero estaba confundido.

—Escúchame —dijo ella—. Está bien. Cuando todo esto acabe, después del gran jurado, si todo sale bien, te buscaré. Te encontraré y trataremos de recuperar el tiempo perdido, pero ahora no. Por favor, por favor, papá. Ahora no. No puedo con ningún frente más.

Horst Berger esperaba que el señor Strasser no le haría contar la historia una vez más. Había pasado la mayor parte del día con tres detectives, caminando por los terrenos de la finca de los Grenville, en Oyster Bay, trepando por el árbol, caminando por el

tejado de la casa. Sabía que el señor Strasser, enviado por el consulado alemán para representarlo, no se tragaba su historia.

—A ver si te entiendo, Horst —dijo el señor Strasser, con voz paciente.

Notaba que aquel hombre delgado y de movimientos furtivos raramente lo miraba a los ojos y fijaba su mirada en una fotografía en color del presidente Eisenhower, vestido de civil, en la portada del número más reciente de *Life* que el inspector Pennell había dejado allí cuando permitió que utilizaran su oficina para dicha entrevista. Ambos sabían que en la revista había un artículo de diez páginas con el título *El asesinato del siglo* sobre el caso que había motivado aquella visita.

—¿Sale ahí mi fotografía? —preguntó Horst.

—No —contestó el señor Strasser.

—Hoy me han hecho muchas fotos —dijo Horst.

—Volvamos a la noche del asesinato, Horst —dijo Strasser, el primer signo de impaciencia en su tono de voz—. Has dicho que esperaste durante horas fuera de la casa de los Grenville cuando creías que estaba vacía, cuando estaban en la fiesta.

—No sabía que la cocinera y los niños estaban dentro —dijo Horst.

—¿Y solo trataste de entrar en la casa cuando el señor y la señora Grenville regresaron? Eso no tiene sentido, Horst.

—Vi que las luces se encendieron y apagaron en varias habitaciones a su regreso y entonces esperé una media hora hasta que todo estuviera en calma en la casa, antes de trepar por el árbol y llegar hasta el tejado —respondió Horst.

—¿Y dices que subiste por el árbol con una escopeta cargada en una mano? —le preguntó el abogado.

—Sí, señor.

—¿Y estabas en el tejado cuando escuchaste los disparos procedentes del interior de la casa?

—Sí, señor.

—Después de oír los tiros, ¿cómo bajaste del tejado?

—Salté hasta el suelo.

—¿Todavía con la escopeta?

—Sí, señor.

—¿Sabes, Horst, que hay seis metros desde el tejado hasta el suelo?

—No, señor.

—¿Y tú saltaste seis metros, desde el tejado hasta el suelo con una escopeta cargada y a oscuras?

—Sí, señor.

—¿Por qué será que no te creo, Horst?

—Es la verdad.

—Horst.

—*Ja?* ¿Sí?

—¿Por qué dijiste, cuando te detuvieron, que no habías estado cerca de la casa de

los Grenville esa noche?

—Temí que creyeran que yo había matado a ese hombre.

—¿Te obligaron a cambiar la historia, Horst?

—No, es como la cuento.

—Quiero que me mires a los ojos, Horst, y me respondas a una pregunta.

Horst Berger miró a los ojos del abogado y apartó de nuevo la vista.

—A los ojos, Horst.

—*Ja*.

—¿Alguien en la familia Grenville está pagándote para que digas que estabas en el tejado de la casa la noche del sábado?

El joven inmigrante alemán negó repetidamente con la cabeza y enrojeció.

—Sabes, yo sabía que era infeliz. No tenía que decírmelo con estas palabras, pero soy su madre. Lo sé. Siempre he podido comprender más a partir del tono de voz de alguien que a partir de sus palabras. Ya desde niños se nos enseña a decir palabras para camuflar nuestros sentimientos, pero no hay modo de esconder los secretos de un tono de voz.

—Sí, señora.

—Me persigue ahora el no haberle dicho: «Ven, habla conmigo, sea lo que sea, todo está bien». Nunca le habría dicho: «Ya te lo dije», nunca, no está en mi naturaleza hacer algo así, pero entendía su terrible orgullo. Entendía que no me quería decir que su matrimonio había fracasado por haber ido demasiado lejos en ese camino sin retorno que él sabía que era una fuente de infelicidad para nosotros.

—Sí, señora.

Más y más fotografías de Billy Grenville empezaron a aparecer en la habitación de su madre. Cuando Alice no estaba reunida con Sam Rosenthal o con el doctor Skinner, el señor Mendenhall o el inspector Pennell, se dedicaba a mirar sus viejos álbumes de recortes y de fotografías y encontraba imágenes de su hijo en diferentes etapas de su vida que le recordaban ocasiones agradables y tiempos felices. Habían sido colocadas, en marcos de plata, en su mesilla de noche y en su escritorio, sobre la mesa de su vestidor y la mesita situada junto a su *chaise*, donde se recostaba para descansar todas las tardes. Dondequiera que uno miraba, había fotografías de Billy.

—Mira qué guapo que estaba aquí —le decía a Lyd, su doncella—. Ese fue el día del partido entre Groton y St. Mark, cuando marcó. Dijo que había sido el día más feliz de su vida y, ay, Lyd, si hubieras visto al señor Grenville... El señor Grenville estaba hinchado, hinchadísimo, de orgullo paterno. Sé que habría querido abrazar a Billy y creo que Billy quería que su padre lo abrazara, pero ya sabes cómo eran todos los Grenville, solamente se dieron la mano y el señor Grenville le dijo: «Estoy muy orgulloso de ti, hijo», y Billy respondió: «Gracias, padre». Creo que ese fue el momento más cercano que tuvieron en su vida. Ay, Lyd, ¿por qué ha tenido que pasar

esto? ¿Por qué? ¿Por qué?

Alice estaba llorando entre sollozos y grandes jadeos entrecortados.

—He llevado una vida recta —dijo—. Creo en Dios. Le honro en mis oraciones cada día. Voy a la iglesia con regularidad. Atiendo mis deberes como madre y mis obligaciones como mujer con una posición. ¿Por qué? ¿Por qué me ha pasado esto?

En secreto Alice deseaba que Ann tuviera la decencia de suicidarse. De cortarse las venas o tragarse las píldoras que acabarían con su existencia. Veía a su nuera como una cucaracha de baja estofa, escabulléndose por aquí, escabulléndose por allá, peleando por su existencia, como si importase. Al principio, no podía entender los sentimientos que estaban abrumándola. No se atrevió a confesárselos a nadie, ni siquiera a Cordelia. Ardientes y desagradables, la rabia, la ira y el odio la consumían por dentro, rabia y odio dirigidos hacia Ann, por haberse llevado la vida del hijo al que tanto amaba. Odiaba a la corista que se había infiltrado en la existencia de Billy. Deseó haber actuado al principio siguiendo sus instintos, en vez de ir en contra de ellos y haber capitulado por no disgustar a Billy. Ay, cuantísimo lo lamentaba. Sin mantener contacto con la familia y cerrado el grifo del dinero, el matrimonio no habría durado más allá de la guerra. Se habría pagado a aquella miserable chica y aquella miserable chica se habría ido por su camino, pero terminó usurpando a Billy, aquella miserable chica se hizo con las riendas de la vida de Billy, se sirvió de ella y la dirigió para avanzar en la suya. Alice entendió que era un matrimonio cimentado solamente en el placer sexual.

Se despertó y miró la hora en el reloj de su mesita de noche. Sintió una enorme nostalgia por su hijo y fue consciente del gran vacío que su pérdida suponía en su vida. Eran las cinco y media de la mañana. Pronto empezaría la actividad en la cocina y en los cuartos del servicio. Sabía que para hacer lo que tenía que hacer debía actuar con rapidez, antes de que alguien se cruzara con ella. Se levantó de la cama, se calzó las zapatillas y se cubrió con la bata y, silenciosamente, abrió la puerta de su dormitorio y observó el pasillo. No había nadie. Caminó hasta el descansillo del tercer piso y miró hacia abajo, a los distintos tramos de escaleras que conducían hacia el vestíbulo de suelo de mármol. Nadie. Rápida y silenciosamente, arrebujándose en su bata para darse calor, caminó los tres tramos de escalera enmoquetada en rojo. Arriba, los doce césares la miraban. Se encontraría con sus ojos al subir y creería que estaban asintiendo para mostrar su aprobación a lo que iba a hacer. Los césares sabían más de un par de cosas sobre el justo castigo.

Le pareció raro actuar a hurtadillas en su propia casa, donde había vivido durante cuarenta años. Descendida la escalera, atravesó el vestíbulo, bajo la araña, y abrió la puerta a un segundo vestíbulo que conducía a las habitaciones traseras y al jardín. Allí almacenadas, en perfecto desorden, guardaban prendas deportivas para todas las temporadas: bastones de caminar, cascos de terciopelo para montar a caballo,

paraguas, patines de hielo, chubasqueros, guantes y correas de perro. En unos boles chinos de importación había llaves de coche, pares de llaves de la casa y gafas de sol. Sobre una mesa revestida de mármol, como Alice sabía, reposaba una fusta. Había pertenecido a William. Después, a Billy. Sus nietos la utilizaban ahora cuando iban a la ciudad y querían ir a montar a caballo en Central Park. La cogió y sintió la fuerza del cuero. Bajo sus pies, en la planta de la cocina, oyó los primeros ruidos del día. Rápidamente, ascendió los tres tramos de escalera, una mano en la barandilla, la otra asiendo la fusta de montar pegada a ella, para que Lyd no la viera si se encontraban.

La actividad aumentó la adrenalina que sentía pero no disminuyó toda su rabia. Cerró la puerta de la habitación. Quitó las mantas y la colcha de su cama. Colocó en posición vertical una almohada larga. En su mente, conjuró la imagen de su nuera, Ann.

—¡Asesina! —siseó a la almohada, repitiendo la palabra una y otra vez.

Levantó la fusta y empezó a pegar a la almohada. La golpeó, la golpeó y la golpeó hasta quedarse exhausta. La funda de la almohada estaba hecha jirones. Las plumas se elevaban espantadas y Alice imaginó que una vida estaba abandonando su cuerpo.

Después de descansar unos minutos en su *chaise* para recobrase y calmar su corazón acelerado, volvió a la carga. Se sentía agotada pero extrañamente tranquila por aquel esfuerzo al que se había sometido. Escondió la almohada mutilada en la parte más profunda de un armario y la fusta en el interior de su cajón de ropa interior, dispuesta para otro día. Descorrió el cerrojo de su puerta, volvió a la cama y se tapó. Fue así como la encontró Lyd cuando llegó, minutos más tarde, con su bandeja con agua caliente y limones cortados a cuartos.

—Buenos días, señora Grenville —dijo Lyd—. ¿Ha descansado bien? Tiene mejor aspecto esta mañana.

Sorbiendo su zumo de limón caliente Alice Grenville observó a la mujer que le había servido durante un cuarto de siglo llevar a cabo las tareas matutinas: abrir las cortinas, recoger la ropa de la noche anterior, presentarle los periódicos, prepararle la bañera. Se sintió invadida de afecto hacia ella.

—¿Estás cómoda allí arriba, donde estás, Lyd? —le preguntó de repente.

—Estoy cómoda, señora —respondió Lyd.

—Hace años que no subo a esa planta. No puedo acordarme de qué habitación tienes.

—La del final del corredor.

—¿Tiene vistas al parque?

—Esas habitaciones con vistas al parque son las del otro lado del corredor. Yo veo la casa de la señora Vanderbilt.

—¿La compartes?

—No desde que murió Mae, señora. La tengo para mí sola.

—Y el cuarto de baño está justo a tu lado, ¿verdad?

—Sí, señora.

—¿Y con quién lo compartes?

—Kathleen y Mary y Bridgit y Maeve.

—¿Sabes qué pienso?

—No, señora.

—Pienso que deberías trasladarte a la quinta planta, donde estaban las habitaciones de los niños. Elige una y ten tu propio baño. ¿Te gustaría?

—Oh, sí, señora.

—Si no hay ya uno, haré que pongan un aparato de televisión allí.

—Gracias, señora.

—El señor Grenville siempre quiso que esta casa fuera de Billy cuando yo muriera. Ahora no sé qué va a pasar.

—No tiene que preocuparse por eso ahora, señora Grenville.

—Me pregunto qué deben de pensar arriba.

—¿Quiénes, señora?

—Catorce personas en ese piso, con solo dos baños y yo sola, viviendo en el resto de esta casa enorme.

—Su baño está preparado, señora Grenville.

—He venido a ver a mi cliente —dijo el abogado al sargento del mostrador de entrada de la cárcel de Mineola.

—¿Su cliente?

—Horst Berger.

—Ah, sí, usted es el señor Strasser —dijo el sargento, buscando algo entre los papeles de su escritorio.

—Correcto.

—Tengo un mensaje para usted, señor Strasser.

—¿Del consulado alemán?

—No, señor.

—¿De quién?

—De Horst Berger.

—Sí, he venido desde la ciudad para verlo.

—Dice que le diga que no quiere un abogado.

—Eso es ridículo.

—Solo estoy leyendo el mensaje que me han dado.

—Me gustaría ver al señor Berger.

—Aquí dice que no desea verlo.

—¿Sabe lo que creo, sargento? Creo que alguien está pagando a ese chico para que diga que estaba donde no estaba y así respaldar la versión de la señora Grenville.

Esa vez el jefe de detectives Stanley Pennell no fue cogido por sorpresa cuando los reporteros le pararon frente a las cámaras de televisión. De hecho, estaba preparado y casi había ensayado lo que dijo.

—Nuestra exhaustiva investigación en la vida marital de la pareja ha revelado un matrimonio aparentemente equilibrado entre dos personas equilibradas —dijo—. Como todos los matrimonios, tenían algún que otro desacuerdo sin importancia y, pese a los rumores publicados que afirman lo contrario, los dos eran felices y vivían en armonía.

A los periodistas les disgustó aquella respuesta. Entre ellos, consideraban que el inspector Pennell era un pelotilla al servicio de los ricos de la orilla norte.

—¿Por qué hizo una llamada a alguien desconocido después de los disparos y antes de llamar a la policía? —preguntó, y no lo hacía por primera vez, el periodista del grupo Hearst.

—Aparte de la llamada a la operadora para preguntar por la policía, la señora Grenville no hizo ninguna llamada a nadie tras los disparos —respondió Pennell—. Me gustaría terminar así con ese rumor. Oyster Bay no tiene un sistema directo de discado y, en consecuencia, cada llamada debe hacerse a través de la operadora de guardia. La compañía telefónica no tiene registro de ninguna llamada de este tipo.

—Todos hemos sabido de casos de registros telefónicos suprimidos, inspector Pennell —dijo O'Brien, del *Daily Mirror*.

Stanley Pennell ignoró al periodista y continuó con su declaración:

—No he encontrado en toda esta investigación nada que indicara que la muerte de William Grenville fuera otra cosa que puramente accidental.

La tensión le había pasado factura. No precisaba de un espejo que le recordara que la juventud la había abandonado para siempre, que no era tres años más joven que su difunto esposo, como todos habían creído y ella siempre había sostenido, sino cinco años mayor, algo que había publicado toda la prensa tras la desafortunada entrevista que su padre concedió al periodista que lo había localizado en un barrio periférico de Detroit. Esos ocho años hasta entonces olvidados y unos cuantos más se habían reunido en su rostro durante los veintidós días transcurridos desde la noche del asesinato.

Se vistió en silencio con el negro de la viudedad, deteniéndose solamente para beber café solo y darle una profunda calada a un Camel que descansaba en el cenicero. Se cepilló el pelo y se empolvó el rostro sin mirarse en el espejo que le había procurado la señorita Toomey. Finalmente, se puso el abrigo negro de astracán y el sombrero negro de ala ancha al que se había añadido un velo negro, para bajárselo cuando llegara el momento. Estaba preparada para el mal rato que se le avecinaba.

—Le he puesto los tranquilizantes en su pastillero de oro, que está en su bolso,

señora Grenville —le dijo la señorita Toomey.

—Gracias.

—Aquí están sus guantes negros. Hace mucho frío ahí fuera hoy.

—Gracias.

—Y sus gafas negras.

—Gracias.

—El doctor Skinner la bajará en la silla de ruedas y el señor Rosenthal ya está abajo. Los dos caballeros la llevarán en la silla hasta el coche, que está en la entrada del hospital.

—¿Ha enviado mi suegra el coche?

—No, señora. Es Lee, su propio chófer, en su Rover. Oí decirle al señor Rosenthal que, de cara a los periodistas, quedaría mejor que una gran limusina.

—Gracias por todo, señorita Toomey. Me gustaría que aceptara esto —dijo Ann, abriendo su bolso negro y sacando un sobre.

—No es necesario, señora Grenville.

—Por favor.

—He empaquetado todas sus cosas y las fotos de los niños. Haré que las envíen a su casa.

—Gracias. —Ann quería decirle a esa buena mujer que estaba asustada de ir a Mineola, para enfrentarse al gran jurado, pero Sam Rosenthal, que sabía de esas cosas, le había dicho que no debía confiar en nadie, porque cualquiera podría verse tentado a vender su historia a los diarios.

—Buena suerte, señora Grenville.

—La señora Grenville estaba muy preocupada con el intruso esa noche —dijo Kay Kay Somerset en el estrado—. También estaba preocupado el señor Grenville. No hablaban de otra cosa.

—¿Sabe de una discusión que tuvo lugar entre el señor y la señora Grenville en casa de la señora Bleeker? —le preguntó el fiscal del distrito.

—¿Discusión? Que yo sepa, no hubo ninguna discusión —dijo Kay Kay.

—¿Sabía que el señor Grenville recibió una llamada telefónica esa noche?

—No, no lo sabía.

—¿La señora Grenville le tiró una bebida al señor Grenville, rompiendo una pieza de porcelana de la señora Bleeker?

—Dios, no. Y si eso hubiera sucedido, yo me habría enterado. No sé cómo empiezan a circular esas historias. Esa noche, Billy y Ann, perdón, el señor y la señora Grenville, estaban como siempre: divinos.

—Gracias, señora Somerset. Eso es todo. ¿Podrían llamar a la operadora telefónica, la señorita Gaedgens, por favor? Y tengan a la cocinera, Anna Gorman, en espera.

Sam Rosenthal caminó arriba y abajo entre la sala del juicio y la oficina que se había puesto a disposición de Ann para que esperara fuera de la vista de periodistas y fotógrafos.

—No coinciden la hora en la que el guarda dijo que oyó los disparos y la hora en la que la operadora dice que recibió tu llamada para pedir ayuda —informó Rosenthal.

Ann, pálida, permaneció sentada, tejiendo a una velocidad de vértigo, como si participara en una competición de tejedoras. Ambos sabían que estaban hablando del rato en que Ann había hablado por teléfono con Sam esa noche, pero ninguno de los dos lo dijo.

—Fue la noche del cambio de hora, ¿lo sabías? —preguntó Sam—, de manera que todo el mundo estaba confundido sobre la hora que era.

—Primavera hacia delante. Otoño hacia atrás —murmuró Ann para sí misma.

—¿Qué?

—Nada.

La puerta del pasillo estaba entreabierta. Ann apartó la vista de su labor en el momento en el que Horst Berger, el intruso de la orilla norte, pasaba acompañado por dos guardias de uniforme. Se reconocieron el uno al otro por las fotografías de los diarios. Él, sabía ella, era su salvación. Uno de los guardias lo empujó de malos modos.

Oyó el ruido de la puerta corredera de la celda al cerrarse y el de la llave al echarse el candado, un ruido alto y metálico. Su cuerpo se tensó y le recorrió un escalofrío. Cuando levantó los ojos, vio que Sam Rosenthal estaba mirándola, como si comprobara su reacción ante ese ruido que podría haber sido su propio destino. Un rubor invadió sus mejillas.

—Hace calor —dijo, abriendo su abrigo de astracán.

—Un horno —respondió Sam, coincidiendo con ella.

—Están preparados para escucharla a usted, señora Grenville —dijo un oficial de policía.

Su comparecencia ante el gran jurado fue breve. Escoltada hasta el estrado por Sam Rosenthal, que permaneció junto a ella cuando juró sobre la Biblia decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, su tono de voz apenas fue alguna vez más que un suspiro durante todo el proceso. Dada su importancia, tanto el juez como el fiscal se mostraron deferentes y la trataron con absoluta cortesía.

—Lamento tener que hacerle pasar por esto, señora Grenville —dijo el fiscal—, pero ¿podría contarnos, lo mejor que pueda, paso por paso, lo que pasó exactamente la noche del 31 de octubre en su finca de Oyster Bay?

Desde la noche del asesinato, jamás se había desviado de aquella historia y Ann Grenville no renunciaría a ella el resto de su vida. Habló de la devoción que sentía

por su esposo. Les contó el terror que sintió por la presencia del intruso y la decisión de su marido de llevarse armas a la cama para protegerlos a ellos y a sus hijos. La despertó, dijo, un ruido. Se levantó de la cama. Cogió su escopeta, una escopeta de caza de dos cañones, que su marido había encargado especialmente para ella. Abrió la puerta de su habitación. Allí vio la figura de un hombre en el oscuro distribuidor que separaba las habitaciones de ella y de su marido. Disparó dos veces la escopeta. Casi al instante, dijo, llorando ahora histéricamente en el estrado, se dio cuenta de que el hombre que había confundido con el intruso era su esposo. En ese momento, se derrumbó de dolor.

Los dieciocho miembros del jurado no perdieron detalle de cada palabra, completamente fascinados por la antigua corista convertida en dama de la alta sociedad. Algunos lloraron con ella. Su veredicto fue rápido. Ann Grenville fue declarada inocente del cargo de homicidio de su marido. Se concluyó que aquello fue un trágico accidente. No se abriría un proceso penal contra ella. No habría juicio. Su pesadilla había terminado.

Conduciendo de vuelta desde Mineola hasta Nueva York esa noche, Ann volvió a su casa por primera vez desde el tiroteo.

«¡La señora Grenville, inocente!», vociferaron los titulares.

Desde Maine a Southampton se oyeron suspiros de alivio. No suspiraban aliviados por la buena fortuna de la señora Grenville. Suspiraban por recuperar sus vidas, la privacidad de esas vidas privilegiadas y protestantes abiertas en canal y al alcance de cualquiera por el abominable acto que había cometido la señora Grenville. Todos habían cerrado filas para proteger a aquella intrusa y, de ese modo, protegerse a sí mismos. Ya podían regresar a sus consejos de administración, a sus bancos, a sus negocios y a practicar deporte sabiendo que su superioridad, aunque un poco resquebrajada, permanecía impertérrita.

—Dios bendiga a Alice Grenville —decían los hombres en el Brook Club, el Knickerbocker Club, el Union Club y el Racquet Club—. Hizo lo correcto. —Todos eran caballeros en las más altas esferas y se cuidaban los unos a los otros como los viejos compañeros de pupitre que habían sido de niños.

CUARTA PARTE

—Si llegase la duquesa de Windsor —le dijo a su criada— o la señora Bleeker, asegúrate de decírmelo. A ellas las veré sin falta antes que a nadie.

Aquel era el día en el que Ann Grenville había decretado que recibiría a todos los que acudieran a presentarle sus condolencias. Declarada inocente por el gran jurado, ella misma creía en su inocencia y también creía que por ello todos dejarían a un lado las sospechas. Ya apenas se especulaba en prensa sobre su culpabilidad en la tragedia y Ann se sentía preparada para empezar de nuevo su vida. Se veía a sí misma como una figura trágica, partícipe en un accidente horrible, no veía razón alguna para que los otros no aceptaran la confirmación judicial de su inocencia. A través de Cordelia había hecho saber a sus amigos que le gustaría verlos una tarde de principios de diciembre. Durante su hospitalización, se había sentido apenada al saber de los muchos mensajes de condolencia que le habían enviado a su suegra y a sus cuñadas, mensajes que, creía, deberían haberle enviado a ella.

Examinó su casa después de un mes de ausencia. Ahuecó los cojines bordados y los colocó en las posiciones exactas. Llenó de cigarrillos las cajas de jade. Vació de flores los arreglos florales para que aquello no pareciera una fiesta. Su intención era recibir a los visitantes arriba, en su habitación. Uno o dos cada vez, mientras los otros conversaban en la sala de estar tomando té o refrescos mientras esperaban su turno.

Sábanas de París, salpicadas de flores y de mariposas, festoneadas y con monograma, adornaban su cama. Vestida con un camisón de raso y una bata a juego, se colocó en la *chaise-longue* junto a la ventana, para que cuando sus visitas entraran la vieran elegantemente recostada sobre los cojines de terciopelo.

Abajo, sonó el timbre. Ann se preguntó quién podría ser. La duquesa, pensó. O Edith Bleeker. O las dos juntas, probablemente. Sonó de nuevo. Petal Wilson, pensó. Jeanne Twombly. Incluso Kay Kay Somerset. O Eve Soby, si ya no estaba ebria. De debajo de su colcha sacó su polvera y se retocó el maquillaje, satisfecha ante su elección de un pintalabios en tono pálido. Se oyó un golpeteo en la puerta.

—Entre —dijo en voz baja.

—Tiene una visita, señora —dijo la criada.

—Gracias, Mary —dijo Ann—. Hazla pasar.

Entró Babette Van Degan.

—Oh, Babette —dijo Ann. No era lo que esperaba—. ¿Quién más ha venido?

—Querida, no hay nadie más aquí que nosotras, las cenicientas —dijo Babette.

Cuando Babette se marchó, Ann permaneció inmóvil en su *chaise-longue* y empezó a comprender que estaban ignorándola. Cigarrillos a medio fumar reposaban en la pieza de Lowestoft que había junto a ella. Sus ojos estaban rojos del llanto. En una mesa a su lado había un bol con hielo, con media docena de servilletas de lino, cuatro de ellas empapadas, que había utilizado para impedir que sus párpados se hincharan. Ni siquiera había aparecido Bertie Lightfoot, pensó amargamente.

Alertada por un ruido de la calle, miró a través de sus cortinas corridas. Vio que llegaban sillas doradas y mesas redondas a la casa de un vecino para celebrar una

gran fiesta. Se quedó observando. Aparcó un camión de una floristería. Tras las cortinas, contó el número de centros de rosas rojas y rosadas y calculó que serían cuarenta y ocho para cenar. Aunque no conocía a los vecinos, se sintió rechazada y se preguntó si alguna vez alguien volvería a invitarla a algún sitio.

Conmocionada primero por lo sucedido y por las consecuencias de aquello, primero su estancia en el hospital y luego su comparecencia ante el tribunal, Ann había enterrado en lo más profundo de su ser sus sentimientos de pérdida, de dolor y de responsabilidad... quizás sí o quizás no, ya lidiaría con ellos más tarde. Ahora experimentaba lo que suponía el vacío de la presencia de su marido en su vida. Esa era la hora en la que Billy solía llegar a casa, después de haberse detenido en uno de sus clubes para tomarse una copa, jugar a *backgammon* o hablar de caballos con Alfred Twombly o con Piggy French. Abriría la puerta y diría en voz alta: «Estoy en casa» y los niños gritarían «Papi, papi, papi» y bajarían corriendo, como locos, varios tramos de escalera, desde su cuarto hasta el salón. En aquel momento, su añoranza por el hombre al que había matado era abrumadora.

Su reloj de sobremesa de oro rosa, regalo del rey Luis de Baviera a la emperatriz de Austria, tocó las tres. Estaba agotada, pero el sueño se le escapaba otra vez. Dio mil vueltas, atrapada en sus propios pensamientos, su vitalidad agotándose en la oscuridad de la habitación que había compartido con su marido.

No podía imaginarlo en otra situación, solo podía verlo muerto, su rostro aún tan atractivo, la cabeza medio volada. Cuando aquella cara se infiltraba en sus sueños, como empezaba a sucederle, se despertaba de aquel sueño suyo inducido por las pastillas con el camisón de raso y encaje empapado de sudor. Su cabello, mojado, sobre su cara y su frente. Permanecía tendida varios minutos, en un estado de casi parálisis hasta que su corazón amainaba. Entonces, cogía una de las toallas Porthault que se llevaba consigo a la cama todas las noches, se secaba el rostro y las axilas en la oscuridad y se tomaba otro par de cápsulas turquesa y escarlata que siempre tenía a mano.

Todo el mundo la rechazó como a una apestada. La gran mayoría no quería tenerla como invitada en su casa.

KAY KAY SOMERSET

—¿Había algo de correo, Myrna? —le preguntó Ann a su secretaria.

—Solo facturas y ya las he llevado a la oficina. Una carta de la directora del colegio Spence, que no he abierto, y he dejado en su escritorio y una invitación a...

—¿A qué? —preguntó Ann precipitadamente; al instante se dio cuenta.

—Al desfile de la colección de Mainbocher.

—Ah.

—Y la nueva edición del *Social Register*, que he puesto en la mesa del teléfono de la sala de estar.

—Gracias. —Había olvidado el *Social Register*.

Se preguntó si habrían eliminado su nombre. La pobre Babette había estado en esa lista los dos años que había estado casada con Dickie Van Degan y jamás volvieron a incluirla en aquel listado. También desapareció Patsy French cuando Piggy señaló al mozo de sus establos como una de las causas de su divorcio. Y la estrella de cine mexicana de Bratsie Bleeker se evaporó de las páginas en la edición posterior a su muerte. No quería que su secretaria notara que esa cuestión tenía importancia para ella, así que continuó leyendo el último número de *Harper's Bazaar* hasta que Myrna salió de la habitación para atender un tema doméstico.

En cuanto estuvo sola, se levantó y se lanzó hacia la mesa del teléfono de la sala de estar, donde la última edición del *Social Register* reposaba junto a una agenda Louis Vuitton. Se puso de tal modo que si Myrna English aparecía en el quicio de la puerta, no podría ver qué estaba leyendo.

Tras años de práctica, abrió a la primera el libro por la G, incluso dio con la Gr. Pasó dos páginas hasta llegar a la página que estaba buscando. Allí, naturalmente, aparecía Alice, señora de William Grenville, Senior, en toda su excelencia social. Ann apenas se atrevió a bajar los ojos hacia el siguiente nombre, aterrada por la posibilidad de que aparecieran Diantha y Third sin ella.

Pero allí estaba ella. La señora de William Grenville, Junior. Su dirección, su número de teléfono, sus clubes, sus hijos. Todo en el lugar debido. La invadió un inmenso sentimiento de alivio. Sintió que su posición en Nueva York era inviolable, que no era meramente un apéndice de su difunto marido.

Miró la fotografía de Billy que había sobre su escritorio en un marco de plata. Apartó la vista pero al instante volvió a mirarla. No le importó mirarlo a los ojos. De manera brusca, la colocó boca abajo, de cara a la mesa. Así permaneció varios días. La sirvienta no se atrevía a moverla. Un día desapareció.

No pusieron los cordones de terciopelo para impedir su entrada a los elegantes clubes y restaurantes en los que había sido figura habitual durante su década de éxito social, pero la actitud de los propietarios, los jefes de sala y los *maîtres* que la saludaban con una inclinación de cabeza era diferente. Se mostraron tan corteses como siempre, pero eran menos efusivos en sus bienvenidas. Había gente, sabían, que no quería cenar cerca de la mujer que había matado a uno de ellos. Por primera vez, Ann Grenville rebuscaba en su cartera y recompensaba a quienes le daban la bienvenida con dinero como también hacían los ricos de fuera de la ciudad al tratar de presentar sus credenciales en aquellos locales de moda.

Entró en el 21 en la hora punta del almuerzo, sin reserva, en compañía de una pareja de españoles que estaban visitando Nueva York. Durante un momento, la

bulliciosa clientela se quedó en silencio, no hubo nadie que no se girara para mirarla. Trató de fingir absoluta despreocupación mientras Mac Kriendler la conducía hacia la primera sección de la sala hasta alcanzar la mesa donde los miembros de la familia Grenville solían sentarse. Toda su vida había ansiado ser el centro de atención y lo había conseguido al caer en desgracia.

Piggy French la vio entrar y, después de darle la espalda para hablar con sus compañeros de mesa, se inclinó sobre su Martini deseoso de hacerse invisible.

—¡Hola Piggy! —le gritó Ann, al pasar junto a su mesa, en su exagerada voz de mujer de la alta sociedad, como si las circunstancias en que habían hecho amistad no hubieran cambiado.

Piggy French levantó la vista como si no hubiera reparado en ella y apenas se levantó unos centímetros de su silla para decirle un «Oh, hola» sin llamarla por su nombre.

Ann se paró y lo besó, primero en una mejilla y luego en la otra, como se besaban ellos entre ellos, dando así la impresión de ser grandes amigos y de continuar en ella el largo afecto que había sentido por su marido. Lo miró a los ojos y sostuvo su mirada casi con desafío. Había aprendido a saber lo que otra persona pensaba sobre ella leyéndole sus ojos. Piggy murmuró algo como respuesta y no la presentó a sus invitados. Ann caminó hacia su mesa e hizo colocarse de otra manera a los españoles, que se habían sentado ya.

—No me ha gustado nada que me besara —les dijo Piggy a sus invitados, cuando retomaron la conversación.

—Pero la declararon inocente, ¿verdad? —preguntó Taytsie Davies.

—Gracias a la madre de Billy —dijo Piggy—. Alice Grenville es una santa. Odiaba a Ann y la apoyó.

—¿Quién es esa pareja que va con ella? —preguntó Taytsie.

—Extranjeros. Son los únicos que salen con ella.

—La mires por donde la mires, está acabada —dijo la fascinada Taytsie, incapaz de apartar los ojos de la mesa de Ann.

Ann recordaba todo desaire, toda mirada esquiva y en aquel momento, como en tantos otros, decidió archivarlos en la parte más oculta de su mente, para lidiar con todos ellos después, cuando su vida empezara de nuevo. Su vida no era esa vida que llevaba esos días. Aquello era algo provisional, un limbo, entre lo que ella fue y lo que ella sería.

Era una mujer que se aprovechaba de todas y cada una de las oportunidades que la vida le ofrecía y el intruso le ofreció la oportunidad de la viudedad.

TUCKY BRAINBRIDGE

Las personas clave en la vida de Alice Grenville les habían hecho saber a sus amigos, quienes a su vez habían pasado la información a sus conocidos, que no deseaba que

se le mencionara la tragedia. Fiel a su palabra, apoyó a su nuera y con ella apareció en público en alguna que otra ocasión a fin de dar apariencia de unidad familiar. Aunque las personas de su círculo se mostraban tolerantes con Ann en presencia de su estimada Alice, eran hostiles con ella cuando Ann, por su cuenta, trataba de sobreponerse a su situación en Nueva York.

Una noche, al salir de la ópera con Ann, Alice le dijo a Charles que había decidido volver a su casa en vez de ir a cenar a un restaurante como habían planeado. Cuando cerró el cristal que separaba al chófer de los pasajeros, permaneció sentada en silencio un rato, contemplando la noche de Nueva York mientras Ann hablaba de alguien a quien había visto en el palco contiguo.

—Sí, sí, la has visto, *mère*, llevaba el mismo traje que Cordelia llevaba en casa de los Pell la semana pasada. Está casada con un violinista chipriota y vive en París. La historia es que una vez...

—Creo que tendrías que pensar en dejar la ciudad, Ann —le interrumpió Alice, que no le había prestado atención alguna.

—¿Qué quieres decir con dejar la ciudad? —preguntó Ann.

—Exactamente eso —respondió Alice—. Marcharte.

Como siempre hacía cuando se sentía atrapada o nerviosa, Ann se concentró en una actividad diferente. Abrió su bolsito de mano, de oro y diamantes, y extrajo su polvera. Contemplándose en el espejo, se pasó el pintalabios escarlata repetidamente sobre su labio inferior.

—Tu maquillaje está perfecto, Ann —le dijo Alice.

—Estaba pensando en ir a Palm Beach unas semanas —dijo Ann, sin dejar de pintarse.

—Cuando hayas terminado con tus re-to-ques, continuaré con la conversación —dijo Alice, mirando hacia Park Avenue a través de la ventana.

La palabra «re-to-ques», pronunciada en tres sílabas, anunció a Ann que su suegra no cambiaría de opinión. Puso de nuevo la polvera en su bolsito, lo cerró con un clic, respiró profundamente y miró fijamente hacia delante. Las dos mujeres permanecieron sentadas en silencio toda una manzana.

—Creo que deberías irte a vivir a un lugar distinto —empezó Alice—. Y eso no quiere decir pasar dos semanas en Palm Beach. Creo que deberías considerar dejar la ciudad, quizás incluso dejar el país.

—Nunca —respondió Ann, horrorizada ante la sugerencia.

—Seguro que sabrás que las cosas han cambiado aquí para ti.

—¿Y qué tal Newport?

—He decidido no abrir la casa de Newport este año.

—Creo que estoy perdiéndome algo en esta historia —dijo Ann.

—Te han dado de baja como miembro de Bailey's Beach, Ann. No a tus hijos. Solo a ti. Y esa situación sería insostenible allí.

Ann, dolida, quería volver a sacar su polvera, pero no se atrevió.

—Dejemos las cuestiones más delicadas un momento —dijo Alice— y enfrentémonos con la realidad. Te están ninguneando, por todas partes. ¿No te das cuenta?

—Supongo que te has enterado gracias a Felicity que Edith Bleeker me ignoró el fin de semana pasado en Piping Rock. Seguro que corrió encantada a contarte esa anécdota.

Alice Grenville no contestó. El Packard se detuvo frente a la casa de Ann. Esta miró hacia la puerta principal, negra y costosamente abillantada, y percibió que la vida que había llevado en aquella casa perfecta que ella misma había creado y en la cual había reinado, terminaba.

—¿Has visto la nueva edición del *Social Register*? —le preguntó, como si estuviera jugando con su as en la manga—. No han borrado mi nombre.

—Eso es cierto.

—¿Lo has visto?

Alice Grenville sonrió con tristeza.

—Si no te incluían, Ann, yo habría hecho borrar mi nombre y los nombres de mis hijas.

—Entonces, eso era un acuerdo.

—Sí, eso era un acuerdo.

El corazón de Ann dio un vuelco. Sabía que era verdad. Charles permanecía en el exterior, en la fría noche, esperando abrirle la puerta. Ella hizo un gesto hacia la ventana para indicarle que estaba preparada.

—Una cosa más, Ann —dijo Alice, poniendo su mano sobre la manga del chaquetón de piel de Ann—. Me gustaría criar a mis nietos.

Ann se giró hacia su suegra, roja de ira.

—Sabía que era eso lo que tenías en mente. Lo supe desde el día que viniste a visitarme en el Doctors Hospital. Nunca me arrebatarás a mis hijos. ¡Nunca!

Fuera del coche, Charles escuchó la voz alta y airada y no abrió la puerta.

—Te los enviaré para que pasen las vacaciones contigo. Y podrás verlos cuanto quieras cuando visites este país, pero me gustaría ocuparme personalmente de su educación y de su crianza.

—Te lo repito, nunca.

—Vayas donde vayas, el resto de tu vida, la gente te señalará y dirá: «Esa es la mujer que mató a su esposo». ¿Crees que eso es justo para tus hijos?

—Creo que soy yo quien sabe lo que es mejor para mis hijos —contestó Ann, seca.

—Diantha y Third están profundamente heridos por esta terrible tragedia. ¿No te das cuenta de lo silenciosos que se han vuelto los dos? Esa herida suya no cicatrizará siquiera hasta que la notoriedad amaine.

—Contrataré abogados e iré a los periodistas antes de permitir que me quites a mis hijos, Alice —dijo Ann, inclinándose sobre su suegra. Nunca la había llamado

por su nombre de pila. No lo pronunció con afecto y así dio por terminada la época en que la había llamado *mère*.

—Deja que te recuerde que hicimos un trato en el hospital: jamás hablarás con la prensa mientras vivas —le dijo Alice.

—Y deja que te recuerde —dijo Ann, señalando el rostro de su suegra con el índice— que el trato que hicimos se refería a no hablar con la prensa ni con nadie únicamente sobre la noche del accidente en Oyster Bay. No acordamos nada relativo a la posibilidad de que yo pudiera o no hablar con la prensa sobre tu pretensión de quitarme a mis hijos.

—No me señales.

—¿Ya has escogido el lugar donde debo vivir?

—No es preciso ese tono burlón.

Ann tocó la ventana con sus nudillos para que Charles le abriera la puerta. Mientras salía del coche, se giró hacia Alice.

—Si Billy me hubiera disparado accidentalmente, todo habría continuado con normalidad.

Billy Grenville hoy estaría vivo si no se hubiera casado con esa actriz.

SASS BUFFINGTON

Más de diez años pasados junto a ellos no la habían convertido en uno de ellos. Todas las puertas de importancia en el Upper East Side, la orilla norte, Newport y Southampton le fueron cerradas en sus narices. La gente que deseaba verla no era la gente que ella deseaba ver. En ese mundo, cuando uno había protagonizado un escándalo que había puesto al descubierto el modo de vida que llevaban ellos, era inevitable que te dejaran de lado.

Sintió rabia ante las cartas que le había repartido la vida y se negó a reflexionar que había sido ella, y no la vida, la que había disparado los tiros que le habían volado la cabeza a su marido. Unos creían que había sido un accidente, como ella mantenía con firmeza, pero incluso aquellos sabían que era capaz de hacer lo que otros creían que había hecho.

Sin otra opción que la que su suegra le había sugerido, vendió su casa en Nueva York y abandonó el país. La casa en Oyster Bay, a falta de compradores interesados, fue cerrada. Al final de su curso escolar, sus hijos la siguieron hasta Suiza.

Por más que los europeos se mostraran más tolerantes con la situación de Ann que los americanos que conocía, todo el mundo pensó que había vuelto demasiado pronto a su antigua vida en los lugares de recreo de la alta sociedad internacional. Como si temiera que la olvidaran, no se retiró durante el año o dos de reflexión y duelo obligatorio y tampoco se volcó en sus hijos necesitados de madre sino que se unió al

grupo que se subía a un avión para ir de fiesta en fiesta. Dondequiera que ella fuera, allí estaban disfrutando del punto álgido de la temporada. Les explicó a sus nuevos conocidos que se sentía desterrada, dramatizando la gravedad de su situación. Ellos, en su mayoría europeos, aceptaban que lo ocurrido había sido un accidente o consecuencia de la pasión y, para ellos, un crimen pasional era un acto excusable.

Kay Kay Somerset, que ya no le dirigía la palabra, la vio en el desfile de Givenchy, en París, sentada en una silla dorada en primera fila. Como si estuviera preparándose para una próxima temporada de galas, la vio comprobando los números de su programa con los números de las modelos en traje de noche que desfilaban frente a ella. Y algo todavía peor dadas las circunstancias, continuó cazando: viajaba con cuatro maletas cargadas de escopetas para pasar fines de semana de caza en fincas de Austria, Francia y España.

Fue en el bar del hotel Palace, en Saint Moritz, en plena temporada, cuando la oí, con una voz bastante alta, echar pestes sobre mi naturaleza. No voy a repetir la palabra que usó. Me duele. No es que no sea verdad, es verdad. Naturalmente, estaba borracha en ese momento o iba bien encaminada a estarlo en breve.

En el exterior, ya casi había oscurecido. El bar estaba lleno. Quienes cenarían tarde todavía vestían sus ropas de *après-ski* y se disponían a ir a sus habitaciones para prepararse para la cena. Los primeros comensales ya vestían para la noche. Todos los asientos estaban ocupados. Yo, en ese momento una celebridad y muy solicitado socialmente después del enorme éxito internacional que había cosechado mi libro *Velas a la hora del almuerzo*, adaptado en una igualmente exitosa película con Audrey Hepburn y Cary Grant, estaba sentado en un taburete del bar conversando con la siempre amena madame Badrutt, por entonces la esposa del elegante propietario del hotel Palace, cuya política era mantener fuera a la chusma. Una norteamericana europeizada que hablaba inglés con entonación de extranjera, madame Badrutt, originaria del valle de San Fernando, me daba una escueta sinopsis de cada huésped cuyo aspecto me interesaba y después me presentaba a algunos de ellos.

—Basil Plant —le dijo a una mujer muy mayor, vizcondesa, duquesa o algo parecido que dijo ser admiradora mía y llamarse Kitty.

—Kitty conoció a Proust —dijo madame Badrutt.

—¡No, Kitty! —chillé, aplaudiendo encantado—. ¡Qué maravilla! Cuéntame todo. ¿Cómo era?

—¡Horrible! —exclamó la anciana.

Se oyeron carcajadas. Todo el bar disfrutaba del cóctel.

—Y, naturalmente, aun en el seno de ese grupo tan estupendo, la asesina americana asciende escalones de la pirámide —comentó madame Badrutt.

—¿Quién? —pregunté.

—La señora Grenville —dijo.

—¿Dónde? —pregunté, fascinado, tendiéndole mi cóctel de champán al barman

para que me lo rellenara.

Cuando la gente se dispersó, la vi en un rincón de la sala. Su hombro acariciaba el brazo del hombre junto al que estaba sentada.

—¿Quién es él? —pregunté a madame Badrutt.

—El conde Zeilern —dijo—. Sin blanca. Buen título. Le gustan las mujeres ricas.

La señora Grenville sacó un pintalabios y se dio brillo en los labios. Su compañero le reclamó la atención susurrándole algo en la oreja. Ella lo miró. Su hermosa boca, desde hacía mucho tiempo sin un beso, no ansiaba amor sino promiscuidad. Cuando él, entendiendo sus señales, se inclinó para besarla, ella lo siguió. Su lengua impregnada de *whisky* la intoxicó y sus ojos se cerraron en una demostración pública de pasión. En contadísimas ocasiones me asombro. Mentalmente estaba calculando la diferencia horaria con Nueva York y me preguntaba si Jeanne Twombly o Petal Wilson se encontrarían en aquel momento en casa, consciente de que aquella era el tipo de anécdota que les encantaría y que bien les serviría como forma de pago por todos los jugosos chismes que ellas habían susurrado en mis ansiosos oídos.

Cuando abrió los ojos, me vio mirándola besando. No habíamos coincidido desde que mostró su indiferencia hacia mí en la fiesta de Edith Bleeker, la noche de la tragedia. Su espalda se puso intimidantemente rígida. Estaba pensando, lo sabía, que Basil Plant era un portador de chismes.

Fue entonces cuando la oí echar, en voz alta, pestes sobre mi naturaleza. Quienes la escucharon por estar cerca de ella se giraron para ver mi reacción. Las dinámicas de nuestra relación habían cambiado. Me disculpé ante la mujer que había encontrado horrible a Proust y ante madame Badrutt, me levanté de mi taburete y atravesé aquella sala atestada hasta alcanzar el lugar donde Ann Grenville se sentaba con su alemán. La boca de él, noté, tenía las manchas de su pintalabios. Ignorándolo, me quedé mirando fijamente a Ann Grenville, que siempre se había resistido a mis intentos de acercarme a ella. Ella, consciente de que había cometido un error, me miró a su vez de forma insolente.

De golpe, levanté las manos, como si estuviera apuntando con una escopeta, una mano en el cañón imaginario, otra en el gatillo imaginario, y dirigí la escopeta imaginaria directamente a su cabeza.

—¡¿Billy?! ¡¿Eres tú?! —grité.

Mi voz aguda reverberó por el bar del Palace. El silencio era sepulcral. Esperando mi momento, como el actor que siempre quise ser, pronuncié la palabra «Bang» y apreté el gatillo imaginario, dejando que mi cuerpo reaccionara ante la fuerza imaginaria del disparo imaginario. Entonces, repetí otra vez «Bang», como si disparara por segunda vez, dejando otra vez que mi cuerpo reaccionara ante la fuerza imaginaria del disparo imaginario. A continuación, bajé la escopeta imaginaria, sin dejar de mirarla a los ojos. Observé que la mirada arrogante que había adornado su hermosa cara hacía solo un instante era reemplazada por una mirada de vergüenza y

humillación.

—Cuando escriba esto en mi novela mosaico, Bang-bang, le enviaré un ejemplar anticipadamente.

Entonces me di la vuelta y salí del bar, convencido de que había hecho lo correcto. En cuestión de minutos, aquella escena corrió de boca en boca por todo el hotel. Esa noche, en las fiestas del Palace Grill o del Chesa Viglia, no se habló de otra cosa. Al día siguiente, los esquiadores y el grupo que llegaba en funicular para comer en el Corviglia Club, en la cima de la montaña, habían adornado la historia. «¿Eres tú, Billy?», decía la gente una y otra vez para, a continuación, replicar mi actuación y acabar muertos de la risa. Gente que no había sido testigo aseguraba haberlo sido. No podían soportar el estar fuera.

A la mañana siguiente la señora Grenville partió hacia París dejando instrucciones de que empaquetaran sus 28 piezas de equipaje y sus cuatro maletas de escopetas y las mandaran al hotel Ritz. El conde Zeilern no la acompañó. El apodo de Bang-bang, sí.

—¿No encuentra esto extraño?

—¿El qué?

—Quiero decir, mire aquí. —Estaba sentado en una oficina en la planta superior de la comisaría de Mineola, fuera de horario, leyendo las declaraciones de los invitados de la fiesta de Edith Bleeker sobre la noche en la que Ann Grenville disparó y mató a su marido—: La duquesa de Windsor, en su *suite* de las torres Waldorf, dijo al inspector Pennell que los Grenville «estaban hechos el uno para el otro».

—¿Y qué hay de raro en eso? —preguntó el detective Meehan, mirando hacia la puerta, nervioso por haberme permitido que lo embaucara para dejarme ver lo que supuestamente era el expediente cerrado sobre el tiroteo de los Grenville.

Siguiendo el dicho de favor con favor se paga, yo había aceptado leer los cuentos escritos por Margaret Mary Meehan, la hija del detective, alumna de segundo año en la Universidad de New Rochelle y decirle, con honestidad, si debería o no pretender hacer carrera literaria o dedicarse a la enfermería, como su padre deseaba.

—Nada en sí mismo, pero mire, en esta página, Brenda Frazier, en su apartamento de Nueva York, describió a los Grenville al inspector Pennell como «hechos el uno para el otro». Y aquí, la señora Philipps, en su casa en Westbury, describió a los Grenville como «hechos el uno para el otro». Lo mismo que Edith Bleeker. De hecho, 33 de las 58 personas que asistieron a la misma fiesta que los Grenville la noche de los disparos los describieron como hechos el uno para el otro. Eso es lo que me resulta extraño.

—No le sigo. —El detective Meehan estaba mostrándose, yo lo sabía, deliberadamente obtuso, pero decidí tratarlo como a un colega.

—Estas palabras, «hechos el uno para el otro», no surgen sin más y, muchísimo

menos, para describir a una pareja que no estaban hechos el uno para el otro.

—¿Está llegando a alguna conclusión? —preguntó el detective Meehan, recogiendo el expediente y devolviéndolo a su lugar en el archivo.

—Sí, así es. Se llama cerrar filas. Rearmarse. Mantener a los extraños fuera. Se habrán sucedido muchas llamadas telefónicas entre bastidores. Alguien habrá dicho que, cuando les pregunten, digan que Billy y Ann estaban hechos el uno para el otro y los invitados, como mínimo 33 de los 58, han sido tan poco creativos que han repetido exactamente esas palabras. Esa es la conclusión a la que estoy llegando.

—Mejor que se vaya de aquí ahora.

—¿Y respecto al intruso?

—En otra ocasión. Mejor que se vaya ahora.

Viajaba de país en país. Metía la pata y se marchaba a otro.

EVE SOBY

Era una buena viajera. Controlaba una enorme cantidad de equipaje, cajas de escopetas y abrigos de piel e intimidaba a los funcionarios de aduanas para que la dejaran pasar con rapidez. La gente encontraba raro que continuara cazando, después de haber disparado y matado a su marido, pero disfrutaba de su reputación como cazadora y continuó disparando en todas las cacerías del continente.

En Austria, insistió en que su anfitrión, el príncipe Windisch-Graetz, despidiera a su guardabosques por sobrepasarse con ella cuando la verdad era que, como el viejo príncipe Windisch-Graetz y todos los invitados de su cacería sabían, había sido la señora Grenville la que se había sobrepasado con el guardabosques. La señora Grenville se marchó. El guardabosques se quedó.

En España, el duque de Lerma la presentó al marqués de Fuego como la viuda más famosa de América. No la ofendió. Cuando, unas semanas después, su aventura terminó y el marqués de Fuego la dejó, al bajar el noble español por las escaleras de su pabellón de caza, ella le lanzó un busto de mármol, errando su blanco por muy poco.

En Marrakech, la condesa de Guigne le pidió que abandonara la villa Naylor por llevar a jóvenes marroquíes a la casa por las noches.

Durante su breve amistad con Chiquita McFadden, antes de que se acostara con el marido de Chiquita y arruinara aquella amistad, Ann y Chiquita viajaron juntas a la India, de safari, y visitaron a varios maharajás y maharaníes durante la ruta. Vestida con un abrigo de *mohair* color rosa, un pañuelo de gasa sobre la cabeza, perlas en su cuello y en sus muñecas, no era una figura que pasara desapercibida cuando se encontraba con su amante a las puertas del palacio rosa de Jaipur.

—¿Quién es toda esa gente? —le preguntó a la mujer de una estrella de cine americana en una fiesta en Gstaad.

Sabía perfectamente quiénes eran todos ellos. Eran el segundo escalón de los

huéspedes del hotel, todos ellos recién llegados después de haber trepado desde el tercero. Y así se dio cuenta de que había sido degradada en el escalafón social.

—¿Por qué no se casa de nuevo? —oyó que alguien decía sobre ella en una de sus fiestas.

—¿Quién iba a quererla? —fue la respuesta—. Es una mujer tan fácil.

—Por favor, recuerda que esta es mi fiesta y que estoy pagando por ella —dijo Ann, señalándole con el dedo, roja de la rabia.

—¿Cómo podría olvidarlo, señora Grenville? —dijo el conde Stamirsky—. Si usted no pagara, no la habrían invitado.

Para el tipo de hombre con el que ella se quería casar era una mujer demasiado fácil. Además, el asesinato siempre la acompañaba.

ALFRED TWOMBLEY

—Esa mujer está en la ciudad. ¿Serás tan amable, Bertie, de venir a cenar? —le pidió Alice Grenville a Bertie Lightfoot.

Cada vez que Ann volvía a su país, ya fuera por barco o por avión, Alice Grenville mandaba su coche a recibirla. Siempre había flores esperándola en el apartamento de la parte alta de la Quinta Avenida que había comprado después de vender la casa, junto a una invitación a cenar. Aquello formaba parte de un ritual que siempre se cumplió. Como mínimo una vez al año, nunca más de dos, cada una de las hermanas de Billy invitaban a Ann a una fiesta. Uno oía a menudo, en los salones de la ciudad: «Sí, vi a Ann anoche en casa de Cordelia y Jack» o «Ann estuvo en el baile de aniversario de Felicity y Dexter la semana pasada». Las crónicas de sociedad solían hablar de su participación en aquellas reuniones familiares y daba la impresión, como se pretendía, de que la familia Grenville, en sus distintas ramas, permanecía en términos amistosos con la viuda.

Entre bambalinas, las cosas eran distintas. Alice Grenville veía con desaprobación cómo su nuera salía con demasiados hombres, alardeando de la independencia que tenía gracias a su viudedad.

—Yo creí que comprarías una casa en algún lugar y empezarías una nueva vida. Nunca imaginé que vivirías en hoteles y vagarías de *resort* en *resort* según la temporada. ¿Qué manera es esa de criar a tus hijos?

Se soltaban más por teléfono. Cuando se veían en persona, siempre había alguien acompañándolas, normalmente alguna de las hermanas, y conversaban sobre temas triviales: ropa, fiestas, obras de teatro que habían visto, libros que habían leído. Por teléfono, sin embargo, Alice decía lo que pensaba:

—Indecoroso. Sé que es una palabra muy pasada de moda, pero eso es exactamente lo que es, indecoroso.

—Pero a ti te conviene.

—Dicen que sueles andar borracha o drogada.

—¿Quiénes dicen eso?

—¿Qué más da, Ann? Eso es lo que se dice de ti.

—Y cuando el río suena, agua lleva. ¿Eso es lo que ibas a decir después?

—Ni personaje entrañable ni trágico... Ann, eres un caos. Un caos vergonzoso. La cena es a las ocho en punto.

Ann habría preferido no ir, pero acudió. Alice habría preferido no tener que invitarla, pero la invitó. «¿Conocéis a mi nuera?», les preguntaba a sus nuevos amigos, conduciendo a Ann por su salón, y los amigos se maravillaban ante la bondad de Alice.

A Ann no le gustó nada que su suegra la sentara junto a Bertie Lightfoot a la mesa. Si hubiera estado en otro comedor de Nueva York, habría cambiado las tarjetas de lugar, no para mejorar su posición en la mesa, como había hecho antaño, sino simplemente para no estar junto a Bertie. Sentía rencor hacia él por no haberla apoyado los meses después de la tragedia.

—Estás maravillosa, Ann —le dijo Bertie, sabedor de que a ella no le incomodaban los elogios sobre su apariencia. Adoptó la táctica de los cumplidos para superar el malestar que sentían al estar cerca uno del otro.

Ann decidió no contestarle. Advirtió que estaba nervioso y tan molesto como ella por el lugar que le había correspondido en la mesa de Alice. A su otro lado, el embajador de España ante Naciones Unidas conversó en español con Ann sobre Madrid, el museo del Prado, el restaurante Horcher y las maravillosas toallas del hotel Ritz. Tras dos platos, la dama sentada al otro lado del embajador, Beth Leary, una vieja amiga de Alice, le usurpó al español con una mirada fulminante. Cuando él se dirigió hacia ella, para responder a sus preguntas sobre la posible restauración de la monarquía tras la muerte de Franco, Ann se vio excluida.

—¿Tienes pensado quedarte la casa de Oyster Bay? —le preguntó Bertie, haciendo así una segunda intentona para iniciar una conversación.

—Tampoco es una casa que esté muy demandada en el mercado inmobiliario —respondió Ann fríamente, sin mirarlo.

—¿Estás viviendo en Suiza? —le preguntó él.

—Alquilaré una casa en Cerdeña para pasar el verano y seguramente iré a Irlanda en otoño. —Ann seguía sin mirarlo. Se preguntó si habría llegado a él la escena que ella y Basil Plant habían protagonizado en Suiza.

—¿Por qué pensaba que estabas en Suiza? —le preguntó él.

—Los niños van allí al colegio. Viajo allí varias veces al año para estar con ellos.

—¿Cómo está Dolly?

—Prefiere que la llamen Diantha —dijo Ann, espaciando sus palabras, haciéndole saber así que estaba entrometiéndose.

—Mira, Ann —le dijo—. No sé por qué adoptas esa actitud conmigo. Alice creyó que...

—Oh, Alice creyó, ¿verdad? —le interrumpió Ann—. Has ascendido en el mundo

para convertirte ahora en el confidente de Alice, ¿no es cierto? Eso se llama «aprovecharse de la situación».

—Por favor, Ann.

—Deberías haberme escrito, Bertie, o haberme llamado, cuando ocurrió el accidente, o haber venido a verme —dijo. Sus palabras eran muy precisas y estaba muy enfadada, pero mantuvo su tono de voz bajo y no llamó la atención a nadie.

—Quería escribirte, pero no sabía qué decirte —contestó Bertie—. Fue tan espantoso.

—Mentira, Bertie. Nunca te has quedado sin palabras. Y si crees que no voy a recordarte que una vez te ayudé, cuando tenías un problema y no tenías a nadie más en Nueva York, estás bien equivocado, porque te voy a recordar exactamente eso.

—Lo sé, Ann. Sé lo que hiciste —respondió con rapidez, con pánico de que otros escucharan aquella conversación.

—Entonces estaba embarazada de ocho meses, Bertie.

—Lo sé.

—Si hubiera ido contando esa historia, podría haberte hecho el hazmerreír de Nueva York —dijo, su furia aumentando en silencio.

—Por favor, Ann.

—Atado por completo, gordo y desnudo, en medio de una carnicería de antigüedades destrozadas. ¿No crees que habría provocado más de una risa en esos mismos círculos y comedores donde tú te tomas tan seriamente tu posición como el escolta número uno de Nueva York?

—Por favor, Ann.

—Nunca le conté a nadie esa historia, ni siquiera a mi marido y... ¿tú no encontraste un momento ni te tomaste la molestia de escribirme o de llamarme por no saber qué decirme? ¿Tú, que siempre tienes algo que decir acerca de todo?

—Lo siento, Ann —dijo él, destrozado por la escena—. Estoy profundamente apenado por ti, por Billy y por los niños, por la terrible tragedia.

—Demasiado tarde, señorita Lightfoot —le dijo, mirándolo, sabiendo que había ido demasiado lejos una vez más, al burlarse de su sexualidad, acabando así con la posibilidad de resucitar una amistad que sí había apreciado en el pasado.

El cornejo ya estaba perdiendo fuerza y los narcisos ya se habían marchitado. Ann pensó que ese año se había olvidado de la primavera.

Estaba sola en la casa de Oyster Bay. Sin servicio, sin niños. No había nadie que la observara. Recorrió las habitaciones de aquella casa para decidir si podría vivir allí o si el terrible incidente había hecho inhabitables sus estancias. Los muebles estaban cubiertos con cretona. Las alfombras, enrolladas. No percibió ningún eco fantasmal. Allí, en aquella butaca baja, pensó, había reposado la escopeta. Caminó hacia la puerta de su dormitorio, viendo una imagen de sí misma en su camisón azul, su

sostén negro y su *négligé* azul. Abrió la puerta, esperando que él estuviera allí, para revivir la escena con ella, para poder conocer y acallar sus demonios.

—¿Quién hay ahí?! —gritó Ralph Wiggins—. Oh, Dios mío, es usted, señora Grenville.

Ella pasó junto a él, en dirección al patio, y se metió en el Rover. Cuando llegó a Nueva York, hizo planes para volver a Europa. Su pasado, tan publicitado, permanecía pegado a ella como si tuviera una joroba en su espalda.

Hay personas por quienes se abren filas; ella no era una de esas personas.

KAY KAY SOMERSET

A Ann siempre le había gustado Rosie Fairholm. Rosie Fairholm era una de las pocas, solía decir, fuera de aquel círculo cerrado, que era agradable con ella no por ser la mujer de Billy sino por ser Ann, pero Rosie Fairholm le hizo el vacío en el Harry's Bar, en Venecia. La escuchó decirle a uno de los hermanos Van Degan:

—Uno ha de poner el límite en algún lugar. Y, no hay otra, ella lo mató.

Poco a poco, Ann empezó a desviarse del foco de los grandes acontecimientos. Se oyó decir que estaba en Marbella con un apuesto joven francés, pero fuera de temporada. Alguien la vio en Irlanda, en el castillo que un director de Hollywood había alquilado. Se dijo que algo habría hecho en un yate por Tahití para casi terminar en los tribunales demandada por daños. Brookie Herbert comentó que había estado en la feria de Sevilla con sus dos hijos y que los dos la seguían en silencio con sus nuevas cámaras. Pero Ann ya no pertenecía a ningún lugar. Se encontraba en una mesa situada al margen observando la fiesta que se celebraba en el centro de la habitación. Ann era una nómada rica que deambulaba de un lugar a otro: cuando protagonizaba algún incidente en un lugar, se marchaba a otro. Desterrada de su tierra, las cimas que tanto había aspirado a alcanzar se habían derrumbado sobre ella como en una avalancha.

Paco vino y se fue. Pablo vino y se fue. Los dos se quejaron por lo poco generosa que se había mostrado Ann con ellos cuando se marcharon. Entonces apareció Paul. Inglés, veintidós años, guapo como todos ellos pero, como Ann fue la primera en decir, diferente también a todos ellos. Trabajaba. Era barman en el Club Gringo, en Cerdeña, en las afueras de Porto Cervo, donde aquella temporada los más noctámbulos acababan la noche, después de haber ido a una cena u otra y haber asistido a un baile o a otro de los celebrados por la Costa Esmeralda. Cuando no estaba en la playa, donde se ponía muy moreno y nadaba muy bien, se pasaba el día escribiendo un guion en su vieja Olivetti acerca de un joven que había dejado sus estudios de Cambridge y trabajaba como barman en el Gringo Club, en Cerdeña, en temporada alta.

Para Ann Grenville fue lujuria a primera vista. El grupo con el que había llegado, unos cuantos nobles de segunda categoría a los que había conocido en una fiesta de segunda categoría la misma noche en la que el Aga Khan agasajaba a los nobles de primera categoría en una fiesta de primera categoría, estaba aburrída y de mal humor porque el primer grupo no había llegado al Gringo. Además, no querían mezclarse con la gente de tercera que ya estaba allí.

—Vámonos, Ann —le dijo Jaime Carrera, cuya barba bien recortada no podía ocultar por completo su desafortunada barbilla.

Ann se había sentado en el bar, en un taburete, y había empujado la copa hacia aquel guapo barman para que se la llenara de nuevo.

—Pero acabamos de llegar —respondió.

—Esta noche apenas quedan sobras para el perro —le respondió Jaime, despectivamente, sobre la clientela. Ann, antaño tan pendiente de estar en el sitio adecuado a la hora adecuada con la gente adecuada, ya no ansiaba tanto la excelencia social, consciente de que se le había escapado de las manos para el resto de su vida aquella infausta noche en Oyster Bay.

—Me quedo —contestó.

—Lucille tiene invitados en su casa. Pensamos ir allí —insistió él.

—Ve tú —dijo Ann.

—¿Cómo volverás a Cervo? —preguntó él.

El barman le tendió a Ann su bebida. Por primera vez cruzó la mirada con la hermosa mujer que había estado observándolo los últimos quince minutos.

—¿Tienes coche, barman? —le preguntó.

—Sí —respondió él. Le gustó el tono de su voz. No sonó nada ansiosa.

—Así es como voy a volver a Cervo, Jaime —le dijo a su acompañante, indicando con su cabeza rubia al barman—. Y, al fin y al cabo, no puedo soportar a Lucille.

—No te mezcles con el servicio, Ann —dijo Jaime.

—*Buenas noches*, Jaime —se despidió ella.

Ni siquiera lo vio marcharse. En lugar de ello, encendió un cigarrillo y examinó de nuevo la cara y el cuerpo del joven que trabajaba detrás de la barra.

—No pareces un barman —le dijo.

—Suelen hacerme ese mismo comentario —respondió él.

—Déjame que lo adivine. En realidad eres pintor.

—Inténtalo otra vez.

—Escritor. Estás escribiendo la gran novela inglesa.

—El gran guion inglés —le corrigió.

—Ah, películas. Bien, no iba tan desencaminada. Si te portas bien conmigo, te presentaré a mi amigo David Ladera. ¿Sabes quién es, verdad?

—Claro que sí. Dirigió *Velas a la hora del almuerzo*.

—De ese mierda de Basil Plant.

—Deduzco que no te gusta Basil.

—No me digas que conoces a Basil.

—Todo el mundo conoce a Basil.

Abrió su monedero y sacó algo de efectivo.

—Conviértelo en liras, ¿lo harás?, y ponlo todo en esa máquina de discos y bailemos tú y yo un buen rato.

—Esta noche hace mucho calor como para bailar aquí dentro.

—Si tienes calor, quítate la camisa —respondió.

—No lo dirás en serio —le dijo, sonriéndole.

—Oh, sí, te lo digo en serio —dijo—. Ven, yo te la desabrocharé.

—Déjame que dé con alguien que me sustituya —dijo él, desnudo de cintura para arriba—. ¡José!

—¿Sabes quién es esa señora, verdad? —le murmuró José cuando le pidió que lo reemplazara.

—No.

—Es la americana rica que mató a su marido.

—Tengo que irme —susurró él. Aunque postigos, telas y cortinas mantenían la oscuridad de la habitación de la villa de alquiler, él sabía que estaba a punto de amanecer.

—No, no te vayas —le susurró ella, mirando su rostro joven y apuesto.

La cama que compartían estaba iluminada por una lamparita cubierta con el pañuelo que ella había llevado en la cabeza cuando la condujo a casa desde el Club Gringo hacía unas cuantas horas. Le recordaba a Billy. No al Billy que había matado sino al Billy del principio: el apuesto Billy, cuando la vida parecía tan llena de amor y esperanza.

—Tengo que irme. Tengo trabajo.

—Acabas de llegar del trabajo.

—Mi otro trabajo. Escribo tres horas por la mañana.

—Vuelve a bajar hasta ahí la cabeza —le susurró—. Me encanta cómo lo haces. Se mueve con tanto ritmo. Mi querido barman, posees lo que se conoce como una lengua mágica. Ahora, gírate hacia aquí, el resto de ti, pero no pares de hacer lo que estás haciendo. Quiero devolverte el favor.

—No puedo correrme otra vez.

—A tu edad, por supuesto que puedes.

—No puedo.

—Inténtalo.

En el frenesí de aquella reavivada pasión, ninguno oyó cómo se abría la puerta de la habitación ni reparó en el niño, Third, que permanecía allí de pie.

—Ni siquiera sé cómo te llamas —le dijo Ann, levantando la cabeza de sus

quehaceres sexuales y retornando a los mismos cuando acabó de hablar.

—Paul —respondió, levantando a la vez su cabeza de sus propios quehaceres.

—¿Paul qué?

—Cooper.

—¿Como los exquisitos lord Alfred Duff Cooper y su esposa Diana?

—No puedo hablar y mover la lengua a la vez y casi estoy a punto de estallar.

—Mi querido barman.

Después, al acabar, se subió los pantalones, se calzó los mocasines sin calcetines y se metió la camisa por el pantalón. Vestido, preparado para irse, permaneció a los pies de la cama y la miró.

—¿Esto ha sido una aventura de una noche o tienes algo más en mente? —le preguntó él.

No, pensó, no se parece en nada a Billy Grenville. Bajo su juventud y belleza había una lascivia, nada sofisticada, que igualaba a la suya. Estirada y desnuda, lo miró, sus magníficos pechos, lo sabía, lucían su ángulo más atractivo. Sonrió.

—¿Cuánto ganas en el Gringo? —le preguntó.

—¿Por qué?

—Te triplicaré la cifra. Te instalarás aquí, escribirás tus películas, les enseñarás a mis hijos cómo nadar y navegar y pasarás las noches haciendo lo que acabamos de hacer.

—¿Conoceré a David Ladera?

—Ahora está en Irlanda.

—Cuando acabe mi guion, ¿podemos ir a Irlanda y enseñárselo?

—Sí.

—Es usted una dama, señora Grenville.

—¿Cómo sabías mi nombre?

—Es usted bastante famosa, señora Grenville.

—Ann.

—Ann.

—Que escribas bien.

—¿Sabías que la puerta de la habitación ha permanecido abierta todo el rato? —le preguntó él.

Paul era diferente a Paco y a Pablo. Parecía no querer nada de ella. En Milán le encargó unos trajes a medida, unos zapatos y unas camisas, pero tampoco él habría pedido nada de aquello: aquellas eran cosas que ella quería que él tuviera. Cuando acabara la temporada en Cerdeña y se trasladaran al destino de turno, los niños de vuelta a su escuela de Suiza, quería que tuviera un aspecto presentable. De este modo, su situación, obvia para la mayoría de su círculo en Porto Cervo, no lo sería tanto cuando se registraran en el Ritz de París en otoño.

Diantha y Third finalmente habían aceptado a regañadientes su presencia en sus vidas, pero al principio se resistieron a él de una manera que Ann no podía entender. Diantha ya tenía catorce años. Third, doce. A veces Ann recordaba que aquella noche la puerta de su habitación había permanecido abierta y se preguntaba si uno de sus hijos había visto cuanto allí había sucedido, pero no tocó aquel tema con ellos. Ann era consciente de que, de alguna manera, temía a sus propios hijos. A veces, cuando la miraban, lo hacían con la mirada de los Grenville, no de los Mertens, y Ann revivía todas esas veces las sensaciones que había tenido durante aquella primera visita que hizo a la familia de Billy, cuando él la llevó a la enorme casa de Nueva York para conocer a su madre y a sus hermanas a la hora del té. Siempre había tenido intención de sentarse con sus hijos para explicarles las circunstancias de la noche de su muerte, pero nunca había hecho nada después de repetirles una y otra vez en el hospital que aquello había sido un accidente. Se habría contentado con eso de no haber descubierto que la acústica de la casa de Oyster Bay hacía audible en las habitaciones del final de la casa, donde dormían los niños, todo lo que se decía en la suya.

Al cabo de una semana de instalarse en la villa, Paul se había ganado a Diantha y Third. Le encantaba nadar, navegar y esquiar en agua y tenía una paciencia infinita para enseñarles esos deportes. Los niños le parecían dos pájaros heridos que pasaban la mayoría de su tiempo juntos, sin mezclarse con los otros niños de habla inglesa que su madre trataba de reunir para que trabaran amistad. Paul se dio cuenta de que los otros niños, al saber por sus padres del asesinato, sacaban a relucir irremediamente la historia. Y cada vez que eso sucedía, Diantha y Third sufrían y no querían volver a ver a aquel niño o niña otra vez. Cuando Paul estaba allí, los niños se llevaban bien con su madre y los tensos silencios que se daban entre ellos tres desaparecían. Entendía a los niños casi como si fuera uno de ellos y las semanas transcurrieron en un ambiente vacacional.

Un día, al volver de una excursión a vela, Paul corrió escaleras arriba hasta la casa con los niños para descubrir que su máquina de escribir Olivetti y sus montones de papel no estaban en el lugar de la terraza donde los había dejado antes de irse a la playa. Sentada allí, junto a Ann, que llevaba un vestido de seda y unas perlas en vez de los pantalones, el *short* o la falda que solía vestir cuando estaba en casa, había una mujer mayor, distinguida, también vestida de seda y con perlas, y una mujer algo más joven, con un atuendo similar.

—*Grand-mère!* —chillaron los niños corriendo escaleras arriba para lanzarse a los brazos de su abuela y de su tía Felicity.

—¿A que es una sorpresa? —les dijo Alice Grenville a los niños—. Felicity y yo estábamos con unos amigos en el sur de Francia y hemos tenido el capricho de coger un avión para pasar unos días en el hotel y así poder veros.

Ann, tan sorprendida por la visita como sus hijos, observó el cariño que se tenían Alice, Diantha y Third. Sus hijos nunca habían corrido hacia ella de esa manera.

Cuando Paul llegó al final de la escalera, vistiendo únicamente un par de *shorts*

cortados, la conversación se detuvo. A Ann le pareció tan joven que bien podría haber sido su hijo y se avergonzó de haberle dicho, apenas hacía unas horas, durante el clímax sexual, que lo amaba. Felicity, con un rastro de sonrisa en sus labios, se detuvo a contemplar a aquel joven casi desnudo que se había unido al grupo antes de desviar la vista hacia su cuñada para volver a posarla en él. Alice, siempre atenta a todo, advirtió el gesto que su nuera le hizo al joven en señal de advertencia.

—Ah, *mère*, Felicity, el tutor de los niños —dijo después de un instante de silencio—. El señor Paul Cooper. Mi suegra, la señora Grenville. Y mi cuñada, la señora Ashcomb.

—¿Tutor? No sabía que tus hijos tuvieran un tutor —dijo Alice—. ¿Qué estáis estudiando?

—Principalmente, deportes —respondió Ann antes de que los niños contestaran—. El señor Cooper les ha enseñado navegación y esquí acuático. El señor Cooper ha estudiado en Cambridge y trabaja para ser escritor. —Sabía que estaba hablando demasiado rápido. Nunca podía manejarse cuando se le desataba la lengua—. Paul —dijo con el tono que utilizaba para hablar con el servicio—. ¿Podrías traer hielo y un poco de vino blanco? Puedes tomarte la noche libre. Cenaremos con la señora Grenville en su hotel.

—Sí, señora Grenville —respondió Paul.

En septiembre, Diantha y Third volvieron al colegio. Ann los llevó a Suiza. Paul se quedó cerrando la casa que habían tenido alquilada en Porto Cervo. Ya había acabado su guion y ya había llegado el momento de que Ann cumpliera su promesa de presentarle a David Ladera y pedirle que lo leyera. Ann pasó varios días en París, encargando ropa para el invierno, y después viajó a Irlanda. Llegó a la casa georgiana de David Ladera varios días antes que Paul. Estaba previsto que él llegara para la hora de la cena y habían enviado un coche al aeropuerto de Dublín para que lo llevara a Roscommon.

Su relación había cambiado desde la visita de Alice y Felicity. Por primera vez desde que estaban juntos, él se sintió como un prostituto. No discutieron. Él no se quejó por el modo en que lo había tratado. Deseaba tanto conocer y quizás trabajar con el famoso director que dejó de lado sus sentimientos y continuó como si nada hubiera cambiado.

Pero algo sí había cambiado. El aspecto sexual de sus vidas, tan satisfactorio al principio, parecía forzado. Ella, temerosa de perderlo, le exigía más y más, ladrándole órdenes sexuales. A menudo, ella no alcanzaba el orgasmo y él sí, y ella le culpaba de ser un egoísta durante el acto sexual.

La estancia en Irlanda le despertaba a Ann sentimientos encontrados. Había leído el guion y pensó que era bueno. Se le pasó por la cabeza que si a Ladera le gustaba y lo contrataba, Paul podría dejarla por no necesitarla más. Por otro lado, pensó que su gratitud hacia ella por organizar el encuentro sería tan abrumadora que podrían volver a la felicidad de las primeras semanas juntos.

Cerdeña estaba envuelta en niebla la mañana en la que Paul tenía que marcharse, razón por la que el avión con destino a Milán retrasó varias horas el despegue. Cuando finalmente llegó a Milán, había perdido el avión a Londres y, cuando finalmente llegó a Londres, el vuelo a Dublín. Cuando llegó a Dublín, el chófer que habían enviado a recogerle había vuelto a Roscommon y él tuvo que alquilar un coche para cubrir el trayecto de hora y media por una región desconocida para él. Cruzó las puertas de la casa de Ladera a las dos de la madrugada.

David Ladera, que ya había arrancado en Hollywood y disfrutaba de fama internacional como director y como mujeriego, estaba subiendo las escaleras cuando Paul entró por la puerta principal.

—Hay sándwiches en el comedor y varias botellas de vino —le gritó, desde arriba—. Siento que no pueda quedarme a darte la bienvenida pero he bebido demasiado. Hablaremos por la mañana.

—Gracias, señor —respondió Paul desde abajo.

—Tu habitación está junto a la de Ann, por ese pasillo y hacia la izquierda, y el cuarto de baño que te corresponde está al salir de tu habitación, girando primero a la izquierda y luego a la derecha, la segunda puerta. Buenas noches.

Paul no había comido desde hacía horas y se dirigió al comedor. Se sirvió una copa de vino tinto, se la bebió, y comió varios sándwiches de pollo, con otra copa de vino. Con la botella en la mano, cogió su bolsa y subió. Un mayordomo, en bata y zapatillas, apareció para indicarle el camino hacia su habitación y para ayudarle, y volvió a indicarle dónde estaba el baño.

—¿Quiere que le deshaga el equipaje, señor? —le preguntó el mayordomo.

—Oh, no, muchas gracias —respondió él—. Me voy directo a dormir. Mañana lo desharé.

Se quitó la ropa y, en camiseta y calzoncillos, se desmoronó sobre la cama. En cuestión de segundos, ya estaba dormido.

La puerta de la habitación adyacente se abrió y entró Ann, con un camisón de raso y encaje y un *négligé* a juego. Su perfume la precedía. Vestida para disfrutar de un reencuentro y protagonizar una escena de seducción, le sorprendió ver que él estuviera dormido. Se dirigió a la cama, se sentó en el colchón, a su lado, y empezó a sacudirlo.

—Paulie, Paulie, despierta —le dijo. Paul odiaba que lo llamara Paulie—. Despierta.

—Hola... —respondió él, dormido.

—¿Te ibas a dormir así, sin molestarte siquiera en saludarme? —le preguntó.

—Ha sido un día horrible, Ann. El avión salió con retraso de Cerdeña y perdí mi conexión en Milán y, después, perdí el vuelo de Londres y el chófer se fue antes de que llegara a Dublín y he tenido que apañármelas para llegar aquí, de noche, en un coche de alquiler, y me he desplomado.

—¿Y no ibas a entrar a saludarme? —le preguntó otra vez.

—Creí que estarías dormida.

—Sabías que no estaría dormida. Sabías que estaría esperándote.

—He visto a Ladera. Me ha dicho que hablaremos por la mañana.

—El señor Ladera —le corrigió ella.

—El señor Ladera, quiero decir.

Las manos de Ann empezaron a acariciar el interior del muslo de Paul y, desde las rodillas, fue subiendo y subiendo. Con los ojos cerrados, a punto de dormirse, él cambió de posición. Ella le deslizó los dedos bajo los calzoncillos y empezó a masajear su pene flácido.

—Vamos, Annie. No tengo ganas. Ha sido un día horrible. Estoy cansado y sucio y necesito un baño y dormir. Esperemos hasta mañana.

—Me gusta el olor del sudor de un hombre —contestó ella, ajena a sus protestas. Le desabrochó la camisa y empezó a besarle el pecho mientras le bajaba la ropa interior.

—¿Y qué pasa con lo de que no tengo ganas? —le preguntó él, enfadado.

—Pues empieza a tenerlas —le respondió ella con el mismo tono de voz. Se escuchó hablándole del mismo modo con el que a veces le había hablado a Billy Grenville.

—¿Qué demonios soy? ¿Tu consolador a cuerda? —Se sentó en la cama y cogió la botella de vino tinto de la mesita de noche para beber directamente de la misma, trago a trago.

—Bebes demasiado —le dijo ella.

Él la miró. Ella vio en los ojos la mirada que tenía Billy Grenville los últimos meses de su matrimonio. Paul colocó la botella de nuevo en la mesita, le dio la espalda y se dispuso a dormir boca abajo.

Él pudo escucharla saltar de su cama. Supuso que volvía a la habitación adyacente. No pudo ver que estaba sacando el cinturón de los pantalones que él había dejado tirados en el suelo. Con todas sus fuerzas, le golpeó en las nalgas con el cinturón de cuero, a modo de correa.

Paul saltó de la cama. La mirada que vio en su rostro era la mirada de una mujer capaz de matar.

—¿Tanto quieres que te follen, zorra? —la atacó, el odio en su voz.

La cogió y, rompiéndole el camisón, la arrastró a la fuerza hacia el lado de la cama donde él estaba y la penetró con su pene ahora erecto. En cuatro brutales sacudidas, todo terminó. Avergonzado, salió de ella. En silencio, ambos se retiraron para dormir en sus camas separadas.

Considerando lo tarde que era cuando finalmente cerró sus ojos para descansar, Paul se levantó más pronto de lo que había previsto. Tenía, además, resaca de vino tinto. Su lengua estaba seca. Su aliento le resultaba horrible incluso a él. Su cabeza

palpitaba. Su estómago, lo sabía, estaba a punto de explotar. Recordó que le habían dicho, a su llegada la noche anterior, que el baño de su habitación estaba en el pasillo, a la izquierda, y después, en un distribuidor, hacia la izquierda o quizás hacia la derecha, y que era la primera puerta o quizás la segunda.

Iba a vomitar. Se sentó en la cama. Aquellas sábanas irlandesas estaban mojadas de sudor y arrugadas a causa de haber dormido mal. Plumas de ganso volaron de la almohada. Cayó en la cuenta de que a su alrededor había trozos de papel, rasgados o cortados, como grandes pedazos de confeti, pero no se entretuvo en examinarlos. Detectó una palangana y una jarra para las abluciones matutinas y fue corriendo hacia ella desde la cama. Desnudo, vomitó, se echó agua fría sobre la cabeza y volvió a vomitar tirando algo fuera de la palangana floreada. Se puso una bata. Debía ir al baño para poder cumplir con el siguiente alivio.

En la puerta, cuando la abrió, estaba el mayordomo de la noche anterior, sosteniendo una pequeña bandeja de plata con una taza de té. No había encontrado el cinturón de la bata, así que la sujetaba con una mano, mientras se cubría la boca con la otra.

—¿Dónde está el cuarto de baño? —preguntó.

El mayordomo le dirigió hacia la izquierda y después a la derecha, hasta la segunda puerta.

—Me temo que he dejado todo hecho un desastre —dijo Paul mientras se retiraba pasillo abajo hacia el baño.

Cuando volvió, minutos después, la ofensiva palangana ya no estaba allí y en el centro de la habitación reposaba su bolsa de viaje, con su ropa dentro, perfectamente colocada. Dispuestos para él había una camisa limpia, una corbata, ropa interior, calcetines, pantalones y una chaqueta.

—El coche está preparado, señor —dijo el mayordomo.

—¿Para qué? —preguntó Paul.

—La señora Grenville nos ha informado de que sus planes han cambiado y que se marcha —respondió.

—¡Oh! —dijo Paul.

—El tren hacia Dublín sale a las nueve y cinco de Roscommon, a unos veinticinco minutos en coche de aquí —continuó el mayordomo, ejecutando sus órdenes en aquel drama doméstico sin ganas de formar parte del mismo.

—¿Dónde está la señora Grenville? —preguntó.

—Está durmiendo, señor, y no desea ser molestada.

—¿Y el señor Ladera? Tiene que verme esta mañana, para hablar de mi guion.

—El señor Ladera se ha ido a cazar, señor.

—¿Y volverá a qué hora?

—A la hora del té.

Paul Cooper se dio cuenta de que acababan de despedirlo, como a una de las criadas que Ann contrataba y echaba a gran velocidad.

—Le bajaré su bolsa, señor, y la cocinera le preparará un paquete de galletas para comérselas en el coche.

—Gracias —dijo Paul.

Se sentó de nuevo al borde la cama para ponerse los calcetines. Entonces se dio cuenta de los pedazos de papel que había desparramados sobre la cama, miles de pedazos. Cogió un puñado. Tardó un momento en darse cuenta de que aquello era su guion, hecho trizas por rencor por los servicios prestados de forma insatisfactoria.

Cuando Diantha y Third regresaban a Estados Unidos en vacaciones, si su madre permanecía en Europa, siempre se quedaban con su abuela. Ambos tenían el aspecto de los Grenville, un parecido que a Alice le encantaba comprobar. Hablaban el francés tan bien como el inglés, pero se habían convertido en extraños en su tierra natal y los amigos que habían dejado allí habían encontrado otros amigos para reemplazarlos. Casi todo el mundo subrayaba lo callados que eran. Su abuela y sus tías, con sus primos a remolque, los llevaban al cine y al teatro y procuraban que contaran con su presencia en las fiestas que se celebraban en Nueva York y Newport para los adolescentes que volvían a casa de sus internados a pasar las vacaciones.

Sentían, en Nueva York y en la orilla norte, que la gente fuera de la familia, al conocerlos, siempre reaccionaba al oír pronunciar su apellido. «Sí, sí, yo soy el niño que estaba en aquella casa la noche en la que mi madre mató a mi padre», le gritó Third a una jovencita que le había preguntado si tenía algo que ver con los Grenville que habían tenido una casa en Oyster Bay. Mejillas rojas de la vergüenza siguieron a aquel comentario.

Third no era un buen estudiante y tuvo que repetir un curso. Dijo que no deseaba ir a la universidad. Al preguntarle qué quería ser en la vida, decía, invariablemente, que quería ser carpintero. Ann se burlaba de aquella idea, pero su abuela, como regalo, le instaló un taller de carpintería en el sótano de su casa y Third se pasaba muchísimo tiempo allí fabricando cajas y muebles en miniatura.

Durante su adolescencia, los dos, Diantha y Third, visitaron médicos en Suiza, cuando se encontraban en Suiza, y visitaron médicos en Nueva York, cuando se encontraban en Nueva York. Con quien jamás hablaron de sus sentimientos fue con su madre. A medida que crecieron y fueron haciéndose más independientes, pasaron menos y menos tiempo con Ann. Ella se preguntaba qué habrían escuchado sus hijos la noche en la que su padre murió. Anna Gorman, la cocinera que había estado con ellos aquella noche, juró frente al gran jurado que no había oído nada. Ann no se permitió pensar que habrían comprado el silencio de Anna Gorman. Cuando salió del hospital solo supo que ya no era una empleada suya. Una vez trató de encontrarla. Anna Gorman se había jubilado a una edad temprana y vivía en un soleado apartamento situado en el barrio de Queens, pero Ann no tuvo fuerzas para entrar cuando llegó a su domicilio.

Third no vivió para llevar a su madre a bailar, como siempre le había prometido ella a su hijo. La gente comentó que Third Grenville había sido increíblemente considerado con aquel salto. No cayó sobre nadie. No destrozó nada. A primera hora de la mañana se arrojó por la ventana de la habitación en la que su padre había crecido, en la quinta planta de la casa de su abuela, junto a la Quinta Avenida.

—Voy a vender la casa. Y voy a vender todo lo que contiene, hasta los vasos de los aparadores —le dijo Alice Grenville a Cordelia.

—Pero ¿por qué?

—Quiero mudarme a un hotel. Quiero recibir en restaurantes. Quiero cambiar por completo mi modo de vida.

Despojada de su atractivo, Ann evitaba ver su reflejo en los escaparates de las tiendas para escapar de aquella certeza. En su delgado rostro la piel estaba muy tirante y, en los lóbulos de las orejas, cuya reducción había dejado un par de cicatrices, se podía ver otras cicatrices allí donde le habían estirado la piel. Las intensas luces de su tocador fueron reemplazadas por luces rosadas y, en sus aposentos, ella se veía como antaño. Todavía se imaginaba como una mujer seductora. Hambrienta de hombres, rondaba las fiestas en busca de presas. Jóvenes entraron y jóvenes salieron. Ella rompía con ellos antes de que ellos rompieran con ella y así se creía al mando de su vida sentimental.

—Odio ese abrigo —dijo Ann—. Pareces Ann Sheridan en *La pasión ciega*.

—Todas tus referencias son anteriores a mi época —replicó Diantha.

—Es ese cinturón tan espantoso y el cuello girado en la espalda —continuó Ann.

—Me lo quito —dijo Diantha, desabrochándose el abrigo y, dejándolo caer por los hombros, lo colocó a los pies de la cama de su madre.

—Por favor, no lo dejes ahí. No soporto tener cosas a los pies de mi cama.

—Pues empezamos bien... —dijo Diantha. Siempre que estaba con su madre, una situación nada frecuente, se sentaba de forma extraña, sus pies rodeando los travesaños de la silla francesa.

—Estás muy desarreglada. Esos dedos manchados de tinta. ¿Cuándo te lavaste el pelo por última vez?

—¡Para! Estoy aquí solamente porque me has llamado y me has dicho que tienes problemas. Esto no es una visita. Ahora, dime, qué pasa. Tengo una cita y no puedo quedarme mucho rato.

—Por favor, Señor, que no sea con aquel profesor auxiliar de ciencias políticas de la Universidad de Nueva York de manos peludas. Creía que habías superado tu

periodo de odio-a-los-ricos.

—No, madre. Me voy a cenar con *grand-mère* —respondió Diantha.

—¡Oh!

En el exterior, en la Quinta Avenida, aulló una sirena. Ann disimuló el escalofrío que recorrió todo su cuerpo. Nunca le había dicho a nadie que cada vez que oía una sirena temblaba de miedo de que ellos, la policía, la ley, aparecieran para llevársela.

Diantha observó a su madre.

—¿Por qué estabas tan histérica por teléfono?

—Se ha ido la criada.

—¿Acaso eso es una novedad? ¿Se ha despedido ella o la has echado tú?

—Se ha despedido.

—¿Qué has hecho esta vez? ¿La has acusado de robar? ¿O ha dejado pliegues en tus sábanas al planchar y le has dicho lo estúpida que es? Ya ni sé sus nombres, madre, vienen y se van de esta casa a todo correr.

—¿Llamarás a la agencia mañana y me conseguirás a alguien?

—¿Llamaré a la agencia y te conseguiré a alguien más? No. ¿Se te ha ocurrido alguna vez que quizás el problema seas tú y no las doncellas, las cocineras, los chóferes y las niñeras?

—Estoy enferma.

—No llamaré yo. Pídeselo a ese príncipe Tchelitchew del que siempre estás hablando. Dile que te contrate a tu nueva doncella.

—Su bisabuelo mató a Rasputín.

—Ya tenéis algo en común.

Diantha se puso de pie.

—Siento haber dicho esto, madre. Ha estado fuera de lugar. Me ha salido sin pensarlo.

Su madre giró la cabeza.

—Supongo que en esa farmacia que tienes junto a la cama no habrá algo tan simple como una aspirina, ¿verdad? —preguntó Diantha. Un recuerdo del pasado las alcanzó a las dos a la vez y ambas se miraron.

—Hay Percodan, pero me parece una pena malgastarlo para el dolor.

—No quiero Percodan.

—Llevas el pelo demasiado corto.

—Me gusta así.

—¿Eres tortillera?

—Debería haber imaginado que serías capaz de reducir mi vida a esa palabra, madre —dijo Diantha, dejando que el desprecio inundara la palabra «madre».

—Sí lo eres, ¿verdad? —le preguntó Ann—. Siempre lo sospeché. Aquella vez en el Château Brillantmont, aquella chica griega de tu clase, ¿cómo se llamaba?, la que no se afeitó las axilas en Cerdeña aquel verano. Oh, sabía todo sobre ella. Les pregunté a Ari y a Stavros quién era. Ni siquiera pertenecía a la alta sociedad griega.

Se dedicaban al aceite o algo parecido. Sí, se tronchaban de la risa cuando hablaban de su familia.

—La próxima vez que sufras una de tus emergencias, no me llames. No quiero saber nada más de ti. Me gusta vivir en Seattle. Me gusta tener una librería. Me gusta que nadie me diga: «¿No fue tu madre quien mató a tu padre?». Nadie ha oído hablar de nosotros en Seattle, y si la gente pronuncia mal mi nombre y me llaman Granville, nunca los corrijo, porque sé que me están llamando a mí, no a mi ilustre familia.

—No puedes volver allí.

—Oh, claro que puedo volver. Por eso tengo esta noche una cena de despedida con *grand-mère*.

—No voy a dejarte dinero si te vas. No lo tendrás nada fácil.

—El dinero. Para ti todo se reduce a eso, ¿verdad, madre? Sabes, a mí me da igual tu dinero, pero una de las cosas que *grandmère* me ha hecho hacer estando aquí es ir al banco y reunirme con el viejo señor Mendenhall y resulta que no tienes nada que decir sobre tu dinero. Solamente es un préstamo que recibirás mientras vivas. No es tuyo para poder dárselo a nadie. Mi padre lo dejó bien atado. Quiso pagar el doble o el triple de impuestos para que tú no tuvieras ningún derecho para disponer de él.

—¿Eso es lo que te ha dicho el señor Mendenhall?

—Yo seré más rica que todos vosotros. Tendré tu dinero y el dinero de Third y, cuando muera, también el dinero de la abuela. Voy a valer millones. Voy a ser una de las chicas más ricas de mi generación.

—Nunca había visto tu otra cara, Diantha.

—Puedo parecerme físicamente a mi padre, pero soy dura como mi madre cuando me empujan hacia el abismo y tú me has empujado hacia el abismo. ¿No crees que, en algún momento de nuestras vidas, nos debías una explicación, a Third y a mí, sobre lo que pasó? No, no tu historia, tu famosa historia de la cual nunca te has desviado en toda tu vida sino aquello que realmente pasó esa noche. Yo tenía once años, ¿te acuerdas? No era un bebé. Te oímos pelear con papá esa noche. ¿Nunca piensas en ello? ¿Nunca sueñas con todo aquello? ¿Alguna vez vuelve a ti aquella escena y revives esos minutos, cuando cogiste la escopeta y lo mataste?

—¿Eso es lo que siempre has pensado sobre mí?

—Siempre.

—¿Y también Third?

—Third, también.

—¿Por qué nunca me dijo nada?

—Sí te lo dijo. Se tiró de una ventana. Todo un mensaje dirigido a ti. Te envió un tarjetón en el Día de la Madre. El día que se tiró, ¿sabes?, era el Día de la Madre. Más de una vez me he preguntado si caíste en la cuenta.

—Dios santo.

—Nunca nos hablaste de nada. Tenías una madre y un padre y tías y una vida en Kansas y nunca nos contaste nada de esa parte de tu vida y nosotros éramos tus hijos.

No te habríamos despreciado. Durante todos aquellos años en los que vivimos en tus casas y en tus *suites* de hotel como tus hijos, nunca nos hablaste de tu pasado. Todo lo que oíamos hablar era sobre Jaime, Pablo y Paul, Vere y Gianni, Gunther y...

—No me dejes, Diantha. Tengo miedo de estar sola. Jaime se ha ido. Me ha dejado. Me abrió la cartera y se llevó todo el dinero y me insultó de una forma terrible. Me dijo que soy vieja.

—Tengo que irme con *grand-mère*. No puedo llegar tarde. Adiós, madre.

QUINTA PARTE

Durante unos largos minutos permanecí de pie, mirando fijamente la figura en retirada de Ann Grenville. ¿Era ese —me pregunté— el objetivo de mi viaje? Hoy en día, con todos los tecnicismos legales a disposición de los criminales, los culpables caminan entre nosotros, libres de toda responsabilidad. Y algunos cuyos nombres podría mencionar son considerados buenos partidos por algunas de las mismas personas que cerraron sus puertas en las narices a Ann Grenville hace casi tres décadas.

Mi historia empezó a tomar forma. Soy un receptáculo de secretos ajenos y hace tiempo que he entendido que guardar un secreto no tiene sentido. Sí, ella me había avisado, pero presentí que, a su debido tiempo, al día siguiente o el próximo, volvería a su lugar junto a la barandilla del barco, para contemplar la costa. Había empezado a hablar y se había retirado, pero volvería, y yo estaría allí.

Olí su perfume Fracas antes de advertir que ya estaba a mi lado, con los codos apoyados en la barandilla. No hizo ningún ademán de saludo.

—¿Crees que es Seattle frente a lo que estamos pasando? —preguntó.

—Sí —respondí.

—Mi hija, Diantha, vive allí. Entre todas las cosas que podría tener, ella decidió tener una librería. En su momento deseé que se convirtiera en una figura destacada de la alta sociedad, pero ella, una chica inteligente, no quiso formar parte de todo ello. Estamos... ¿Cuál es la palabra adecuada?... Distanciadas.

—¿Cuántos hijos tienes? —le pregunté, sabiendo perfectamente cuántos hijos había tenido.

Ella vaciló un momento, mirándome fijamente a los ojos.

—¿Por qué nunca me he fiado de ti, Basil?

—Quizás porque somos demasiado parecidos —le ofrecí como explicación.

—Creo que veo en ti algunas de las cosas que siempre me han disgustado de mí —dijo ella.

—Eso es lo que quería decir.

—Tuve dos hijos y uno de ellos está muerto, como bien debes saber.

—Sí, sí. Lo había oído.

—Es duro cuando la gente te pregunta cuántos hijos tienes. Nunca sé si decir «Dos y uno está muerto» o solamente «Uno». Si digo «Uno», me siento culpable respecto al pobre Third, pero cuando digo «Dos y uno está muerto», tengo que dar explicaciones.

—Lo siento.

—Yo también. Fui una pésima madre. Temía tantísimo a mis hijos cuando eran pequeños. Ellos eran tan increíblemente de clase alta, ellos eran Grenville... y yo siempre fui una extraña entre los Grenville.

—Estoy seguro de que tus hijos no sentían eso.

—Eso fue lo que me dijo mi hija la última vez que la vi.

—¿Una enfermedad?

—No.

—¿Un accidente?

—No. Fue un suicidio. Pasé varios años diciendo que fue un accidente, que su salto desde la ventana de la quinta planta de la casa de su abuela fue una caída, pero no fue así. Los herederos de diez millones de dólares no limpian los cristales y muchísimo menos a las cinco de la madrugada y en una casa llena de criados, pero eso fue lo que yo repetí sobre lo ocurrido y, si fui capaz de convencer a la gente de que así había sido, yo misma también me convencí de ello.

—Quizás pasó así —dije.

Ella negó con la cabeza.

—Había una nota, escrita en un tarjetón del Día de la Madre. ¿Te he dicho que era el Día de la Madre el día en que saltó?

Me sentí conmovido por su confesión.

—Te han pasado cosas terribles.

—A veces pienso que he hecho que me pasen cosas terribles —respondió, en voz baja.

—Ann —le dije, igualando su tono de voz, mi objetivo aún por cumplir—. Esme Bland le dijo a Jeanne Twombly que habías estado casada antes de casarte con Billy y que nunca llegaste a divorciarte.

¿Qué fue lo que leí en su rostro en ese momento? ¿Conmoción? ¿Miedo? ¿Acaso alivio?

—Quizás esa sea la razón por la que Esme Bland está hoy en un psiquiátrico —respondió, como si aquello fuera una respuesta.

—¿Es cierto, Ann? —insistí, pero ella ya se había dado la vuelta para marcharse.

Me moría por un trago. Las fiestas del crucero estaban en su punto álgido en los salones de aquel viejo barco. Fingí no haber visto al señor Shortell, de Tacoma, saludándome para que me uniera a su mesa con los fiesteros llevando sombreritos de papel. En mi camarote de lujo había docenas de botellas en miniatura de *whisky* escocés que acostumbraba esos últimos años a esconder en los bolsillos para echar tragos en los lavabos durante las reuniones en las editoriales. Y allí fui. Una. Dos. Tres. Me las bebí, alcancé uno de los cuadernos amarillos pautados que había junto a mi cama, cogí un lápiz blando y afilado de un cajón y empecé a escribir con mi caligrafía clara y precisa.

Sonó el teléfono. Era medianoche pasada. Supe, antes de responder, que iba a ser ella.

—¿Diga?

—Basil. Soy Ann Grenville.

—Lo sé.

—Hay algo que me está angustiando y sé que debo liberarme de ello.

—¿Qué es?

—¿Estabas escribiendo todo lo que te he contado?

—Naturalmente que no —respondí, incorporándome de la cama, soltando la libreta y el lápiz.

—Se trata de mi vida. De mis secretos. Me dolería muchísimo —dijo, menospreciando mi respuesta—. Te demandaré si me traicionas.

—No te traicionaré.

—¿Basil?

—¿Sí?

—No quiero ir sola a ese bar, con toda esa gente con esos sombreritos —dijo.

—¿Quieres que te acompañe? —le pregunté.

—Sí.

—Cinco minutos.

—Sí.

De alguna manera subliminal, ella estaba preparándose para que yo hiciera lo que ella no quería que yo hiciera. Esa fue la noche en la que decidí escribir su historia.

Ella no quería estar en la soledad de la cubierta. Quería estar donde la multitud pero no formar parte de ella. Quedaba solamente una mesa libre en aquel ruidoso bar y nos dirigimos hacia allí. Pedí una botella de vino y durante unos momentos observamos a los parranderos en la pista de baile.

—Siempre he querido bailar contigo —le confesé.

—Y esta no es tu oportunidad —me respondió, pero pareció encantada ante mi petición.

—Una vez te vi bailando en el Stork Club, le cantabas la canción a la oreja del hombre con el que bailabas y pensé en mis adentros: «Esta es la razón por la que he venido a Nueva York, para ver a gente como esta».

—Aquel hombre debió de ser Billy —respondió, sonriendo—. A él le encantaba que le cantara al oído.

Llegó el vino y lo serví. Se bebió una copa en unos pocos sorbos y le serví otra.

—No podía dormir —dijo finalmente. No levantó la voz para combatir el estruendo de la sala, pero para poder escucharnos inclinó la cabeza hacia mí, la mano en su barbilla, para hablarme directamente a la oreja—. Eres la primera persona que me ha dicho eso que me has contado sobre Esme Bland.

—¿Y es cierto?

—¿Lo sabe mucha gente? ¿Se va diciendo eso sobre mí? ¿Que estaba casada antes de casarme con Billy Grenville y que no llegué jamás a divorciarme?

—No lo creo. Nadie cree a Esme —le dije.

—Esme está en el loquero... —dijo Ann.

—Eso has dicho.

—Es curioso que lo supiera.

—Pero ¿es cierto?

—Billy compró un avión la semana antes de morir. La nave donde lo construyeron estaba justo en la pequeña población del suroeste de Kansas en la que nació y de donde me marché a los diecisiete años y a la que había vuelto solamente una vez, para enterrar a mi madre. Aquello fue una coincidencia. La noche de su muerte me enteré de que había ido allí a comprar el avión.

—¿Y fue allí donde Billy se enteró?

—Dijo en la fábrica que creía que su mujer había nacido allí, pero nadie me recordaba y eso era justo lo que yo siempre había querido, pero uno de los hombres de la planta de aviones llamó a Billy al motel más tarde y se fueron a cenar a un restaurante chino. Le dijo a Billy que la mujer con la que estaba casado era Urse Mertens y que él ya estaba casado conmigo.

Cogí la botella de vino. Ella colocó sus dedos sobre la copa, para indicarme así que no quería más, pero yo le serví. Sobre sus dedos, entre sus dedos, llenándole de nuevo la copa. Y durante todo ese tiempo continuó hablando tan absorta en liberar sus recuerdos que, al parecer sin darse cuenta de aquel gesto, se chupó los dedos, empapados de vino, antes de secarlos con la servilleta de cóctel.

—Se llamaba Veblen. Billy Bob Veblen. Solamente estuve casada con él dos días y se alistó en los Marines. Entonces viajé de Kansas a Nueva York para participar en una audición para el musical *Scandals*, de George White. No la pasé, pero nunca volví. Cambié mi nombre y empecé mi carrera en los clubes. Siempre tuve la intención de divorciarme, pero no hice nada y entonces conocí a Billy Grenville y todo sucedió muy rápidamente.

—Siempre oí que os conocisteis y os casasteis en diez días —le dije, pero ella pareció no escucharme y continuó con su historia a su propio ritmo, mientras los niveles de ruido del bar del barco aumentaban más y más.

—No es posible describir lo que fue aquello, el romance, el *glamour* de ser perseguida por un joven como Billy Grenville. Era como estar en medio de una obra de teatro y nada, absolutamente nada, arruinaría aquella oportunidad de lograr un matrimonio como aquel. La razón por la que se enamoró locamente de mí, no, no había duda al respecto, Billy se había enamorado locamente de mí, se había enamorado de una manera en la que no podría haberse enamorado de ninguna de las damas que formaban parte de su círculo, fue que lo salvé de lo que más profundamente temía de sí mismo.

—¿Y qué temía tantísimo? —le pregunté.

—Tú, más que nadie, deberías ser capaz de saberlo, Basil. Pasaba mucho en esas familias. Y él no me iba a dejar escapar. Su familia me odiaba. Ah, se mostraron tan educados y corteses como siempre, incluso hoy se muestran educados y corteses conmigo, pero yo no era lo que tenían en mente para su querido Junior, que era como lo llamaban por aquel entonces. Cuando vieron que estaba decidido a casarse conmigo, su madre trató de convencerle de que esperara hasta después de la guerra,

pero si hubiéramos hecho eso, todo se habría terminado. Yo sabía que solo podría casarme con él si todo pasaba rápidamente. Otro obstáculo, además del hecho de que era una corista, como tener que divorciarme antes o, incluso, estar divorciada, y le habría perdido, así que aproveché aquella oportunidad.

—Continúa —le insté, en voz baja, ya que parecía titubear.

—Vivía aterrorizada de que pasara lo que terminó pasando, que Billy descubriera todo algún día, pero como él continuó sin saber nada, yo fui olvidando poco a poco aquel primer matrimonio y, con el paso de los años, aquello parecía no haber sucedido. Y entonces, como seis meses antes del acc... antes de que Billy muriera, vi a mi primer marido en la cafetería del hotel Astor y fingí no saber quién era. Aquel encuentro fue toda una profecía.

—¿Qué estaba haciendo allí?

—Había ido a una convención enviado por la planta de aviones donde después Billy compraría el suyo —dijo—. Intuyo que aquello se puso en marcha en aquel mismo momento. Debo ser justa con Billy: siempre fue un caballero. Me pidió el divorcio de camino a la fiesta de Edith Bleeker esa noche y yo se lo negué de plano advirtiéndole que él conocía mi precio, exactamente la mitad de su dinero. Yo sabía que él no aceptaría aquello. Yo todavía me creía con las cartas más altas. Esperó a estar de regreso en casa después de abandonar la fiesta de Edith, donde hice el ridículo debido a una llamada telefónica que recibió Billy, para decirme que había conocido a mi primer marido y que yo todavía estaba casada con él. Me llamó señora Veblen. Sentí que se me caía el mundo encima. Él no estaría obligado a nada conmigo. Me entró pánico. Solo podía pensar en los periódicos tachándome de bígama. Él se fue a darse una ducha y yo bajé a la armería y cogí la escopeta. Había un intruso, te acuerdas. Fortuito... aquel intruso. Respecto al intruso, Billy había dicho que él dispararía primero y haría las preguntas después. Chillé como si el intruso estuviera en casa y Billy acudió corriendo, disparé dos veces y lo maté. No supe qué había hecho hasta después de haberlo hecho y, entonces, ya era demasiado tarde.

Se alejó de mí, alcanzó su bolso y sacó un cigarrillo. Mientras yo buscaba una cerilla, ella se encendió el cigarrillo, inhaló profundamente y, al exhalar, dijo en voz baja:

—La gente dice que salí de rositas ¡Ja! ¡A esto le llamas salir de rositas! A veces me pregunto si la cárcel no habría sido mejor.

No le respondí, tampoco ella esperaba que lo hiciera.

—Pensé que su familia me daría la espalda, creí que me repudiarían. Creía que el tiroteo sería para ellos la prueba que demostraba que yo era todo lo que habían pensado de mí o algo peor, pero no, me respaldaron públicamente, para que lo viera todo el mundo. Me apoyaron. Dijeron que me creían. Dijeron que estaban apenados por mí...

»Y se mostraron apenados por mí. En público. En privado ya era otra cosa, pero,

debes saberlo, Basil, Alice Grenville no lo hizo por mí. Lo hizo por mis hijos. Por el apellido Grenville...

»Y pasados tantos años, he llegado a la conclusión de que Billy habría hecho lo mismo. Nunca me habría denunciado por bigamia. Sería lo que fuese, pero era un caballero y no les habría hecho eso a sus hijos. Me habría permitido divorciarme de él por las razones por las que se suele divorciar la gente y creo que se habría preocupado por mi bienestar. Eso es lo que pienso.

Empezó a rebuscar en el bolso sus cigarrillos y parecía estar preparándose para marcharse.

—Temía entonces que mi pasado saliera a relucir, el secreto de esos orígenes humildes que tanto me avergonzaban antaño. Y, después del tiroteo, terminaron apareciendo todos mis secretos y ya daba lo mismo. —Se levantó—. Sé bueno conmigo, Basil —dijo antes de marcharse.

Cuando desperté a la mañana siguiente, tarde y resacoso, vi que alguien había deslizado una nota bajo mi puerta. Solo decía: «Querido Basil: Cuando recibas esto ya habré desembarcado. Cojo un vuelo directo desde Fairbanks de regreso a Nueva York. Con cariño, Ann Grenville».

En el interior de la casa de Oyster Bay, la agente inmobiliaria, la señora Pratt, le estaba mostrando la vivienda a uno de los nuevos compradores, un cura llamado padre Kiley. «Apenas hay un metro», dijo. Se refería a la distancia entre las estancias que habían sido las habitaciones de Billy y Ann Grenville. Y con ello quería decir que centímetro arriba o abajo, la distancia era demasiado corta como para no ser capaz de distinguir que la figura a la que una ha disparado era su marido. Sí, difícilmente una podía confundir a su marido desnudo con un intruso en una distancia tan corta, pero la agente inmobiliaria se limitó a decir que apenas había un metro entre las dos habitaciones. Para aquel pequeño grupo de sacerdotes que pronto ocuparían la casa que antaño había sido llamada Casa de Muñecas, el crimen que había atemorizado a otros potenciales compradores durante años era lo que la hacía asequible para ellos.

En el exterior, Ann Grenville, que estaba allí para ver de cerca por última vez aquella estructura, le comentó al joven cura, el padre Hodioc, que caminaba con ella por aquellos descuidados jardines:

—Siempre sentí pasión por esta casa. Siempre sentí hacia ella lo que siente un amante hacia su amado. —Las lágrimas se arremolinaron en sus ojos, pero no llegaron a caer—. Vine aquí una noche, para un baile, y le dije a Billy Grenville: «Esta es la casa en la que debemos vivir». No estaba en venta, pero, como si estuviera destinada a ser nuestra, finalmente pudimos comprarla. Una lástima que nunca haya visto mi jardín. Nos encantaba a todos. Qué extraño que esta casa terminara siendo el escenario donde todo acabó.

Con las manos en los bolsillos de su abrigo, Ann se alejó de él. El padre Hodioc

supuso que necesitaba algo de intimidad para tener un momento de reflexión sobre aquella vida destrozada suya y no la siguió. El padre Hodiac se sentó en un banco de jardín de madera bajo la fría caricia del sol de octubre y examinó los parterres de la Casa de Muñecas de los Grenville. Al rato, ella se sentó junto a él en el banco.

—Bonitos —dijo él.

—¿Qué?

—Estos bancos de jardín.

—Los compré en Inglaterra. Proceden del castillo de Kingswood, cerca de Salisbury. Pueden quedárselos.

—Oh, no, no, señora Grenville.

—¿Qué voy a hacer yo con ellos?

—Son preciosos.

—Me gustaría que se los quedaran.

—Extraño que usted, señora Grenville... —dijo el padre Hodiac.

—¿Qué es extraño?

—Usted es mucho más agradable que lo que la gente asegura. Si me hubiera guiado por las habladurías, no me habría acercado a usted.

—Quizás me ha cogido en un rarísimo momento de ternura, padre Hodiac.

—Quizás no.

—Tiendo a agotar la hospitalidad de la gente.

Del bosque les llegó el sonido de cascos de caballos y de risas. Se giraron a mirar justo en el momento en el que dos jinetes, con chaquetas de *tweed*, pantalones de montar y cascos forrados de terciopelo, entraban trotando por un camino de herradura en la propiedad de los Grenville.

—Esa gente está entrando en su terreno —dijo el padre Hodiac.

—A los jinetes les está permitido montar atravesando las diferentes fincas —respondió—. Una especie de cortesía comunitaria de la orilla norte, tomada de los ingleses. —Ann se dio la vuelta, para darles la espalda. Los jinetes, que no se sabían observados, cabalgaron más cerca de la casa de lo que se habrían permitido en caso de estar ocupada.

—¡Oh, Dios! Son los Twombly —dijo Ann.

—¿Quiénes? —preguntó el cura.

—Alfred y Jeanne Twombly.

—¿De las carreras de caballos?

Ann pareció encogerse dentro de su abrigo y hundirse en el banco de madera, como si quisiera que pasaran sin verla.

—¡Ann! —gritó la mujer, tirando de las riendas de su caballo—. ¿Eres tú? Alfred, mira, Ann Grenville.

—Ann —dijo Alfred Twombly.

Ann se levantó del banco y cruzó la extensión de césped que la separaba de ellos. Metro a metro, su postura y sus andares cambiaron. En unos pocos pasos sobre el

terreno, su estilazo había vuelto a ella.

—Hola —les dijo a ambos.

—Han pasado muchos años —dijo Jeanne.

—Una eternidad —respondió ella.

—Sentimos tanto lo de Third.

—Third era encantador —respondió Ann.

—¿Abrirás de nuevo la casa? —le preguntó Alfred.

—La he vendido. Hoy he venido para verla por última vez.

—Espero que no sean promotores.

—Curas.

—¿Curas?

—Convertirán la sala de música en una capilla. Ahora vuestras criadas podrán ir a misa solo cruzando el bosque, Alfred, de manera que no tendrás que levantarte para llevarlas en coche hasta St. Gertrude, en Bayville, todos los domingos. A Billy le molestaba mucho tener que levantarse los domingos para llevarlas hasta St. Gertrude y más si se había acostado tarde.

La mención del nombre de Billy pareció recordarles la relación que habían tenido entre ellos y se produjo un momento de silencio. Alfred se volvió hacia su caballo y continuó:

—Vamos a casa de los Ebury para tomar el té —dijo.

—Ann —dijo Jeanne Twombly, de repente—. ¿Por qué no vienes con nosotros? Estarán Neddie y Petal y después cenaremos en plan informal en nuestra casa. Ha pasado tanto tiempo, Ann. Ven.

—Sí, ven, Ann —dijo Alfred.

—No puedo —respondió Ann.

—¿Por qué?

—Tengo que regresar a la ciudad. Tengo un compromiso para cenar. El príncipe Tchelitchew. De hecho, debo irme ya. A las cuatro y cincuenta y nueve sale un tren de Syosset.

Se despidieron.

—¿Me podría llevar a la estación, padre Hodioc? —le pidió al joven sacerdote—. Si es una molestia, podría llamar a un taxi.

Ann parecía tener prisa en marcharse.

En Syosset se sentó en el asiento delantero del viejo Oldsmobile del joven cura. Cuando su tren llegó a la estación, lo observó desde el coche, pero no hizo ningún amago de salir e ir a cogerlo.

—Va a perder el tren —le dijo él.

—No importa —respondió ella—. No tengo ningún sitio adonde ir, padre. No tengo un sitio adonde ir desde hace mucho tiempo.

—¿Y eso que les ha dicho a los Twombley? Que tenía un compromiso para cenar con el príncipe.

—No quería que pensarán que estaba sola un sábado por la noche.

—Oh, señora Grenville.

—No sienta pena por mí. Dígame que soy una pedazo de burra orgullosa, pero no sienta pena por mí.

—De acuerdo. Es usted un pedazo de burra orgullosa.

—Y tampoco se tome demasiadas familiaridades —dijo ella, sonriendo a la vez. En la oscuridad de aquella tarde de octubre él creyó ver una lágrima en sus ojos—. No hay otro tren hasta pasados cincuenta y cinco minutos —dijo ella.

—Esperaré con usted.

—¿Tiene hambre?

—Sí.

—Hay una cafetería allí, en la calle principal. Le invito a la oferta del día.

La camarera derramó el café en el platito de Ann. Ella sacó un puñado de servilletas de papel del servilletero que había sobre la mesa de vinilo y, después de secar el plato y la base de su taza, continuó conversando con el cura.

—Adquirí el aspecto y las maneras propias de quienes son de aquí, pero siempre me sentí una extraña en la orilla norte. Mi vida era todo apariencias. Si les podía hacer creer lo que fingía ser, habría triunfado, pero no importaba cuántos diamantes luciera en los dedos, no importaba cuántos Balenciaga colgaran en mi armario, no importaba cuántas piezas francesas firmadas tuviera en mis varios salones, no importaba cuántos cuadros impresionistas tuviera colgados en mis paredes, jamás dejé de sentirme una alumna becada. ¿Sabe usted algo de fotografía, padre?

—Un poco. ¿Por qué?

—Era bastante buena sacando fotos. Un día le enseñaré mis álbumes. Estoy pensando en meterme en ese negocio.

—¿Qué negocio?

—La fotografía. Hacer fotos profesionalmente. Hay un curso dentro del programa para adultos de la Universidad de Nueva York, me he apuntado.

—¿Sí?

—Así tengo algo que hacer. No he dado mi nombre, naturalmente. Me voy a llamar Ann Arden. Así es como me hacía llamar antes de casarme con Billy Grenville. Hay un hombre que irá a mi casa para convertir la habitación de Diantha, Diantha es mi hija, en un cuarto oscuro.

—Me gustaría verlo.

—Si sus deberes sacerdotales le hacen pasar por la ciudad, llámeme.

—La llamaré.

—¿Qué católica cree que sería yo, padre?

—¿También está usted pensando en ello?

—No lo sé.

—Deberíamos hablar. ¿Cómo tiene la semana?

—El miércoles por la tarde hay una subasta en Parke-Bernet de mobiliario francés procedente de la propiedad de la señora Balsan^[7]. Esa es mi semana.

Empezó a recoger sus cosas del reservado de vinilo naranja donde ambos estaban sentados.

—Creo que ya se acerca mi tren.

—¿Va a estar usted bien, señora Grenville?

—Voy a estar bien.

—La llamaré cuando pase por la ciudad.

—Sí, llámeme, padre. Lo llevaré al Côte Basque^[8] para almorzar. Le gustará. Y no se olvide de esos muebles de jardín. Son suyos. Adiós.

Y se marchó.

La señora Grenville raramente se perdía una tarde de subasta. Aunque gente que antaño se acercaba a ella ahora trataba de evitarla, siempre se sentía bienvenida en Parke-Bernet donde, incluso los días con más público, le encontraban un sitio. La señora Grenville era postora y compradora, y los responsables de la casa de subastas respetaban sus conocimientos sobre mobiliario francés del siglo XVIII. Se divertía más pasando allí las tardes que sentada en la butaca de un cine, porque le gustaba observar a la gente y formar parte del nerviosismo general. Dominaba el arte de pujar. Compradores menos experimentados alzaban sus carteles numerados; ella, simplemente, asentía con la cabeza, casi de forma imperceptible, cuando la miraba el subastador.

—Vendido a la señora Grenville —anunció el subastador.

La gente se giró para mirarla. Ella se levantó para marcharse.

—Un buen precio para ese par de *bergères* —le dijo el señor Crocus, de Parke-Bernet, alcanzándola a la entrada de la sala. El señor Crocus admiraba a la señora Grenville.

—Necesito otra *bergère* dorada tanto como un tiro en la cabeza —respondió Ann. Se miraron rápidamente el uno al otro, avergonzados ante el uso de aquella expresión—. Tendré que organizar un poco el mobiliario de mi casa para hacerles sitio. Quizás usted pueda guardarlas aquí unos días hasta que decida dónde va todo.

—Naturalmente —dijo el señor Crocus.

En la puerta, en la avenida Madison, se encontró con el príncipe Tchelitchew, que entraba justo cuando ella salía. Él le besó la mano.

—Confiaba en llegar a tiempo —dijo—, pero me entretuve en el almuerzo de Petal Wilson.

—No pasa nada —respondió Ann. Parecía apagada y él había esperado que

estallara de ira.

—¿Cómo ha ido la subasta?

—Una subasta más.

—¿Qué has comprado?

—Algunas cosas que no necesito y para las cuales no tengo espacio.

—Te veo algo hundida.

—No, estoy bien.

—¿Te acompaño a un taxi?

—Creo que caminaré.

—Hace un frío terrible.

—No me importa.

—¿Te acompaño?

—Si quieres.

Ella se arrebujo en el abrigo de marta cibelina y empezó a caminar avenida Madison arriba. Después de nueve manzanas, giraron hacia el oeste, en dirección a la Quinta Avenida.

—¿No es esa la casa donde vivías? —le preguntó él, de repente.

—No, nunca he vivido en esa casa.

—¿Por qué creía que sí?

—Mi suegra vivió en esa casa cincuenta años. Mi marido creció en esa casa. Mi hijo se tiró por una de las ventanas de esa casa. Pero no, yo no he vivido nunca allí.

—¿Y qué es ahora?

—Creo que algo religioso. Si Billy no hubiera muerto, nosotros nos habríamos trasladado a vivir allí después de la muerte de su madre. Ese era el deseo de su padre. Es una casa maldita.

—Hermosa araña —dijo él, mirando a través de las ventanas de la vasta mansión gris.

—Hace muchísimos años, la víspera de un baile, esa araña se cayó y mató al hombre que estaba limpiándola. El baile se celebró y nadie comentó que un hombre había muerto.

—¡Vaya!

—La gente dice que yo soy dura, lo sé, pero mi suegra es más dura. La cuestión es que yo jamás me salgo de rositas, no como ella. La gente cree que es una santa.

—¿Todavía la ves?

—A veces. Ahora en contadísimas ocasiones. Durante años, cuando estuve viviendo en el extranjero, ella daba una cena en mi honor cada vez que volvía a Nueva York, pero esa costumbre se fue perdiendo.

—Ya estás en casa.

—Gracias, Alexis. Te invitaría a entrar, pero estoy cansada.

—¿Estás bien, Ann?

—Sí, sí, estoy bien.

Una vez en casa, revisó su correo, colocado sobre la mesa del recibidor. En un sobre de papel manila, entregado en mano por un mensajero, había un ejemplar anticipado de *Monsieur*, una elegante revista que la gente leída solía comprar, con un capítulo de la última y esperada novela de Basil Plant, donde este tenía intención de demostrar a sus detractores que su carrera como escritor no estaba ni acabada ni él sufría bache creativo alguno. Una señal interna la alertó de que los contenidos de aquella revista estaban relacionados con ella. Pudo ver la cara de Basil Plant en aquel barco con destino a Alaska, escuchándola, estudiándola, redactando en su mente como ella sabía que había estado haciendo. Sin quitarse el pesado abrigo de marta cibelina, caminó hacia la recargada sala de estar que tendría que reorganizar a fin de acomodar las adquisiciones que había hecho aquella tarde. Encendió una lámpara, se sentó en el centro de un sofá de damasco blanco y empezó a leer el capítulo titulado «Annie, coge tu pistola».

Todavía llevaba el abrigo de marta cibelina cuando, una hora más tarde, acabó de leer el relato de Basil. Durante un buen rato simplemente permaneció sentada en su sofá de damasco, en su recargada sala de estar, iluminada por una sola lámpara, contemplando la nada. Durante años había dado la impresión de ser inmune a los desprecios y comentarios ajenos porque creía que algún día acabarían y su expiación terminaría siendo reconocida por todos, pero aquello jamás sucedería. El texto de Basil Plant volvía a sacar a la luz la vieja historia para que una nueva generación se recreara con ella, como una herida que nunca llega a cicatrizar. Basil Plant la había llamado algo que nadie le había llamado antes en letra de imprenta. La había llamado asesina.

La invadió un inmenso cansancio. De pie, se miró en el espejo dorado que estaba sobre la repisa de la chimenea. En aquella estancia en penumbra se vio como había sido antaño, en su momento cumbre, como la glamurosa señora de William Grenville, Junior. Y, a solas con sí misma, tomó la decisión. Durante semanas había estado viviendo por inercia, la muerte rondándole la cabeza. Estaba cansada de escapar y se había quedado sin lugares adonde huir. Cogió una botella de vodka del mueble-bar que no había abierto desde hacía tiempo. En la cocina se puso hielo en un vaso y colocó más en un bol plateado.

Arriba, se preparó la bañera y la llenó de aceite perfumado. Se bañaba con un claro objetivo, por lo que no se entretuvo en el cálido bienestar que siempre sentía en su bañera a ras de suelo. Cambió las sábanas de su cama. Le dio cuerda a su reloj de sobremesa. De un cajón sacó un camisón de raso y encaje, hecho a medida para ella en París, y un *négligé* a conjunto, y se los puso. Se sentó frente a su tocador, se maquilló y se perfumó. Se alegró de haber ido a la peluquería y de haberse hecho la manicura ese mismo día. Se quitó los anillos de zafiros y diamantes y observó sus reflejos, dobles, en el espejo de su tocador. Quería que fueran para Diantha.

Sintió una enorme añoranza por su hija. No habían hablado, no sabían nada una de la otra desde hacía varios años. Le preocupó cómo le afectaría a Diantha el relato de Basil Plant aun llevando su hija aquella remota existencia que había elegido. Cogió el teléfono y marcó su número de Seattle. El teléfono sonó y sonó sin respuesta. Se preguntó si aquel sería aún el número correcto. Entonces alguien contestó.

—Residencia de la señorita Grenville.

—¿Se encuentra ella ahí?

—Esto es un servicio de recepción de llamadas. Ella no está.

—¿Sabe dónde puedo encontrarla?

—No.

—¿Está en Seattle o se encuentra de viaje?

—No lo sé. ¿Querría dejarme un mensaje?

—Dígale que ha llamado su madre.

—¿Tiene ella un número donde localizarla?

—Solo transmítale ese mensaje. Gracias.

Colgó el teléfono y volvió a levantar el auricular para marcar el número privado de su suegra. El día en el que Alice Grenville se dio cuenta de que la gente la dejaba ganar al *bridge* por ser una anciana, decidió jugar únicamente con sus enfermeras, aunque el *bridge* era una de las pocas cosas que le quedaban en la vida de las que disfrutaba. Poco después de aquello, se había retirado a su apartamento en las alturas de las torres Waldorf y ya no había salido jamás. Con el tiempo, dejó de recibir visitas y solamente mantenía contacto con la gente por teléfono. Solo las enfermeras, las doncellas, sus hijas y de vez en cuando algún nieto vislumbraban su declive. Bertie Lightfoot, al encontrarse con viejos amigos suyos en los restaurantes o en las fiestas, siempre les decía: «Llamad a Alice y contadle la fiesta. Le encanta saber de estas cosas. Físicamente no está tan bien, pero mentalmente, sigue siendo agudísima».

—¿Dígame? —Era la voz de una mujer muy mayor.

—¿Alice?

—Sí. ¿Quién llama? Hable más alto.

—Soy Ann.

—Oh, Ann. ¿Qué sucede?

—Estaba intentado localizar a Diantha. Me preguntaba si tú sabes dónde está.

—Vive en Seattle.

—Lo sé, pero no está allí y pensé que tú sabrías... Hace mucho que no la he visto y quería hablar con ella.

—¿Ocurre algo?

—Necesito hablar con ella.

—Estoy jugando a *bridge*, Ann. ¿Podrías llamar mañana?

—Adiós, *mère*.

No había llamado a su suegra *mère* desde hacía años y Alice escuchó:

—Lo siento —dijo Ann, en voz muy baja.

—¿Qué? —preguntó Alice.

La respuesta de Ann apenas se pudo oír.

—Lo de Billy —dijo.

—Tendrás que hablar más alto, Ann. Ya sabes que tengo problemas de oído. ¿Qué es lo que sientes?

—Siento haber interrumpido tu partida de *bridge*.

Se sentó frente a su escritorio de bronce dorado y empezó a escribir una carta a su hija. «Quiero dejar las cosas claras», escribió, dándole a su hija, de la que llevaba tanto tiempo separada, la explicación que nunca le había dado. Del armario de aseo sacó un frasquito de barbitúricos y lentamente empezó a tragárselos, acompañándolos con el vodka helado mientras escribía.

Recordó que en el armario de su habitación, escondido detrás de filas de ropa y de pieles, estaba el retrato de Salvador Dalí y quiso echarle un vistazo. Las píldoras estaban empezando a hacerle efecto y sabía que tenía que actuar con rapidez. Sacó el cuadro y lo miró. El corte donde una vez lo había rajado con un cuchillo había sido restaurado, no recordaba cómo. Miró el rostro de aquella hermosa joven mujer en quien el artista había visto el mal. Se preguntó por qué no había destruido aquel retrato. Debilitada por la ingesta de pastillas, tuvo que volver a la cama antes de poder devolver el cuadro a su escondite.

En su cama, cogió el teléfono una vez más y marcó el número de su casa en Oyster Bay. Al instante descolgaron el teléfono.

—¿Diga?

—¿Podría hablar con el padre Hodiac, por favor?

—Soy el padre Hodiac.

—Soy Ann Grenville, padre.

—Ah, señora Grenville. —Su voz parecía alegrarse de escucharla—. ¿Ya ha ido aquel hombre que iba a prepararle un cuarto oscuro?

—¿El cuarto oscuro? No entiendo...

—Para sus fotografías.

—Ah, no, todavía no.

—¿Está usted bien, señora Grenville?

—Sí. —Su voz era débil—. ¿Padre?

—¿Sí?

—No soy católica.

—Lo sé.

—¿Puede usted rezar por alguien que no es católico?

—Claro que sí.

—Rece por mí, padre.

—Claro que sí.

—¿Les gusta la casa?

—Ah, sí.

—Una vez, después de la muerte de mi marido, subí al piso superior de aquella casa. Estaba de pie, en la habitación donde mis hijos dormían cuando eran pequeños. Desde abajo, en la otra punta de la casa, en las habitaciones donde dormíamos mi marido y yo, pude escuchar con la misma claridad que si estuvieran en el cuarto contiguo las voces de la gente que allí hablaba. Por una especie de suerte acústica, sus voces se transmitían a través de las paredes. Así fue como supe que mis hijos nos habían escuchado a su padre y a mí pelear la noche de su muerte. Y eso siempre me ha perseguido. Si alguna vez conoce a mi hija Diantha, padre, ¿se lo podrá explicar? ¿Le podrá decir que lo siento? ¿Le podrá decir que la quiero?

—Señora Grenville, ¿está usted bien?

—Prométamelo, padre.

—Se lo prometo.

—Debo irme, padre.

Mientras yacía allí, muriéndose, su cabello, su maquillaje, su vestido y sus uñas perfectamente arreglados, se preguntó si alguien asistiría a su funeral. Se preguntó si Alice Grenville la enterraría junto a Billy y Third en el panteón familiar. Incluso se preguntó sobre la existencia de Dios, si realmente había un más allá y si era cierto que uno se encontraba con aquellos que se habían ido antes. Anheló poder reunirse con Billy Grenville.

La necrológica decía que Ann Grenville había sido hallada muerta en su dúplex situado en la parte alta de la Quinta Avenida. Decía que era la viuda del deportista Billy Grenville, Junior, la madre de Diantha Grenville y la nuera de la filántropa Alice Grenville. Decía que tenía un historial de dolencias de corazón. Decía que tenía cincuenta y siete años. Decía que, en 1955, había sido absuelta de haber matado a su esposo.

Mucha gente no vio la necrológica y, cuando corrió la noticia, muchos de quienes podrían haber asistido al funeral ya se habían marchado al campo para pasar el fin de semana. El servicio tuvo lugar en la iglesia episcopaliana de St. James, entre la avenida Madison y la calle Setenta y uno. No hubo ni un solo fotógrafo ni un periodista y apenas asistieron una treintena de personas. En el recuerdo de todas ellas estaba el otro funeral, hacía veinte años, la pareja de ese funeral que les había reunido allí, con mil personas apretadas en la misma iglesia, con miles más observando, en fila, en el exterior, y las banderas del Brook Club, el Union Club, el Knickerbocker Club y el Racquet Club ondeando a media asta en señal de tributo. No ondeaba ninguna bandera esa mañana.

Alguien que sí vio la necrológica fue Babette Van Degan. Notó el lento vuelco

que daba su corazón en su ancho pecho. Las lágrimas salieron a borbotones de sus ojos. Si Ann Grenville hubiera estado sobrevolando por allí, se habría sorprendido al ver que, en la intimidad de su alcoba, Babette Van Degan, una mujer con cuya presencia no había contado desde hacía muchos años, mostraba un arrepentimiento mucho mayor que el arrepentimiento que mostraría cualquier otro de los principales protagonistas de su historia. Pero aquella mujer que creara el papel que interpretaría en la vida como también Ann Grenville había creado el papel que ella interpretaría en su vida, a menudo juzgaba erróneamente los efectos de su espectacular interpretación.

—Podrían haberlo celebrado en el lateral del altar —le susurró Babette al hombre que tenía a su lado, Bertie Lightfoot, mientras ambos esperaban en un banco en mitad de la iglesia, casi vacía, a que empezara el oficio—. Me ha sorprendido encontrarte aquí, Bertie —añadió, cuando él no le respondió.

—Estoy aquí solo por Alice —susurró Bertie Lightfoot con su voz precisa y un poco sibilante, sintiendo que era necesario subrayar de qué rama de la importante familia Grenville estaba él—. Alice es mi amiga.

Babette miró de reojo a Bertie Lightfoot y decidió callarse las palabras que habría deseado decir. Se fijó entonces en su exquisitamente arreglado vecino y se acercó más a él, entornando los ojos, a sabiendas de cuantísimo lo incomodaba. Concluyó que se había «hecho» los ojos y que se había retocado el tinte de su cabello rojizo.

—Desconocía que Ann tuviera problemas de corazón —le murmuró Bertie en tono conciliatorio, deseoso de que el escrutinio de Babette terminara.

—Querido, como bien sabrás, tampoco tenía cincuenta y siete —respondió Babette, ordenando los voluminosos pliegues de su abrigo de visón. Harta del veranillo de San Martín, Babette Van Degan estaba encantada con el tiempo otoñal y fresco de aquel día. No se sentía tan gorda cuando podía envolverse en sus pieles.

—¿Quieres decir que no había tenido problemas cardíacos? —le susurró de nuevo Bertie, un toque de excitación en su susurro al empezar a vislumbrar qué podría haber sucedido.

—Chssss... —le dijo Babette, llevándose su enguantado dedo índice a los labios hasta mancharlo de pintalabios tanto como manchaba de pintalabios las tazas de café—. Tus cejas están rozando la raíz de tu cabello...

—No querrás decir...

—Ahí viene tu amiga Alice.

—Una mujer maravillosa, Alice —dijo Bertie. Todas las veces que la gente mencionaba el nombre de Alice Grenville añadía que era una mujer maravillosa. Todo el mundo sabía lo que había hecho por su nuera.

—¿Alguna vez te has parado a pensar cuántos ataúdes ha seguido a través de este pasillo? —le preguntó Babette.

Bertie Lightfoot miró hacia la parte trasera de la iglesia, el lugar donde se alineaban los ocho portadores, cuatro a cada lado, del féretro cubierto de rosas y volvió a mirar a Babette Van Degan, las preguntas agitándose en su interior.

Alice Grenville atravesó lentamente el pasillo hasta alcanzar el primer banco de la iglesia en la que había rendido culto la mayor parte de su vida. Alta, esbelta, de porte erguido, la única concesión que hacía a su avanzada edad era el bastón de caoba con empuñadura de marfil que llevaba. Con un velo negro, impresionantemente quieta, provocó sentimientos de admiración entre la dispersa concurrencia. Miraba fijamente hacia delante, pero no se le pasó por alto las pocas personas que allí había reunidas ni que Babette Van Degan, un nombre del pasado, había engordado muchísimo.

Junto a Alice, pero sin ayudarla como se ayuda a los ancianos, caminó y se sentó su nieta Diantha Grenville. Sin sombrero, vestida de forma sencilla, de paso por Nueva York solamente para cumplir con la ocasión, aun sin poseer ni la belleza de Ann Grenville ni la aristocrática elegancia de Billy Grenville, aquella mujer era sin lugar a dudas la hija de sus padres. Como su abuela, Diantha Grenville estaba allí para cumplir con su deber.

El viejo doctor Kinsolving, el pastor que había celebrado todos los bautismos, todas las bodas y todos los funerales de los Grenville durante casi cuarenta años, había muerto hacía tiempo y un nuevo ministro, sin vínculo alguno con la familia, cumplió con todo el ritual religioso: unos salmos, un himno, algunas oraciones por la fallecida. Nadie pronunció unas palabras de despedida. Solamente se observó lo esencial, nada más.

Alice Grenville miró hacia el rosetón que había donado en memoria de los tres William Grenville que se habían ido antes que ella. Su marido William, su hijo Billy y su nieto Third. El sol tardío de la mañana se posó sobre la vidriera policromada y rayos rosados y violetas incidieron sobre ella y Diantha sin alcanzar el ataúd de Ann Grenville.

Su médico le había prohibido hacer el largo camino hasta el cementerio de Woodlawn, pero Alice ignoró aquella orden, como ya sabía que iba a hacer cuando le dijo que la cumpliría, y acompañó a aquel pequeño cortejo para ver cómo enterraban a su nuera en el panteón de los Grenville, entre su marido y su hijo. Jamás nadie pudo decir de Alice Grenville que no había honrado siempre a la viuda de su amado hijo.

Más tarde, para recibir a los leales que habían asistido al funeral y se habían trasladado hasta el cementerio de Woodlawn, Diantha se ofreció para cumplir con sus obligaciones de anfitriona en el apartamento de su madre, en la Quinta Avenida, liberando así a su abuela para que pudiera regresar a su casa después de haber cumplido con su deber. El apartamento de Ann Grenville se pondría a la venta en breve y su contenido sería subastado. James Crocus, de la casa de subastas Parke-Bernet, ya se había puesto a ello (ordenando, catalogando, valorando), pero no bajó de la planta superior del dúplex en todo el rato.

Algunos de los invitados se conocían. Otros, no. Algunos acudieron por curiosidad, atraídos por el *glamour* negativo de la historia de Ann Grenville. Allí,

naturalmente, coincidieron Babette Van Degan y Bertie Lightfoot, también Kay Kay Somerset y el príncipe Tchelitchew, amigos todos ellos de Ann en diferentes épocas de su vida. Había una mujer brasileña, cuyo nombre ninguno de ellos parecía conocer. También se dejó caer por allí la seca señorita Petrie, vestida de *tweed*, quien había sido la secretaria encargada de llevar la agenda social de Ann. Unos cuantos más y yo, Basil Plant, que parecía y se sentía un poco un extraño, como si no debiera estar allí.

El suelo del vestíbulo era de mármol blanco y negro y se abría a una elegante escalera curva. A la derecha, había una sala, donde todos se reunieron. Aquella estancia blanca y dorada era de techos altos, pero oscura. Muebles antiguos, muchísimos, la sobrecargaban formando varios conjuntos colocados al modo francés. Siempre tuvo demasiados muebles, demasiados vestidos, demasiados abrigos de piel, demasiados zapatos. Esa era una de las cosas que la delataban. Naturalmente, había buenos cuadros en marcos dorados, iluminados desde arriba. Y colecciones de jade y porcelana y huevos Fabergé. El fuego sin vida bajo la recargadísima repisa de la chimenea no atrajo a la gente hacia allí. Entre aquel grupo dispar había una intimidad melancólica por el vínculo que compartían en aquel momento y que se evaporaría al terminar el rito.

—Ha sido muy amable por venir —decía Diantha, repitiendo las mismas palabras a todos, aunque, como anfitriona, se mantenía algo alejada de la reunión.

Vasos y botellas abarrotaban una mesa ornamentada. Con un gesto de la mano, Diantha indicó que nos sirviéramos nosotros mismos cuando el único empleado, un mayordomo del servicio de *catering*, se vio incapaz de servir, pasar y rellenar. Diantha demostró no ser nada estirada: ella misma cogió un fuelle de la chimenea y no paró de tratar de avivar el fuego casi extinguido hasta que la luz de las llamas danzó sobre su rostro.

—Hola, señora Van Degan —dijo.

—¡Oh, Dolly! Han pasado tantos años —dijo Babette.

—Ya no me llamo Dolly. Soy Diantha. Siempre odié el nombre de Dolly. Creo que mi madre pensaba que Dolly Grenville quedaría muy bien en las crónicas de sociedad cuando apareciera como debutante, pero jamás me presenté en sociedad y mi nombre nunca aparece en las crónicas.

—¿Dónde vives? —preguntó Babette.

—Seattle —respondió Diantha.

—¿Y cómo es aquello?

—Bastante agradable.

—Lejos del mundanal ruido, me imagino...

—Exactamente eso. —Sonrió por primera vez.

Atento yo a aquel diálogo, advertí que a medida que hablaba y se soltaba, se la veía más guapa. Su timidez resultaba atrayente.

—Me ha parecido estar oyendo a tu madre al oírte decir eso —dijo Babette.

Diantha, de rodillas junto a la chimenea, se levantó, colocando las puntas de sus dedos en la repisa, entre delicadas piezas de porcelana emplazadas en soportes de teca, y miró fijamente el fuego renovado. Pensé que quizás no le había gustado nada que la hubieran comparado con su madre.

La mujer brasileña se acercó a Diantha para hablar con ella. Al girarse de manera algo brusca para saludarla, derribó una pieza de porcelana que se estrelló en el hogar, haciéndose añicos. La gente corrió hacia allí para ayudar a recogerlo.

—No importa —dijo Diantha dejando claro con aquellas palabras suyas y con un gesto de su mano que no le preocupaba absolutamente nada la pieza de porcelana destrozada.

No se parece nada a su madre, pensé. Para su madre aquello habría sido una tragedia.

Diantha recordaba a algunas de las personas, como a Bertie Lightfoot, decorador de todas sus casas. A otras, como a Kay Kay Somerset, solo las conocía de oídas. A algunos, de nada, como al príncipe Tchelitchev, que había entrado en la vida de su madre después de que ella desertara de la misma.

—Podéis quedaros con cuanto queráis —dijo Diantha, indicando con sus expresivas manos aquella estancia, las otras habitaciones y la planta superior—. Como recuerdo, si así lo deseáis, de madre. Es lo que ella habría querido.

—A excepción de los vestidos de Balenciaga —señaló la seca señorita Petrie, vestida de *tweed*, un modelo de eficiencia. Colocó su portapapeles con listas, indicaciones y polaroids de cuadros en una de las mesas gemelas con cubierta de cristal y faldón de pesado terciopelo, recubierta de objetos de gran valor, todos con una historia propia—. Los vestidos de Balenciaga están reservados para el Instituto de la Moda.

—A excepción de los vestidos de Balenciaga —repitió Diantha, sin que le importara, pero recordando otras instrucciones—. Ah, sí... Tampoco los cuadros. El Modigliani, los dos Vuillard, el Fantan La Tour, el Manet de las ciruelas, los dibujos de Cézanne y el Bonnard de las dos mujeres irán al Metropolitan. Todo lo demás... —Se encogió de hombros o se estremeció levemente, mientras señalaba las posesiones de su madre.

En el comedor se exhibían hileras de vestidos, zapatos y pieles y la mesa estaba atestada de objetos de plata. Babette Van Degan, de lejos la más rica de los allí reunidos, escogió el abrigo de marta cibelina. Bertie Lightfoot no podía decidirse entre dos huevos Fabergé y le animaron a que se quedara con los dos. Kay Kay Somerset, que no había soportado jamás a Ann Grenville pero adoraba ir a funerales, cogió el pequeño reloj de sobremesa que el rey Luis de Baviera le había dado a la emperatriz Isabel de Austria. La dama brasileña escogió una pareja de candelabros georgianos y el príncipe Tchelitchev decidió, entre todas las cosas, quedarse con el retrato que Salvador Dalí le había hecho a Ann y que la había enfurecido tanto que terminaron en los tribunales.

En aquel ambiente de rastrillo, busqué a la señorita Petrie.

—Hay un reloj chino de jade muy bonito. ¿Le gustaría? —me preguntó, tratando de ser de ayuda.

—No, no, gracias —le dije.

—También están los dibujos que le hizo Alejo Vidal-Quadras. Y el retrato que le hizo René Bouché con el traje de noche blanco, es precioso.

—Hay algo que debo saber, señorita Petrie —le dije.

—¡Maletas! —gritó, chocando sus manos, como si hubiera encontrado la solución—. Tenía todas las Vuitton que se debían tener antes de que la gente inapropiada empezara a comprarlas. Montones de maletas.

—¿No sabrá usted si recibió el sobre de papel manila que le envié?

—¿Un sobre de papel manila?

—Con una revista en su interior.

—¿Qué revista?

—*Monsieur*.

—No recuerdo haberlo visto. ¿Por qué?

—¿Podría decirme una cosa, señorita Petrie? —Miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie nos oía.

—Si puedo...

—¿La señora Grenville se suicidó?

—No. —Dijo la palabra con un chasquido y cerró los ojos dando así por terminado el desvío que había tomado nuestra conversación.

—Es vital que lo sepa.

—El informe forense aún no está acabado.

—¿Dejó una nota?

—La señora Grenville tenía un historial de dolencias del corazón.

—Eso he leído.

El estallido de un trueno y el ruido de la lluvia contra los cristales de las ventanas detrás de las cortinas pusieron fin a nuestra conversación. La gente empezó a marcharse. Al salir a la calle, gruesas gotas redondas repicaban sobre la acera.

—¿Y qué le parecería esa fotografía de la señora Grenville de safari en la India con aquel tigre de tres metros que abatió? —sugirió la señorita Petrie, deseosa de librarse de mí—. Se sentía muy orgullosa de aquello.

—No, gracias.

—Debe de haber alguna cosa que le interese, señor Plant.

—Un paraguas —respondí.

—¿Un paraguas? —repitió la señorita Petrie.

—Sí —dije—. Eso es todo lo que quiero.

Mi elección llamó la atención de Diantha y, con solo una mirada que daba a entender que ni ella ni yo deseábamos nada de aquel escenario teatral de vestidos y enseres, compartimos los dos un momento único de intimidad.

—Adiós —le dije.

Ella, que no me conocía, hizo un vago gesto de despedida.

En la planta superior, en el cajón de un escritorio de bronce dorado que había pertenecido a María Antonieta, James Crocus, el hombre de Parke-Bernet, encontró un ejemplar anticipado de *Monsieur*. Entre las páginas de la revista encontró un sobre abierto con una carta en papel azul pálido escrita con la caligrafía que reconoció como la de Ann Grenville: «Querida Diantha —empezaba la carta—. Quiero dejar las cosas claras».

Su sentido del decoro no le permitía a James Crocus seguir leyendo pero, al volver a colocar la carta azul pálido, con dedos temblorosos, en el sobre a juego, no pudo evitar ver estas palabras: «La última vez que nos vimos, me dijiste: “¿No crees que, en algún momento de nuestras vidas, nos debías una explicación?”. Ahora el señor Basil Plant se ha encargado de contar, no solo a ti, sino a todo el mundo, por el módico precio de una revista, lo que le prometí a tu abuela que jamás contaría...».

Anoche, cenando en Le Cirque, en una mesa algo peor de las que antaño solían darme, aparté la vista de la cháchara inconexa de mi compañera de mesa, la exmujer de un famoso de la televisión, para quien, la verdad, no habría tenido tiempo en aquellos tiempos en los que volaba alto, y me encontré con la mirada implacable de Diantha Grenville. Mi rostro, ya coloreado por el vino tinto, se enrojeció presa de la angustia y nuestros ojos permanecieron encadenados durante lo que me pareció una eternidad, cada eón de la cual odié. Ella fue, finalmente, quien desvió la mirada y, cuando sus ojos se descargaron de los míos, vi en ellos el desdén de las dos señoras Grenville, su abuela Alice y su madre Ann.

¿No les parece extraño cómo, con la muerte, la gente beatifica o santifica a los candidatos más insólitos? Bratsie Bleeker, por ejemplo. Todo el mundo sabe que a Bratsie lo mataron porque estaba follándose a la mujer del capataz de la plantación de su madre pero, si uno oía hablar a Edith Bleeker apenas unos años más tarde, habría pensado que Bratsie murió ayudando a los refugiados vietnamitas a alcanzar la costa. Así es el extraño poder de la muerte. También ha reaccionado así Diantha Grenville. No soportaba a su madre. Todo el mundo lo sabe. Los dos últimos años no sabían nada la una de la otra, pero una vez muerta, todo cambió. Vive, cuentan, en habitaciones tan recargadas como las de su madre, con todo ese mobiliario francés que en su momento perteneció a mujeres célebres y de cuya colección tantísimo se burló su hija. Diantha intentó verme varias veces, pero para mí aquel encuentro no tenía sentido. Una tarde me la encontré, cara a cara, en la calle Nueve, en el Village. Le grité que dejara de seguirme. ¿Cómo iba a saber que la consulta de su psiquiatra estaba en el mismo edificio que la del mío?

No. No. No. No soy el responsable de lo que le ocurrió a Ann Grenville. No me importa que ese cura contara que le telefoneó en el último minuto para pedirle que

rezara por ella. ¡Quién es capaz de imaginar Ann Grenville pidiéndole a alguien que rezara por ella! Imposible. Ese es el problema de todos esos curas católicos. Siempre creen que todo el mundo quiere convertirse a su religión. El problema de Ann Grenville era que después de haberse hecho todas aquellas operaciones, las arrugas seguían apareciendo y ya no tenía la corte de hombres de antaño. Y, sin un hombre alrededor, ella no podía funcionar. «Siempre me ha gustado ver los zapatos de un hombre en lo más profundo de mi armario». Esa era una de las frases del personaje que se había creado.

No había nada en mi relato que no me hubiera contado ella misma o que yo no hubiese escuchado, de primera mano, de alguien relacionado con su vida. Al menos, su mayor parte. No quería renunciar a mi teoría. No quería que resultara ser un accidente, tal como ella dijo, en aquella historia a la que se aferró como Bette Davies en *La carta*.

Anoche soñé con Alice Grenville. Su rostro estaba cubierto con velos de luto pero yo podía verlo a través de ellos. Alice Grenville estaba intentando decirme algo, pero yo no la entendía, solo la veía mover la cabeza muy lentamente, como si estuviera diciéndome que me había entrometido. Supongo que todavía protegía a su nuera de intrusos como yo, como si finalmente, ella y todos sus iguales hubieran aceptado a Ann como una de los suyos.

Notas de la traductora

[1] En el original, *homestead*: La Homestead Act (Ley de Asentamientos Rurales), creada por el presidente Lincoln en 1862, permitía la titularidad de la tierra un tiempo después de haberla trabajado. <<

[2] En inglés, «*North, East, South, West. Episcopalian is the best*». <<

[3] Ann se refiere a una estrofa de un himno religioso *Hark, the herald angels sing...* (¡Oíd! Los ángeles mensajeros cantan). <<

[4] No delante del servicio (en francés en el original). <<

[5] Siglas equivalentes a «*Not Our Class Darling*» («No es de nuestra clase, querida»), expresión acuñada por la escritora Nancy Mitford. <<

[6] «La primavera llegará un poco tarde este año». <<

[7] Nombre de casada de la heredera Consuelo Vanderbilt. <<

[8] Restaurante de la alta sociedad neoyorquina, inmortalizado en la última novela de Truman Capote, *Plegarias atendidas*, y donde aparece en una escena la Ann Grenville real. <<